

MARÍA SURÉ

# EL COLOR DEL PERDÓN



"Cuando el amor es la única verdad"

# **EL COLOR DEL PERDÓN**

**MARÍA SURÉ**



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito del titular del *Copyright*.

Diseño portada: MGV Design.  
Fotografía portada: ©iStock.com/Svetikd

© 2015, María Suré.



*Para mi marido, Marce, que me ha acompañado en esta aventura,  
sufriéndola y disfrutándola a mi lado desde el principio y para mis  
dos tesoros, Marce Jr. y Daniela.  
Gracias a todos por vuestra paciencia.*

*Para mi madre y sus recuerdos perdidos que un día compartimos.  
Espero que los encuentres y los guardes a buen recaudo para siempre,  
cuando llegue el momento en que también se te olvide cómo despertar.*







*“Los obstáculos son esas cosas espantosas que ves cuando apartas los ojos de tu meta.”*

*Henry Ford (1863-1947)*  
*Padre de las cadenas de producción y fundador de*  
*“The Ford Motor Company”*





# CAPÍTULO 1

# Una Noticia Inesperada

*“Hay lugares en el corazón que no descubres hasta que amas a un niño.”*

*Anne Lamott (1954 - )*  
Escritora y novelista estadounidense.

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

**P**or fin había llegado el gran día. Ashley cumplía 6 años, toda una señorita. Era una niña rubia preciosa. Sus ojos azules contemplaban a su mamá con un amor más intenso, si cabe, que su color. Había algo especial entre las dos. Una energía capaz de crear un vínculo invisible que sólo ellas podían percibir cuando sus miradas se entrelazaban y se sostenían durante unos instantes. A continuación, y como si alguien activara un resorte, ambas se sonreían. En esos momentos, cualquier palabra sobraba.

—Venga arriba, perezosa. ¡Hoy es tu gran día!

—Sólo un poquito más, mami...

—¿No querrás que venga a despertarte el monstruo de la risa?

Jane comenzó a hacerle cosquillas entre las sábanas mientras gruñía como un monstruo.

—Tengo mucha haaaaaambre. Grrrrr..... aún no he desayunado ningún niño hoy. Grrrrr...

—Para, para, mami...—rogó ella entre risas ahogadas—. ¡No puedo más! Ya estoy despierta —afirmó saltando de la cama como un muelle.

—¿Qué voy a hacer con esta niña tan perezosa? Ya sé, me la voy a comerrrr... ¡a besitos!

Un torrente de besos sonoros recorrió todo el cuerpo de la pequeña mientras ésta se mondaba de risa.

Jane salió con ella en brazos por la puerta de su dormitorio. La

barandilla de la escalera bordeaba todo el pasillo de la primera planta. Desde allí se podía observar el salón en la parte inferior y al fondo, a través de los grandes ventanales, el jardín que ya lucía las primeras flores del año. Bajó las escaleras de madera a saltitos que hacían rebotar a la niña, y ésta aún reía divertida al llegar a la cocina.

Cuando se casó con Jason y se mudó a Shelton, Jane decidió decorar ella misma la casa. Para la cocina había elegido un estilo moderno combinando el color negro con la madera de roble y el aluminio.

La intensa luz de aquella mañana de primavera penetraba a través de los cristales y, como de costumbre, Jane se quedó embelesada unos instantes contemplando cómo los reflejos del sol en el agua del mar centelleaban a lo lejos. Ella no solía cocinar, aunque de vez en cuando se colocaba el delantal para preparar algún plato sencillo. Le relajaba hacerlo con una buena copa de vino y escuchando música, pero lo hacía en contadas ocasiones. Rachel, la cocinera, se encargaba de preparar todo lo que la familia necesitaba cada día. El desayuno ya estaba listo sobre la barra de madera que salía de la isla central en forma de U y madre e hija se sentaron en sendos taburetes dispuestas a dar buena cuenta de él.

—Recuerda que antes de empezar a preparar tu fiesta debemos ir a visitar a la abuelita al hospital. Se alegrará mucho de verte, ya verás.

—Mami, ¿la abuelita se va a morir? —preguntó Ashley preocupada.

Jane percibió el tic nervioso del ojo derecho de la niña que se le manifestaba en momentos de tensión. ¿Cómo responder a esa pregunta? Theresa tenía cáncer. Se lo habían diagnosticado hacía un par de años y había respondido bastante bien al tratamiento inicial con quimioterapia. Odiaba que se compadecieran de ella, así que intentaba mantenerlo en secreto. Mucha gente, incluso del círculo de sus amigos íntimos, ignoraba lo que le ocurría y ella prefería que fuera así. Se las arreglaba para encontrar las excusas más creíbles que justificaran las múltiples ausencias que el tratamiento la obligaba a mantener. Cuando salió del hospital, se compró una peluca estupenda con la que consiguió engañar hasta a su propio hijo, Jason. En esos momentos, hacía pocos días que había sufrido una recaída y se encontraba ingresada de nuevo para volver a repetir el tratamiento.

—La abuelita es muy fuerte, no te preocupes cariño, lo superará.

—Sí, pero tiene cáncer, y Sandra me ha dicho que la gente que tiene

cáncer se muere.

—¿Quién es Sandra? —le preguntó su madre curiosa.

—Es una amiguita del cole. Dice que se va a morir.

—No es verdad, no le hagas caso. No todas las personas que tienen cáncer se mueren. Muchas pueden llegar a curarse por completo —le aseguró con un nudo en el estómago—. Venga, vamos a desayunar. ¡¿Quién quiere cereales con chocolate?!

—Yo, yo. Y quiero muchos. ¡Quiero una montaña de cereales!

Mientras Jane conducía por Harstine Bridge Road camino del hospital, pensaba en la fiesta de cumpleaños de Ashley. Nunca lo habían celebrado más allá de una íntima reunión familiar porque ella no se sentía con demasiados ánimos para preparar todo lo que una fiesta implicaría. El problema era que la niña ya había sido invitada a varios cumpleaños en el colegio y llevaba tiempo insistiéndole para poder tener su propio convite cuando cumpliera los seis años. Ante tal persistencia, Jane terminó por ceder y finalmente decidió que ese año, su hija tendría la fiesta de cumpleaños más bonita que estuviera en su mano preparar.

Ashley no tenía la culpa de lo que estaba pasando. No era responsable de cómo habían cambiado sus vidas en los últimos años. Aunque ella no fuese feliz, siempre procuraba que su hija si lo fuera y mostraba una gran sonrisa incluso cuando la tristeza invadía su corazón. No era fácil y a menudo le atormentaba la sensación de no estar haciéndolo bien, de estar contagiando poco a poco su aflicción a la niña. Por eso llevaba casi un mes preparando la fiesta. Estaba muy ilusionada, al igual que Theresa, que se había implicado ayudando con los preparativos hasta el último momento.

Habían organizado un cumpleaños para hadas y duendes. Las invitaciones rociadas con polvo de hada de varios colores, animaban a los niños a unirse a la fiesta que se celebraría en el *Jardín Mágico del Mundo de Fantasía*. Linternas de papel con forma de lunas y estrellas engalanarían las ramas de los árboles. Los cubiertos y los vasos también estaban personalizados con flores de colores para agradar a todas las personitas del reino. Incluso la tarta con forma de árbol de fantasía y los regalos para cada participante estaban ya preparados.

Iba a ser un cumpleaños precioso. Jane quería que su *bichito* no lo olvidara nunca. Quería que se sintiese querida y disfrutara como cualquier

niño de su edad. Como cualquier niño de su edad con una familia normal. Que, aunque fuese por un solo día, viviese en el mundo de las hadas, donde no se permite la entrada al temor, ni a la tristeza...

—¡Hola, abuelita! ¿Ya te encuentras mejor?

—¡Hola, amor mío! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Feliz cumpleaños mi vida! —añadió Theresa incorporándose para recibir a su nieta que acababa de saltar sobre la cama para darle un fuerte abrazo.

La habitación del hospital era una sala austera sin más decoración que un crucifijo sobre la cama y una televisión frente a ésta. El pálido color de la piel de Theresa hacía juego con el de las paredes. Era bastante deprimente. Jane estaba convencida de que el ambiente era importante para la recuperación de las personas y siempre se preguntaba por qué en los hospitales se empeñaban en empapelar de tristeza los tabiques de cada estancia. Una decoración un poco más alegre, añadiendo un toque de color, por ejemplo, haría mucho más acogedor y agradable el lugar, cargándolo de energía positiva.

—Hola, Theresa. ¿Cómo estás? Tienes mejor aspecto —aseguró Jane, dándole un beso y un cálido abrazo. La peluca color caoba que había elegido en esa ocasión se desplazó ligeramente y ella se apresuró a colocarla en su sitio ruborizándose.

—Estoy mejorando. Si dependiera de mí ya me habría marchado a casa. No soporto estar aquí. Es tan triste, y estoy tan sola...

—Supongo que debes quedarte unos días más por precaución.

—Te aseguro que ya no es necesario que esté aquí. Además, odio tener que perderme la fiesta de hadas de esta tarde —se lamentó pellizcándole la nariz a su nieta—. Ashley cielo —continuó—, prométeme que te lo pasarás de maravilla y que me echarás de menos aunque sólo sea un poquito.

—Claro que sí, abuela. Yo te guardaré un regalito y el mejor trozo de tarta para ti.

—No te preocupes, lo grabaré todo en vídeo para que no te pierdas ni un detalle. Y claro que te echaremos de menos —aseguró Jane apretando su mano con fuerza.

—¿Ya le has contado a Jason lo de la fiesta de hoy y todo lo que estás preparando?

—Sabe que vamos a celebrar el cumpleaños en el jardín, pero la

verdad es que no le he dado muchos detalles. De todas formas, ya habrá terminado todo cuando vuelva del trabajo.

—¿Sabes que no ha venido a visitarme? —murmuró Theresa con la mirada perdida en algún punto al otro lado de la ventana—. Me llamó por teléfono. Dice que no puede soportar verme así y por eso prefiere no venir. El pobre lo está pasando muy mal. Cuando su padre murió, estuvo deprimido durante mucho tiempo. No era él. Me temo que, con esta maldita enfermedad está reviviendo aquellos días —opinó con sonrisa trémula y los ojos llenos de lágrimas.

—Todo saldrá bien. El próximo cumpleaños de Ashley lo celebraremos todos juntos, ya lo verás —la animó Jane inclinándose de nuevo sobre la cama para darle un beso de despedida—. Tenemos que irnos, aún nos faltan algunas cosas por organizar y debemos pasar por la pastelería para recoger la tarta.

—Sí, la tarta de árbol, ¡es súper bonita! —exclamó la niña entusiasmada.

—Lo sé, cariño. Seguro que también está buenísima. ¡Qué envidia me dais!

—Cuídate mucho, Theresa.

—Te quiero, abuela. Cúrate pronto para que puedas volver a jugar conmigo.

—Te lo prometo. Pasadlo muy bien —añadió lanzándoles besos de despedida con la mano cuando salían de la habitación.

Cuando Jane comenzó a vivir en la gran casa de Shelton, frente a la playa, con casi cinco acres de terreno y rodeada de bosque, el jardín estaba bastante descuidado. Sólo los grandes árboles se conservaron. Después de tantos años, se habían ganado con creces el lugar que ocupaban. Ella misma se encargó de plantar el resto de setos, rosales y demás flores por toda su extensión, hasta que consiguió el efecto que deseaba. Repleto de flores de distintos colores cambió por completo de aspecto.

Jason siempre le decía que con tanto rosal se parecía a la emperatriz Josefina. La verdad es que no sabía muy bien quién era esa señora, pero fuera quien fuese, debían de haberle gustado mucho las rosas.

Le fascinaba la belleza de la plantas, y se interesaba por aprender siempre cosas nuevas y curiosas. Sabía, por ejemplo, que las rosas blancas

eran las más indicadas para regalar a una persona enferma. Según el lenguaje de colores de las rosas, ese color sugería atención y cariño desinteresado.

Una rosa blanca hubiese sido un buen detalle para Theresa. Le tenía cariño, pero en el fondo de su corazón, Jane no podía evitar reprocharle que nunca hubiera actuado en su favor. Nunca había sido capaz de enfrentarse a su hijo para defenderlas a ella y a la niña. Nunca le plantó cara y, muy al contrario, siempre le defendió aun sabiendo que no tenía razón. Por ese motivo había decidido no llevarle flores aquel día. Ese gesto tan trivial para algunos, significaba mucho para ella. Pero cuando salió del hospital su corazón se había ablandado y se reprochó a sí misma el haber tenido una actitud tan tajante con su suegra.

El primer duende llegó justo cuando Jane acababa de colocar el último farolillo en uno de los árboles con la ayuda de Hanna, la niñera de Ashley. La pequeña, disfrazada con su vestido de Campanilla, corrió eufórica hacia la entrada para recibirle. Cogió de la mano a Gus, y ambos corrieron dando saltos hacia el jardín, su mundo mágico. Repitió el mismo ritual con cada hada y duende que acudió a la fiesta. Estaba tan emocionada que no podía parar de reír y saltar. Cada vez que su madre se cruzaba en su camino, ella se le abrazaba a las piernas con un *“Te quiero mucho mami”* y volvía a salir corriendo en busca de una nueva aventura. Jane también estaba feliz. Feliz de verla tan contenta.

El jardín era un borboteo continuo de personitas gritando y corriendo de un lado a otro. Hasta sus vecinos, los Owen, se acercaron para saber cuál podía ser la causa de tal alboroto. A ambos les encantó ver a todos los niños disfrutando de lo lindo.

Joseph era un hombre atractivo de unos cincuenta años que a Jane le recordaba mucho al actor David Duchovny. No podía evitar pensar en ello cada vez que lo saludaba y siempre lo hacía con una sonrisa tímida, temerosa de que él adivinara sus pensamientos. Su mujer, Michelle, era una mujer elegante que siempre lucía una larga melena rubia muy bien cuidada. No tenían hijos y eran muy cariñosos con Ashley. A Jane le parecían simpáticos, pero procuraba mantener las distancias porque a Jason no le gustaba que los vecinos *“metieran las narices donde no debían”*, como solía decir.

Les ofreció un gran trozo de tarta a cada uno y juntos se unieron a la

fiesta, encajando perfectamente en aquel mundo mágico entre el tumulto de voces y risas.

Sólo hubo un pequeño atisbo de calma, que apenas duró unos minutos, cuando Jane y Hanna repartieron los regalos que habían preparado para cada niño.

Finalmente, los participantes y sus padres se fueron retirando hasta que sólo quedaron los Owen. Ashley, agotada, había unido varias sillas y se había quedado dormida tumbada sobre ellas. Demasiada emoción para un solo día.

—Ha sido precioso, Jane —declaró Michelle.

—Pienso lo mismo. Te has esmerado mucho con los detalles. Enhorabuena por el resultado —añadió Joseph.

—Muchas gracias. Me alegro de que os haya gustado. Quería ver feliz a Ashley y creo que lo he conseguido. Mirad que carita tiene...

Todos observaron como Hanna se la llevaba en brazos a la cama, ya dormida y relajada después de su gran día.

—Es preciosa, ¿verdad? —añadió Jane henchida de amor.

—Como su madre —opinó Michelle sonriendo.

—Me temo que tenemos que marcharnos. Muchas gracias por la invitación —dijo él.

—De nada. Ya sabéis que siempre sois bien recibidos en nuestra casa.

Jane se ruborizó al pensar que no era del todo cierto lo que acababa de decir y era posible que ellos lo intuyeran. Al menos por su parte decía la verdad.

Había trozos de papel de regalo por doquier. Los vasos y platos de plástico también ocupaban gran parte del jardín entre restos de comida y botellas de refrescos. Cogió una bolsa de basura grande y comenzó a recogerlo todo apresuradamente.

Hanna regresó cuando ya apenas quedaban desperdicios sobre las mesas y el césped. Había terminado su jornada y se despidió hasta el día siguiente.

—Se ha quedado dormida como un angelito —mencionó.

—Después de tanta diversión ha caído rendida. Creo que hoy ha sido uno de los días más felices de su vida.

—Ha quedado todo muy bonito. Todo el mundo lo decía.

—Gracias por haberme ayudado Hanna, si no me hubieses echado

una mano, no me habría dado tiempo.

—No hay de qué. Me ha encantado colaborar. ¿Quiere que recojamos todo entre las dos?

—No te preocupes, ya me encargo yo. Márchate ya, que se te ha hecho tarde.

—De acuerdo, señora. Hasta mañana —se despidió colocándose la mochila a la espalda.

—Hasta mañana —agregó Jane.

Hanna era una chica encantadora. Aunque sólo tenía veintiún años era muy responsable y había congeniado muy bien con Ashley. La observó unos instantes antes de perderla de vista. Parecía una muñequita, con sus rasgos coreanos y su baja estatura. Su verdadero nombre era Hye Lee, pero había optado por utilizar un nombre occidental equivalente por comodidad. La vio desaparecer a través de la puerta del salón y continuó afanándose en recogerlo todo. Estaba descolgando una de las guirnaldas de un árbol cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Parece que habéis montado aquí una gran fiesta sin mí.

Jason observaba el jardín con desagrado y Jane se puso rígida al ver su expresión. Su melena rubia había perdido ya parte de la gomina que la mantenía a raya y caía sobre el lado del rostro en que el cabello no había sido recogido detrás de la oreja. Se había adelantado y a ella no le había dado tiempo a recogerlo todo.

—Ya te comenté que íbamos a celebrar el cumpleaños de Ashley.

Recordaba perfectamente cuándo y cómo se lo había dicho. Buscó el mejor momento para hacerlo y que no le pareciese mal. Había aprendido a tener mucho tacto con él, no quería hacerle enfadar. También recordaba como él había asentido desinteresado y le había comunicado que no podría asistir.

Jane se puso de puntillas para darle un beso en la cara, al que él no correspondió. Ni siquiera se inmutó. Se limitó a observarla con sus intensos ojos azules.

—A juzgar por lo que veo, parece que hayas invitado a media ciudad.

—Al final han acudido bastantes niños con sus papás. Ashley no quería dejar a ninguno sin invitación, así que se me ha ido un poco de las manos. Pero ha salido todo muy bien. Todos lo han pasado genial, sobre todo ella. Estaba feliz y muy emocionada.

—¿Dónde está?

—Se ha quedado dormida. Tanta emoción la ha agotado.

—¡Esto es una gran mierda! —exclamó él comenzando a ponerse furioso—. Esta mañana cuando salía de casa para ir a trabajar, no he querido despertarla. He vuelto antes para pasar un rato con ella y cuando llego a casa, me encuentro con que ya está dormida y además todo el vecindario la ha felicitado antes que yo.

Jason lanzó un paquetito envuelto en papel de regalo sobre una de las mesas. El impacto provocó que varias botellas que Jane había amontonado para tirarlas después cayeran al suelo.

—Lo..., lo siento —tartamudeó ella recogiendo los cristales del césped—. No sabía que era esa tu intención.

—No lo sabías, ¿verdad? ¿Y tú qué es lo que sabes? ¡No sabes una mierda de nada! Sólo eres una experta irritándome. ¡Ni siquiera eres capaz de ponérmela dura!

Dio media vuelta y entró en la casa. Ella le siguió temerosa para intentar calmarle.

—De verdad que lo siento, Jason —añadió cada vez más asustada. La experiencia le decía que cuando se ponía así era incontrolable.

—Además, tienes la poca vergüenza de organizar una juerga así cuando sabes, y todo el mundo sabe —enfaticó estas últimas palabras—, que mi madre está muy enferma en el hospital.

Avanzó a grandes zancadas hasta la cocina derribando una silla que se interpuso en su camino. El tren de su locura se había puesto en marcha y a cada segundo que pasaba aceleraba un poco más.

—Esta mañana hemos estado las dos con tu madre. Está muy bien y me ha dado recuerdos para ti.

Él se giró de repente y a Jane el golpe le llegó sin previo aviso. Un intenso dolor le recorrió la mejilla izquierda hasta la sien. La tomó tan de sorpresa que la hizo trastabillar y perdió el equilibrio cayendo al suelo.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —bramó enfurecido—. ¡Ni siquiera te he tocado! ¿Quieres que te haga caer al suelo de verdad?

Jane se levantó como un resorte. No debía enfadarle más. Tenía que intentar frenar aquella locomotora para evitar que, al igual que en otras ocasiones, acabara por descarrilar.

—Lo siento, he tropezado. Soy muy torpe.

—¡Desaparece de mi vista! —gritó quitándose la corbata y lanzándola al suelo mientras, con la otra mano, abría el frigorífico.

Ella se apresuró a salir de allí para alejarse de él. Comenzó a recoger de nuevo el desorden del jardín pero la cara le dolía y se le había empezado a hinchar. Tendría que aplicarse un poco de hielo, aunque en ese momento, ni se le pasaba por la cabeza volver a la cocina. Al menos Ashley no lo había visto. Contemplar el dolor en los ojos de su hija cuando presenciaba la ira de su padre era lo que más le dolía, mucho más que el castigo físico. Podía percibir el miedo compartido cuando sus miradas de preocupación e impotencia se cruzaban. La niña sabía que no debía intervenir, Jane le había advertido en muchas ocasiones que no lo hiciera. Tenía que mantenerse al margen, desaparecer. Y así lo hacía. Pero mantenía la mirada fija en la de su madre hasta que la perdía de vista. Como si quisiera demostrarle que estaba con ella. Que, aunque se marchara, no la abandonaba. Que sufrían juntas. ¡Tan pequeña y tan madura al mismo tiempo!

Esta vez no lloró. Sus ojos estaban secos, cansados ya de derramar lágrimas inútiles. Hacía tiempo que ya no lloraba. Quizá ella también se estaba secando por dentro.

Dejó la bolsa de basura en el suelo y caminó hacia la valla que separaba el jardín de la arena de la playa, sujetándose la chaqueta y cruzando los brazos sobre la cintura. De repente tenía frío. Se sentó en una repisa de madera construida bajo uno de los árboles y contempló las impresionantes vistas de Puget Sound que la naturaleza les regalaba cada día en aquel privilegiado lugar.

Recordó el revuelo que se montó varios días atrás, cuando una ballena gris varó en la playa a pocos metros de la casa. Tras vanos esfuerzos de los expertos por devolverla al mar, finalmente el pobre animal murió allí mismo. Durante los dos días que permaneció en la orilla, multitud de curiosos se acercaron a presenciar aquel macabro espectáculo quebrantando la paz del lugar. Incluso grupos de colegiales hicieron excursiones para contemplar al enorme cetáceo. Posteriormente, una noticia en el Seattle Times explicaba que probablemente había muerto de inanición y mostraba una foto del contenido de su estómago. Habían encontrado botellas, bolsas de plástico y todo tipo de basura en su interior.

Era una lástima cómo el ser humano podía llegar a intervenir de forma tan nefasta en el orden natural. Jane opinaba que algún día la tierra, la naturaleza y el reino animal que poco a poco hemos ido deteriorando, nos pasarían factura. Pensó en cómo las personas, no tenemos ningún

reparo en destruir toda la belleza que se nos ha ofrecido sin pedir nada a cambio. Y en que sólo nos daremos cuenta de su gran valía cuando se convierta en un recuerdo al que ya no podamos regresar. Como en la vida misma, a menudo valoramos más un buen recuerdo que el momento en el que lo vivimos.

Sacó su Smartphone para observar la fotografía de sus padres. Era el único recuerdo que tenía de ellos y guardaba el original en papel con esmero. Al principio la llevaba siempre encima, pero decidió digitalizarla para no estropearla.

En la imagen, Casey era su vivo retrato. Ambas compartían la misma mirada de color verde intenso. Su pelo ligeramente ondulado caía sobre sus mejillas de la misma manera que lo hacía el de Jane. En la foto, que se tomó un par de años después de casarse, su madre debía de tener unos veinticinco años y ella aún no había nacido. Casey sujetaba un precioso ramo de rosas blancas atado con un gran lazo azul. A su lado, un Moses sonriente la miraba enamorado. Estaba muy atractivo con su pelo rubio peinado hacia atrás y aún no lucía la barba que se dejaría años después. Estaban recién casados y parecían felices.

Jane apoyó el móvil en su frente mientras intentaba recordar a un padre del que tenía vagos recuerdos y a una madre que podía llegar a imaginar sutilmente, a través de las historias que él le había contado cuando era pequeña. Ese retrato era su consuelo en momentos de flaqueza. Saber que había sido importante para alguien, que en algún momento de su existencia alguien la había amado, le proporcionaba la fuerza que necesitaba para afrontar la realidad.

«Os necesito tanto» —pensó.

Como solía ocurrirle, unos minutos después aquellos recuerdos le habían colmado de energía positiva. La quietud del agua y el tenue reflejo del sol a punto de ponerse en el horizonte, también le ayudaron a ordenar el cúmulo de emociones que se agolpaban en su interior. Ya recompuesta, se incorporó y volvió a la casa dispuesta a continuar con su vida.

Terminó de recogerlo todo y se dio una larga ducha relajante. Estaba sentada sobre la cama cepillándose el pelo cuando Jason entró en el dormitorio y se arrodilló en el suelo frente a ella, con pesadumbre. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su cara reflejaba un gran sufrimiento. Se debatía en una lucha interior entre la vergüenza por lo que había hecho y

la necesidad de ser perdonado. Apenas conseguía mantener su mirada lejos de las manos que retorció nervioso.

—Lo siento mucho —sollozó cogiendo las manos de Jane—, no sé qué me ha pasado, no pude controlarme. No debí pegarte, estoy muy arrepentido. Es... todo esto que está pasando. Mi madre está enferma y podría morir, en el trabajo no estoy pasando por el mejor momento... Tantas preocupaciones hacen que me transforme en un monstruo —gimió apoyando la cabeza en el regazo de ella mientras seguía llorando—. No te mereces como te trato. Por favor, perdóname.

Jane colocó las manos sobre su cabeza y lo acarició consolándolo. Las palabras que quería pronunciar enmudecían antes de salir por su boca. Siempre ocurría lo mismo, la misma secuencia en un escenario diferente. Él perdía el control y poco después cuando lograba calmarse, si es que no había bebido, acudía a ella destrozado y arrastrando los despojos de su dignidad. Sufría por lo que había hecho y parecía sincero. Con cada episodio como el que acababa de suceder, ella podía percibir cómo él aumentaba la potencia de su propia espiral de autodestrucción. Con el tiempo, el incremento de la violencia elevaba a su vez el nivel de ansiedad y la frustración posterior por lo sucedido. Por no haber sido capaz de controlar su ira infundada. Estaba envuelto en un círculo vicioso que, como si de un agujero negro se tratase, iba alimentándose de sus arrebatos y creciendo más y más.

Ella siempre terminaba perdonándole. Se entristecía al verle tan desesperado y la certeza de saber que antes no era así, la animaba a pensar que era algo pasajero. Él no sabía encajar bien los problemas y preocupaciones de la vida y los canalizaba a través de la ira y la violencia. Puede que, con un poco de cariño y comprensión volviese a ser el que era. El hombre que conoció y del que se enamoró. Pero no le resultaba nada fácil olvidar. Estaba dolida.

—Te perdono, cariño. No llores —murmuró tratando de encontrar la serenidad necesaria para poder hacerlo realmente. Acarició su rubio cabello enmarañado con la mirada perdida en el infinito—. Te perdono.

Pero las palabras que alcanzaron sus oídos sonaron vacías. No lograba impregnarlas de ningún sentimiento. Ya no.

Poco después sonó el teléfono y Jane se incorporó dejando a Jason acurrucado como un niño indefenso sobre la cama.

—¿Diga?

—Buenas noches. Por favor, ¿podría hablar con la señora Blackwell?

—Sí, soy yo.

—Señora Blackwell, soy la sargento Lilliam Stevenson. Pertenezco a la brigada criminal de la policía estatal de Idaho y necesito hablar con usted.

—¿Qué ha ocurrido?

Jane se puso rígida y tuvo que sostener el teléfono con ambas manos para que dejara de temblarle.

—Siento comunicarle que hemos encontrado el cadáver de su padre.

Ella se quedó en silencio, sin saber qué contestar. La inesperada noticia acababa de remover los cimientos de su infancia. La misma infancia que había encerrado en un baúl para tratar de olvidar. Una infancia difícil de dejar atrás...

—Señora Blackwell, ¿se encuentra bien?

—Eh, sí, sí disculpe. Es que no me esperaba para nada esa noticia.

—Lo siento. No puedo decirle mucho más al respecto. Aún hay muchos flecos sueltos que no encajan.

—Pero ¿dónde lo han encontrado?

—Lo descubrieron unos empleados de la carretera que hacían obras en una zona boscosa de Ketchum. Por los indicios que tenemos y la información forense, parece ser que fue asesinado hace unos veinte años, más o menos durante el periodo en que desapareció.

Jane tuvo que sentarse porque las piernas comenzaban a flojearle.

—Y, ¿se sabe cómo fue? —preguntó y cerró los ojos masajeándolos con la mano libre.

—El cadáver presentaba un fuerte impacto en la cabeza que con toda seguridad le provocó la muerte.

—Pero ¿por qué? Él no tenía ningún enemigo. Era una persona como cualquier otra, con una vida totalmente normal. ¿Quién pudo hacerlo? No entiendo nada. Siempre pensé que seguiría vivo en alguna parte.

—Estoy repasando todos los informes y declaraciones del momento de su desaparición para intentar encontrar alguna pista que nos lleve a su asesino.

—Después de tantos años... Yo tenía doce años. ¿No ha prescrito?

—No. Los asesinatos no tienen un plazo de prescripción en nuestro país. Se ha reabierto el caso. La mantendré informada en lo que me sea

posible. Por el momento no se requiere su presencia aquí. No obstante, cuando acabe la investigación, tendrá que hacerse cargo de los restos.

—Por supuesto. Quedo a su disposición para cualquier cosa que necesite.

—Gracias, puede ponerse en contacto conmigo en este mismo número de teléfono a cualquier hora. Buenas noches —concluyó—. Siento haber tenido que comunicarle tan malas noticias.

—Muchas gracias, sargento. Buenas noches.

Jane colgó el teléfono y permaneció en silencio durante varios minutos sin apenas moverse.

*«Así que... No lo conseguiste.»* —pensó.

*«Que nada ni nadie desafíe tu templanza,  
y que una simple sonrisa despeje tu temor.  
Porque la decepción marchita la confianza,  
y llorar a tiempo es reparador.»*





## CAPÍTULO 2

# Sin Decir Adiós

*“La única cosa importante en la vida son las huellas de amor que dejamos atrás cuando tenemos que dejar las cosas sin preguntar y decir adiós.”*

Albert Schweitzer (1875-1965)  
*Médico, filósofo, teólogo y músico alemán.  
Premio Nobel de la Paz en 1952.*

KETCHUM, IDAHO  
*Verano de 1994*

Jane jugaba en el jardín de la casa de alquiler de Saddle Road en la que vivía junto a su padre y su hermano Robert. Era una agradable mañana de finales de verano y desde allí podía admirar las preciosas vistas de Bald Mountain antes de que ésta se cubriera con las primeras nevadas del año. Las pistas de esquí serpenteaban a lo largo de toda su ladera como viejas cicatrices esperando el manto helado que cada año les devolvía a la vida. Le encantaba contemplar la montaña durante unos instantes y después cerrar los ojos. El negativo de la silueta y sus heridas permanecía unos segundos en su retina. Entonces respiraba profundamente para disfrutar del olor de la naturaleza. ¡Qué paz y cuánta belleza!

El curso escolar estaba a punto de comenzar y ya no tendría tanto tiempo para jugar y disfrutar de momentos como aquel. Por otra parte, volvería al colegio en bicicleta cada día, como solía hacer desde hacía un par de años. El reencuentro con sus compañeros de clase, después de las largas vacaciones, también le resultaba atractivo. Había pasado el verano con Sherry, su mejor amiga. Ambas eran inseparables y se parecían asombrosamente, aunque Sherry era bastante más corpulenta. Siempre estaban juntas planeando alguna aventura o descubriendo nuevos lugares y supuestos tesoros escondidos. Solían jugar en el pequeño bosque cercano a sus casas donde se perdían durante horas que pasaban volando y siempre

les parecían escasas.

Con la ayuda de Robert, el hermano de Jane, construyeron una casa de madera en la copa de un árbol. Consiguieron grandes tableros entre los escombros de una casa antigua, los trasladaron al bosque y en pocos días, una pequeña estructura, aunque suficiente para alojar a varias personas, coronaba un viejo y robusto árbol. El broche final lo ponía una escalerilla elaborada con palos y cuerdas que permitía el ascenso al refugio con la ventaja de poder ser recogida cuando estaban dentro. Sin duda, aquello constituía el entretenimiento más destacado del verano y ambas estaban muy orgullosas de ser las princesas de aquella estupenda fortaleza.

—¡Hola, Jane!

—¡Buenos días, Sherry!

—Hoy es nuestro último día de vacaciones. ¿Vamos a la casa del árbol? Tenemos que disfrutar de la poca libertad que nos queda —opinó Sherry con una mueca y un gesto de resignación que hicieron reír a Jane.

—Claro, voy a coger algo para almorzar y nos vamos.

—¡Por supuesto, mi capitana! —su semblante se transformó revelando una exagerada seriedad y formalidad que, de nuevo, hizo reír con ganas a ambas amigas.

Moses, el padre de Jane, les preparó una mochila con provisiones para el almuerzo. Tenía unos asuntos que atender y debía ausentarse, así que les advirtió que tuviesen mucho cuidado y no regresaran tarde. Aunque nunca se alejaban mucho y la zona era muy tranquila, él no podía evitar preocuparse. Antes de que se marchara, le dio un gran abrazo a la delgada niña de pelo largo que tanto le recordaba a su mujer. Esa mujer que, tiempo atrás, había colmado su corazón antes de desaparecer repentinamente de su vida. Aún estaba enamorado con locura de ella y la añoraba cada día más. Recordaba claramente su mirada reflejada en los ojos verdes de Jane que habían heredado con asombrosa exactitud las dos minúsculas manchitas que desde el primer día le habían encandilado. Despidió a las dos amigas sonriendo al verlas alejarse dando saltos y cogidas de la mano.

Sherry y Jane pasaron el día explorando los alrededores del bosque y disfrutando de lo lindo, como tantas otras veces aquel verano. Cazaron mariposas que metieron en un bote, construyeron una trampa para bichos

y se remojaron los pies en el arroyo. Después de tomarse el pequeño tentempié en la casa del árbol, decidieron que ya era el momento de colocar las cajitas nido que habían estado preparando desde hacía varios meses. Las habían decorado y rellenado con hierba para que resultasen más cómodas.

El padre de Sherry, aficionado a la ornitología, les había contado que en aquella zona habitaba un pajarillo de color azul brillante al que la gente del lugar se refería como azulejo de las montañas. Tras pasar horas observando los pájaros del bosque, descubrieron que había muchos azulejos por la zona. Las hembras eran bastante menos vistosas que los machos. Tenían la cola y el pecho de color gris, pero no por ello eran menos bonitas. Aquellas aves gustaban de anidar en cavidades o en cajas nido y por ello las dos amigas decidieron construirles toda una ciudad de cómodas viviendas.

—Vamos, fideo. Ya quedan pocas —dijo Sherry.

Siempre la llamaba así. Solía decir que ambas estaban hechas de la misma pasta, aunque Jane era un fideo y ella más bien... un macarrón.

—Yo te sujetaré los pies y tú subes por ese hueco —añadió—. ¿Ves el nido a la derecha, entre esas dos ramas? Ponlo al lado.

—Está muy alto. Tendrás que empujarme mucho.

—A la de tres. Una..., dos.... y... ¡tres! —Sherry le dio un fuerte empujón que su amiga aprovechó para alcanzar una de las ramas y encaramarse al árbol—. Muy bien, ahora prepárate para coger una —continuó.

Jane se sujetó con fuerza para no perder el equilibrio y cogió al vuelo la caja que le lanzó su compañera.

—Ha quedado muy bien —observó Jane cuando bajó de un salto del árbol—. Vamos a colocar el resto.

—Sí, tenemos que darnos prisa o se nos va a hacer tarde.

—Seguro que pronto estarán habitadas. Si yo fuera pájaro, no lo dudaría, elegiría esta de color violeta —comentó Jane seleccionando una de las cajas del montón.

—Serías una buena pájara, fideíto —bromeó Sherry tronchándose de la risa.

—¡No te metas conmigo! —protestó fingiendo enfado y dándole un golpe en el hombro.

En el fondo, a Jane le encantaba el humor de su amiga porque siempre acababa arrancándole una sonrisa y añadía la pizca perfecta de azúcar a su vida.

Continuaron subiendo a los árboles y colgando una a una las cajitas hasta que la última estuvo bien asegurada en el lugar elegido.

—¡Buen trabajo! —exclamó Sherry—. Estos pequeños habitantes del bosque nos estarán muy agradecidos.

—Seguro que sí. Gracias a nosotras, este invierno no se mojarán ni pasarán frío.

—Podríamos volver dentro de un par de semanas para echar un vistazo y dejarles algunas semillas. ¿Qué te parece?

—Claro que sí. Me apunto. Pero ahora deberíamos volver a casa, Sherry. Nos estamos retrasando demasiado.

Regresaron a última hora de la tarde. El tiempo había pasado volando y apenas se habían dado cuenta de que no faltaba mucho para el anochecer. Antes de despedirse, quedaron para acudir juntas al colegio a la mañana siguiente.

Jane entró apresurada por la puerta de su casa. Estaba preocupada temiendo que su padre se enfadase con ella por llegar tarde.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —preguntó.

No obtuvo respuesta alguna. Subió los escalones de dos en dos para llegar cuanto antes a su habitación. En pocos instantes se había aseado y cambiado.

—Papá, ¿estás en casa? —insistió entrando en su despacho y encontrándolo sentado de espaldas a ella, ocupado leyendo unos papeles que descansaban sobre el escritorio.

—Hola, cariño —respondió Moses sin volverse—. Estaba empezando a preocuparme. Sabes que no me gusta que estés hasta tan tarde fuera de casa. Hoy haré la vista gorda porque sé que era tu último día de vacaciones pero no quiero que se vuelva a repetir. ¿De acuerdo?

—Lo siento mucho. No nos dimos cuenta de lo tarde que era...

—Está bien, confío en ti. ¿Qué tal lo habéis pasado? —preguntó alzando la vista de los documentos pero aún sin girarse hacia su hija.

—¡Ha sido genial! Hemos colocado todas las cajitas que teníamos preparadas, aunque nos ha costado un poco subir a los árboles —aclaró rodeando la silla en la que estaba sentado su padre dispuesta a abrazarlo—.

Papá...

Jane se quedó boquiabierta al ver la cara de su padre.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pegado alguien? —le preguntó.

Una sombra de preocupación atravesó el rostro de Moses justo entre su ojo hinchado y el labio partido para desaparecer instantes después.

—No ha sido nada, cariño. No te preocupes. He tenido un accidente muy tonto. ¿Recuerdas lo que te digo siempre cuando entras en la bañera para ducharte? —Jane asintió angustiada acariciando la barba rubia de su padre con sumo cuidado—. Pues deberías recordármelo tú a mí también de vez en cuando —sonrió con gesto resignado—. He resbalado y me he dado un buen golpe.

—¡Madre mía! Deberías ir al médico para que te eche un vistazo.

—Tranquila, ya me he curado yo mismo. En un par de días estaré perfecto. Ven y dame un abrazo que hoy necesito que me cuides y me mimes mucho —abrazó con fuerza el delgado cuerpecito de su hija. Ella intuyó que aquel apretón era más intenso y duraba más de lo normal. Se retiró mirándole a los ojos.

—¿De verdad te encuentras bien, papa? No quiero que te pase nada.

—Claro cariño, es sólo que me duele un poco la cabeza —volvió a abrazarla con fuerza. A sus espaldas y a salvo de la mirada de su hija, su gesto se transformó en una mueca de angustia—. ¿Cenamos?

—La verdad es que estoy muerta de hambre. Vamos —le cogió la mano y tiró de él arrastrándolo fuera del despacho.

Mientras preparaban la cena y Jane colocaba los platos sobre la mesa, ésta se percató de que no había visto a su hermano.

—¿Dónde está Robert? ¿Al final ha salido? Creía que iba a estar en casa hoy...

Moses se sentó frente a ella quitándole los platos de las manos y depositándolos sobre la mesa.

—Cariño..., siéntate, por favor. Vamos a hablar.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —murmuró tomando asiento frente a su padre.

—Esta tarde Robert y yo hemos tenido una fuerte discusión.

—¡Otra vez! —interrumpió Jane—. ¿Ha sido él el que te ha hecho eso en la cara?

—¡No! ¡Claro que no! Sólo hemos discutido. Pero en esta ocasión ha

sido muy violento. Nunca lo había visto así. Ha subido a su habitación para recoger sus cosas. Después me ha asegurado que no lo volveríamos a ver jamás y ha salido dando un portazo. Me temo que se ha marchado de casa, y esta vez es probable que no regrese.

Jane subió corriendo las escaleras de madera hasta el dormitorio de Robert. Varios cajones permanecían abiertos y algunos objetos personales yacían esparcidos sobre la cama. Realmente se había marchado. Siguió recorriendo con la mirada la habitación con la esperanza de encontrar alguna nota o cualquier cosa que explicase su partida porque necesitaba entender los motivos de aquella separación sin causa relevante. Él llevaba tiempo diciendo que quería marcharse de casa, independizarse y vivir su vida. A Jane siempre le había parecido bien esa idea, pero no así, sin ni siquiera un abrazo o un beso de despedida. Se había ido, quizás para siempre y había dejado un hueco en su corazón que la tristeza ya comenzaba a rellenar.

Esa noche se fue a la cama sin cenar. Su estómago estaba sellado y fue incapaz de dar un solo bocado. El hambre atroz que sentía sólo unos minutos antes, había desaparecido por completo. No conseguía conciliar el sueño y su mente divagaba constantemente entre las diversas escenas que, hasta entonces, habían formado parte de su vida. Una vida junto a su familia, o lo que quedaba de ella.

Prácticamente no recordaba a su madre. Sabía cómo era por las fotografías que su padre le había enseñado, pero no conservaba ningún recuerdo real de ella. Casey era muy guapa. Delgada, de cabello castaño y liso que solía dejar suelto sobre sus hombros y con grandes ojos verdes como los suyos. No podía decir mucho más acerca de ella, ya que se marchó cuando Jane tenía apenas un año y su hermano Robert once. Se fue y nunca volvieron a tener noticias suyas. Tampoco dejó ninguna nota de despedida, ninguna pista de su paradero. Nada. ¿Qué puede llevar a una madre a abandonar a sus hijos y a su marido de la noche a la mañana? ¿Tal vez los mismos motivos que, varios años después, habían llevado a su propio hijo a seguir sus pasos?

Sonó el timbre y Jane saltó de la cama como impulsada por un resorte.

«¡Robert ha vuelto! ¡No se ha marchado!» —pensó entusiasmada y

con lágrimas en los ojos.

Desde la parte superior de las escaleras, pudo observar cómo su padre abría la puerta emocionado.

—Hola, Moses. Perdona que te moleste a estas horas. ¿Podemos hablar?

—Ah... Hola Harry. Claro... lo siento, pensé que eras mi hijo Robert. Pasa por favor —abrió la puerta de par en par para permitir la entrada a su vecino.

—Hola, Jane —saludó Harry cuando vio a la niña en lo alto de las escaleras—. Siento haberte despertado.

—¿Le ha ocurrido algo a Robert? —preguntó ella.

—No. No lo sé. Sólo quería hablar con tu padre, pero no es nada importante no te preocupes.

—De acuerdo buenas noches —se despidió Jane.

—Buenas noches —respondieron los dos hombres al unísono.

Jane volvió a la cama desilusionada. Fue entonces cuando realmente se dio cuenta de que aquello iba en serio. Su hermano se había marchado de verdad.

Robert era el hijo de soltera que Casey había tenido a los dieciséis años. Por aquella época, ella era una adolescente rebelde que se enamoró perdidamente de Ted O'Connor, un chico pelirrojo de complexión fuerte que todas las mañanas la recogía para ir al instituto. Vivieron una historia de amor pasional, a la vez que turbulenta, propia de los jóvenes de su edad. Y es que, estaban locos el uno por el otro. O eso creían, al menos hasta que ella se quedó embarazada. La relación se hizo añicos muy pronto ya que ambos eran demasiado inmaduros e inexpertos para el cambio de vida que les esperaba. Ted decidió que no podía soportar una carga tan pesada, tenía un futuro por delante y nada ni nadie iba a echarlo a perder. Dejó a Casey en la estacada y renunció a la paternidad del bebé. De esa manera, ella misma, y gracias al apoyo incondicional de su madre, sacó adelante al niño. No fue nada fácil. En un parpadeo la vida hizo que se convirtiera en una mujer responsable, repitiendo así la historia de su propia progenitora, que curiosamente, también había sido madre soltera.

Años después, conoció a Moses, un atractivo y romántico joven rubio de pelo ondulado y ojos claros del que se enamoró enseguida. Fue un amor mucho más adulto y cabal, aunque no por ello menos intenso. Casey

y Moses Parton contrajeron matrimonio en 1979, con veintitrés y veintiún años respectivamente. A ella le encantaban las rosas blancas y cada semana su marido, que bebía los vientos por ella, se encargaba de que no faltase un gran ramo de esas flores en su salón. Cuando se casaron, Robert tenía siete años y Moses lo adoptó y cuidó como si fuera su propio hijo. Era un niño pecoso y pelirrojo como su padre. Enclenque y asustadizo, siempre se escondía detrás de las piernas de su madre. Nada que ver con el corpulento y decidido adolescente en el que se transformaría años después. Había vivido hasta entonces sin el calor y la protección de un padre y pronto aceptó a Moses como tal.

Antes de nacer Jane, la familia se mudó a una encantadora casa de madera mucho más espaciosa y muy luminosa gracias a sus grandes ventanales. A través de ellos podía contemplarse el jardín, con docenas de rosas blancas floreciendo en primavera o las montañas arropadas con su manto de nieve en la temporada invernal. Cada día, los sonidos del piano envolvían sus cuatro paredes cuando Moses practicaba las melodías que después enseñaba a los alumnos de la academia en la que trabajaba. Su vida entera giraba en torno a este instrumento y cada tarde deleitaba a su familia con su destreza. Robert solía sentarse a su lado cuando tocaba. Permanecía muy atento escuchando y observando los finos dedos de Moses deslizándose con delicadeza entre las teclas. Por aquella época, admiraba a su padrastro y le quería. Eran felices en aquel hogar.

Pero todo aquello fue un efímero periodo de felicidad. No duró mucho porque un día, sin más, Casey desapareció. No se llevó ningún objeto personal, aunque después comprobaron que había sacado una importante suma de dinero de su cuenta corriente. Tampoco se despidió de ninguno de sus seres queridos, simplemente se esfumó.

Días después, Moses encontró una nota manuscrita en el bolsillo trasero de uno de los vaqueros de su mujer. Pero no era precisamente una nota de despedida. Las palabras que contenían acabaron de romper su ya resquebrajado corazón.

Necesito verte. Me estoy volviendo loco.

Huyamos juntos donde nadie pueda encontrarnos.

Te amo desesperadamente.

Desesperado, la rompió en pedazos y todo su mundo se desplomó

cayendo a sus pies, al igual que aquellos cuatro trozos de papel. Comprendió que su mujer estaba enamorada de otra persona con la que, probablemente había huido. Pero ¿tanto lo amaba como para abandonar a sus propios hijos? Lo cierto era que Casey llevaba tiempo distraída y pensativa. En varias ocasiones él intentó encontrar la causa de sus preocupaciones, pero la respuesta siempre era la misma. Estaba cansada. No dormía bien por las noches debido a que Jane era un bebé muy inquieto que requería de su atención a menudo. Él la creyó y dejó de inquietarse hasta el mismo momento en que desapareció. Se volvía loco intentando descubrir quién podría ser aquel hombre. Inicialmente pesó que podría tratarse de su primer amor, el padre de Robert. Pero, en ese caso, ¿por qué no se había llevado al niño con ella? ¿Por qué de aquel modo? Si de verdad estaba enamorada de otra persona, podrían haberlo hablado y él..., él la habría dejado ir. La quería demasiado como para negarle esa dicha, aunque fuera a costa de la suya propia.

Algo no encajaba en toda aquella historia pero la policía archivó el caso ya que, parecía evidente que su marcha había sido voluntaria. No podían hacer mucho más que esperar a que diese alguna señal de vida. Poco después, Moses tuvo un intento fallido de suicidio. Despertó desorientado en el hospital tras varios días en coma y sin recordar lo que había ocurrido. Cuando le explicaron que se había puesto intencionadamente delante de un coche en la autopista y lo habían atropellado, no quiso volver a hablar del tema y cerró ese capítulo de su vida para siempre intentando enterrarlo en el olvido.

Jane creció junto a un padre hundido en la tristeza que, al igual que su hermano, nunca superó aquella pérdida. Desde ese momento, Robert culpó a Moses y nunca quiso entender que ambos sufrían juntos por un mismo motivo. Poco a poco fue apartándose de su padre hasta que con los años, el rencor y el dolor hicieron que acabase odiándolo. Las peleas y discusiones eran continuas y Jane las vivía casi a diario. No se volvió a escuchar el sonido del piano en la casa de los Parton. No hubo más jarrones con flores frescas en el salón, y nadie volvió a cuidar las rosas del jardín.

Moses, con el tiempo se deshizo de todas las pertenencias de su mujer. Simplemente no podía soportar verlas cada día. Sólo conservó una foto en la que Casey sostenía un precioso ramo de rosas blancas adornado con un gran lazo azul. Una foto en la que él mismo, a su lado, la miraba

enamorado y henchido de felicidad. Había intentado varias veces, sin éxito, retirarlo de la mesita donde lo observaba cada noche antes de dormir torturándose con el recuerdo de una felicidad perdida. Era el precio que debía pagar por no haber sido capaz de conquistar su corazón y mantenerla a su lado.

Jane se despertó muy pronto al día siguiente. Prácticamente no había dormido y estaba muy cansada, pero aun así se levantó enseguida. Fue a la habitación de Robert con la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla, pero ésta continuaba vacía y desordenada. Cuando entró en la cocina, su padre estaba preparando el desayuno. Se acercó a él y ambos se abrazaron en silencio.

—Tenemos que superar esto, Jane —le susurró él al oído sujetándola para prolongar el abrazo—. Debes ser fuerte. Saldremos adelante juntos, ya lo verás.

—No va a volver, ¿verdad?

—No lo sé cariño. Parecía muy decidido. Creo que no tiene intención de volver.

—¿Habrá ido en busca de mamá? —preguntó Jane.

—Es posible, aunque lo más probable es que, al menos al principio, haya ido a casa de algún amigo. Supongo que necesita su propio espacio lejos de aquí. Cuando se tranquilice y recapacite un poco espero que vuelva.

—Puede que esté con la abuela.

—No lo creo, pero la llamaré por si acaso.

—Ni siquiera me ha dado un beso de despedida. No me ha dejado ninguna nota, nada...

—No te martirices con eso. Estoy seguro de que lo habría hecho si no hubiese salido de estampida y tan enfurecido. Estaba tan perturbado que casi se marchó con lo puesto. Apenas se llevó unas pocas pertenencias. Aunque anoche me di cuenta de que se ha llevado la foto que tenía en mi mesita...

—¿La de mamá? ¿La foto en la que estáis los dos? —se extrañó Jane.

—Sí, la contemplo cada noche antes de dormir y ayer ya no estaba.

—Querría tener un recuerdo de ella. ¡Qué pena, me encantaba esa fotografía!

—No te preocupes, tengo los negativos. Pero ahora, apúrate o

llegarás tarde en tu primer día de colegio. ¿Quieres que te acerque yo?

—No papá, gracias. Iré en bici con Sherry. Salgo en dos minutos — engulló su desayuno mientras terminaba de preparar la mochila con los libros aún sin estrenar—. Adiós papá. Nos vemos luego.

—¿Llevas las llaves de casa? Tengo que salir para resolver unos asuntos y puede que aún no haya llegado cuando regreses.

—Claro, lo llevo todo. No te preocupes.

—¡Espera! —Moses sujetó por el brazo a su hija y la atrajo hacia él. La abrazó con tanta fuerza que Jane protestó.

—¡Papá! ¡Déjame algún hueso sano, por favor! —al mirarle a los ojos, descubrió una tímida lágrima resbalando por su mejilla—. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. Sólo prométeme una cosa Jane.

—Lo que quieras.

—Prométeme que siempre recordarás que te quiero muchísimo. Eres mi tesoro, lo único que tengo. ¡Te quiero amor! —le dio un beso en la frente—. Anda, vete ya.

—Yo también te quiero papá. Hasta luego —Jane subió a su bicicleta y se marchó pedaleando con fuerza. Tenía la sensación de que algo no iba del todo bien y volvió la cabeza varias veces para observar a su padre antes de desaparecer calle arriba. Decidió que, a su regreso del colegio, volvería a hablar tranquilamente con él. Ambos necesitaban digerir con calma la nueva situación en la que se encontraban.

Enseguida vio a Sherry, que la estaba esperando al final de la calle y ambas se dirigieron al colegio. Al mismo tiempo, Moses volvía a entrar en casa muy preocupado. Tenía un duro día por delante.

Para Jane, la jornada paso muy rápidamente entre charlas y presentaciones de niños y profesores nuevos. La escuela era un hervidero de chiquillos recorriendo los pasillos y de profesores intentando organizar el caos inicial. Aunque sus amigos requerían su atención, ella estaba ausente. No podía dejar de pensar en su padre y en su hermano y estaba deseando que terminaran las clases. Al final del día, Sherry la acompañó hasta casa y ambas se despidieron:

—Te veo mañana, fideo.

—Vale. Donde siempre. Y, no te retrases.

—¿Retrasarme yo? ¡Eso nunca! —exclamó con una sonrisa burlona.

—Hasta mañana, petarda —replicó Jane moviendo la cabeza con un gesto teatral de resignación.

Le había contado a su amiga lo sucedido la noche anterior y Sherry se había pasado el día intentando hacerla sonreír. Lo cierto era que lo había conseguido en muchas ocasiones y Jane se sentía muy afortunada por tener una amiga como ella.

Cuando entró en casa, su padre aún no había llegado pero recordó que tenía que salir y que quizá se retrasaría. ¡Se sentía tan sola! La casa se le antojaba demasiado grande. Deambuló por las habitaciones acariciando las paredes y sintiendo las emociones de otros tiempos en los que allí había sido feliz. Pasó por el cuarto de su hermano y se quedó un rato, con la frente apoyada en el marco de la puerta, observando con melancolía su interior. Después avanzó hasta el dormitorio de su padre. Le resultaba extraño no ver la fotografía de su madre en la mesita de noche, como si a la habitación le hubiesen arrebatado su esencia y ahora parecía demasiado impersonal, demasiado... vacía. Al fin, decidió sentarse en el sofá a esperar. Conectó el televisor y no tardó en quedarse dormida.

Despertó cerca de las tres de la madrugada con un sobresalto y una rara sensación de angustia que le oprimía el estómago.

—¡¿Papá?! —gritó subiendo al piso superior a grandes saltos—. Papá. ¿Estás aquí? —insistió.

Pero no obtuvo respuesta. La habitación de matrimonio continuaba vacía. Se dejó caer allí mismo en el suelo con la espalda apoyada en la pared. ¿Qué estaba pasando? No era posible que su padre se retrasara tanto. Si hubiese tenido algún percance que le hiciera demorarse hasta tan tarde, se habría puesto en contacto con ella por teléfono.

Recordó el beso y el abrazo que se habían dado por la mañana. Él lloraba cuando la hizo prometer que siempre recordaría lo mucho que la quería. Sacudió la cabeza para desechar el pensamiento tan doloroso que su subconsciente acababa de sugerirle. No era posible que estuviese... despidiéndose de ella...

*«No, no, no... No puede desaparecer él también. No, por favor. ¿Por qué? Así no»*

Pero cuanto más trataba de negárselo a sí misma, más peso ganaba esa posibilidad en su cabeza y más se desesperaba. ¿Dónde estaría? Cabía la posibilidad de que hubiese ido en busca de su madre, sabía que su herida

nunca cicatrizó y que sin ella no había vuelto a ser el que era. Puede que hubiese encontrado alguna pista nueva o información sobre su paradero. Pero ¿acaso no le hubiese dicho algo antes de marcharse? No podía creer que fuese capaz de abandonarla así. No. Tenía que haber otro motivo. ¿Y si estuviera herido o hubiese sufrido algún accidente? Pero su coche estaba aparcado en la calle... No entendía nada. Por la mañana parecía inquieto, como si intuyera que algo malo le fuese a suceder. No debía haber ido al colegio y dejarle tan preocupado...

No podría explicar cuánto tiempo había permanecido en esa postura, sentada en el suelo y con la mirada perdida. Los primeros rayos de luz que se colaban por la ventana la obligaron a parpadear, recibiendo de golpe y sin compasión, la bofetada de la realidad en plena cara.

Comenzó a llorar sin consuelo. Había conseguido mantener la compostura durante mucho tiempo, probablemente para intentar esquivar la verdad, pero ya no podía más. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Entonces, comenzó a dar patadas y a golpear con los puños todo lo que la rodeaba. El ataque de ira hizo que se sintiera mejor durante unos instantes y no se calmó hasta que el dolor de los nudillos fue más fuerte que su frustración. Volvió a llorar mirándose las manos doloridas. Estaba sola y el miedo recorrió todo su ser desde la punta de los dedos hasta el último pelo de la cabeza. Todo su mundo se estaba desmoronando y ella estaba agazapada bajo los escombros. Se levantó enjugándose las lágrimas y cogió el teléfono para llamar a su abuela.

Kathleen Heller se despertó sobresaltada por el sonido del teléfono a esas tempranas horas de la mañana.

—Dígame. ¿Quién habla?

Jane rompió a llorar y apenas pudo responder con voz temblorosa.

—Abuela, soy yo, Jane —sollozó.

—Cariño, ¿qué ha sucedido? Dime algo, por favor.

—Papá no ha vuelto a casa hoy. Estoy sola —gimoteó.

Kathleen tardó en reaccionar unos instantes, no alcanzaba a entender qué era lo que la niña quería decir.

—¿Cómo que no ha vuelto a casa? ¿Le ha ocurrido algo?

—Se ha marchado. Se ha ido... y Robert también. Estoy sola y tengo mucho miedo. Por favor abuela, ven a recogerme.

En menos de una hora Kate estaba frente a Jane consolándola e intentando proporcionarle una calma que apenas ella misma atinaba a mantener. Después de contarle todo lo sucedido, llamaron a la policía para informar de la desaparición de Moses y la marcha de Robert.

La única pista clara que pudo obtener la policía fue la declaración de su vecino Harry Miller. Éste confirmó que la noche anterior había estado en casa de los Parton. Acudió allí porque había visto merodear alrededor de la casa a un individuo desconocido y quería poner sobre aviso a Moses. Según su descripción, era un hombre fornido de pelo largo y cobrizo, que estuvo un rato husmeado por las ventanas. También explicó que Moses le había confesado que iba a intentar recuperar a su mujer. Él procuró convencerle para que no hiciese una locura y lo meditase mejor, pero nunca pensó que dejaría atrás a Jane en su aventura.

La policía investigó la pista sobre el extraño pelirrojo que encajaba con la descripción de Ted O'connor, al cual consiguieron localizar y confesó que, el día antes de la desaparición del padre de Jane, ambos se habían peleado, lo cual explicaba el hecho de las magulladuras que presentaba Moses. Pero O'connor insistía en que Moses había aparecido de la nada, acusándole de haberle hecho daño a Casey o de incluso haberla asesinado. Confirmó la pelea pero también aseguró que no le había vuelto a ver desde entonces. Finalmente, no pudieron culparle de nada.

En cuanto a Robert, el último rastro fiable lo situaba en Portland y posteriormente tomando un vuelo hacia Australia.

Kathleen Heller era el único familiar cercano que le quedaba a Jane y sin dudarlo, se hizo cargo de ella. La acogió en su casa con los brazos abiertos y a partir de entonces se dedicó en cuerpo y alma a su nieta. Todos los objetos personales de la familia acabaron en el desván de su nuevo hogar. La casa de Kate era una humilde pero acogedora construcción de madera situada a las afueras de Ketchum, donde abuela y nieta comenzaron una nueva vida juntas. La fotografía de sus padres, que tanto le gustaba a Jane, volvió a ocupar un lugar en su mesita de noche después de rescatar el negativo de entre un montón de documentos.

Con el tiempo, Jane fue dejando atrás el rencor y, en el fondo de su corazón, deseaba que sus padres se hubiesen encontrado y pudieran

continuar su historia de amor en algún lugar. Tal vez algún día, olvidaran lo que quiera que fuese que les alejaba de ella y regresaran para volver a formar una familia. Fantaseaba a menudo con esa posibilidad y siempre se imaginaba abriendo la puerta y lanzándose a sus brazos. Sólo quería su cariño, estaba dispuesta a perdonar y si algún día volvía a tener la oportunidad de disfrutarlo, no lo marchitaría con reproches ni preguntas.

*«Que tu esperanza no sólo sea verde,  
y que mirar atrás no despierte tu hiel.  
Porque el corazón puede fundir la nieve,  
y la nostalgia va curtiendo la piel.»*



## CAPÍTULO 3

# Sabor a Vainilla

*“No es amigo quien ríe mi risa, sino quien llora mis lágrimas.”*

José Narosky (1930 -)  
*Escritor y escribano argentino.*

SHELTON, WASHINGTON

*En la actualidad.*

Jane se levantó muy temprano para salir a correr. Necesitaba organizar sus pensamientos y el ejercicio al aire libre le proporcionaba la relajación y tranquilidad ideal para encontrarse con ella misma. La noticia le había caído como un jarro de agua helada. El sopetón inesperado la había dejado aturdida y posteriormente fría como el hielo.

Con los años, la idea de que a su padre le había ocurrido algo, fue cobrando más peso sobre las demás posibilidades. Finalmente, al no poder encontrar una respuesta satisfactoria, acabó por enterrar ese interrogante en un rincón apartado de sus pensamientos, donde dejara de atormentarla.

Y cuando por fin, con el paso del tiempo, aquella cicatriz se había transformado en un mal recuerdo, la herida volvía a desgarrarse y la tristeza, de nuevo, sangraba por la zona más sensible: su corazón.

Las incógnitas iniciales acababan de multiplicarse y a su cabeza le costaba procesar con claridad todos los datos. Seguramente lo asesinaron el mismo día en que desapareció. Él sabía que corría peligro y por eso se despidió de ella de aquella forma tan emotiva. Dijo que tenía que atender unos asuntos y que llegaría tarde. ¿Qué era lo que tenía entre manos? ¿Habría descubierto algo sobre el paradero de su madre? ¿La habría encontrado? ¿Y si ella también estaba muerta? En esos momentos en los que su perspectiva había cambiado tan radicalmente, esa posibilidad comenzaba a tener mucho más sentido de lo que le hubiese gustado.

En sus auriculares comenzó a sonar “King of pain” del grupo The Police. Se dejó llevar por sus estrofas como si las hubiesen escrito para

ella, para describir el estado de ánimo en que se encontraba:

...

*I have stood here before in the pouring rain.  
With the world turning circles running 'round my brain.  
I guess I always thought you could end this reign.  
But it's my destiny to be the King of pain.  
King of pain.  
King of pain*[\[1\]](#)

...

Así se sentía ella. Era la reina del dolor pero nadie iba a acabar con ese reinado. Sólo ella podía conseguirlo y estaba dispuesta a lograrlo a cualquier precio.

Aunque su matrimonio con Jason se había convertido en una pesadilla, Ashley le daba fuerzas para continuar. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había dejado de amar a su marido, cuál había sido el punto de inflexión. Hubo un tiempo que lo hubiera dado todo por él, pero en esos momentos, el único sentimiento que le provocaba era el de lástima y por supuesto, temor. Se sentía muy sola y muy pocas personas conseguían aliviar esa sensación con su compañía. Una de ellas era su amiga Serena, con la que había quedado para tomar algo en poco más de una hora.

Siguió corriendo de vuelta a casa por la orilla de la playa. Nunca se cansaría de la belleza de aquel lugar, con el frondoso bosque a pocos metros de las tranquilas aguas del mar y en perfecta armonía con las increíbles vistas de Puget Sound. Además, el aire fresco que respiraba mientras corría, le sentaba de maravilla.

Paró el cronómetro al llegar a la puerta de su casa: 01:12. Se había entretenido un poco más de la cuenta y tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo a la cita con su amiga.

Llegó a la cafetería cinco minutos tarde. Al entrar, enseguida localizó a Serena sentada de espaldas en una de las mesas del fondo. Había sido tan puntual como siempre y ya estaba tomándose un tentempié. Jane se acercó sigilosamente por detrás y tapándole los ojos con las manos le preguntó

sonriendo:

—Hola, ¿estás sola?

—Sí, pero sólo para ti preciosa —se incorporó y le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Sólo para mí? ¿No me estarás tirando los tejos? —bromeó Jane mientras se sentaba frente a ella y levantaba la mano para pedir un té.

—¡Qué más quisieras! —respondió burlona su amiga—. No eres mi tipo, ya lo sabes. Que me gusten las mujeres no significa que me vuelvan loca todas.

—Todas no.... Casi todas.

—Bueno, debo reconocer que estás muy buena. Tienes un tipazo de escándalo y ese culito perfecto...

—¡Vale! Para ya que te emocionas —la interrumpió Jane ruborizándose.

Serena comenzó a reír a carcajadas.

—¡Te has puesto colorada! Eso es lo que me encanta de ti. No te preocupes, sabes que te quiero demasiado como para estropearlo —le apretó la mano con cariño y sintió como unas cosquillas de placer recorrían su estómago.

—Uhm, me encanta tu sabor. Mezcla de vainilla con un toque de... cómo explicarlo... es algo parecido al sabor del chocolate blanco, pero no tan dulce.

—¡Eso nunca me lo habías dicho! —exclamó Jane sorprendida—. Sólo sueles comentar lo que te provoca sensaciones desagradables —forzó una mueca que en menos de un segundo se había transformado en una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues también las hay placenteras, aunque es cierto que en menor medida, y tú eres una de ellas. Me encanta sentirte.

Serena era sinéstata, o sinestésica como algunos llamaban a las personas con este tipo de disfunción sensorial en la que el individuo percibe las sensaciones de los distintos sentidos interfiriendo unas con otras. Ella podía captar sensaciones gustativas con el tacto y con determinados sentimientos. También era capaz de percibir distintos colores en las grafías como letras y números y con los estados de ánimo o emociones. Desde pequeña se había sentido como un bicho raro. Tuvo muchos problemas a la hora de aprender a leer, ya que los distintos

colores que veía en cada una de las letras le distraían impidiéndole concentrarse en la comprensión del texto. Los niños comenzaron a burlarse de ella cuando, un día en que la profesora les explicaba los sentidos, Serena intentó describirles a qué sabía cada cosa que tocaba. Desde entonces, se encerró en sí misma y se negó a compartir con nadie más sus experiencias.

A Jane se lo contó enseguida. Estaba segura de que lo entendería sin suponer un obstáculo en su relación, y así fue. Incluso, bromeaban con ello continuamente restándole importancia.

Aunque mucha gente con esa disfunción también podía oler las formas o ver los sonidos en colores, ella no. Su oído y su olfato funcionaban correctamente, sin cruces de cables como solía decir.

Lo que no le había contado a Jane, era el color que veía cuando la miraba. Un color que muy pocas veces había podido experimentar antes de conocerla. Era el color del amor. Cercano al rojo, pero con distintas tonalidades más claras o más oscuras dependiendo de la intensidad y el momento. Tampoco, hasta ese momento, le había hablado de su sabor, del dulce de la vainilla que percibía al rozar su piel. Estaba enamorada de ella prácticamente desde el día en que la conoció, pero sabía que su amor nunca podría ser correspondido y lo respetaba. Ser su mejor amiga ya era un premio que no tenía precio y no estaba dispuesta a echarlo todo a perder bajo ningún concepto.

—Pero ¿cómo estás? Cuéntame. ¿Cómo fue el cumpleaños de Ashley?

—¡Genial! Mira...—sacó el móvil para mostrarle las fotos que había tomado aquél día—. Era la princesa más bonita de todas las hadas. Nos acordamos mucho de ti.

—Yo también me acordé, pero estaba claro que era mejor que no fuese. Además, me ponía enferma de sólo pensar que podía encontrarme con el animal de tu marido. Ese asno, troglodita, cuadrúpedo...

La camarera la interrumpió al servirles un par de té con unas galletitas de chocolate y nata que no podían faltar cada vez que iban a esa cafetería. Debía ser nueva porque no la habían visto otras veces y era bastante guapa.

—Oh, muchas gracias —le sonrió Serena seductora.

—De nada señor, aquí tiene —colocó en la mesa el pedido y se ruborizó ante la mirada atrevida que Serena le dedicaba—. Espero que les gusten, son la especialidad de la casa —añadió nerviosa.

Serena la siguió con la mirada observándola caminar hacia la barra.

—Uff —resopló.

—Esa mirada nunca te falla, ¿eh? —bromeó Jane.

—Lo malo es que sólo funciona mientras piensan que soy un tío —sonrió con ganas mostrando los dientes. Estaba acostumbrada a ese tipo de malentendidos. Su porte alto y delgado, su cabello rubio muy corto y la indumentaria masculina que utilizaba se prestaban a esas equivocaciones. Incluso Jane la había confundido con un hombre el día que se conocieron. Ambas rieron al recordar aquel encuentro años atrás.

—Bueno, volviendo al impresentable de tu marido.

—Serena, por favor...

—Es que, eso es exactamente lo que es, aunque parezca una persona educada y totalmente distinta.

—Las apariencias engañan, sería todo mucho más fácil si cada persona llevase escrito en la frente si es de confianza o no.

—¿Has oído hablar de la frenología? —preguntó Serena.

—No. ¿Qué es eso?

—Es una antigua teoría. Se creía que el carácter y la personalidad de un individuo lo determinaba el tamaño o la forma de su cráneo.

—Vaya, qué curioso —se sorprendió Jane.

—Llegó a arrestarse a inocentes porque, supuestamente, tenían un perfil físico de asesino. Y por otra parte les vino de perlas para justificar científicamente el racismo.

—Pues tampoco hubiese servido de mucho en este caso, Jason es bastante atractivo —discrepó Jane.

—Sólo es un disfraz que oculta lo podrido que está por dentro.

—Si lo miras así...Pero ¡qué locuras ha sido capaz de hacer el ser humano a lo largo de la historia!

—Sí, aunque aquello fue una locura, muchas personas siguieron esta teoría, incluso famosos como Francisco de Goya. Donó su cráneo en vida para su estudio cuando falleciese —continuó explicando Serena.

—Seguro que eso es un mito —opinó Jane.

—Pues no está tan claro porque parece ser que, años después, inhumaron sus restos y el cráneo no estaba...

—Nunca dejas de sorprenderme, eres un libro abierto. Me encanta conversar contigo y escuchar tus anécdotas —reconoció Jane.

—Para mí es un placer compartir el tiempo contigo. Y discúlpame si me altero hablando de Jason, es que no soporto cómo te trata. Os está arruinando la vida a ti y a Ashley. Déjame que me desahogue al menos diciendo lo que pienso de él. ¿Te ha vuelto a tocar?

—Bueno... —el gesto de Jane habló por ella.

—¡Lo sabía! ¡Hijo de puta! ¡Lo mataría con mis propias manos! — todo lo que abarcaba su campo visual acababa de volverse de un macilento tono amarillo. Dio un puñetazo en la mesa que llamó la atención de los demás clientes de la cafetería y rápidamente bebió un trago de té para intentar mitigar el desagradable sabor amargo que le provocaba la ira.

—Cálmate Serena, por favor...

—Pero ¿cómo puedes pedirme que me calme? Hace tiempo que deberías haberle denunciado. No está en sus cabales, Jane. ¿Qué te ha hecho esta vez?

—El día del cumpleaños me entretuve demasiado hablando con nuestros vecinos, él se presentó antes de tiempo y cuando llegó aún no me había dado tiempo a recogerlo todo...

—¡No me puedo creer lo que estás diciendo! No fue culpa tuya. Nada que tú puedas hacer justifica el maltrato ¿Me escuchas? ¡Nada!

—Es que, estaba tan contenta por lo bien que había salido todo y lo feliz que veía a Ashley, que me arriesgué demasiado.

—Que te entre de una vez en esa cabezota. Tú no eres la culpable. El único culpable es él.

—Lo sé. Y por eso no debería darle ninguna excusa para que se enfade.

—No necesita excusas Jane. Cualquier tontería puede ser un buen pretexto para él. ¿Qué te hizo?

—Me dio una bofetada. Se enfadó porque todo el mundo había felicitado a Ashley antes que él y me echó en cara que hiciera una fiesta mientras su madre estaba en el hospital. Cuando le dije que precisamente habíamos estado con ella esa misma mañana, explotó.

—Claro, en el fondo sabe que es un mal padre y eso le jode. Y no solo eso, también es un mal hijo. Me apuesto lo que quieras a que ni

siquiera ha ido a visitar a su madre al hospital.

—No ha ido. Theresa me dijo que era porque no podía soportar verla así.

—¡Ja!, El pobrecito... ¡y una mierda! Es un sádico y un cobarde.

—Al menos esta vez no había bebido —dijo Jane.

—Por supuesto, por eso no llevas ninguna marca —observó Serena con ironía—. Y seguro que después acudió a ti, llorando como un perro apaleado para suplicar tu perdón.

—Sí —respondió agachando la cabeza.

—Está jugando con tus sentimientos —le levantó de nuevo el rostro para que la mirase a los ojos—. Primero te agrade y después hace que sientas lástima. Incluso es capaz de hacerte sentir culpable.

—Cuando me pide perdón le creo. Realmente pienso que sufre de verdad y que está arrepentido. No puede estar fingiendo. Noto su dolor.

—¡Es el colmo! Llega a conseguir que te centres más en su dolor que en el tuyo propio. Y, ¿por quién crees que sufre? ¿Por ti? No le importáis un carajo. No sabe lo que tiene y solo se dará cuenta cuando lo pierda.

—Yo creo que sí que lo sabe. Es muy inteligente. Lo que pasa es que piensa que no lo va a perder nunca.

—Deberías denunciarle. Vete, sepárate y llévate a Ashley lejos de él.

—Y ¿de verdad crees que nos dejaría marchar tan fácilmente? No puedo pasarme la vida huyendo, no con la niña.

—Eres demasiado buena, ese es tu problema —la interrumpió Serena—. ¿Qué tiene que pasar para que te decidas? Algún día se le irá la mano y te matará. Me enteraré por las noticias de que mi mejor amiga está muerta. Y ¿aún no ha pegado a la niña?

—¡No! A ella no. Aunque a veces la trata con desprecio o simplemente la ignora, nunca le ha puesto la mano encima.

—Ten por seguro que más tarde o más temprano lo hará. Y cruza los dedos para que sólo sea eso lo que le haga.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jane con la angustia reflejada en el rostro.

—A ti te ha violado más de una vez, ¿no? Después de molerte a palos el muy cabrón no tiene suficiente y...

—Por favor, Serena. No continúes —las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas—. Eso no, no podría soportarlo —sollozó.

Serena se levantó y se sentó a su lado consolándola con un fuerte

abrazo. Sabía que se había excedido, pero tenía que hacerle entrar en razón antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo siento. Lo siento mucho. Tengo la delicadeza en el culo, ya lo sabes. Perdóname, por favor —le enjugó las lágrimas con sus pulgares percibiendo al instante, un sabor salado entre los labios—. Jane, escúchame. Pase lo que pase, sabes que yo siempre estaré ahí. Prometo que te ayudaré a salir de ésta como sea —besó su frente con ternura—. No llores, por favor. Me partes el corazón, y te aseguro que eres la única persona que puede conseguirlo —aseguró con el ceño fruncido por la preocupación.

—Gracias por estar ahí. Aunque me duela, necesito hablar de esto de vez en cuando para enfrentarme a mis propios demonios y darme cuenta de la gravedad del asunto. ¡Es tan fácil hablar contigo!

—Por ti lo que haga falta, ya lo sabes. ¿Quieres otro té? Sirven unas magdalenas de fresa que son un pecado. Vamos a ahogar las penas y a aliviar el alma con azúcar —llamó a la camarera de nuevo—. ¡Por favor! Dos magdalenas de esas que tienen tan buena pinta, un té con canela y otro de frutas del bosque.

—Enseguida —le sonrió la chica mostrándole una preciosa hilera de dientes blancos.

—Serena —interrumpió Jane cuando la chica se retiró.

—Soy toda tuya. Dime —volvió a enfocar toda su atención en su amiga.

—Ha pasado algo. Quería contarte...

—¿Qué ha pasado? No me asustes.

—El día del cumpleaños de Ashley, recibí una llamada de la policía estatal de Idaho.

—¿Y? —se acercó un poco más a ella expectante.

—Era de la brigada criminal. Han encontrado el cadáver de mi padre. Fue asesinado más o menos cuando desapareció.

—¡Dios mío! —Se tapó la boca con la palma de la mano—. ¿Qué, qué le pasó?

—No me han podido dar muchos detalles. Acaban de reabrir el caso. Parece ser que murió de un fuerte golpe en la cabeza —explicó Jane.

—¡Joder! Te lo dije. No te abandonó. Él te amaba. Seguro que pensaba volver pero alguien se lo impidió.

—Pero ¿quién? Era una buena persona...

—Quizá encontró a tu madre o descubrió algo que no debía sobre su paradero. Si finalmente ella hubiese huido con un hombre y años después apareciera tu padre para reclamar su amor, no creo que a ese hombre le hiciera mucha gracia.

—No es descabellado del todo...

—De todas formas sigue habiendo algo que no encaja. No tiene sentido que tu madre os abandonase así —observó Serena.

—Puede que ella también esté muerta desde el principio. ¿Y si a ambos los mató la misma persona?

—Te olvidas de tu hermano. Por aquél entonces ya era un hombre hecho y derecho. ¿Cuántos años tenía cuando se fue?

—Veintidós.

—Es mucha casualidad que se marchara de casa justo un poco antes que tu padre. Además tuvieron una pelea, ¿no? Y desde entonces, él tampoco ha vuelto a dar señales de vida...

—No, no he vuelto a saber nada de él. Es posible que ahora la policía pueda localizarlo.

—Probablemente tengan que tomarte declaración.

—Sí, tendré que ir un par de días. Además, cuando todo esto se aclare un poco, podré enterrar a mi padre para que sus restos por fin descansen. Me vendrá bien para hacer las paces con él y definitivamente extraer esa espinita que llevo clavada desde niña. Voy a intentar resolver por mi cuenta todo este rompecabezas. No sé, preguntaré a la gente, investigaré y buscaré entre sus pertenencias que aún deben estar en el desván de la abuela. La verdad es que nunca lo hice, supongo que no llegué a reunir los ánimos suficientes para ello.

—Te acompañaría de buen gusto, pero no quiero crearte problemas con Jason.

—Tranquila, es algo a lo que tengo que enfrentarme yo sola —le sujetó la mano cariñosamente—. Pero ¿te has dado cuenta de que en todo este rato que llevamos charlando solo hemos hablado de mí y de mis problemas?

—Es que, mi vida es demasiado aburrida como para perder el tiempo contándotela.

—De eso nada. No me has dicho cómo te fue al final con esa morenaza —continuó Jane sonriendo mientras le guiñaba un ojo picarona.

—Bueno, digamos que fue el típico ejemplo de que no es oro todo lo

que reluce. Estaba como un tren y me ponía a cien su manera de contonearse al caminar, pero debo estar haciéndome vieja. El sexo ya no ocupa el cien por cien de mi cerebro, ¿sabes?

—No, probablemente ahora lo haga en un... ¿noventa y nueve por cien?

Le encantaba bromear con Serena. Nunca se ofendía por nada. No ocultaba sus defectos sino que se reía de ellos de tal forma que dejaban de serlo. Podía abrirle su corazón sin tapujos porque ella siempre le ofrecía comprensión y cariño sin condiciones, sin esperar nada a cambio. Quería a esa mujer, por sus defectos y sus virtudes. Por su coraje al enfrentarse a un mundo en el que no acababa de encajar. Por el gran corazón que ocultaba detrás de su ruda coraza. Una coraza que se volvía suave y delicada cuando sabías cómo manejarla. Nunca le importó guardar las apariencias. Era ella misma en todo momento, no necesitaba agradar a nadie. Sincera, grosera, fuerte y frágil al mismo tiempo. Simpática con los suyos, pero distante y poco cordial con los que no se ganaban su respeto. Dinámica, intensa y tenaz. Así era ella y por eso la amaba tanto. A menudo le recordaba a Sherry, su amiga de la infancia.

—¡Qué bien me conoces! —aseguró Serena interrumpiendo los pensamientos de su amiga—. No, en serio. Durante la cena, estuve a punto de levantarme un par de veces y no volver. Es la persona más egocéntrica y narcisista que he conocido jamás. Sólo hablaba de ella misma, y cada vez que yo sacaba un tema de conversación, lo enredaba en segundos para que girase en torno a ella. Es tan guapa como insoportable. Así que, cuando acabé el café, le dije que me marchaba porque con el monólogo tan insustancial y anodino que había tenido que soportar durante más de una hora, tenía la cabeza como un timbal. Me levanté, me fui y allí la dejé con la boca abierta. No la he vuelto a ver... ¡Por suerte!

—¡Qué animal puedes llegar a ser cuando te lo propones! A veces deberías ser un poco más delicada...

—¡Pero si aguanté hasta el café! Porque en el primer plato ya tenía ganas de irme —replicó Serena.

—Como sigas forjándote esa fama, te va a costar encontrar pareja —opinó Jane sonriendo—. Pero debo decirte que te envidio. Eres genial.

—No era para mí. Ya habrá otras, no te preocupes —miró de reojo a la camarera que enseguida le sonrió activando su deseo y dejándole un toque de fresa ácida en el paladar.

Jane condujo de camino a casa con las pilas cargadas. Era el efecto que su amiga producía en ella. Le proporcionaba una inyección de energía cuando más lo necesitaba. Volvía reforzada y dispuesta a afrontar cualquier contratiempo, a caer y volverse a poner en pie, a no doblegarse ante nadie. Ella también era fuerte, aunque, al contrario que su amiga, sin coraza que la protegiera.

*«Que el amor nunca espere algo a cambio,  
y que en tu reinado no rija el dolor.  
Porque dar consuelo conforta a diario,  
y para el destino no hay domador.»*





## CAPÍTULO 4

# Un Gin Tonic y un Chopard

*“En asuntos de amor los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca.”*

Jacinto Benavente (1866-1954)

*Dramaturgo, director, guionista y productor de cine español.*

*Premio Nobel de Literatura en 1922.*

SUN VALLEY, IDAHO

*Invierno de 2005*

**J**ane se levantó muy temprano para ir a trabajar a la cafetería. No le entusiasmaba demasiado ser camarera, pero le permitía darse algún pequeño capricho de vez en cuando, además de colaborar en casa. La economía de la abuela no era precisamente boyante y aunque no carecían de nada, llegaban a fin de mes por los pelos.

En cuanto tuvo edad para trabajar, no tardó en hacerlo. Empezó cuidando niños, lavaba y planchaba ropa para los vecinos, limpiaba alguna casa... cualquier trabajo eventual que pudiera compaginar con el instituto. Cuando se graduó, consiguió un puesto fijo en el Claire's y los dos últimos años los había pasado sirviendo desayunos a falta de algo mejor.

Consultó su reloj al salir del coche. En cinco minutos comenzaba su turno de trabajo. Aún no había amanecido y el frío gélido le azotó el rostro sin piedad. La nieve caía con fuerza aquella mañana y apenas conseguía divisar las luces de la cafetería que parpadeaban a pocos metros de allí. Se abrigó y corrió hasta la entrada. Julie acababa de abrir y pronto empezarían a llegar los primeros clientes.

Estaban en plena temporada de esquí. Las laderas de Bald Mountain recibían a más de tres mil esquiadores de primera clase al día. Incluso algún famoso que otro solía elegir aquel destino de deporte invernal para pasar allí una temporada. Las calles de la ciudad se convertían en un

torrente de personas deambulando de un lado a otro cargadas con sus esquíes y tablas de snowboard atraídas por la fiebre del esquí.

Era la temporada en la que más trabajo había en la cafetería. Prácticamente no disponía de tiempo para descansar en toda la jornada. Los días que doblaba el turno, llegaba a casa extenuada, apenas comía uno o dos bocados y caía rendida en la cama. No le quedaba mucho tiempo para relacionarse y últimamente su vida social se había reducido tanto que era prácticamente inexistente. La única parte positiva era que conseguía ahorrar bastante dinero. Quería estudiar música y perfeccionar sus conocimientos de violín, pero no era barato. Había heredado de su padre el amor por la música y lo llevaba en la sangre. Aunque las ocasiones en las que él se sentaba al piano fueron escasas desde que perdió a su esposa, Moses siempre animó y ayudó a su hija a iniciarse en ese mundo tan maravilloso. Y lo consiguió, porque el violín formaba parte de su vida desde que comenzó a tocar a la temprana edad de seis años.

Entró en el restaurante con el frío helándole los huesos. Se sacudió la nieve y la humedad de la ropa y las botas antes de cerrar la puerta. Al menos en el interior, el ambiente estaba caldeado y resultaba muy acogedor con la música de jazz que se escuchaba de fondo.

Betty ya estaba acabando de limpiar la cocina. Podía verla a través del gran ventanal que comunicaba con la barra del bar. Se afanaba entre ollas y cacerolas rodeada de immaculados azulejos blancos. Con su delantal rojo y negro a juego con el gorro de cocinera, parecía toda una chef profesional.

Detrás de la barra, Julie secaba vasos que iba colocando en la estantería del fondo, entre los paneles decorativos negros de estilo moderno que habían instalado recientemente en la última reforma.

El mostrador se extendía prácticamente a lo largo de toda la sala y, justo en frente, se disponían varias filas de mesas perfectamente alineadas, desde las que podía contemplarse una imponente vista de las montañas nevadas.

Cada una de las mesas ya estaba preparada con un mantel blanco sobre el que descansaban varios caminos de mesa negros. En el centro, un pequeño jarrón con un lirio rosado de grandes pétalos le daba un aspecto moderno y agradable. Julie se ocupaba de encargar las flores que adornaban cada día las mesas. Las que había elegido en esa ocasión le parecían preciosas.

—Buenos días —saludó mientras aspiraba el aroma de una de aquellas bonitas flores que, curiosamente, era casi imperceptible—. ¿Qué tal lo llevas hoy Julie? —añadió mientras se despojaba de su ropa de abrigo y se dirigía al almacén para ponerse el uniforme.

—Más de lo mismo. Tratando de mentalizarme para soportar a esa panda de esnobs y estirados que llamamos clientes. Si no fuera porque tengo que llegar a fin de mes...

—Vamos, no es para tanto. Hay trabajos mucho peores —opinó Jane.

—¿A sí? Dime uno —interrumpió Julie expectante dejando de limpiar mientras Jane se colocaba el delantal.

—Pues, no sé... De mascota infantil, por ejemplo. Una vez tuve que hacer de gallina en pleno verano. Casi me da una lipotimia. Para colmo, estaba rodeada de niños que no dejaban de estirarme de las plumas y que continuamente me exigían que cacarease y los persiguiera. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no mandarles a todos al carajo, que era lo que realmente me apetecía. Después de cuatro horas a pleno sol, me pagaron veinte dólares y me invitaron a repetirlo al día siguiente. Me inventé una excusa y no volví a hacerlo. Eso es mucho peor que ser camarera, ¿no crees?

—Vale, es que me has puesto un ejemplo, Jane...

—Pues tengo otro más: imagínate el trabajo de un forense.

—¡Uff! —resopló Julie.

—Después de estudiar años en la universidad, se pasan el día rodeados de cuerpos y cadáveres que, a saber en qué estado les llegan. Con el continuo olor a muerte en sus pituitarias y enfrentándose a las penas y miserias de los finados a los que tienen que realizar la autopsia.

—Mujer, si han estudiado para ello, supongo que es porque les gusta. Ellos no lo verán como tú. Seguro que ni siquiera piensan que sus clientes alguna vez han sido personas con un nombre, una familia, una vida. Para ellos serán como un animal o un trozo de carne que diseccionar. Y vamos a dejar de hablar de estas cosas que al final le voy a coger el gusto a esto de servir cafés y limpiar mesas.

—¿Verdad que no está tan mal? —le sonrió Jane.

—Viéndolo desde esa perspectiva, mejor no me vuelvo a quejar. Y al menos aquí te dan propinas. Aunque no puedo evitar darme cuenta de que tus propinas son mucho más sustanciosas que las mías. ¿Qué les das? —

preguntó Julie.

—Eso es porque no sonríes lo suficiente. La gente que viene por aquí no sólo quiere llenar sus estómagos. También esperan pasar un rato agradable y tú puedes alegrarles el día si te lo propones, aunque sea con una simple sonrisa.

—Ya. El problema es que si no te sale del corazón te pasa lo que a mí. Cuando les miro a la cara y veo lo pijos que son, intento sonreír pero me sale una mueca que no debe alegrarles el día precisamente.

—No todos son así. Es verdad que la mayoría tienen bastante dinero, pero también hay gente corriente como nosotras —replicó Jane.

—Muy poquitos. No sé cómo te lo puedes tomar con tanta filosofía. Este trabajo, lo mires por donde lo mires, es un asco, aunque los haya peores.

—Supongo que intento involucrarme y hacerlo lo mejor posible para evitar estar continuamente disgustada.

—Yo sólo sé que, en cuanto pueda, me busco otro trabajo o un hombre que me mantenga y desaparezco de aquí —aseguró Julie volviendo a la faena.

—Pero ¿y mientras tanto? Deberías aprender a encontrar la felicidad en las cosas sencillas que ya tienes en vez de preocuparte por lo que un día puedas llegar a conseguir —sugirió Jane—. Una vez escuché una frase que se me quedó grabada. No sé quién fue su autor, pero creo que tenía mucha razón e intento seguir siempre su consejo. Decía algo así como que no debes pasarte la vida esperando a que pase la tormenta, es mejor que aprendas a bailar bajo la lluvia. De lo contrario, es probable que nunca amaine y habrás desperdiciado tu vida esperando.

—Pues a mí nunca me gustó bailar, no se me da bien. De momento esperaré a ver si se despeja esa tormenta de la que me hablas. Y déjate ya de darle tanto al coco que, además de amargarme el día, luego empiezan a llegar los clientes y no hemos acabado de limpiar. ¡Vamos bailarina, utiliza un poco más tus manos!

Las tres camareras continuaron con su rutina diaria hasta que empezaron a llegar los primeros clientes y la calma inicial se convirtió en el ajetreo usual de esas fechas.

La tarea de Jane era la de recoger las mesas y repartir los pedidos. Todas se compaginaban bastante bien y, aunque ninguna podía permitirse

muchos descansos, los clientes se iban satisfechos por el trato y la eficiencia en el servicio. Jane iba y venía con la bandeja repleta de cafés, tostadas, donuts, huevos revueltos, salchichas y una gran variedad de desayunos.

—¡Hoy sí que vas estresada, Jane! —la saludó uno de los clientes habituales.

—Buenos días señor Growney. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

Jane se detuvo un instante en el pasillo cargada con la bandeja repleta de cafés y se dio media vuelta para saludar al anciano con una gran sonrisa. Le agradaba verle cada día sentado en la misma mesa, en la misma silla y con el mismo desayuno. Un café cargado sin azúcar, un zumo de naranja y unas tostadas con mantequilla y mermelada de frambuesa.

Al volverse de nuevo para continuar su camino, tropezó con alguien que, segundos antes, no estaba allí. El contenido de su bandeja se derramó por el suelo y una buena cantidad de café fue a parar a la camisa blanca de la persona con la que acababa de colisionar.

—¡Lo siento mucho! ¡Qué torpe soy! No le he visto —Jane levantó la mirada azorada y se encontró con un hombre corpulento y musculoso cuya melena rubia caía en varios mechones sobre la frente resultando muy atractivo. Sus ojos azules se encontraron con los de Jane y le sostuvieron la mirada en silencio durante unos segundos tan largos que acabaron por intimidarla y hacer que parpadeara exageradamente. Él le sonrió sin parar de mirarla ni un instante.

—No te preocupes. Si me miras así, puedo dejar que derrames café sobre mí todas las veces que quieras —le alzó el mentón con el dedo índice para que le mirase a los ojos de nuevo—. No pasa nada, no es mi única camisa.

—Por favor, al menos venga conmigo e intentaré disimular la mancha con un poco de agua. No puede ir así hasta su casa o su hotel —Jane le señaló la puerta del lavabo para que la acompañara.

—Como quieras, pero no es necesario.

—Por favor, insisto, debí tener más cuidado.

Él fue tras ella hasta el lavabo y, una vez allí, se quitó la camisa dejando al descubierto un torso perfecto. Unos abdominales de infarto atrajeron sin remedio la tímida mirada de Jane por mucho que ella

intentase evitarlo.

—Por la cara que pones parece que nunca hubieses visto a un hombre desnudo de cintura para arriba —opinó él, divertido ante el mal rato que estaba haciendo pasar a la camarera.

—Por favor, ¿me da su camisa e intento lavarle la mancha? Mu... muchas gracias.

—Me llamo Jason, Jason Blackwell. Y ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Oh, mi nombre es Jane Parton.

—Encantado señorita Parton —le sujetó la mano con delicadeza y se la llevó a la boca para besarla como un auténtico caballero.

Jane liberó su mano de entre las de él y se escabulló hacia el lavabo para continuar ocupándose de la maldita mancha. Ese hombre le hacía sentirse completamente desprotegida pero a la vez le nublabla la razón. Era una situación demasiado embarazosa para ella y ni siquiera le contestó. Se afanó con la camisa y no volvió a hablarle hasta que hubo acabado. Al levantar la mirada lo vio a través del espejo contemplándola fijamente y sonriendo. Demasiado cerca de ella para su gusto.

—Ya está. Casi no se nota. Ahora lo secaré con el secador de manos.

Encendió el secador pero estaba estropeado y cada vez que soltaba el botón de encendido para sujetar la prenda, éste se apagaba.

—Deja que te ayude —se ofreció él, acercándose para mantenerlo pulsado.

Estaba a su lado, con el torso desnudo casi rozando sus brazos. No podía ser algo casual, demasiado cerca. A Jane le resultaba una situación tan incómoda como excitante. Volvió a elevar la mirada pero la desvió al momento al percatarse de que él la estaba observando descaradamente. Casi se derrite. Un hormigueo de placer le recorrió el bajo vientre haciendo que se ruborizara al instante.

—¿Te pongo nerviosa? —le susurró él sonriendo.

Jane le dio la camisa y se encaminó hacia la puerta de salida del lavabo.

—Ya lo tiene señor. Siento las molestias. Ahora tengo que continuar trabajando o mi compañera se va a enojar.

Él dio unos pasos hacia ella mientras comenzaba a ponerse la camisa.

—Oye, siento si te he incomodado. No era mi intención asustarte. No sé qué me ha pasado. Lo siento Jane Parton.

—No, tranquilo, es sólo que... debo volver al trabajo —Jane salió por la puerta sin darle pie a continuar la conversación y cogió su bandeja para continuar sirviendo.

—¿Dónde coño te habías metido? —protestó Julie—. Me he quedado sin tazas limpias y algunos clientes se están poniendo nerviosos por la espera.

En ese momento vio al atractivo rubio que salía tras ella abrochándose los botones de la camisa. La mandíbula se le descolgó al tiempo que abría los ojos como platos. Jane ya había empezado a recoger las mesas más próximas y no se percató de la cara de asombro de su compañera.

Durante los minutos que siguieron a aquel encuentro, se concentró tanto en su trabajo que no advirtió que aquel hombre había desaparecido. Lo buscó con la mirada entre el resto de clientes pero no lo encontró. Reparó, para su asombro, que le desilusionaba su ausencia.

A la primera oportunidad que tuvo Julie de acercarse a ella, le susurró al oído:

—¡No me fastidies que te lo has tirado en el cuarto de baño!

—Pero ¿qué? ¿Qué dices? ¿Cómo puedes pensar eso?

—No nací ayer, bonita. ¿Qué hacíais tanto tiempo los dos solos allí? Y lo vi vestirse cuando salía sonriendo como un tonto detrás de ti...

—No es lo que piensas —aclaró Jane—. Se me cayó un café sobre su camisa y se la estaba lavando.

—Venga ya...

—¡Que es cierto! Lo que pasa es que mientras yo lavaba su camisa y él estaba a mi lado medio desnudo, creo que intentó seducirme, o al menos me dio esa impresión. Entonces me asusté y casi salí corriendo.

—No me lo puedo creer. Para un tío bueno y con pasta que entra en este antro dispuesto a mirar a la camarera como una mujer en vez de como un objeto, vas y te lo ligas tú. Y encima lo dejas con tres palmos de narices. La vida no es justa, si ya lo digo yo. Pero ¿por qué no le habré derramado yo el café por encima? A mí no se me hubiese escapado ni loca.

La dejó sola maldiciendo su mala suerte enfurruñada y continuó su trabajo como si nada hubiera pasado, aunque tenía que reconocer que ese hombre, Jason creía recordar que se llamaba, había conseguido despertar su interés.

A las dos acababa el turno de Jane. El día anterior había doblado y no podía hacerlo dos días seguidos. Su jefe decía que el cansancio borraba las sonrisas y en ese tipo de negocios, una cara bonita con una sonrisa era imprescindible.

Julie y ella salieron de estampida cada una pensando en sus cosas. El frío les cortó el rostro al instante y ambas se apresuraron hasta el aparcamiento.

—¡No me jodas! —exclamó Julie mirando fijamente hacia el Toyota Camry de Jane.

—¿Qué pa...? —No pudo terminar la frase porque se quedó sin aliento. Allí estaba el atractivo hombre que, poco antes, la había hecho temblar en el lavabo con una simple mirada. Parecía estar esperándola apoyado en su propio coche.

—Bueno, te dejo. Yo tengo que irme —refunfuñó su compañera—. Y, ¡no dejes que se te escape esta vez! —le susurró sin apenas mover los labios.

—Hasta mañana, Julie —consiguió articular Jane mientras se acercaba al coche sin apartar la mirada del hombre que la esperaba.

—Hola, Jane —saludó Jason—. Le pregunté al señor Growney cuál era tu coche y no dudó en darme la información. Incluso me ofreció gratuitamente un resumen de lo que él cree que ha sido tu vida hasta ahora. Interesante, diría yo —bromeó acercándose a ella con una gran sonrisa seductora y muy consciente de que así la dejaba fuera de juego—. Me preguntaba si ya has tomado algo. Si no es así, ¿querrás acompañarme y comemos juntos? Me gustaría conocerte.

—Yo...no, no he tomado nada aún, pero mi abuela me espera para comer.

—¡Anímate! No voy a morderte. Será aquí al lado.

—Es que no...

—Cuando te he visto en la cafetería, he sentido algo que hace mucho tiempo que no experimentaba. Por favor, dame la oportunidad de charlar un rato contigo y conocerte. Puedes llamar a tu abuela para que se quede tranquila.

Jane estaba totalmente desconcertada. Ella también había sentido algo especial aquella mañana. Aquel desconocido la había mirado como ningún

otro hombre lo había hecho antes. Había percibido una conexión entre ellos, como si se conociesen de toda la vida. Una energía que fluía a través de sus ojos y recorría todo su cuerpo. Por el camino atravesaba su corazón alterando su ritmo, pasaba por su estómago despertando a miles de mariposas que debían estar allí dormidas desde hacía tiempo y finalmente cruzaba el túnel de su entrepierna provocándole un estremecimiento. Intuía que él había sentido algo parecido y por eso estaba allí. ¿Por qué no darle una oportunidad? En realidad, si accedía, la oportunidad sería también para ella misma. Le atraía ese hombre tan osado.

—Está bien. Llamaré a mi abuela para que no me espere. Pero después de comer tengo que marcharme —agregó bajando la mirada para no enfrentarse directamente a sus ojos.

—¡Perfecto! Vamos. Conozco un restaurante aquí al lado en el que se come muy bien. Podemos ir paseando —continuó diciendo mientras la cogía de la mano y casi la arrastraba calle abajo entusiasmado.

Jane tenía la sensación de que todo había sido un poco forzado, pero estaba cómoda con su compañía. No habían parado de charlar entre bocado y bocado y no hubo ningún silencio incómodo propio de la falta de temas para continuar hablando entre personas con poca confianza. Muy al contrario, podía percibir la química entre ellos. Él era una persona culta con la que se podía hablar de cosas interesantes y mantener largas conversaciones en las que los participantes pudieran exponer sus puntos de vista. Ella había tenido otras citas con algún chico del instituto, pero siempre se había visto obligada a rebajar su nivel intelectual al de su acompañante. Siempre volvía a casa convencida de que era un bicho raro que no encajaba en el mundo en que vivía. Tenía una teoría propia, confirmada y ratificada con el paso del tiempo: Cuánto más guapo y atractivo era el chico con el que quedaba, más espacio de su cerebro dedicaba a sí mismo, con lo que la porción que le restaba para ofrecer a los demás era muy reducida, en ocasiones ínfima. Era cierto que un cuerpo espectacular no solía ir acompañado de una mente resplandeciente. Por esa razón, su vida amorosa había sido siempre un desastre. En esos momentos, sentada frente a Jason y charlando como lo estaban haciendo, le parecía que por fin había encontrado a alguien con quien poder ser ella misma. Le gustaba su compañía y lo mejor era que intuía que ese

sentimiento era recíproco.

Una copa con bolas de helado adornada con frutas le hizo abandonar sus pensamientos. El camarero acababa de servirles el postre y se retiraba discretamente sorteando las demás mesas.

—¡Madre mía! Vas a ser el responsable de mi próxima dieta —se quejó Jane con semblante glotón sin dejar de observar el delicioso montón de calorías que tenía delante.

—Lo he pedido para los dos. Espero que sea la primera de muchas cosas que pueda compartir contigo. Además, estoy convencido de que debajo de esa capa de ropa no te sobra ni un solo gramo de grasa como para hacer una dieta —le sujetó la mano mientras miraba fijamente sus ojos verdes. Unos ojos que no pudieron sostenerle la mirada al advertir un intenso rubor que se extendía por sus mejillas y le caldeaba las orejas—. Me gustaría volver a verte Jane. Estaré en Sun Valley unos cuantos días más y quisiera invitarte a cenar, a pasear para contemplar juntos la belleza natural de este lugar, no sé...conocerme un poco más. Me agrada mucho tu compañía. Me hipnotiza tu mirada y me encanta tu sencillez y la timidez que reflejan tus ojos. Eres preciosa. ¿Me concederías el inmenso honor de poder cenar contigo esta noche?

A Jane le daba vueltas la cabeza. Seguramente sería el efecto del vino, al que no estaba muy acostumbrada. O quizá era por lo abrumada que se sentía. Nunca nadie le había hablado tan claramente. Había sido muy directo y sincero con ella. Aquel hombre, al que acababa de conocer, le estaba abriendo su corazón de par en par y allí estaba ella, sin saber qué decir o cómo reaccionar. Muda de repente y confundida. Pero tampoco podía ignorar la atracción que sentía por él. Su corazón y sus hormonas se desbocaban en un galope frenético con cada mirada, mientras que su cerebro, más razonable y cabal, intentaba sin mucho éxito coger las riendas y detener la carrera.

—Lo siento. Esta noche tengo una cita ineludible —se excusó sin ni siquiera saber por qué había mentido y arrepintiéndose al instante. Estaba un poco asustada por la rapidez con la que se estaban desarrollando los acontecimientos.

Una sombra oscureció la mirada de su acompañante y, por un momento, a Jane le pareció identificar un atisbo de locura en sus ojos que apenas duró unos segundos.

—¿Has quedado con otro hombre? —le preguntó cambiando el tono

de voz y haciendo un gesto repentino con la mano que apagó una de las velas que adornaban la mesa. Jane se sobresaltó arrastrando unos centímetros su silla hacia atrás. En ese momento, el volvió a sonreírle y cogiéndole la mano, se la llevó a los labios —. Quiero decir, ¿de verdad no puedes? Me romperás el corazón.

—No, lo siento. Muchas gracias por tu invitación. Ha sido muy agradable compartir este rato contigo —se levantó y comenzó a ponerse el abrigo—. Tal vez en otro momento podamos repetirlo, ahora debo irme.

Él se quedó sentado en silencio, observando cómo ella se marchaba precipitadamente. Cogió su móvil y llamó a su abogado y hombre de confianza. Tenía que saberlo todo acerca de esa mujer que empezaba a volverle loco. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan ilusionado y no iba a dejarla escapar tan fácilmente.

Pidió la cuenta y salió del restaurante hablando por teléfono. La nieve volvía a caer con fuerza cuando alcanzó su coche.

...

Jane llegó al Claire's a la mañana siguiente con la convicción de que sus compañeras la iban a someter a un tercer grado. Y no se equivocaba. Ambas estaban esperándola impacientes.

—Por favor, dinos algo. ¿Qué pasó? No aguanto la incertidumbre —aseguró Betty acercándose a ella antes siquiera de que le diera tiempo a quitarse el abrigo.

—No pasó nada, tranquilas. Sólo me invitó a comer, charlamos un rato y poco más.

—Está clarísimo que le gustas —interrumpió Julie a su lado—. Ayer le faltó babear cuando te vio llegar en el parking. Hazme caso que yo de esto entiendo mucho. Sé cuándo un hombre se ha enganchado de verdad y éste ya tiene el anzuelo bien clavado —opinó con una sonrisa maliciosa.

—Julie, por favor. No se trata de pescar a nadie. ¿Cómo puedes ser tan bruta?

—Pues claro. A los tíos hay que pescarlos y amarrarlos bien en corto para que no se escapen. Sobre todo si son de los que rebosan pasta por las orejas.

Betty rio a carcajadas como una niña y Jane se volvió para empezar a trabajar y zanjear la conversación.

—Bueno, vale ya. No pasó nada. Él quería que nos viésemos más veces, pero me asusté y me fui precipitadamente dejándolo plantado. Puede que no quiera saber nada más de mí, así que, por favor, tema olvidado —protestó mientras colocaba un mantel limpio sobre una de las mesas.

—Ya te lo dije, Betty. Ésta es tonta de remate. No sabe aprovechar las oportunidades que la vida le planta delante de las narices. No me extraña que con veintitantos años aún siga sola y viviendo con su abuela —opinó Julie en voz baja.

—No seas critica —le espetó Betty—. Tiene mucho más sentido común que tú, y como persona posee unos valores que ya te gustaría a ti llegar siquiera a entender —se dirigió a la cocina dejándola allí de pie farfullando algo por lo bajo.

Jane, que las había oído cuchichear, sabía que estaban chismorreando a sus espaldas, pero no le importó. En el fondo no tenían malicia ninguna de las dos.

En ese momento, un chico joven de unos quince años, entró en el restaurante dirigiéndose hacia ella con determinación.

—Hola, ¿eres Jane Parton? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondió ella confundida.

—Esto es para usted. Buenos días —le entregó un sobre con su nombre escrito y desapareció tan rápido como había llegado. Jane se quedó allí inmóvil, mirando fijamente la nota que tenía en las manos. Tardó en reaccionar unos instantes hasta que, por fin, se sentó en una de las mesas y comenzó a leer en silencio, ante la atenta mirada de sus dos compañeras.

*“Jane, espero no haberte molestado con mi comportamiento. A veces, cuando me dominan los sentimientos, puedo llegar a ser muy impulsivo.*

*No entiendo qué me ha pasado ni cómo ha podido ser tan rápido pero, me temo que has despertado algo en mi corazón.*

*Por favor, necesito volver a verte. Estaría encantado si esta noche accedieras a cenar conmigo en mi hotel, el Sun Valley Lodge, aunque entendería y respetaría tu decisión si finalmente decidieras no acudir.*

*Te espero impaciente.*

*Jason.*”

—¿Y bien? —la apremió Julie. Betty y ella estaban expectantes frente a Jane—. Es una nota suya, ¿verdad? Oh, ¡por Dios!, dinos algo, no puedo soportar la incertidumbre...

—Déjala tranquila, Julie —replicó Betty mientras continuaba con la tarea de barrer el local—. Es su vida privada, no tiene por qué contarnos nada.

—Es que tú no lo viste, Betty. Está buenísimo y rezuma pasta por todo su cuerpo. Es una oportunidad de oro para cambiar de vida y no se está dando cuenta. Jane, lo tienes justo delante y no lo ves. No lo dejes escapar, no seas tonta. Seguramente vuelvan a pasar otros trenes por tu vida, pero créeme, no serán como éste.

—Me invita a cenar en su hotel esta noche —anunció Jane guardando de nuevo la nota en el sobre.

—¿Y? Tienes que ir, no puedes dejarlo plantado.

—No lo sé Julie, lo acabo de conocer.

—Pero te gusta, no lo niegues. Me he fijado en cómo te brillaban los ojos cuando le mirabas.

—Sí, bueno. No está mal. Me gusta, pero...

—Pues ve a la cita y date al menos la oportunidad de conocerle mejor. Siempre puedes retroceder después si resulta que no es lo que esperabas. No pierdes nada —opinó Julie volviendo por fin al trabajo y negando con la cabeza.

—Tengo que pensarlo. Estoy hecha un lío.

Había nevado durante la mayor parte del día y los parques y jardines estaban cubiertos de una espesa capa de algodón blanco. Nada que ver con las zonas por las que transitaban los coches y peatones, donde la nieve se había derretido en parte y todo estaba sucio y pisoteado formando charcos. Hacía mucho frío y la noche estaba estrellada. Unos pocos transeúntes se dirigían apresurados al calor de sus hogares.

Jane aparcó su Toyota negro en uno de los huecos que pudo encontrar entre la larga hilera de coches del hotel. No salió inmediatamente. Se detuvo unos instantes a contemplar el cielo. La noche estaba tan despejada que se podían contar las estrellas y, a pesar de que la luna resplandecía a su lado, no les restaba protagonismo.

*«Siempre están ahí» —pensó—. «Aunque las nubes no te dejen verlas, ellas continúan ahí, en el mismo lugar, brillando durante milenios. Como centinelas que cuidan de nosotros recordándonos que pueden alumbrarnos y mostrarnos el camino en los momentos difíciles. Como mis padres allá donde estén, aunque no pueda verlos, sé que ocupó un sitio especial en sus corazones»*

Al salir del automóvil, sus tacones se clavaron en la nieve. Pensó que no había empezado con buen pie y trató de sacudir los zapatos antes de que los trozos de escarcha, que se habían colado en su interior, se derritieran. Llevaba un vestido azul escotado por la espalda hasta casi la cintura, cubierto con un abrigo de lana negro. Se había maquillado y arreglado el pelo. Quería estar guapa y lo había conseguido, estaba deslumbrante.

Caminó con pasos inseguros hasta la recepción del hotel. Tras el mostrador, una mujer de mediana edad elevó la mirada distraída hacia ella mientras hablaba por teléfono.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarla? —inquirió izando una ceja con expresión agria cuando colgó.

—Buenas noches. Había quedado con el señor Jason Blackwell.

—Un momento, por favor —volvió a descolgar el auricular y marcó un número.

Jane paseó por la recepción del hotel quitándose el abrigo y colocándose sobre el brazo. Un gran árbol de navidad decoraba el hall principal. Se acercó a los grandes ventanales y, a través de los cristales empañados, pudo observar un lago prácticamente congelado en el que se reflejaba la luna. Era un entorno magníficamente ambientado que le hacía volverse sentimental.

—¡Has venido! ¡No sabes lo que me alegro! —escuchó decir a Jason a sus espaldas.

Jane se volvió y lo vio acercándose con los brazos abiertos. Vestía una americana negra, vaqueros y camisa blanca. Estaba verdaderamente atractivo. Sujetó a Jane por los codos y le dio un beso de bienvenida en la mejilla. Ella aspiró su seductor aroma y el vello se le erizó al entrar en contacto con la piel de su rostro.

—Ven. Nos han preparado algo especial. Te gustará —anunció él

cogiendo su mano.

Entraron en el restaurante del hotel. Era temprano y sólo unas pocas mesas estaban ocupadas con sus comensales listos para la cena. Ambos se encaminaron hacia uno de los rincones donde habían dispuesto un reservado. Una mesa para dos les esperaba, engalanada con flores, al candelero de unas velas que flotaban en un recipiente transparente.

Jason le retiró la silla para que se sentara y pidió una botella de vino al camarero que esperaba paciente mientras ellos se acomodaban. A Jane todo aquello le pareció muy romántico.

—Muchas gracias por haber venido, Jane —le tomó la mano acariciándola con suavidad—. Tengo que confesarte que, cuando te he visto esperando en la recepción, el corazón se me ha desbocado —se acercó y le rozó lenta y delicadamente los nudillos con los labios, sin apartar su mirada de la de ella—. Estás preciosa.

El camarero sirvió el vino y él levantó su copa proponiendo un brindis.

—Por nosotros. Por el presente y por un futuro prometedor.

Jason esbozó una sonrisa encantadora cuando sus copas chocaron. Ella no contestó, no sabía que decir. Simplemente le devolvió la sonrisa y bebió.

La cena transcurrió envuelta en un ambiente muy agradable y la conversación fluyó entre ambos con la misma facilidad que el día anterior. Él le contó que poseía una empresa maderera que había heredado de su padre al morir éste. Por cómo lo describió Jason, David Blackwell debió de ser un hombre muy serio y circunspecto, además de muy trabajador. Falleció muy joven, cuando Jason tenía solamente trece años. Se quitó la vida de un tiro, una fría noche de invierno, en el despacho de su propia casa. Fue entonces cuando, la pequeña fortuna que había amasado, pasó a manos de su único hijo. Jason, muy afectado por su desaparición, se juró mantener el negocio como lo hubiese hecho su propio padre. Por ese motivo, su vida giraba casi por completo entorno al trabajo, viendo, en el éxito de cada proyecto, una oportunidad para honrar a su progenitor.

Jane estaba muy impresionada con la sinceridad que él le brindaba. Apenas acababan de conocerse y le había abierto plenamente su corazón. Al mismo tiempo, le inspiraba la suficiente confianza como para hacerlo

ella también, así que le contó algunos detalles de su pasado. La desaparición de sus padres y su hermano cuando era niña y la adolescencia vivida posteriormente junto a su abuela.

—Tiene que ser una mujer excepcional —observó Jason.

—¿Quién?

—Tu abuela Kathleen. Se ha ocupado de ti como si fueses su propia hija.

Jane tardó unos segundos en contestar.

—¿Cómo sabes su nombre? —inquirió un tanto desconcertada.

—Me lo has dicho tú, Jane —sonrió sorprendido.

—No, no recuerdo haberlo pronunciado en ningún momento —una arruga de preocupación surcó su frente.

—Pues si no me lo has dicho tú, ¿cómo iba a saberlo? Que yo sepa no soy adivino —bromeó—. Creo recordar que lo mencionaste ayer durante la comida —aclaró.

—Es posible —aceptó Jane—. Discúlpame.

—Tranquila, a mí me pasa a menudo —agregó él.

Estaba casi segura de que no había sido así, pero no quería arruinar la velada poniéndose paranoica, así que, sin darle más importancia, lo apartó de su cabeza con un buen trago de vino.

Ya en los postres, la conversación había tomado un cariz mucho más desenfadado. Jane podía sentir de nuevo el efecto del alcohol embotando sus ideas y una agradable calidez había sonrojado sus mejillas. Jason le sostenía una mano, que acariciaba lentamente con su dedo pulgar. Había un destello de deseo en sus ojos que no contribuía precisamente a que el rubor de Jane se calmara. Estaba acalorada, aunque tenía los pies mojados y congelados.

—Uff —se quejó—. Tengo los pies helados. Me temo que estos zapatos no han sido una buena elección para un día como hoy.

Él se agachó y le levantó un pie colocándoselo sobre su rodilla. Le quitó el zapato y comenzó a masajearlo sensualmente.

—¡Madre mía! Tus pies son un témpano de hielo. Subamos a mi habitación y te presto unos calcetines mientras secamos los zapatos o enfermarás —Jason le colocó el zapato de nuevo y se levantó decidido.

Jane se incorporó y, quizá debido al efecto del alcohol que le hizo perder la sensatez, lo acompañó cogiéndole de la mano.

Una vez en la habitación, Jason sirvió un whisky para él y un gin tonic para ella. Se sentaron en la cama y volvieron a brindar. Dejando la copa sobre la mesita, él colocó las piernas de Jane sobre su regazo y le quitó los zapatos para tratar de calentarle los pies con un delicado masaje.

Acariciaba hasta el último milímetro de piel de cada uno de sus dedos, ascendiendo después muy lentamente hasta la rodilla y el inicio del muslo. En el momento en que sentía la reacción de ella, volvía a bajar hasta los dedos para comenzar de nuevo. Era tan sensual que Jane tuvo que entreabrir los labios para poder mantener el ritmo acelerado de su respiración. Estaba tremendamente excitada.

Él acercó la boca a sus pies y comenzó a calentarlos con su aliento cálido. Lentamente, sus labios se toparon con los dedos y su lengua se abrió camino entre ellos lamiéndolos suave pero intensamente. Ella se retorció de placer mientras se ruborizaba. Siguió lamiéndole ascendiendo por su tobillo, la rodilla y el muslo. La delicadeza inicial se estaba transformando en desenfreno. Jane se arremangó el vestido jadeando. La intensidad de las sensaciones que recorrían su cuerpo alentado por el alcohol, hacían que quisiera cada vez más.

—¿Quieres que continúe? —susurró Jason con las manos sujetando sus nalgas y colocando los pulgares en sus ingles bajo su ropa interior.

—Sí, por favor, sigue —resopló ella.

La lengua de Jason siguió ascendiendo por el muslo posándose sobre su sexo. Con suaves mordiscos estiraba del diminuto tanga negro de encaje y, de vez en cuando, rozaba con los dientes su turgente clítoris.

—¡Ahhh! ¡Por Dios! —jadeó Jane enredando los dedos en el alborotado cabello rubio de él y ajustando el ritmo de sus movimientos al de su cabeza.

—Dime que te gusta. ¡Dímelo!

—¡Sí! Me vuelve loca. ¡Sí!

Jason se tumbó sobre ella estrujando sus senos con tanta fuerza que le provocó un gemido. Con manos hábiles, le levantó el vestido dejándoselo arrugado alrededor del cuello. Le bajó el sujetador de encaje hasta que sus pezones excitados quedaron al descubierto. Los contempló durante breves instantes y se los llevó a la boca juntando ambos pechos con las dos manos y saltando de uno a otro, absorbiéndolos con furia, lamiéndolos con pasión.

Jane podía sentir su erección rozándole la entrepierna y acompasaba

sus caderas al ritmo que él marcaba, completamente encendida. A esas alturas, el alcohol le nublaba la vista y se sentía un poco mareada, pero a la vez su cuerpo ardía y se convulsionaba con delirio.

—Me vuelves loco. Desde el momento en que te vi, supe que tenías que ser mía y que no podría parar hasta estar dentro de ti. Quise follarte allí mismo, en el baño de la cafetería —se llevó la mano a la entrepierna y se bajó la cremallera sacándose su grueso miembro palpitante y mojado y rozando con él su vientre. Comenzó a introducirle sus dedos índice y corazón embistiéndola con fuerza y gimiéndole al oído.

Jane sintió un intenso dolor provocado por su rudeza y, en un momento de lucidez intentó apartarse.

—Jason, soy virgen —le aseguró.

—¿De verdad? Pues, me temo que vas a dejar de serlo —le susurró él sujetándola con fuerza y cada vez más excitado.

—¡No! ¿Qué estamos haciendo? —protestó Jane intentando zafarse de debajo de aquel cuerpo ardiente.

—Estamos follando, ¿no lo ves? Vamos, si te gusta más que a mí, puedo notarlo. No tienes que disimular. Mira... —sujetó su verga con decisión y la penetró con fuerza soltando un gemido de placer —. ¡Sí! ¡Ahhh! —gritó.

Jane sintió un dolor tan intenso que le hizo perder el conocimiento.

Cuando despertó, él le acariciaba suavemente la mejilla.

—Lo siento cariño. No sabía que fueras virgen y que podía hacerte tanto daño. Estabas tan excitada que creí que querías jugar a resistirte, así que te seguí el juego. No me di cuenta de que iba en serio hasta que te desmayaste. Perdóname. Eres lo mejor que me ha pasado desde hace mucho tiempo. Quiero que sigas a mi lado y llenar tu vida. Puedo hacerte muy feliz —la besó con amor en los labios mientras le ponía en el dedo un anillo con delicadas piedras preciosas.

Jane se incorporó. Le dolía tremendamente la cabeza y estaba muy confundida. Se llevó la mano a su entrepierna dolorida y notó la tibieza de la sangre entre sus dedos. Tenía vagos recuerdos de lo sucedido. Escenas inconexas bailaban en su mente como sacadas de uno de sus sueños. Recordaba una tremenda excitación, los besos, las caricias...pero también algo desagradable. La sensación de querer huir y no poder la invadía como en una pesadilla. Revivió cómo él la había sujetado con fuerza

mientras la poseía y le rasgaba las entrañas. ¿La había violado? Las lágrimas recorrieron sus mejillas sonrosadas. Tantos sentimientos enfrentados formaban un batiburrillo en su cabeza que no le dejaban pensar con claridad. Estaba desconcertada.

Contempló su dedo engalanado con la sortija de brillantes ensartados en hebras que rodeaban una gran gema roja.

—¿Te gusta? Es para ti. Por favor, acéptalo. Es un Chopard de diamantes con un rubí.

—¿Un Chopard?

—Oh, es una compañía suiza que fabrica relojes y joyas.

—Esto no tiene ningún sentido. Hace sólo dos días que me conoces y me regalas una joya carísima. No lo entiendo.

—Pero el anillo no es lo importante, no son más que unas piedras. Lo verdaderamente importante es su significado...

—¿Cuál es su significado? —interrumpió Jane.

—Pues, es... el comienzo de algo juntos.

—No necesito un anillo para continuar a tu lado, si es que al final decido hacerlo. Ahora estoy muy confundida, lo siento.

—¿Y si fuera un anillo de compromiso?

—¿Qué? ¡No puedes decirlo en serio! No nos conocemos en absoluto.

—Te conozco lo suficiente para saber que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. Por eso te he regalado el anillo, para que lo recuerdes cada vez que lo mires.

—¿Estás borracho?

—No cielo, estoy perfectamente sobrio. Sé lo que hago y también sé lo que quiero, y te quiero a ti.

—Yo... necesito pensarlo con tranquilidad. Todo ha ido demasiado rápido y ahora debo marcharme. Es tarde y no quiero preocupar a mi abuela —se excusó quitándose el anillo y dejándolo sobre la mesita de noche antes de ponerse el abrigo.

—¡Claro! Piénsalo. Te acompaño al coche, pero nos vemos mañana, ¿verdad? En unos días tendré que regresar a Shelton por negocios, no he podido eludirlo, pero cogeré un avión de regreso en cuanto pueda. Me gustaría hablar contigo del futuro, de nuestro futuro...

Conduciendo de vuelta a casa, Jane no sabía que pensar. ¿Estaba

hablando en serio? ¿Le había propuesto matrimonio? No exactamente, aunque sí dejó una puerta abierta a esa posibilidad. Por una parte le parecía tentador la oportunidad de tener una casa propia, un hogar, y lo que era más importante, alguien que la amara apasionadamente. Pero, por otro lado, se sentía como un pájaro al que intentaban anillar. Una posesión que se marca para advertir a los demás de que, por muy tentadora que sea, tiene un dueño. Y a juzgar por la calidad del anillo, un dueño muy poderoso.

En sus sueños de adolescente, siempre había imaginado cómo sería su primera vez. Algo muy romántico donde su pareja la tratase con amor y delicadeza. No había sido nada parecido y eso la entristecía, aunque no recordaba con claridad todo lo sucedido. Tenía lagunas, como si, además del alcohol hubiese consumido alguna otra sustancia. Lo cierto era que había bebido en exceso. Vino en la cena, champán en el postre, gin tonic... y ella nunca bebía. Tendría que tener más cuidado a partir de entonces.

Se preguntaba si de verdad estaba dispuesta a cambiar de vida y casarse con un hombre al que acababa de conocer. Parecía el hombre ideal al que había estado esperando siempre, aunque no era perfecto. Pero nadie lo era. Un hombre atractivo, inteligente, que la atraía sexualmente, con dinero, que parecía estar loco por ella, que congeniaban muy bien y que le estaba pidiendo, casi suplicando, que se comprometiese con él. ¿Cuál era el problema?

Con el tiempo, Jane se convenció de que era una buena idea, aunque su abuela no estaba tan segura.

Jason iba y venía de Shelton con asiduidad, y en cada nuevo encuentro la pasión entre ambos aumentaba. Se necesitaban y se buscaban con delirio.

Fue así como, sólo ocho meses después, contrajeron matrimonio y Jane se mudó a su nuevo hogar en Shelton.

*«Que el viento impulse hacia el sol tu velero,  
y que el desamor te tatúe sus lecciones.  
Porque Cupido, aunque ciego, es certero,  
y la vida viene sin instrucciones.»*



## CAPÍTULO 5

# La Escarcha Congelará tus Alas

*“La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme, siempre estaré contigo.”*

Isabel Allende (1942 -)

*Escritora chilena.*

*Fragmento de su libro “Eva Luna”.*

SHELTON, WASHINGTON

*En la actualidad.*

Jane llegó a casa poco antes de la hora de comer. Ashley estaba en el colegio y Jason hacía tiempo que ya no comía en casa. Abrió la nevera y permaneció unos instantes contemplando su contenido sin decidirse hasta que, por fin, optó por un sándwich vegetal que colocó en una bandeja junto a una manzana. No tenía mucha hambre, pero debía comer algo. Cada vez que atravesaba un mal momento su estómago rechazaba la comida y acababa adelgazando demasiado.

Salió al jardín con la bandeja para intentar relajarse durante el almuerzo al tibio sol de primavera. Se sentó en una de las hamacas de madera estirando las piernas y respirando profundamente.

Sus rosas estaban en pleno apogeo. Le apasionaba esa flor tan delicada. Tal vez fuera porque sabía que eran las preferidas de su madre y le recordaban a ella o por la tierna manera en que sus pétalos se abrazaban entre sí, o puede que le atrajese la mezcla de tersura y suavidad de éstos en contraste con la rudeza de sus espinas. Como el amor, que no puede sobrevivir al paso del tiempo sin un poco de dolor, como el arcoíris, que necesita de la lluvia para existir.

El ligero viento que soplaba, mecía las flores balanceando una mezcla de colores rosas, blancos, rojos y amarillos y agitando el verde follaje por el que se colaban los destellos del sol reflejado en el agua del mar.

Le relajaba esa serenidad, sutilmente alterada por el canto enardecido

de los pájaros en esa época del año. Aquel era su lugar preferido de toda la casa y allí solía pasar gran parte del día cuando el clima se lo permitía. Le gustaba quedarse mirando a un punto fijo en la lejanía y evadir su mente por completo. No pensaba en nada. Simplemente se dejaba llevar, y sólo regresaba cuando los ojos comenzaban a escocerle o algún ruido le devolvía a la realidad.

Después de comer, sintió la necesidad de tocar el violín. Era el complemento perfecto para levantarle el ánimo, así que poco después estaba apoyada en el gran sauce, mirando al mar y con el instrumento preparado para interpretar alguna melodía.

Eligió el Adagio en G menor de Albinoni. Le parecía una pieza sublime y de insuperable belleza y la había ejecutado tantas veces que prácticamente podía interpretar de memoria los casi diez minutos que duraba.

Cuando la última nota acarició las cuerdas, Jane abrió los ojos sorprendida por unos aplausos que llegaban desde el otro lado del jardín. Era su vecina, Michelle, que se había acercado a deleitarse con aquella maravilla.

—Me parece increíble que puedas tocar así, sin haber estudiado nunca música —alabó—. Ha sido precioso. Perdona si te he sobresaltado, pero es que no he podido evitar acercarme para escucharte.

—Oh, gracias. No me he dado cuenta que tenía público —le sonrió Jane—. Siempre quise estudiar para perfeccionar mis conocimientos, pero no tuve ocasión y ahora me parece un poco tarde.

—Nunca es tarde para eso. Piénsalo porque estoy convencida de que tienes un don y podrías explotarlo mucho más.

—La verdad es que cuando me casé y tuve a la niña, dejé de plantearme muchas cosas que siempre me hubiese gustado hacer, como ésta por ejemplo.

—Ah, el matrimonio... —suspiró Michelle—. ¡Cuántas puertas puede abrir y con cuántas te puede dar en las narices! No te rindas, aún eres muy joven y puedes conseguirlo.

—Gracias, Michelle. Te agradezco el empujón anímico. Me viene fenomenal.

—De nada. Gracias a ti por regalarme este rato tan agradable. Te dejo que he quedado con unas amigas. Nos vemos —se dirigió hacia su casa

diciéndole adiós con la mano.

—Adiós, Michelle. Que te diviertas.

Jane entró en casa y se dio una ducha. Por la tarde tenía clase en la academia de danza, como todos los martes. Dejaba a Ashley en la clase de ballet y ella aprovechaba el tiempo en la de danza para adultos. Cada trimestre practicaban un estilo concreto y, al finalizar el ciclo anual, hacían una pequeña actuación ante amigos y familiares.

La última escenificación se había basado en la danza clásica y a Jane le fascinó, aunque le pareció sumamente difícil. Había sido sólo una pequeña toma de contacto con el ballet, pero no descartó aprender algo más sobre esa disciplina. Sabía que lo recomendable era iniciarse en esos estudios a edades tempranas, como lo estaba haciendo su hija. Era prácticamente la única forma de conseguir un control absoluto de los movimientos y dominar la técnica. Pero eso no la frenaría. Además, su complexión le favorecía. De momento, había pasado a engrosar la lista de cosas pendientes que iba anotando en algún lugar de su cerebro.

Actualmente practicaban la danza del vientre, no tan complicada y muy divertida y sensual. Le encantaba. Pero al mismo tiempo, un ligero sentimiento de culpabilidad surgía desde algún punto de su conciencia. Cada vez que el profesor le guiaba para mover las caderas de forma que consiguiera enajenar la mente de cualquier hombre que la observase, no podía evitar tener la sensación de estar haciendo algo incorrecto. Después, cuando lo meditaba en la ducha o en el coche, se enfadaba consigo misma. No hacía nada malo y ella no tenía la culpa de que su marido en ocasiones perdiera el juicio. Él no iba a conseguir introducirse en su mente y mucho menos cambiar su forma de actuar, porque, si alguien debía cambiar, y mucho, era él. El amor, que se suponía debía ser gratis, a ella le estaba saliendo demasiado caro.

Jane conducía de vuelta a casa cuando sonó su móvil. Descolgó la llamada a través del manos-libres de coche.

—¿Dígame?

—¿Señora Blackwell?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Buenas tardes, soy la sargento Lilliam Stevenson. Como ya le comenté, estoy llevando el caso de su padre. ¿Tiene unos minutos para

comentar unos detalles?

Jane echó un vistazo al retrovisor. Ashley se había quedado dormida, como casi siempre solía hacer cuando volvían a casa después de agotarse con el baile.

—Oh, claro. ¿Tiene alguna información nueva?

—Bueno. Tenemos un detenido. Se llama Ted O'Connor y es el padre biológico de su hermano Robert.

—¿Quiere decir que él lo mató?

—Es posible, tenemos pruebas fehacientes que apuntan a que así fue.

—Pero, entonces.... ¿Qué fue de mi madre? ¿Estaba con él? Siempre pensé que podían estar juntos.

—No, lo siento. No tenemos ninguna noticia de su madre.

—Después de tanto tiempo, ¿cómo han sabido que fue él el culpable? Y, ¿por qué lo hizo?

—Me gustaría tener una entrevista con usted para informarle mejor de los detalles y mostrarle el informe del fiscal. ¿Cuándo podríamos vernos?

—Debo organizar varios asuntos por aquí, pero quizá pasado mañana pueda estar en Ketchum. Intentaré coger un avión a primera hora — explicó Jane.

—Nos vemos entonces el jueves por la mañana. Si me confirma la hora de llegada, podría ir a recogerla al aeropuerto. Puede ponerse en contacto conmigo en este mismo número de teléfono o en el departamento de policía de Ketchum.

—De acuerdo, muchas gracias. Mañana le llamaré de nuevo para indicarle el vuelo y la hora de llegada.

—Que pase un buen día, señora Blackwell.

Iba a volver al lugar donde pasó su infancia y adolescencia. Llevaba tiempo pensando en hacer una visita a la abuela. Ya era mayor y le preocupaba que estuviese tan sola. Si su situación con Jason fuese distinta, no dudaría en invitarla a vivir con ellos, pero según estaban las cosas, prefería que ella no se viese implicada. Quería que fuese feliz, se lo merecía. Al menos, si no podía ayudarla, no la preocuparía. Había sido una buena abuela para ella y podría decirse que también una buena madre. Le ofreció su amor y alivió el hueco que le había quedado en su joven corazón.

Ya de noche, mientras hacía la reserva de su vuelo en el portátil, escuchó el sonido de las llaves al girar en la cerradura de la puerta y los pasos tranquilos de Jason que subían las escaleras. Inconscientemente su cuerpo se puso rígido. No podía evitarlo, era una respuesta automática de defensa. Él se le acercó en silencio poniéndole las manos sobre los hombros y soplándole lentamente en el cuello. Toda su piel se erizó expectante.

—¿Qué haces? —le susurró Jason al oído mientras se inclinaba para observar la pantalla del ordenador.

—Tengo que viajar a Ketchum. Me ha llamado la sargento que lleva el caso de mi padre. Debo acudir allí un par de días y entrevistarme con ella para que me ponga al día del desarrollo de la investigación. Han detenido a un presunto culpable de su asesinato. Ahora estaba sacando un billete de avión para el jueves a primera hora —explicó Jane soltando las palabras una detrás de otra, prácticamente sin respirar. A él, le costó unos segundos reaccionar.

—¿Qué pasa con Ashley? —se irguió desanudándose la corbata.

—He hablado con tu madre y, ahora que ya está recuperada, no tendría ningún inconveniente en venir a dormir durante un par de días para ocuparse de ella. Si no te importa, claro. Además Hanna se ocupará de casi todo y la mayoría del tiempo estará en el colegio.

—No cariño, me parece bien. ¿Quién iba a cuidarla mejor que su abuela? Te acompañaría, pero tengo trabajo y una reunión muy importante con un proveedor que no puedo eludir.

—Gracias. No te preocupes, me las arreglaré.

—¿Estás bien? —Jason le pasó los dedos suavemente por los brazos desnudos besándola en la frente.

—Sí. Después de tanto tiempo ya no me afecta tanto —le sonrió Jane.

—¡Esa es mi chica! Sabes que te quiero, ¿verdad? —le acarició los labios con su pulgar—. No soporto la idea de perderte. Me cuesta que te alejes de mí y, aunque sé que es necesario, a duras penas puedo contener mi ansiedad. Pero no te preocupes cielo. Ve tranquila.

Antes de que ella pudiese responder, él comenzó a besarla apasionadamente, la levantó en volandas y la depositó sobre la cama.

—Jason, yo...

—Shhh, no digas nada. Déjate llevar —susurró colocando su dedo

índice sobre los labios de Jane.

Le hizo el amor entre besos y caricias, procurando proporcionarle placer en cada centímetro de su piel, como lo hiciera años atrás, al principio de su relación.

Jane disfrutó de sus caricias durante los contados momentos en los que su mente le permitió desconectar, pero fue incapaz de alcanzar el orgasmo. Cuando llegó el momento, lo fingió entre embestida y embestida, gimiendo al ritmo que él marcaba y cerrando los ojos por temor a que se le notara. Al terminar, Jason rodó sobre su cuerpo y permaneció unos instantes contemplando el techo con una sonrisa en los labios.

—¿Lo ves cariño? Si tú quieres, podemos llevarnos de maravilla. Sólo tienes que portarte bien —se levantó subiéndose los pantalones que no se había llegado a quitar del todo y, sin decir nada más, salió de la habitación.

Unas lágrimas rodaron por las mejillas de Jane. Por un momento casi había conseguido engañarla. ¿Por qué le hacía algo así? ¿Habría notado que fingía? Nunca sabía cómo iba a reaccionar. Su estado de ánimo podía cambiar en segundos sin previo aviso y sin causa aparente. Tal vez Jason tenía razón y no debía ser tan fría con él. Quizá así podrían cambiar algunas cosas...

Se incorporó y fue hasta la habitación de Ash. En la televisión, Campanilla se adentraba en el bosque del invierno y sus alas comenzaban a congelarse. La niña se había quedado dormida con Nelly, su elefantito de peluche rosa, entre los brazos. Era preciosa, apenas podía resistir la tentación de mordisquearle los mofletes. Su carita irradiaba paz, ajena a los problemas del mundo que la rodeaba. La besó con ternura arropándola con sumo cuidado.

Campanilla bailaba con su hermana, el hada de la escarcha, cuando Jane apagó la televisión y se dirigió a su habitación. Se metió en la cama con la almohada entre los brazos y cerró los ojos. No había cenado, no tenía hambre.

Hacía mucho frío y Jane no podía parar de tiritar. Alguien tiraba de ella sujetándola con fuerza de la mano. Casi no alcanzaba a distinguir quien la arrastraba a través de la nieve y de los bloques de hielo. Tenía una

mano firme y fría, muy fría. Demasiado fría.

—¡Vamos! Tienes que salir de aquí.

—No puedo. Tengo mucho frío.

—Jane, la escarcha congelará tus alas. Pronto el hielo alcanzará tu corazón y entonces estarás perdida. Ven, yo te ayudaré a volar. Confía en mí.

—No tengo fuerzas —Jane cayó de rodillas y, al alzar la mirada, lo vio. Era su padre quien le ayudaba a levantarse. Su pálido rostro brillaba cual piel de diamantes y sus ojos inexpresivos se perdían en un oscuro infinito que le provocaba un vértigo aterrador.

—Sé que puedes hacerlo. Rompe tus ataduras sin miedo. Nadie podrá hacerte daño.

—¿Papá? Estás muerto. Debes irte.

—No te dejaré. Otra vez no.

Jane intentó salir del frío agujero en el que estaba metida, pero cada vez que lo intentaba resbalaba y volvía a caer, arrastrando sobre ella la húmeda tierra que rodeaba la tumba que la acogía. Perdió la mano que la mantenía a flote y comenzó a hundirse entre montañas de tierra. No podía respirar. Se asfixiaba sin poder evitarlo. Un terror indescriptible paralizó todos sus músculos mientras trataba de respirar dando bocanadas como un pez fuera del agua. Su propio grito desesperado la despertó empapada en sudor y tiritando de frío.

Encendió la luz de la lámpara de noche. Eran las tres y cuarto de la madrugada y estaba sola. Jason no estaba a su lado, pero no le importó. Se acomodó de nuevo cubriéndose hasta el cuello con las sábanas y apagó la luz.

...

El chirrido de los neumáticos del avión al aterrizar sacó a Jane de su ensoñación. Durante prácticamente toda la hora y media que había durado el vuelo, se había sumergido en uno de sus periodos de abstracción en los que su mente se evadía quedándose en blanco. Era una manera instintiva de sanar su mente y despejar sus ideas.

Cuando caminaba por el pasillo de llegadas, un renovado ánimo la acompañaba con paso firme. Una mujer alta y delgada la esperaba con un cartel en el que podía leer su nombre. Iba vestida de paisano, pero todo parecía indicar que era la sargento Stevenson. Al acercarse a ella, la mujer

le preguntó:

—¿Señora Blackwell?

—Sí, soy yo. La sargento Stevenson, supongo —sonrió al recrear la famosa frase que, más de cien años antes, había pronunciado un famoso periodista al tropezarse en África con el explorador desaparecido al que trataba de localizar.

—Está usted en lo cierto —le devolvió una sonrisa que dejó entrever unos dientes manchados de café y nicotina—. Encantada de conocerla. Si es tan amable de acompañarme, la llevaré hasta la comisaría de policía, donde podremos hablar tranquilamente. Por aquí, por favor —señaló con la mano abriéndose paso entre el resto de pasajeros.

Jane la observó mientras conducía su Ford Ranger negro. Debía tener unos cincuenta años. Llevaba el pelo muy corto y canoso. No era fea, pero irradiaba masculinidad con cada movimiento. Ese tipo de trabajo, debía de curtirle a uno por dentro y por fuera. No podría permitirse el lujo de mostrar ni un ápice de debilidad. Cada día debía de enfrentarse a criminales y a sucesos que ella no quería ni imaginar.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Stevenson rompiendo el hielo.

—Oh, muy bien gracias. Sin contratiempos —Jane se ruborizó al ser descubierta observándola.

—Siento que tenga que pasar por esto de nuevo. Tenemos los testimonios archivados del momento de la desaparición de su padre. Usted era muy pequeña por aquel entonces y tuvo que ser muy duro. Necesito que corrobore cada uno de ellos para intentar exprimirlos al máximo y encontrar algo nuevo. Aunque, como ya le dije, el caso está prácticamente cerrado.

—Por supuesto. He estado dándole vueltas al día de la desaparición de mi padre y no he podido hallar nada que tenga relación con lo que aparentemente le sucedió.

—No se preocupe por eso. Iremos paso a paso.

Stevenson detuvo el vehículo en un sucio aparcamiento en el que sólo unas pocas plazas estaban ocupadas por coches de policía. Los ladrillos de la fachada de la comisaría, manchados de humedad y polución, le daban un aspecto sombrío al lugar.

—Ya hemos llegado —anunció a Jane.

En una fría sala con luz blanquecina, la sargento Stevenson le ofreció asiento y un café. Aunque Jane tenía el estómago revuelto, lo aceptó educadamente.

—Este es el informe del fiscal del distrito —le mostró una pila bastante amplia de carpetas mientras se sentaba frente a ella y se colocaba unas gafas de pasta negras que no encajaban demasiado con su varonil imagen—. Ya sé que es demasiada información, pero yo puedo resumirle los aspectos más importantes.

—Continúe, por favor —Jane acercó su asiento a la mesa para observar con más detalle la documentación y las fotografías que contenía una de las carpetas.

—Por favor, puedes llamarme Lilliam, me siento más cómoda si me tuteas —le sonrió con naturalidad.

—Gracias, tu puedes llamarme Jane también.

Allí sentada y con todas las pruebas del asesinato de su padre frente a ella, Jane agradeció la amabilidad y cortesía con que Lilliam le hablaba. Lo necesitaba.

—¿Estás preparada para ver las fotografías de los restos del cadáver? —tanteó Lilliam.

—Sí, adelante —Jane dudó unos instantes. Había estado temiendo que llegase ese momento desde que recibió la noticia por teléfono, pero debía sobreponerse. Estaba dispuesta a buscar respuestas fuese donde fuese y, para ello, primero tenía que hallar las preguntas adecuadas.

—Éstas son las fotografías tomadas en el lugar donde se encontró el cadáver. Como puede ver, no queda mucho del cuerpo —observó Lilliam mientras las exponía sobre la mesa.

Jane tomó las fotografías y, tras observarlas sin apenas parpadear, una oscura tristeza la embargó de repente al pensar en cómo la vida puede llegar a truncar las ilusiones y esperanzas de la gente. Como las que Moses nunca perdió por encontrar a la mujer que amaba. Esa esperanza que se convirtió en obsesión y que le llevó a perder la vida. Y si no hubiese sido por una casualidad, todo habría permanecido en silencio para siempre, sin que nadie, excepto su asesino, conociese la verdad de lo sucedido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lilliam—. Quizá he sido un poco brusca al mostrarte las pruebas...

—No, no te preocupes. Estoy bien. ¿Sabes? Durante mucho tiempo reproché a mi padre que me abandonase por ir en busca de la verdad. Su obstinación por saber lo que había sucedido con mi madre me relegó a un segundo plano. Incluso intentó suicidarse cuando ella desapareció, pero sé que el sentimiento de culpa por haber intentado quitarse la vida le acompañó siempre. Y por fin, la realidad vuelve para golpearme en plena cara. Ahora sé que él nunca me hubiese abandonado, y los remordimientos por odiarle durante tanto tiempo casi no me dejan respirar.

Observó una de las imágenes en las que un cráneo separado del tronco le sonreía con sarcasmo. Los restos de una chaqueta de cuero cubrían el torso del cadáver y, a su lado, un montón de huesos sueltos formaba un amasijo con tierra y trozos de tela raída. Sus botas se encontraban a un lado sorprendentemente conservadas. Una pieza metálica llamó su atención. Al observarlo detenidamente, descubrió un pin enganchado en la chaqueta. Un pajarillo, en otro tiempo de color azul brillante y que los años habían oxidado y deteriorado.

—Es él, sin duda —observó Jane—. Aún conservo un pin exactamente igual al que se observa en esta foto. Los compró unos meses antes de desaparecer. Me encantaba ese pajarillo y construía nidos para ellos junto a mi amiga Sherry. En el mío grabó mi nombre y en el suyo simplemente “papi”, pero nos los intercambiamos. Yo siempre quería llevar el suyo y es el que guardo en casa, así que, en ese de ahí estará escrito mi nombre.

—Sí, así es. Aquí lo tienes —Lilliam le mostró una pequeña bolsa de plástico que contenía el oxidado pajarillo—. Estos son todos los objetos personales que hemos podido recuperar —añadió sacando de una caja de cartón varias bolsas más.

Jane fue observando cada uno de aquellos objetos con el alma en un puño. Los restos de una cartera, un reloj de pulsera que no recordaba haber visto antes, así como varios papeles y documentos, que apenas dejaban entrever su contenido.

—La cartera que llevaba, aunque muy deteriorada, mantenía intacto su contenido —explicó Lilliam—. El dinero y la documentación continuaban en su lugar, así que no le robaron. Lo más interesante es esta nota escrita a máquina y que alguien, probablemente él mismo, tomó la precaución de introducirla en una bolsita de plástico. Por suerte, esto hizo que se conservase increíblemente bien, aunque no hemos podido extraer

de ella ninguna huella —le tendió la bolsita con la nota amarillenta en su interior.

Jane leyó en silencio su contenido y pronto comprendió que alguien había estado chantajeando a su padre:

Si quieres saber dónde está tu mujer, acude mañana por la noche a las 23:30 al cruce de Wood River Trails y Starweather Dr. Con 20.000\$ en efectivo. Si alguien sospecha lo más mínimo, nunca lo sabrás.

—El cuerpo, ¿fue hallado cerca de ese lugar? —preguntó Jane.

—Sí. El asesino le propinó varios golpes en la cabeza con un objeto pesado, uno de ellos mortal de necesidad. Posteriormente lo enterró no muy lejos de allí. Probablemente fue todo premeditado. Lo citó con la intención clara de matarle.

—Le pedía dinero a cambio de información...

—Pero comprobamos que tu padre nunca sacó una cantidad tan grande. Seguramente lo mató por no entregárselo.

En ese momento el móvil de Lilliam sonó estrepitosamente y Jane dio un respingo en la silla.

—Perdona, he de contestar —se excusó.

—No hay problema, adelante —le respondió Jane.

Dio un sorbo al café, que empezaba a quedarse tan frío como la sala en la que se encontraban y no pudo evitar una mueca de asco al probar aquel mejunje. Por suerte, Lilliam estaba de espaldas a ella paseando de un lado a otro mientras conversaba por teléfono y no se percató. Tragó con esfuerzo mientras alejaba el vaso dispuesta a no volver a tocarlo.

La lluvia comenzó a golpear los cristales de la ventana con fuerza lo cual no hizo más que incrementar la sensación desagradable que le inspiraba aquel lugar. Estaba cargado de energía negativa y podía sentirlo en cada poro de su piel. Recordó la teoría del científico japonés Masaru Emoto. Según él, las energías positivas o negativas irradiadas a través del pensamiento, palabras, música o cualquier otra acción, podían ser capaces de influir en la forma en la que el agua cristaliza al congelarse. Intentó demostrarlo con varios experimentos no exentos de polémica, pero con resultados sorprendentes. Afirmaba que el agua es un excelente conductor de energía, y dado que el ser humano está formado por más de un setenta por ciento de este líquido, insistía en la importancia de las energías positivas para mantener el cuerpo y la mente sanos. Uno de los

experimentos que más llamó la atención de Jane, fue el que realizó con varios botes de arroz hervido. Emoto, introdujo la misma cantidad de arroz con un poco de agua en tres recipientes de cristal. En uno de ellos escribió sobre el frasco palabras afectuosas transmitiéndole energía positiva, en otro una frase malsonante y desagradable que irradiaba negatividad y dejó un tercer envase de control en el mismo lugar sin transmitirle ningún tipo de energía.

Unos treinta días después del experimento, los resultados fueron asombrosos. El arroz del frasco de control se había tornado de color negro porque había comenzado a pudrirse. El que tenía energía positiva estaba blanco, casi como el primer día y el envase que contenía el arroz con energía negativa estaba totalmente negro, como si se hubiese podrido más de la cuenta.

Aunque sus teorías y experimentos fueron muy criticados por la comunidad científica debido a su falta de rigor, consiguió dejar boquiabiertos a muchos escépticos en varias ocasiones.

Varios científicos habían intentado hallar una respuesta a este tipo de enigmas. Recientemente, había oído hablar del Psyleron, un aparato cuyo único propósito era generar unos y ceros al azar. Se había conseguido demostrar que las emociones existentes en distintos lugares eran capaces de alterar su secuencia aleatoria generando picos positivos o negativos que nada tenían que ver con el azar.

Jane estaba convencida de que, esas energías, existían a nuestro alrededor afectándonos en cada momento para bien o para mal. Pensaba que, los estados de ánimo como la desdicha, el desprecio o el amor, no eran más que frecuencias de nuestro pensamiento emitidas por cada persona continuamente. Así, el universo entero estaría formado por un amasijo de estas frecuencias o energías conviviendo y compitiendo entre sí.

En ese momento y en aquel lugar, parecía llevar ventaja la más oscura de las dos energías. Jane comenzó a tiritar de frío cuando Lilliam se sentó a la mesa de nuevo después de apurar su café de un trago y sin un solo gesto de desagrado, ante la mirada asombrada de su acompañante.

—Disculpa la tardanza, era importante.

—No hay problema —aseguró Jane con un gesto de la mano.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó volviéndose a poner las gafas y separando las fotografías sobre la mesa.

—Hablábamos del asesino. ¿Con qué seguridad se podría decir que fue el padre de mi hermano?

—Encontramos un mechón de pelo pelirrojo enganchado en un botón de la chaqueta de cuero del cadáver. El análisis de ADN ha demostrado que el pelo pertenece al señor O'Connor y eso es indiscutible. Todo apunta a que hemos dado con el asesino.

—Pero ¿es la única pista que lo incrimina?

—No. En la escena del crimen encontramos una cadena de oro rota, con sus iniciales grabadas en una placa. Moses debió de arrancársela en un forcejeo y la ocultó en su mano. El señor O'Connor la ha reconocido como suya, aunque sigue insistiendo en que le desapareció durante la pelea que ambos mantuvieron el día anterior.

—¿Nada más? —cuestionó Jane.

—Mira, ese tipo no es trigo limpio. Tiene antecedentes por posesión de drogas. Se le ha detenido un par de veces por golpear con violencia a varias prostitutas y, aunque finalmente no se le pudo inculpar por falta de pruebas, es sospechoso de haber participado en el atraco a una joyería en el que el propietario recibió un tiro a bocajarro en la cabeza.

—¡Vaya! —exclamó Jane confundida llevándose la mano a la boca con un gesto instintivo.

—He estado revisando todas las declaraciones del momento de los hechos. Su vecino por aquel entonces, Harry Miller, explicó que, el día antes de su desaparición, Moses había acudido magullado a su casa, confesándole que había tenido un encontronazo con el padre de Robert. Posteriormente, esa misma noche, el señor Miller vio a un desconocido merodeando alrededor de vuestra casa. La descripción que hizo de esa persona coincide exactamente con la de Ted O'Connor. Harry fue a poner sobre aviso a Moses cuando observó como el extraño introducía algo por debajo de la puerta y salía corriendo. Ambos descubrieron una nota escrita a máquina que el señor Miller en su última declaración, hace sólo unos días, ha reconocido. Es la que acabas de leer. Según Miller, Moses estaba muy nervioso aquella noche.

—Recuerdo que ese día me asusté mucho al ver a mi padre con la cara hinchada y llena de golpes. Él se inventó la excusa de que se había resbalado en la bañera, pero no le creí. Había discutido con mi hermano. Siempre lo hacían. Pero ese día Robert se marchó y no volvió. Nunca lo he vuelto a ver. Le pregunté si había sido él, el que le había golpeado y se

enfadó asegurándome que no. Durante mucho tiempo pensé que había sido así. También recuerdo la visita de esa noche de mi vecino Harry. Fui corriendo pensando que era mi hermano que regresaba arrepentido y volví a mi cuarto desilusionada. No escuché su conversación.

—O'Connor lo niega todo, excepto la pelea. Afirma que Moses y él discutieron y se pelearon ante varios testigos que así lo han corroborado después. Aún sigue insistiendo en que, tras ese episodio, nunca volvió a verlo.

—Pero ¿por qué no lo detuvieron en el momento en que ocurrieron los hechos? —preguntó Jane intrigada.

—La policía no tenía ninguna pista fiable para poder incriminarlo. Tampoco había ningún cadáver, así que, no se le podía acusar de nada.

—Y, ¿qué hay de mi hermano? ¿Pudo ser él? Estaba capacitado físicamente para poder hacerlo y se peleaban continuamente. Creo que nunca lo aceptó como padre. Al final era muy agresivo, rompía cosas cuando se enfadaba, que era a menudo, y más de una vez escuché cómo le gritaba a mi padre diciéndole que ojalá estuviese muerto. Tampoco es normal desaparecer de la forma en que lo hizo.

—Conseguí localizarlo y hablar con él cuando reabrimos el caso. Actualmente vive en Nueva York. Parece ser que cuando se marchó, viajó hasta Australia con un amigo. Allí consiguió un trabajo y vivió durante varios años. Confirmó que había tenido una fuerte discusión con Moses porque le había acusado de robarle unos papeles que ni siquiera sabía que existían. Ese fue el detonante de su marcha. No hay nada que lo incrimine, ni antes, ni ahora. No se le puede acusar de nada, y ya era mayor de edad cuando se marchó.

—A mí me respetaba, aunque al final, comenzó a ignorarme —comentó Jane—. Yo lo admiraba y me dolió mucho que no se despidiera de mí. El destino a veces es caprichoso. Las tres personas más importantes de mi vida hasta ese momento, se fueron esfumando una tras otra sin motivo, sin despedida. Durante mucho tiempo me culpé por ello.

Lilliam comenzó a poner un poco de orden en la pila de fotografías y papeles que yacían desparramados por la mesa. Una instantánea del tacón de una bota llamó su atención. Estaba sujeta a un informe de varias páginas con un clip. La sostuvo durante unos instantes, comprobando algunos datos antes de mostrársela a Jane.

—Hay otra pista sobre la que no hemos hablado —comenzó a decir

—. Las botas de Moses presentaban una transferencia de pintura de color rojo. Probablemente fue trasladado medio inconsciente en el maletero o en el interior de un coche, se despertó y golpeó la puerta a patadas. Fragmentos rojos de pintura quedaron adheridos al material de sus botas.

—¿El señor O'Connor, tenía un coche rojo? —Preguntó Jane.

—No. Hemos hecho una investigación exhaustiva al respecto y nunca tuvo un coche con ese color. Durante toda su vida ha tenido cuatro coches y ninguno rojo. Todos con la pintura original de fábrica —explicó Lilliam.

—Es posible que lo alquilara o con su trayectoria delictiva, incluso pudo robarlo. ¿Han investigado la máquina de escribir? ¿Tenía él alguna en su poder? —inquirió Jane, cada vez más convencida de que el caso era más complicado de lo que parecía.

—Durante su detención, se le confiscó un ordenador de sobremesa y un portátil, pero no hallamos ninguna máquina de escribir en su domicilio. Pudo deshacerse de ella hace años.

—Tengo entendido que una máquina de escribir antigua deja una huella inequívoca, es decir, que puede saberse al cien por cien si un texto se ha escrito con ella. ¿No es así?

—Algo así —respondió Lilliam retirándose las gafas y llevándose una patilla a la boca—. Necesito un poco más de cafeína —se levantó arrastrando la silla y salió de la habitación hacia la máquina del pasillo.

Había dejado su móvil sobre la mesa y éste comenzó a sonar de nuevo. Una música ensordecedora invadió la habitación en un tono cada vez más alto, acompañada por la ruidosa vibración del teléfono.

—Are you dead yet? —dijo Lilliam.

—¿Disculpa? —Jane se volvió confundida para observar como Lilliam cerraba la puerta tras de sí de un taconazo mientras entraba de nuevo con un café en cada mano.

—Es el título de la canción que estaba sonando —por fin el aparato se había quedado en silencio—. Es de Children of Bodom. ¿Te gusta la música metal? —preguntó divertida al contemplar la expresión de su invitada y ofreciéndole otro delicioso café.

—No mucho, la verdad. Prefiero algo más suave —concluyó Jane dando vueltas al vaso de plástico sobre la mesa—.

Lilliam sonrió tomando asiento y volviendo al tema que las ocupaba.

—Gracias a la Grafotecnia forense llevada a cabo en el Laboratorio

de Criminalística, puede determinarse que una máquina de escribir es distinta a cualquier otra, incluso de la misma marca y modelo. Pero es necesario tener una máquina con la que comparar los resultados. Algo parecido ocurre con la pintura de un coche. Casi el noventa y nueve por ciento de las muestras de pintura se pueden diferenciar. Hace algo más de una década, se empezó a crear una base de datos a nivel nacional para poder identificar a cualquier vehículo con muestras de pintura o vidrio. Pero en el momento del crimen, aún no existía esa facilidad. Tendríamos que encontrar un coche sospechoso para poder hacer el análisis. Sin algo con lo que comparar, esa prueba no sirve de nada —enarcó las cejas y dio un largo trago al café apurándolo casi por completo.

—Ya veo que no es tan sencillo como parece en las películas —añadió Jane jugueteando con el café.

—No hay quien se lo trague, ¿verdad?

—¿El qué?

—El café. Es una bazofia pero ayuda a sobrellevar cada día por aquí —volvió a sonreír cogiendo el vaso de Jane y volcando el contenido en el suyo propio.

Jane abandonó la comisaría con una sensación extraña en el estómago. Estaba deseando encontrarse con su abuela para confortarse entre sus brazos.

A sus setenta y cuatro años, Kate no aparentaba ni mucho menos esa edad. Cuando Jane y ella vivían juntas, solían salir a correr varios días a la semana y el ejercicio que aún seguía practicando, le quitaba varios años de encima. Continuaba ágil y lúcida como siempre. Su largo pelo blanco, normalmente recogido en un moño bajo, en ese momento caía ondulado sobre sus huesudos hombros.

—¡Hola, cariño! —abrazó con fuerza a Jane.

—¡Oh, abuela! —una lágrima resbaló por su mejilla al volver a sentir el abrigo de su abrazo. Otro más de los tantos que de ella recibió cuando más los necesitaba—. Te he echado mucho de menos. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, aunque con alguna arruga más que la última vez que nos vimos, pero te aseguro que lo llevo fenomenal. Y vosotras, ¿estáis bien? —agachó la cabeza como mirándola por encima de unas gafas invisibles para intentar percibir el más mínimo rastro de tristeza en su nieta.

—Bueno, no nos podemos quejar —Jane forzó una sonrisa esperando ser convincente. Trasladarle sus problemas no iba a solucionarlos y no quería preocuparla—. Ashley está hecha toda una señorita, ha crecido mucho. Pero, deja que te mire —se apartó un poco de Kate sujetándola por ambas manos para contemplarla de nuevo—. Veo que te conservas como siempre.

—Apuesto a que podemos seguir compartiendo la misma ropa, porque tú también mantienes el tipazo. Eso es la genética querida —Kate le tomó la mano y avanzó hacia el porche acristalado donde, desde hacía años, tenía instalado su taller de pintura—. Ven, acompáñame. Estaba pintando mi último cuadro —lavó los pinceles mientras hablaba y comenzó a recoger los tubos de pintura desparramados por una mesa de madera decorada con miles de motitas de colores y restos de pintura seca—. Vamos a tomarnos un té, tienes muchas cosas que contarme —besó con ternura la frente de Jane y ambas se dirigieron a la cocina.

Después de tantos años, nada había cambiado. Prácticamente todo seguía como lo recordaba. La barra frente a la cocina y los taburetes de madera de haya a juego con el resto de la casa. Frente a ella, una mesa ovalada desde la que se podía observar el jardín a través de un gran ventanal o, si se elegía el lado opuesto, el piso superior a través de la barandilla de protección, también de madera.

Prepararon un té y se sentaron en el jardín disfrutando de las estupendas galletas de mantequilla que a Kate le salían tan bien.

—Las he hecho especialmente para ti, porque sé que te encantan —afirmó Kathleen ofreciendo a su nieta una bandeja repleta de aquellos deliciosos dulces.

—Gracias. ¡Qué bien me conoces! —Jane cerró los ojos saboreando la segunda galleta de la tarde. Ese era su hogar, su verdadero hogar. Allí se sentía en casa y añoraba a menudo esos momentos.

—¿Cómo te has tomado lo de tu padre, cariño? —la abuela sujetó las manos de Jane.

—No me lo esperaba. No sé por qué, seguía esperando que un día regresara y me abrazara como si no hubiese sucedido nada.

—Yo siempre supe que algo tenía que haberle pasado. Nunca pude creer que te abandonase. Pero tampoco quería hacerte perder la esperanza. Él te quería tanto...

—Lo sé. Y me siento fatal por haberlo dudado.

—Eres muy fuerte cariño. Detrás de esa frágil apariencia, hay una gran mujer con una entereza sorprendente y con la fuerza de un roble. Siempre conseguiste capear el temporal por muy devastador que fuese — Kate sonrió con dulzura acariciándole la mejilla—. Ahora también lo conseguirás.

—Eso también debe ser algo de familia. Mírate tú. Eres una luchadora que has sabido salir adelante sin la ayuda de nadie.

—No creas, últimamente he perdido mucho fuelle, pero no te preocupes, que aún me queda un largo camino por recorrer.

—De eso estoy segura —apreció Jane.

—¿Qué tal la situación con tu marido? —preguntó Kate dándole un largo sorbo a su té de frutos rojos—. ¿Ha mejorado un poco?

—La verdad es que no mucho, abuela. Con el tiempo ha empeorado bastante. Antes estaba enamorada hasta las trancas de él y necesitaba ignorar muchas cosas. Siempre conseguía encontrar alguna manera de disculparle por su comportamiento. Pero ahora reconozco que cada vez es más difícil. Mis sentimientos han cambiado mucho con respecto a él. Se ha encargado de ir colocando poco a poco un bloque de hielo alrededor de mi corazón y prácticamente ya lo ha cubierto por completo —era la primera vez que Jane admitía algo parecido en público y se sorprendió a sí misma al pronunciar aquellas palabras. Acababa de darse cuenta de que, no sólo ya no le quería, sino que comenzaba a sentir aversión hacia él.

—Me lo temía. Ese tipo de personas no suele cambiar, y si lo hace no es precisamente para mejor. Está enfermo Jane, desde hace años. Me da mucha pena que alguien como tú, con esa belleza que rebosas por doquier, no sea feliz por culpa de un hombre que no es capaz de valorar lo que tiene. Tienes que dejarle o las dos os vais a hundir con él. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Siempre estaré ahí.

—No es tan fácil. Tengo mucho miedo, sobre todo por Ash. Nunca me permitirá que lo abandone y estoy convencida de que haría cualquier locura para evitarlo. Pero... no quiero hablar de eso. Quiero disfrutar de tu compañía durante estos dos días antes de volver a casa y nada me lo va a arruinar —contempló con cariño la forma que su abuela tenía de sujetar la taza y que tantas veces había observado. La rodeaba con ambas manos colocando los pulgares uno sobre el otro y soplaba el líquido caliente disfrutando del momento que compartían—. ¿Qué tal otra galletita? —casi exigió Jane reclamando el dulce con la mirada.

—Tienes razón. No tenemos muchas oportunidades de estar juntas y vamos a aprovechar ésta —le sirvió otro té y le ofreció más galletas sonriendo de buena gana.

Pasaron juntas el resto del día, disfrutando la una de la otra. Alguien dijo alguna vez que, el grado de confianza entre dos personas, puede medirse por la incomodidad de los silencios que les envuelven cuando están a solas. Cuando no existe esa confianza, los silencios rechinan y se tiende a llenarlos con frases insulsas. Con Kate no ocurría tal cosa. Al contrario, ambas se sentían tan cómodas estando juntas como siempre.

*«Que el desamparo no llame a tu puerta,  
y que el desconcierto te otorgue valor.  
Porque, a menudo, la salida es incierta,  
y en tu apuesta solo hay un pujador.»*



## CAPÍTULO 6

# Un Diamante en Bruto

*“Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una.”*

Voltaire (1694-1778)  
*Filósofo, escritor e historiador francés.*

*Verano de 2006*

Los últimos meses habían sido agotadores para Jane. La frenética actividad de los preparativos de la boda y de su nueva casa, junto a los numerosos viajes a Shelton le estaban pasando factura.

Salió refunfuñando de la tienda donde acababa de probarse el vestido. Rebuscaba en su bolso tratando de encontrar el móvil y le dio tiempo a soltar un par de tacos antes de encontrarlo.

—¡Por fin! ¡Qué desastre de bolso! Cada vez llevo más cosas — murmuró caminando hacia el coche mientras marcaba el número de Kate—. Hola abuela, ya he terminado.

—¿Qué tal ha ido esta vez?

—¡Fatal! De nuevo tienen que volver a arreglarlo. He vuelto a adelgazar. Falta menos de un mes y aún no tengo ni siquiera el vestido preparado. Me va a dar algo. ¡Tengo tantas cosas pendientes! —resopló sujetándose el pelo que le caía sobre la frente. Al subirse al coche, pisó la rejilla de una alcantarilla que hubiera jurado que no estaba allí segundos antes. Su tacón se clavó en uno de los agujeros y al sacarlo se partió—. ¡Mierda! —bufó.

—Cariño, eso no es propio de ti —reprobó Kate—. Tienes que relajarte.

—Lo siento, abuela. Tienes razón, debería disminuir el ritmo, me estoy estresando —observó su zapato nuevo ya inservible con una mueca de disgusto.

—Tranquila, no te preocupes. Son los nervios habituales antes del gran día.

—Espero que no duren mucho porque estoy histérica. Luego nos vemos abuela. Te quiero —se quitó ambos zapatos dispuesta a conducir descalza.

—Yo también, cielo —colgó el teléfono negando con la cabeza y suspirando con una media sonrisa en la boca. Nunca la había visto tan nerviosa. Deseaba que su nieta fuera feliz y no estaba del todo segura que la boda con Jason fuera el camino correcto hacia esa felicidad.

Jane condujo mientras organizaba mentalmente sus tareas pendientes. Al día siguiente por la mañana volaba a Shelton para pasar allí unos días y continuar al frente de las obras que se estaban realizando en su nueva casa. Se habían retrasado demasiado. Dejó de supervisar el trabajo por unos días y los obreros lo hicieron todo al revés. Ella había seleccionado un parqué especial de madera maciza exótica para el salón. Su color oscuro quedaba perfecto junto a la chimenea y le proporcionaba mucha calidez a la habitación. Ni que decir tiene que era carísimo. Casi le da un ataque cuando al abrir la puerta descubrió que lo habían instalado en la entrada. El tono de las paredes de uno de los dormitorios y el de la escalera no era el que había encargado. Tampoco le gustaba la terminación de varios muebles de la cocina. Enmendar todos esos errores les había retrasado bastante y seguramente tendrían que hacer alguna hora extra para poder terminar todo a tiempo. Le crispaba los nervios pensar que al llegar hubiese algún otro contratiempo.

Al menos, en pocas horas volvería a ver a Jason. Después de casi una semana separados, lo echaba mucho de menos. Le resultaba extraño el modo en que había llegado a depender emocionalmente de él. Precisamente ella, que siempre había sido tan independiente que nunca necesitó a nadie para seguir adelante. O quizá siempre se había conformado con lo que tenía por no poder alcanzar lo que realmente necesitaba: unos padres en los que apoyarse en momentos difíciles y con quien compartir los más dulces. Aunque su abuela había cubierto hasta entonces todas sus necesidades emocionales, siempre añoró algo más.

Jason se empeñaba en ser su único pilar en el aspecto económico de la pareja, aunque ella tenía sus dudas al respecto. Había dejado su empleo poco después de conocerle porque a él no le gustaba ese tipo de trabajo. Decía que su mujer no tenía la necesidad de servir a ningún salido que se pusiera cachondo mientras le miraba el escote al servirle un café. Era un

poco exagerado pero ella accedió ya que, al fin y al cabo, habría tenido que dejarlo al trasladarse a vivir a Shelton.

Al acordarse de él y evocar ciertos momentos íntimos juntos se había excitado y, cuando aparcó frente a su casa y bajó del coche, se dio cuenta de que estaba completamente mojada.

«Vaya, ¡sí que lo echo de menos!» —pensó ruborizándose.

Entró y se dirigió directamente al baño. Necesitaba una ducha.

En pocos minutos, el agua templada recorría cada rincón de su piel. Observó el riachuelo que transitaba por el espacio situado entre sus senos. Pequeños afluentes lo alimentaban hasta que finalizaba su recorrido en el mar de su entrepierna. Sus pezones erectos la desafiaban a acariciarlos. Comenzó a pellizcarlos con fuerza, tal y como lo haría Jason y una oleada de placer la hizo encorvarse ligeramente. Recordó la ferocidad y el anhelo con que él la poseía y se estremeció. Su mano derecha descendió como si tuviese vida propia hasta los muslos, mientras que la izquierda le ordenaba que lamiese su dedo índice.

Estaba tan excitada que nada más rozar su clítoris con la suavidad del jabón que lo cubría, un orgasmo la hizo convulsionar de deseo.

«¡Madre mía!» —pensó—. «Como diría Sherry, esto sí que ha sido un buen calentón!» —sonrió feliz mientras finalizaba la estimulante ducha.

Reflexionó acerca de cómo el cerebro humano era capaz de provocar ciertas reacciones químicas con simples pensamientos. En su último viaje a Shelton había leído un artículo muy interesante sobre ese tema.

El deseo carnal era provocado por una descarga de testosterona que hacía perder la concentración al individuo. Del mismo modo, otras hormonas segregadas podían aumentar el deseo provocando efectos similares a las anfetaminas. Un incremento de la dopamina y un descenso de la serotonina causaban placer y un bienestar parecido al originado por algunas drogas y que la persona inconscientemente asociaba al ser amado. Así, el amor ciego era capaz de neutralizar las emociones y el juicio crítico del sujeto en cuestión.

En esos momentos, el coctel hormonal que debía de mezclarse en su organismo, cuando menos, había conseguido relajarla.

...

Al aterrizar en el aeropuerto de Shelton, ya había trazado un esquema mental de todo lo que tenía que organizar durante los cinco días que

permanecería allí. Jason no había podido acudir a recibirla porque estaba de viaje de negocios y no volvería hasta esa misma noche.

Tomó un taxi y decidió que, antes de ir a casa, pasaría por la tienda que habían elegido para organizar los adornos florales de la boda. Theresa se la había recomendado ya que conocía a varias parejas que estaban muy contentas con el resultado. Tenía hambre y al bajar del coche su estómago protestó. Justo al lado de la floristería había una cafetería, así que aprovechó para tomarse un tentempié.

Los pocos clientes que allí había, enfrascados en sus tablets o móviles, apuraban sus desayunos embelesados, sin apenas ser conscientes de lo que se llevaban a la boca.

Tomó asiento y pidió un café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada. Le resultaba extraño ser ella la que se sentara al otro lado de la mesa esperando a ser servida.

Sacó su iPad imitando a todos los ocupantes del local y comenzó a echar una hojeada a fotos de centros de flores y adornos para bodas. Jason le había regalado aquel aparato y le gustaba, pero seguía pensando que era demasiado caro. Un lujo que ella nunca habría podido permitirse. Cuando le dijo que no podía aceptarlo, él se molestó, así que terminó por ceder y al final, tenía que reconocer que lo utilizaba para casi todo.

Un hombre alto y delgado de pelo rubio casi blanco se sentó en la mesa de enfrente con un té. Comenzó a hojear el periódico, curiosamente sin ningún dispositivo electrónico con el que entretenerse. Algo en su apariencia llamaba la atención de Jane, y entre foto y foto levantaba la mirada para observarlo con disimulo. Tenía una piel muy clara y fina con la nariz cubierta de pecas. La segunda vez que sus intensos ojos verdes sorprendieron a Jane observándolo, le dedicó una gran sonrisa con una hilera perfecta de dientes blancos.

Al ser pillada infraganti, Jane se ruborizó apartando la mirada y revolviéndose incómoda en su silla. Casi no se atrevió a volver a intentarlo forzándose a concentrarse en cada fotografía que desfilaba ante sus ojos, como si su vida dependiera de ello. En eso estaba cuando percibió que alguien se sentaba en su mesa, justo frente a ella.

—Hola, preciosa. ¿Estás sola? —un hombre gordo y achaparrado le sonreía con los ojos semienterrados en unos grandes mofletes grasientos. La corbata le apretaba tanto que dos grandes lorzcas de carne colgaban alrededor de ella dándole aspecto de bulldog sonriente. Colocó su mano

rechoncha sobre la de Jane y ella dio un respingo apartándose de golpe.

—Disculpe. Creo que se confunde... —su expresión, mezcla de asco y de sorpresa era todo un poema.

—No he podido evitar observarte cuando has entrado —la interrumpió—, con ese cuerpo de revista y tan solita. Yo podría acompañarte, ¿sabes? Tengo dinero, puedes pedirme lo que quieras —un aliento ácido mezcla de cerveza y algún otro licor embistió las fosas nasales de Jane, que tuvo que esforzarse para contener una arcada. El sudor resbalaba por la frente de aquel individuo y sus pequeños ojos la observaban libidinosos.

—¡Señor! Por favor. Déjeme tranquila. No tengo ninguna intención de pedirle nada, es usted un grosero —retiró su silla hacia atrás para mantenerse alejada de aquel individuo y su aliento vomitivo.

—Las mujeres como tú sois todas iguales. Primero os hacéis de rogar hasta que nos tenéis babeando a vuestros pies, pero todo es una farsa porque, en el fondo, estáis deseando que os demos caña —sacó una masa amorfa que debía de ser su lengua y se relamió lentamente mientras sonreía.

—¡Esto es el colmo! —exclamó ella mientras se levantaba bruscamente completamente enojada aunque un poco asustada—. ¡Es usted asqueroso! —se alejó de la mesa esquivando por milímetros el intento del seboso de sujetarle el brazo. Comenzó a huir con paso firme cuando oyó un gran estruendo tras ella. Le dio tiempo a observar como el hombre rubio retiraba la pierna que había servido de zancadilla para su perseguidor y éste se había desplomado todo lo largo y redondo que era. Aleteaba en el suelo intentando levantarse sin mucho éxito como una ballena fuera del agua escupiendo insultos e improperios por doquier. Cuando por fin logró ponerse en pie, el hombre delgado se incorporó y vertió el té sobre su camisa que amenazaba con disparar alguno de los tirantes botones que luchaban por sujetarla.

—¡Oh! Lo siento, señor. Soy muy torpe, no le había visto —se disculpó mientras le sacudía el pecho con la servilleta a modo de plumero y se situaba entre él y Jane impidiéndole que se acercara a ella.

El individuo empezó a gritar como un poseso lanzando zarpazos al aire para intentar, infructuosamente, alcanzar a su adversario.

—Vamos, Luke —lo calmó el camarero mientras lo sujetaba arrastrándolo hacia el fondo de la cafetería—. Has bebido demasiado, te

acompañaré al lavabo para que te asees —lo persuadió, no sin dificultad, logrando evitar una pelea inminente.

Jane permanecía como una estatua observando la escena con estupor. Aquel delgado y extraño hombre se le acercó sonriente.

—Oh, muchas gracias por echarme una mano, o mejor dicho, un pie —sonrió Jane. El estupor y el enfado inicial se estaban disipando y comenzaba a ver el lado gracioso del incidente.

—No hay de qué. Es que no soporto a ese tipo de personas. Creo que realmente no es consciente de lo desagradable que puede resultar —respondió él.

—Ha sido surrealista. He llegado a pensar que era una broma de cámara oculta. Pero ¿cómo alguien puede estar tan borracho a las once de la mañana?

—Supongo que sucede cuando dejas de ser persona y te conviertes en un despojo —se acercó tendiéndole la mano—. Perdona, no me he presentado. Me llamo Serena, Serena Wall —la vainilla inundó su paladar en el mismo instante en que rozó la piel de Jane, haciéndola salivar.

—¿Serena? —su expresión de estupor no pasó desapercibida.

—Sí —le sonrió divertida—. Soy una mujer —alzó las manos a modo de disculpa—. No te preocupes, estoy acostumbrada a ese tipo de malentendidos pero debo confesarte —bajó la voz en tono confidencial y desenfadado—, que no me desagrada del todo.

—Encantada Serena Wall, mi nombre es Jane Parton. Pero, debo irme, tengo que encargarme de unas flores en la tienda de al lado —depositó unos dólares sobre la barra y se dispuso a salir de la cafetería.

—¿Qué casualidad! ¿Vas aquí al lado? —le preguntó Serena.

—Sí. ¿Por qué?

—Yo trabajo allí como diseñadora floral y suelo venir a esta cafetería cada día para tomar un aperitivo en mi momento de descanso.

—Oh, vaya.

—Vamos si quieres y te atenderé con mucho gusto —señaló la puerta invitándola a salir.

Una vez en la floristería, Jane tomó asiento frente a Serena. Montones de catálogos formaban pilas sobre la mesa y varias fotos con motivos florales se desperdigaban por doquier.

—Disculpa el desorden, ¿en qué puedo ayudarte? —comenzó a

colocar algunas cosas para que no estorbasen.

—Pues, en breve voy a contraer matrimonio y me gustaría que me propusierais ideas y sopesar la posibilidad de que os ocupaseis de adornar la ceremonia. Me han hablado muy bien de vuestro trabajo y quería conoceros personalmente.

—Por supuesto. Necesito algunas indicaciones como el lugar donde se va a llevar a cabo, qué zonas deseas adornar, el estilo que te gusta...

—La celebración se va a hacer en el jardín de mi casa. La ceremonia tendrá lugar en la zona de éste más cercana al mar. Allí se ha instalado un arco para el altar que me gustaría cubrir con flores. Las mesas para el banquete estarán en frente.

—O sea, que vives cerca del mar. ¡Qué bonito! —opinó Serena.

—Sí, es cierto. La casa está en Harstine Island, junto al mar. Desde el jardín se puede disfrutar de unas magníficas vistas de Puget Sound.

—¿Qué estilo te gustaría? Podría ser un estilo romántico, vintage, rústico...

—Tenía en mente algo romántico pero sencillo.

—Para el arco podríamos combinar tela blanca con crisantemos rosas o violetas. O incluso con varios Anthurium de color blanco que le darían un toque natural con sus grandes hojas verdes.

—Me gustaría que abundaran las rosas blancas, son muy especiales para mí.

—Podemos utilizarlas en la decoración de las sillas o las mesas. Una idea para las mesas podría ser colocar cestas con conchas marinas y rosas blancas sobre un fondo verde —Serena gesticulaba al hablar intentando expresar sus ideas de forma más clara—. También podríamos distribuir algunos pétalos aleatoriamente sobre el mantel, añadir velas... Para lograr un ambiente romántico y elegante, la idea sería una decoración con tonos suaves como rosa, blanco o violeta claro y combinarlas con grandes hojas verdes —con cada idea rebuscaba entre las fotos para mostrarle un ejemplo—. Se podría añadir algún toque de color con gerberas o incluso lirios...

—Vaya, veo que puede haber miles de opciones y combinaciones y yo no entiendo mucho de estas cosas. Pero me parecen bien tus ideas y confío en tu criterio. Te dejo mi dirección —le entregó una de las tarjetas que les había regalado Theresa con sus nombres: “Jason y Jane Blackwell” rezaba. Aún le resultaba extraño no utilizar su propio apellido.

—Perfecto. Si te parece bien, mañana me pasaré por allí para tomar algunas fotos y hacerme una idea más aproximada del lugar. Así podré ponerme manos a la obra cuanto antes.

—Allí estaré. Mucho gusto Serena —se incorporó tendiéndole la mano.

—Ha sido un placer Jane —la acompañó hasta la salida—. Va a quedar precioso, ya lo verás.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

Serena se quedó en la puerta unos instantes contemplando como se alejaba aquella exquisita mujer que acababa de conocer. Nunca había saboreado una piel tan deliciosa desde que tenía uso de razón y en ese mismo instante comenzó a soñar con el momento en que pudiera volver a tocarla.

De nuevo tomó un taxi para llegar a casa. Estaba cansada y no veía el momento de caer en los brazos de Jason. Acariciarle, besarle.

Pagó al taxista y entró en la casa. Las obras habían finalizado y por una vez parecía que todo estaba en su sitio. Suspiró aliviada al encontrar todo perfecto. Recorrió la gran casa, habitación por habitación. Aún faltaban algunos muebles y elementos decorativos, pero ya comenzaba a tomar forma y a resultar acogedora.

Salió al jardín a través de los grandes ventanales del salón. La propiedad, situada frente al mar, había sido elección de Jason y muy acertada, en su opinión. Le cautivaba aquel lugar. Desde allí se podía acceder directamente a la playa y las vistas desde ese punto eran espectaculares. Podía contemplarse parte de Squaxin Island, la reserva india.

Paseó por la orilla disfrutando del paisaje y remojando sus pies descalzos. Finalmente, regresó caminando lentamente degustando cada paso, cada instante, observando con deleite cada detalle del lugar que iba a convertirse en su hogar.

Entró en la casa y se cambió de ropa por una más cómoda. Había decidido, por fin, abordar la montaña de cajas sin desembalar que la acechaba paciente desde hacía días. Esperaba tenerlo todo listo para cuando volviese a Ketchum unos días más tarde.

Estaba enfrentándose a la primera caja cuando sonó el timbre y volvió a dejarla en su lugar. Suspiró resignada acudiendo a la entrada. Era

Theresa.

—¡Hola, cariño!;Qué guapa estás! Aunque te noto un poco más delgada —la abrazó con fuerza después de haberla escaneado al detalle de arriba abajo.

—Hola, Theresa —saludó Jane—. Sí, es cierto, he adelgazado un poco, pero estoy muy bien —le dio un beso en la mejilla.

—Los nervios de la boda. Siempre pasa.

—Entra, estaba intentando abrir alguna caja y empezar a colocar las cosas.

—Si quieres te ayudo, sabes que no me importa —le cogió de la cintura mientras entraban juntas.

—¿Te apetece primero un té o un café? No puedo ofrecerte mucho más —encogió los hombros sonriendo.

—Tomaré un café, gracias.

Ambas se pusieron al día acompañadas de un buen café. Jane apreciaba a Theresa, aunque sabía que ese sentimiento no era mutuo, al menos no en la misma medida. Jason le había relatado las múltiples discusiones con su madre por culpa de su relación. Desde el principio, no la aceptó como una nueva hija con la que compartir el futuro, sino más bien, como una intrusa que hacía peligrar la integridad de la herencia de su familia. Jane no tenía nada que aportar a ese matrimonio, así que nunca se lo reprochó. En parte tenía razón en dudar de ella. Se conocían desde hacía relativamente poco tiempo.

Finalmente, Theresa se vio obligada a aceptar a su futura nuera ante el ultimátum de Jason, pero Jane no podía evitar percibir el recelo en sus ojos cada vez que la miraba, por mucho que intentará maquillarlo con una gran sonrisa. No obstante, siempre la trató con respeto. Era muy cauta y estimaba demasiado a su único hijo como para arriesgarse a perderlo. Jane estaba segura de que algún día, la aceptaría sin tapujos.

Pasaron la tarde charlando agradablemente entre embalajes, plásticos y cartones. Cuando Jason llegó a casa, prácticamente habían terminado

—Os veo muy atareadas —las interrumpió dejando sus cosas sobre la mesa y caminando hacia ellas con los brazos abiertos.

—¡Hola, cariño! —exclamó Theresa incorporándose para recibir a su hijo—. Estábamos conversando y pasando un rato tan agradable que

prácticamente no me había dado cuenta de que casi es de noche—. Le dio un beso en la mejilla y su hijo la recompensó con otro en la frente—. ¿Qué tal han ido los negocios? —inquirió ella.

—Bien, mamá —le contestó educadamente, aunque su mente y su mirada estaban cautivadas por Jane. Fue directo hacia ella y la cogió en volandas—. Te he echado mucho de menos. Necesitaba verte —le dijo abrazándola con fuerza y besándola apasionadamente. Jane le correspondió hasta que se quedó sin aliento.

—Yo también te he añorado mucho —le susurró al oído rozándole el lóbulo con los labios.

—¡Ejem! Yo debo marcharme. Se me ha hecho muy tarde — interrumpió Theresa recogiendo sus cosas—. Ya veo que necesitabais veros —bromeó—. Mañana hablamos —salió por la puerta sin recibir respuesta alguna negando con la cabeza, pero sonriendo.

Jason le apretó las nalgas con ambas manos para que Jane sintiese su erección mientras la besaba y le lamia el cuello impaciente. Le aflojó la camisa y comenzó a recorrer su pecho y el encaje del sujetador con la lengua. Entonces, la levantó y la sentó sobre la barra de la cocina, apartando de un manotazo los objetos que allí había. Estiró bruscamente de su blusa arrancando los botones que aún permanecían abrochados y con un movimiento diestro, le soltó el sujetador dejándole los pechos al descubierto.

Ella gimió de placer inclinándose hacia atrás mientras él le pellizcaba un pezón con fuerza succionándole el otro con la boca.

—Mira cómo me tienes —murmuró entre dientes al mismo tiempo que dejaba caer sus pantalones y extraía su gran miembro erecto de la prisión que le oprimía para acercarlo al vientre de ella.

Jane le rodeó la cintura con las piernas, apartando el tanga que se interponía entre ambos sexos palpitantes. Estaba tan excitada que jadeaba con fuerza.

—Así me gusta, zorrита. Dámelo todo. Para mí, solo para mí — exclamó él alzando la voz mientras la penetraba con fuerza.

A Jane no le agradaba mucho ese tipo de juegos verbales. Era desconcertante, aunque por otro lado le volvían loca y se retorció de placer.

Un orgasmo simultáneo se desbordó entre ambos dejando dos

cuerpos exhaustos y relajados sobre la barra de la cocina.

—¡Ah! ¡Tu madre! —exclamó Jane cuando la razón volvió a asentarse en su cerebro—. ¿Se ha ido?

—¡Claro! No te preocupes.

—¡Uff! Me había olvidado por completo de ella. Haces que pierda la razón —Jane lo besó con ternura acariciándole el pelo—. Tenía muchas ganas de verte.

—Ya lo he notado, cariño. Esta es la única parte positiva de estar separados —sonrió picaronamente pasando el pulgar por los labios de ella—, aunque estoy deseando que seas mi mujer, mi esposa, mi amante... —le susurró al oído.

—Jason... —ella dudó unos instantes cómo enfocar la pregunta—, a veces me insultas haciendo el amor. No lo dices en serio, ¿verdad? Me incomoda en cierta manera. Sobre todo después, cuando lo pienso en frío —lo observó frunciendo el ceño y esperando una respuesta.

—¡Pues claro que no! —rio divertido—. Sabes que es un juego, no lo digo en serio. Lo que pasa es que me encanta mirarte cuando lo hago y ver como disfrutas. Porque sé que lo haces, se te nota en la cara. No debes reprimirte conmigo, no es nada malo sentir placer, aunque sea sirviéndose de objetos o palabras prohibidas —entrecomilló la última palabra con un gesto de los dedos—. Vas a ser mi esposa y quiero compartirlo todo contigo. El sexo también, sin prejuicios ni tabúes. Es la única manera de poder disfrutar de él plenamente y de sentirnos unidos. Tú déjate llevar y verás como todo va viento en popa —la besó suavemente en los labios.

—Tienes razón. No debe haber nada que se interponga entre nosotros. Debemos ser transparentes el uno con el otro. Yo estoy dispuesta a dártelo todo, por supuesto. Toda mi vida. Todo lo que soy es para ti. Soy tuya —le tomó la mano colocándosela sobre el corazón a modo de ofrenda.

—Sí, eres mía. Pero sólo mía —una sombra oscureció su mirada haciéndole entornar los ojos—. Me volvería completamente loco si existiera una posibilidad, por insignificante que fuera, de compartirte con alguien. No te imaginas lo que sería capaz de hacer —se frotó con fuerza el puño cerrado dejando entrever la presión de sus mandíbulas en los músculos faciales.

—Pero ¿cómo puedes insinuarlo siquiera? Yo..., yo nunca podría. Nunca haría algo así. Te quiero a ti. Sólo a ti —le sujetó la cara con ambas manos obligándole a mirarla a los ojos—. Te quiero, Jason.

—Lo sé, perdona —la abrazó con fuerza—. Yo también te quiero cariño. Es que, me vuelves loco...

Acabaron los dos en el suelo, tumbados desnudos uno al lado del otro, él mirando al techo con las manos bajo la cabeza a modo de almohada y ella de lado, observando a su amado, ambos descansando y reflexionando.

—¿Sabes que en la edad media, el sexo fuera del matrimonio no estaba bien visto porque para ellos el sentimiento pasional entre dos personas era considerado un trastorno emocional? —preguntó Jane.

—¡Vaya!, menos mal que las cosas han cambiado —bromeó él dándole un azote cariñoso en su culo desnudo.

—Llegaban al punto de que algunos hombres evitaban comer carne, ya que creían que al hacerlo aumentaría su líquido seminal y querían evitar la necesidad posterior de expulsarlo en un coito compulsivo.

—No sabían lo que se perdían —rio con ganas—, a partir de ahora todos los días quiero comer carne, y de postre te quiero a ti —la atrajo hacia sí, colocándola sobre él y pasándole la punta de la lengua sobre su escote—. Mmm, eres un postre muy dulce —bromeó.

Al día siguiente no madrugaron. Querían exprimir al máximo su tiempo juntos. Estaban desayunando, aún en pijama, cuando llegó Theresa.

—Hola, chicos. No os entretendré mucho, tengo cita con mi peluquero y no puedo faltar. Debo hacer algo con este pelo —sujetó un mechón de su cabello observando preocupada sus puntas—, parezco una vieja.

—No, mamá. Estás perfecta y lo sabes —Jason le sonrió maliciosamente.

—Mirad, lo he estado pensando mucho y finalmente he decidido que esto te quedaría perfecto el día de la boda —le tendió un estuche plateado a Jane—. Ábrelo, por favor.

Ella lo abrió con sumo cuidado descubriendo en su interior una tiara de color plata con brillantes piedras ensartadas que destacaban sobre el terciopelo negro de la caja.

—¡Oh! ¡Es preciosa!

—La llevé el día de mi boda. Fue un regalo del padre de Jason. Quiero que la utilices ese día tú también. Me haría mucha ilusión.

—Por supuesto. La llevaré con mucho gusto. Es muy bonita.

—No sé si te has dado cuenta, pero es muy valiosa. Las piedras son diamantes ensartados junto a las perlas sobre una base de oro blanco — Theresa observó expectante la reacción de Jane alzando las cejas.

—¡Ah!... La verdad es que no entiendo mucho de joyas. Excepto el anillo de pedida que me regaló Jason —observó cómo brillaba acariciándolo por debajo con su pulgar—, nunca había tenido ninguna.

Al alzar la vista hacia Theresa, Jane captó una mirada de superioridad que la delató, aunque sólo duró unos segundos.

—Es como un diamante en bruto, ¿verdad Jason? —opinó divertida—. A partir de ahora, vas a cambiar de vida querida. Tendrás que codearte con gente de mucho dinero y de un alto nivel social, así que tendré que pulirte poco a poco —pellizcó la barbilla de Jane—. Bueno, tengo que irme. Jason por favor, ¿me acompañas al coche?

—Después de ti, mamá —extendió la mano mostrándole la salida.

Theresa le sujetó por el brazo mientras caminaban hacia la puerta. Con el cuerpo erguido en exceso y actitud altanera, se contoneaba orgullosa junto a su vástago.

Jane no pudo evitar fruncir el ceño al observarla. Aunque sutil y educadamente, le había dejado claro que ella siempre estaría por encima. Al salir pavoneándose de aquella manera no hacía más que marcar su territorio y reafirmarse en su posición.

Observó la joya que tenía entre las manos. Era muy bonita, aunque no era su valor económico lo que más le atraía. En realidad, tenía pensado adornarse el pelo con un tocado de flores naturales, pero no quería disgustar a Theresa. Tendría que cambiar de idea. Al fin y al cabo, ella había tenido un bonito detalle al regalarle algo tan personal. Guardó la cajita en uno de los cajones de la cómoda de su dormitorio y fue a darse una ducha para intentar que el agua le arrancase la desagradable sensación que se le había quedado pegada a la piel.

—¿Te has dado cuenta, Jason? —le cuchicheó su madre al oído justo antes de entrar en el coche—. Una joya tan valiosa y con tanto valor sentimental para mí y casi ni se ha inmutado.

—No se lo tengas en cuenta, mamá. A ella no le entusiasman demasiado las alhajas, eso es todo.

—¡Ja! No me lo creo. ¿A qué mujer conoces que no le gusten? ¡Debe

ser la única en el mundo! —puso los ojos en blanco suspirando resignada—. Sigo pensando que quizá deberías haber elegido a alguien de nuestro entorno, alguien más parecido a nosotros, que no...

—¡Mamá! —la interrumpió Jason tajante—. No empieces de nuevo o me perderás como hijo. Ni se te ocurra volver a hacer un comentario similar. No te conviene, créeme —levantó el dedo índice amenazante ante ella. Estaba furioso y su rostro no dejaba lugar a dudas—. Ella es la persona que he elegido para compartir mi vida. Ya lo hemos hablado y no conseguirás hacerme cambiar de opinión. Estás pisando terreno peligroso y no creo que quieras verme enfadado de verdad.

—Perdona, cariño —Theresa miró hacia ambos lados de la calle, nerviosa ante la posibilidad de que algún vecino estuviese contemplando aquella escena entre madre e hijo—. No volveré a entrometerme, te lo prometo. Sabes que sólo quiero lo mejor para ti. Y de verdad que lo intento. Por eso había pensado prestarle mi tiara a Jane, para que se sintiese más unida a la familia. Lo siento de verdad, perdóname —lo miró compungida desde el asiento del coche utilizando la expresión que nunca le fallaba.

—Está bien, pero será la última vez que hagas algo así, te lo aseguro —de un portazo, cerró la puerta del Porche Panamera rojo de Theresa y volvió a la casa refunfuñando y sin mirar atrás.

...

Jane despertó abriendo los ojos poco a poco. Un rayo de sol atravesaba la ventana acariciándole el rostro. Pestañeó, perezosa de tener que abandonar aquella sensación tan placentera, aunque la perspectiva de disfrutar de la piel de su amante era más tentadora. Estiró su brazo para poder tocarlo con una sonrisa en los labios, pero no lo encontró. Jason no estaba. De repente se acordó y se incorporó como un resorte.

«¡Oh, Dios mío!» —pensó—, «*ha llegado el momento*»

El despertador comenzó a sonar a un ritmo frenético. Lo apagó de un manotazo y saltó de la cama. Recordó que Jason había pasado la noche en casa de su madre porque ésta se había empeñado. Decía que el novio no debía ver a la novia hasta el momento en que ella caminara hasta el altar, y su hijo cedió a regañadientes.

Jane se dirigió a la cocina donde su abuela ya estaba preparando tortitas. El aroma a pan y bollos recién hechos la conmovió mucho antes

de llegar a su lado. Por un instante cerró los ojos recordando aquellos maravillosos días en los que ambas lo compartían todo. Siempre juntas ante todo lo que se les pusiera por delante. La iba a echar mucho de menos. Era una de las personas más importantes de su vida, y no podía decir que fuesen muchos los que compartían ese privilegio. Le había propuesto varias veces que se mudara a Shelton con ellos, pero Kate se había negado rotundamente. No quería ser una carga para unos recién casados.

Jane se acercó a ella en silencio. Ocupada en voltear en la sartén el delicioso desayuno, Kathleen no se había percatado de su presencia y se sobresaltó cuando le dio un fuerte abrazo por la espalda.

Le encantaban esos abrazos. A menudo permanecían así durante varios minutos reparadores para ambas, meciéndose suavemente de un lado a otro. En silencio. No eran necesarias las palabras.

—Voy a añorar mucho este olor por las mañanas —dijo Jane besando a su abuela en la cabeza.

—Ya será menos. Puedes hacerlas tu misma, ¿no? —Kate se volvió para corresponder a su abrazo.

—Sabes que no es lo mismo. Nunca he conseguido igualarlas.

—Tonterías —sonrió acariciándole el pelo—. Hoy es tu día y tienes que estar radiante, así que, deja de pensar en las tortitas y céntrate en estar perfecta y disfrutar del momento ¿de acuerdo? —le chasqueó los dedos sobre la nariz. Solía hacerlo cuando Jane fruncía el ceño porque algo le preocupaba y siempre lograba arrancarle una sonrisa.

—Eso también lo voy a echar de menos.

—¡Venga! Vamos a desayunar. Tienes que empezar a prepararte ya. Están a punto de llegar los estilistas.

—Tengo el estómago sellado, pero seguro que puedo hacerle un hueco a una de esas tortitas.

Desayunaron disfrutando cada una de la compañía de la otra. De sus palabras, de sus silencios, de sus miradas... Poco después la casa se había convertido en un auténtico bullicio de personas yendo y viniendo de un lado a otro. Peluqueros, maquilladores, modistas, camareros y otros empleados se movían por la casa perfectamente organizados y Jane fue dejándose llevar por unos y por otros hasta que por fin estuvo lista. Entonces, se acercó al espejo de su cuarto para contemplar el resultado de

varias horas de trabajo. Unos grandes ojos verdes le devolvieron la mirada, asombrados por la imagen reflejada. Apenas se reconocía. Parecía una de aquellas modelos que había estado admirando unos minutos antes en uno de los muchos catálogos de moda que había desperdigados por la casa. Con los finos y altos tacones que llevaba probablemente superaba el metro ochenta de estatura. El escote en forma de corazón de su vestido blanco, realzaba su pecho y su figura proporcionándole un aire romántico y a la vez muy sexy. Por una vez tenía que darle la razón a Jason. Tenía un cuerpo diez. Se alegró de que aún no la hubiese visto vestida así. Estaba deseando ver su reacción cuando caminara a su encuentro en el altar.

La tiara de Theresa le quedaba mejor de lo que esperaba. Aunque finalmente se decidió por el pelo recogido para que la joya destacara en el peinado, le hubiese gustado más su idea inicial de llevar el pelo suelto y ondulado. Pero su futura suegra había intentado un acercamiento con ese regalo y ella debía reconocérselo llevándolo puesto ese día tan importante.

—¡Dios mío! —exclamó Kate a sus espaldas—. ¡Estás preciosa! Vas a conseguir deslumbrar a todos esos ricachones que están ahí fuera esperando —le susurró al oído con una sonrisa cómplice—. Vamos, es la hora de salir y casarte con el hombre al que amas. Le tendió la mano y la acompañó hasta la puerta del jardín.

Una treintena de personas esperaban acomodadas en sus respectivos bancos y Jane pudo ver a Jason de pie ante el altar, moviéndose impaciente.

En el momento en que su pie tocó el caminito del jardín, exclusivamente preparado para la ocasión, los músicos comenzaron a interpretar el Canon de Johann Pachelbel. El vello de su cuerpo se erizó provocado por una abrumadora emoción que la acompañó durante todo el recorrido, hasta el lugar en que su futuro esposo la esperaba con la boca abierta y una mirada que la cautivó. Prácticamente no conocía a ninguno de los invitados, aunque pudo distinguir entre ellos a su amiga Sherry. Se había esforzado por refinar un poco su look habitual y había reemplazado el negro por un rojo oscuro que le sentaba muy bien en contraste con la palidez de su piel. Se sonrieron al pasar y Sherry le guiñó un ojo muy sutilmente. También reconoció a Serena Wall, que había decorado el jardín con un gusto exquisito y ambas terminaron congeniando muy bien.

Cuando llegó hasta Jason, ella sujetó las manos temblorosas de él,

sonriendo.

—Me has dejado con la boca abierta —le dijo él en voz baja—. Estás deslumbrante, cariño.

Ambos se volvieron hacia el altar y la ceremonia comenzó. Fue un rito breve y sencillo, como ambos deseaban, pero a Jane le pareció muy romántico. El entorno del jardín junto al mar, aportaba un escenario que hizo del momento algo muy especial. Los violines aderezaron toda aquella belleza realizándola aún más y poniendo un broche de oro a la soleada mañana.

Al finalizar el acto, Jason sujetó la cara de Jane con ambas manos y la besó apasionadamente.

—Hola, señora Blackwell —le sonrió.

—Hola, señor Blackwell —le respondió ella emocionada y con lágrimas de felicidad recorriendo sus mejillas.

Todos comenzaron a felicitarles mientras los camareros se afanaban sirviendo el cóctel y preparando las mesas para la comida. Jane estaba feliz. De vez en cuando, entre besos y abrazos, casi todos a desconocidos, buscaba a su marido con la mirada y siempre le descubría observándola con cara de enamorado. Una sonrisa cómplice se dibujaba en ambos rostros hasta que alguien volvía a interponerse en su campo visual interrumpiendo el flujo de energía que surgía entre los recién casados.

El resto del día pasó como un suspiro. La comida, el baile, las copas... y antes de que se dieran cuenta, ya de noche, estaban despidiendo a los últimos invitados.

Al día siguiente, comenzarían su viaje de novios, cuyo destino Jason había conseguido mantener en secreto hasta prácticamente el final de la celebración. Colocó, junto al postre, un sobre con dos billetes de avión y una breve descripción del viaje y el hotel. Quince días en un hotel de lujo en la Guayana Francesa. Al abrirlo, las lágrimas volvieron a rebosar, una vez más y sin remedio, por el rostro de Jane. Nunca había viajado a un lugar tan hermoso y en pocas horas podría hacerlo con el amor de su vida, su marido.

—¿Nos vamos a la cama, señora Blackwell? —Jason la cogió en volandas como si de una pluma se tratase y subió las escaleras con ella abrazada a su cuello—. Mañana nos espera un viaje muy largo —la besó en los labios.

—Tenemos toda una vida por delante mi amor —le respondió ella feliz y enamorada.

*«Que tu deseo no se apague con besos,  
y que en tu corazón se mantenga la pasión.  
Porque algunas miradas calan hasta los huesos,  
y para el amor, es buena cualquier ocasión.»*



## CAPÍTULO 7

# Arderéis en el Infierno

*“Sólo hay una verdad absoluta: que la verdad es relativa.”*

André Maurois (1885-1967)  
*Novelista y ensayista francés.*

KETCHUM, IDAHO  
*En la actualidad.*

No paraba de dar vueltas entre las sábanas. Cada vez que Jane cerraba los ojos, las imágenes de las fotografías que había contemplado en la comisaría de policía aquella misma mañana, se empeñaban en desfilar una tras otra por su mente. Cuando por fin lograba conciliar el sueño, su padre comenzaba a hablarle como cuando era niña, como si volviese a estar a su lado y nada hubiese pasado. No tardaba en despertarse de nuevo. Entonces, intentaba volver a enlazar sus pensamientos con el agradable sueño que se desvanecía y que, a cada segundo que pasaba, lo veía alejarse disminuyendo la probabilidad de poder volver a retomarlo. En su lugar volvían a invadir su mente las imágenes del cadáver y los restos esparcidos entre la fría tierra de su tumba.

Encendió la luz de su mesita de noche y el móvil le devolvió la hora al tocar la pantalla. Las tres y veinticinco de la madrugada. Se quedó un rato contemplando la habitación en la que dormía. Había sido su dormitorio desde que se trasladó a vivir con su abuela a los doce años. Los muebles blancos, los vivos colores perfectamente combinados de la colcha de Patchwork que nieta y abuela habían confeccionado juntas años atrás, los cojines en el banco de la ventana desde la que tantas y tantas veces había contemplado el exterior inmersa en su propio caparazón, los cuadros que adornaban las paredes, la gran alfombra de pelo blanco sobre la que le encantaba tenderse para leer... Todo seguía igual. Se apoderó de ella una inmensa añoranza de aquello que un día existió y ya nunca volvería. Una lágrima afloró sin previo aviso por el rabillo de su ojo,

recorriendo su sien hasta difuminarse sobre la almohada.

Se incorporó y comenzó a encontrarse mejor al sentir el agradable tacto de la madera bajo sus pies descalzos. Al salir de su habitación contempló la puerta entornada del dormitorio de Kathleen e instintivamente se puso de puntillas para intentar no despertarla. Se dirigió al final del pasillo, donde se encontraba la escalera plegable que daba acceso al desván de la casa. Presionó el botón de apertura y el motor eléctrico comenzó a desplegar los peldaños hacia el suelo.

—¿Eres tú, Jane? —el sonido del mecanismo había despertado a su abuela que se asomaba con los ojos entornados desde la puerta de su cuarto.

—Sí abuela, soy yo. Perdona, no quería despertarte. Es que no podía dormir y se me ha ocurrido echar una ojeada a las cosas que trasladamos de la casa de mis padres. Duérmete otra vez, te prometo que no haré ningún ruido.

—Adelante, estás en tu casa —la animó Kate con un gesto de la mano mientras se daba media vuelta para volver a su dormitorio—. Yo me vuelvo a la cama.

No había vuelto a aquel lugar desde que se mudó a vivir con la abuela. En ese momento fue consciente de que, allí apilados, estaban los primeros años de su vida y lo poco que quedaba de sus padres. Los recuerdos le pesaban más de lo que esperaba, haciéndola ascender lentamente, peldaño a peldaño. Una vez arriba, los distintos enseres que en algún momento fueron importantes y posteriormente olvidados y despojados del valor que sólo un humano es capaz de otorgar y arrancar de un plumazo, la contemplaron sorprendidos por la inesperada visita. Al fondo, en un rincón, descansaban un montón de cajas apiladas cubiertas de una capa de polvo que no había sido alterada durante muchos años. Aún recordaba aquella lluviosa y oscura tarde de otoño en las que, junto a su abuela, fue subiendo una por una y colocándolas en el mismo lugar que ahora ocupaban.

Eligió una, al azar. No pesaba mucho y, al moverla, se adivinaban objetos desplazándose en su interior. La abrió y descubrió una vieja Kodak Instamatic analógica, bien guardada en su caja de cartón amarilla. Sonrió al recordar aquella tarde de primavera en la que su padre la fotografiaba con distintas poses entre las flores; con el pelo al viento al

igual que su vestido azul recién estrenado. La abrió con cuidado para confirmar que no contenía ningún carrete en su interior.

Varias cintas de casete eran sus compañeras de cautiverio. Descubrió su letra en alguna de ellas. Le gustaba grabar sus propias recopilaciones con el radiocasete de doble pletina que la abuela aún conservaba en un estante del salón. “*Música genial VOL. I*”, “*Música genial VOL. II*”, y así hasta 6 volúmenes que había escuchado hasta la saciedad con el Walkman que heredó de su hermano cuando él recibió su primer Discman por su cumpleaños. “*Tracy Chapman*”, “*Sheryl Crow*”, “*Mariah Carey*”, “*Alanis Morissette*”...eran otros títulos que había conseguido grabar de las cintas originales que alguien le prestaba en el colegio. Las apartó a un lado para escucharlas de nuevo cuando tuviese ocasión y se decidió por la siguiente caja.

Esta vez pesaba bastante más. Al abrirla, descubrió el álbum con la colección de pegatinas que durante años recopiló y pegó con esmero en sus hojas de plástico. Revisó página a página recordando la historia de cada una de ellas y cómo las intercambiaba con Sherry y sus compañeros de clase. Vio una caja de galletas con piedras y conchas que había recogido su padre en uno de sus viajes de soltero a alguna de las playas de la costa oeste. También había dos cinturones de cuero enrollados uno sobre otro y una caja con varios relojes que debieron pertenecer a Moses.

La tercera caja que abrió estaba repleta de libros. Recordó que muchas de ellas tendrían el mismo contenido, ya que varias estanterías de su antigua casa estaban abarrotadas de novelas y otros ejemplares, que con su corta edad a ella nunca le interesaron demasiado. Tomó uno de ellos con un gran insecto en la portada. “*La metamorfosis*” de Franz Kafka. Hizo pasar sus hojas con el dedo pulgar y aspiró el olor característico del papel viejo almacenado durante años. El siguiente libro le llamó la atención. Era una obra de Pablo Neruda, “*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*”. Abrió una página cualquiera y leyó:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.*

*En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.*

*Ella me quiso, a veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.*

...

Observó las primeras páginas, pero no tenían ninguna dedicatoria ni nombre alguno que delatara a su propietario. Al dejarlo a un lado se le resbaló, cayendo abierto de par en par sobre el suelo de madera. Una hoja doblada asomó entre las páginas con timidez, pillada infraganti en su afán por mimetizarse con el resto del papel. Jane la extrajo y la desdobló sorprendida. Era una nota manuscrita:

Eres el lucero que alumbra mis noches.

Me pierdo en tus grandes ojos verdes cuando me miras y añoro cada centímetro de tu piel cuando no estás. No sé cuánto tiempo podré soportar tenerte lejos. Te amo con locura.

Jane permaneció unos instantes con la boca abierta intentando digerir lo que acababa de descubrir. Era una nota de amor probablemente dedicada a su madre, y todo parecía indicar que no fue su padre el que la redactó. Era cierto que su madre tenía un amante. Inmediatamente pensó en Ted O'Connor pero algo le decía que la ternura y el cariño con la que estaba escrita no tenían mucho que ver con él.

Continuó buscando, esta vez con más premura y decisión, revisando uno a uno cada libro, cada novela. No tardó en encontrar otra nota rota en cuatro pedazos y después reparada con cinta transparente:

Necesito verte. Me estoy volviendo loco.

Huyamos juntos donde nadie pueda encontrarnos.

Te amo desesperadamente.

¿Esa era la nota que animó a su madre a marcharse? Probablemente. Pero ¿por qué alguien la rompió y posteriormente la reparó? Debía llevárselas cuanto antes a la sargento Stevenson. Tal vez pudieran desvelar alguna pista adicional sobre el asesinato de su padre mediante un análisis grafológico.

Alcanzó un archivador repleto de documentos. La mayor parte eran facturas, contratos de alquiler, recibos... Le llamó la atención el membrete de la comisaría de policía de Ketchum en uno de ellos y lo leyó detenidamente. Era una denuncia de su padre contra los McCoy, sus vecinos por aquel entonces.

Jane recordó aquella mañana de sábado en la que se coló en su jardín persiguiendo a un gatito abandonado que rondaba por el vecindario. Unas grandes manos la arrastraron por el pelo hasta el interior de la casa, reteniéndola como castigo por haber invadido la propiedad ajena. Se orinó de miedo cuando después de casi una hora encerrada en un cuarto a oscuras, aquel hombre la volvió a sacar a rastras amenazándola con hacerle cosas horribles si la volvía a ver merodeando por allí. Corrió llorando hasta su casa sin volver la vista atrás y aquello originó una de las muchas denuncias que posteriormente su padre tuvo que presentar contra ellos. En ese momento las tenía todas en sus manos. Aquella familia era muy extraña y conflictiva. Siempre originando problemas y encontronazos con cualquier ser humano que se cruzara en su camino. Su padre le advirtió, en numerosas ocasiones, que no se le ocurriese acercarse más por allí porque estaban locos.

Miró el reloj. Eran casi las ocho de la mañana. Recogió las denuncias y las dos notas que había encontrado y bajó del desván dispuesta a darse una ducha rápida y acudir a la comisaria con la información que acababa de descubrir. Estaba convencida de que serviría de ayuda en la investigación.

...

La sargento Stevenson estaba esperándola cuando entró por la puerta. La había llamado previamente para ponerla al día y el hallazgo de las notas manuscritas le pareció muy interesante.

—Hola, Jane. Buenos días —saludó alzando el vaso de café ya engarzado entre sus dedos a esas horas tempranas—. Pasa, por favor.

—Buenos días, Lilliam —Jane la siguió hasta la misma sala en la que habían conversado el día anterior. La sensación desagradable continuaba en el ambiente y Jane frunció el ceño involuntariamente.

—¿Te apetece un café?

—No gracias, ya he desayunado —se disculpó.

—Enséñame esas notas que me has dicho. Pueden ser una pista

importante.

Jane abrió la carpeta que contenía las notas y las denuncias, colocándolas sobre la mesa.

—Hum, parece que se confirma que tu madre tenía un amante — afirmó Lilliam, después de unos instantes de reflexión.

—¿Se podría contrastar la letra con la de Ted O'Connor?

—Es lo primero que voy a ordenar. Quiero saber si definitivamente tenían una aventura o no. Las enviaré hoy mismo para que lo constaten.

—Y, ¿qué hay de estas denuncias? ¿Podían tener algo que ver los McCoy con el asesinato de mi padre? Tuvieron numerosos encontronazos.

—Deja que lo investigue con tranquilidad. No creo que sea muy relevante, pero no quiero dejar ningún fleco suelto en este caso.

—De acuerdo. Por favor, ponme al día de cualquier novedad. Yo seguiré buscando para intentar encontrar alguna pista más.

—Te mantendré informada, no te preocupes.

—Muchas gracias, sargento —le tendió la mano para despedirse—. Estaremos en contacto.

Salió de la comisaría respirando el aire fresco de la calle y llenando los pulmones que en el interior de aquel lugar habían estado funcionando a medio rendimiento. Decidió reunirse con su amiga Sherry. Hacía mucho tiempo que no se veían y le apetecía mucho pasar un rato con ella.

Sherry había cambiado mucho con los años. Al menos en cuanto al aspecto que mostraba ante los demás a modo de coraza protectora. Jane la observaba mientras conversaban tomando unas cervezas. Ya de adolescente le atraía el estilo gótico de algunas tribus urbanas y desde entonces había elegido el gusto estético que caracterizaba a ese tipo de tendencia. La cara pálida y los labios pintados de negro a juego con sus uñas. Vivía en un mundo en blanco y negro en el que, sólo en ocasiones y dependiendo de su estado de ánimo, se permitía pincelar con algún matiz rojo. Aquel look estaba muy en consonancia con el comportamiento conflictivo de aquella época rebelde que marcó su juventud. Años después, mantenía la apariencia siniestra, pero, debajo de la capa de maquillaje, Jane podía entrever a la verdadera Sherry, la que ella conocía y amaba. En pocos minutos, el tiempo y la distancia que las había separado, se esfumaron entre conversaciones y risas. Volvían a ser las dos niñas

inseparables que compartían cada momento como un tesoro, reemplazando los defectos por virtudes y disfrutando una de la otra sin prejuicios, sin condiciones, sin prisas...

—Te dije que él no te había abandonado. Era imposible. Te quería demasiado.

—Ahora lo sé, Sherry, pero en aquel momento no cabía otra posibilidad en mi cabeza. Si en algún momento pensé que le había sucedido algo, mi mente, como treta para mitigar el dolor, lo desechó al instante.

Sherry le tomó la mano y Jane acarició con su dedo pulgar el guante sin dedos de encaje negro que su amiga lucía aquella mañana.

—Sigues siendo mi fideíto —le sonrió—. Nada ha cambiado entre nosotras, ¿verdad?

—Nuestras vidas han cambiado mucho, pero cuando estamos juntas siento que seguimos compartiendo el mismo rumbo —opinó Jane.

—Es cierto. Yo también puedo percibirlo. Aunque la vida nos ha hecho perder la inocencia de entonces a golpes, nada podrá con nuestra amistad —Sherry le dio un gran trago a su cerveza y se limpió la espuma de los labios con la mano, eructando a continuación sin preocuparse por las apariencias.

—Veo que la finura tampoco ha podido contigo después de tanto tiempo —negó con la cabeza regalándole a su amiga una gran sonrisa—. Pero te quiero tal como eres.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó riendo con ganas y palmeándose la tripa.

—No lo sé. Tengo que volver mañana a casa, pero es posible que tenga que regresar si hay alguna novedad en la investigación.

—Esos vecinos tuyos, los fanáticos religiosos que tanto miedo teníamos de pequeñas...

—Los McCoy.

—¿Crees que tuvieron algo que ver con la muerte de tu padre?

—No lo sé. Recuerdo que no sólo tenían problemas con nosotros. Cada dos por tres tenía que acudir la policía para mediar entre ellos y cualquier otro vecino que se cruzase en su camino.

—¿Aún vivirán en el mismo sitio? —entrecerró los ojos inclinando la cabeza con un gesto pensativo que Jane había contemplado miles de veces y que conocía a la perfección.

—¿Qué estás insinuando? Me asustas Sherry.

—¡Cómo me conoces! —rio con ganas—. Vamos a hacerles una visita. La policía no va a averiguar nada por los métodos oficiales, pero nosotros tal vez podamos tocarles la fibra y conseguir estirarles de la lengua.

—¡Estás loca! Eran muy agresivos y puede que tengamos problemas. Deberíamos comunicárselo a la sargento que lleva el caso.

—¡Ni hablar! Esto debemos hacerlo nosotras mismas y ya no me dan miedo. Sólo son un par de ancianos decrepitos. ¡Vamos, Jane! —se levantó apurando los restos de bebida y dejando unos dólares sobre la mesa.

Jane la siguió no muy convencida, pero con la esperanza de obtener alguna pista nueva que pudiesen seguir.

Sherry aparcó su coche muy cerca de la antigua casa de su amiga. Jane no había vuelto por allí y le pareció que el vecindario no había cambiado demasiado. Al contemplar el jardín en el que jugaba de niña, otrora descuidado y en esos momentos repleto de vida y atendido con esmero, le invadió la nostalgia. Unas cortinas de color rosa adornaban la ventana de su antiguo cuarto, desde la que, en tantas ocasiones había contemplado el firmamento en noches estrelladas, intentando conectar espiritualmente con su madre. Una niña rubia jugaba en el porche y un niño un poco mayor se balanceaba en un columpio instalado muy cerca de la casa, en el jardín.

Creía tener superado ese tipo de impactos, pero la desazón que sentía en esos momentos se burlaba de su ingenuidad, anudando en su garganta un manojo de sentimientos que dificultaban su respiración.

—¿Estás bien? —la animó Sherry colocando el brazo sobre su hombro—. No le des más vueltas, fideo.

—Sí, vamos —asintió con un hilo de voz apoyándose en su amiga.

La valla del jardín de los McCoy no recibía una mano de pintura desde hacía siglos y ya ni siquiera conservaba los trozos descascarillados de ésta, que ambas recordaban. Algunos tablones se habían desprendido otorgándole un aspecto de vieja dentadura mellada y sonrisa macabra. En el interior, el jardín no presentaba mucho mejor aspecto. Repleto de malas hierbas de más de un metro de altura, apenas se podía apreciar en él el sendero de hierba pisoteada que daba acceso a la casa.

—Parece desierta —afirmó Jane intentando disimular el escalofrío

que le acababa de recorrer cada vértebra de su columna.

—No lo creo, mira —Sherry apuntó con el dedo la mesa del porche en la que descansaban un par de vasos y una botella de Bourbon a medio llenar.

Avanzaron entre el forraje con cautela y sin perder de vista la entrada. Justo antes de que Jane llamase a la puerta, Sherry percibió por el rabillo del ojo un movimiento en la cortina de una de las ventanas.

—Espera, Jane —ordenó.

No tuvieron que esperar mucho hasta que la puerta se abrió de par en par y una anciana de pelo largo y enmarañado les espetó desde el interior:

—¿Qué es lo que queréis? —el gris de su cabello lucía en consonancia con el interior sombrío de la vivienda.

Jane se quedó muda. Acababa de descubrir que ni siquiera habían planeado qué decirles cuando los tuviesen frente a frente. Así eran las cosas con Sherry, impredecibles. Siempre acababa arrollada por su espíritu impulsivo y actuaba sin pensar.

—Señora McCoy, queríamos hacerle unas preguntas... —comenzó Jane.

—¿Acaso sois de la policía? —gruñó pensativa.

—No exactamente señora, aunque colaboramos con ellos —continuó Sherry cruzando los brazos y afianzándose en su posición frente a ella.

—¿Con esas pintas? —la anciana las observó suspicaz—. Me suena vuestra cara. ¿Nos conocemos?

—Queríamos preguntarle sobre unos acontecimientos sucedidos hace unos veinte años —prosiguió Sherry. Podía percibir la reticencia en el tono de voz de aquella bruja y decidió ir al grano—. Se trata del asesinato del, por aquel entonces su vecino, Moses Parton. Hemos descubierto pistas nuevas sobre el caso.

—¡No tengo nada que decir al respecto! Ahora os reconozco. Sois las dos mocosas que siempre estabais merodeando por nuestra propiedad y molestando. ¡Fuera! Mi marido está al llegar y no respondo de sus actos si os encuentra aquí. ¡Marchaos! —gritó iracunda.

—Señora McCoy, por favor, no queremos molestarla —consiguió articular Jane—, necesito saber qué le ocurrió a mi padre.

—¡Fuera! —aulló empujándola violentamente. Jane se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al suelo.

—¡No vuelva a tocarla! —Sherry se interpuso entre ambas con su

cara a unos pocos centímetros de la de la anciana, desafiante.

—¿Queréis saber lo que le pasó? —la anciana rio a carcajadas con la mirada enajenada—. Tuvo su merecido, igual que lo tendréis vosotras, zorras infieles.

—Vámonos —le indicó Jane a su amiga tirando de su brazo para apartarla de aquella demente.

—¡Dios os castigará como lo hizo con él! —volvió a reír a carcajadas—. ¡Arderéis todos en el infierno!

—¡Usted está como una cabra! —acertó a decirle Sherry antes de que se viera arrastrada lejos de allí por Jane.

—¡Y no volváis si no queréis lamentarlo! —cerró la puerta tras ella con un portazo.

Unos segundos después Sherry observó cómo alguien apartaba la cortina de la ventana con un movimiento discreto.

—¡Ha sido una locura! —protestó Jane empujando calle arriba a su amiga, temerosa de que ésta volviese atrás de nuevo—. No sé cómo se me ha ocurrido hacerte caso. ¿Es que acaso esperabas que nos acogiera con los brazos abiertos?

—¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó Sherry sin escuchar las protestas de su amiga.

—¿Aparte de las amenazas y de que casi me lanza fuera del porche? —le respondió sarcástica.

—Ha dicho que tuvo su merecido. ¿Eso es una confesión?

—Eso no es nada, carece de valor ante un tribunal y lo único que indica es que está desequilibrada. Aunque debo reconocer que da que pensar...

Caminaban hacia el coche cuando una mujer rubia, con el pelo recogido en una coleta baja y las manos cubiertas por unos guantes de jardinero, les salió al paso desde un jardín cercano. Jane la reconoció enseguida, era su antigua vecina, Abigail Miller.

—Hola, chicas. He oído las voces. ¿Estáis bien?

—Sí, muchas gracias. No ha pasado nada —le indicó Sherry.

—Los McCoy son una pareja muy conflictiva. Todos los vecinos hemos tenido problemas con ellos y estamos cansados de denunciarlos a las autoridades, pero nunca hacen nada. Hasta que algún día pase algo grave y entonces, lo lamentaremos todos —observaba curiosa a la pareja de amigas mientras hablaba—. ¿Sois de por aquí? Creo que os conozco de

algo...

—Señora Miller, soy Jane, la hija de Moses Parton. Fui su vecina hace años y esta es mi amiga Sherry.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto habéis crecido! ¿Tanto tiempo ha pasado? —se lanzó emocionada a abrazarlas, primero a Jane, después a Sherry—. Pero, por favor, pasad a tomar algo. Harry está en casa y le hará mucha ilusión volver a verte, Jane.

Unos minutos más tarde estaban los cuatro en el salón de la casa de los Miller tomando café y conversando animados. Harry estaba bastante más gordo de lo que Jane recordaba. El pelo rapado había sustituido a la melena rubia de otra época y su barba incipiente de varios días ya no tenía color alguno. Vestía una sudadera de capucha gris sobre una camisa de cuadros marrones. A diferencia de su mujer, que continuaba espléndida, a él los años le estaban pasando una cara factura.

Después de ponerles al corriente de lo que había sido su vida hasta ese momento, Jane les explicó el motivo de su visita a los McCoy, relatándoles sus hallazgos de la noche anterior en el desván de la casa de su abuela.

—Parece ser que mi madre tenía un amante. Las notas que encontré lo demuestran y probablemente haya algo más entre las cajas que aún no he podido revisar con detalle.

—Moses ya lo sabía —añadió Harry—. Él estaba convencido de que era el padre de tu hermano Robert. Recuerdo que se peleó con él poco antes de desaparecer por ese motivo.

—¿Es posible que las notas las escribiese ese hombre? —indagó su mujer.

—No lo sé. La verdad es que estoy hecha un lío y no sé qué pensar. La policía va a realizar un análisis grafológico para ver si se puede arrojar algo más de luz sobre el caso. Harry, ¿mi padre te comentó algo sobre sus sospechas de lo que le podía haber ocurrido a mi madre?

—No. No hablaba mucho sobre ese tema. Casi no lo supera cuando desapareció Casey e intentó... ya sabes, quitarse la vida. Después de salir del coma con lagunas de memoria, poco a poco se fue sobreponiendo hasta que consiguió superarlo. Cuando desapareció estaba muy dolido y creo que había descubierto algo.

—Yo sigo dándole vueltas a lo que nos ha dicho esa loca —

interrumpió Sherry jugando con una galletita de jengibre—. Creo que sabe algo. Nos ha dicho que tuvo su merecido como si supiera lo que realmente le ocurrió a tu padre.

—Eso antes de amenazarnos con que arderíamos en el infierno — apostilló Jane.

—Los McCoy tuvieron bastantes problemas con tu padre, pero no muchos más que con el resto de vecinos —comentó Abigail—. Nosotros mismos nos hemos visto involucrados en algún que otro lío con ellos.

—Creo que lo mejor es que la policía se ocupe de investigarlo. Yo ya he tenido suficientes sobresaltos por hoy —aseguró Jane mirando a su amiga con el ceño fruncido.

—De acuerdo —Sherry alzó las palmas de las manos a la defensiva—. Ya lo he pillado, no te preocupes.

Todos rieron con su cara de no haber roto nunca un plato y siguieron conversando un buen rato.

Por la tarde y una vez tranquila en casa de la abuela, Jane llamó a la sargento Stevenson para ponerla al corriente de los sucesos con los McCoy. Ella le recriminó el haber actuado por su cuenta y de forma poco responsable sabiendo que eran personas conflictivas, pero le aseguró que les interrogaría en breve para intentar obtener alguna información relevante.

En el vuelo de vuelta a casa, al día siguiente, Jane tuvo tiempo de hacer un balance de la situación y un recorrido por todo lo sucedido durante los últimos días. Habían dado un paso hacia adelante en la investigación del caso, pero nuevas incógnitas les hacían retroceder de nuevo al punto de partida. Seguían quedando muchos hilos sueltos y tenía la sensación de que si comenzaba a estirar de ellos, se deshilaría el tejido en el que se entrelazaban los hechos tal y como habían sucedido. Esa era su intención y, aunque en ese momento no podía pasar más tiempo fuera de casa, no tardaría en regresar. Necesitaba respuestas como apósitos para poder cerrar definitivamente sus heridas.

Recordó las múltiples y reparadoras conversaciones con su abuela y la facilidad con la que podía expresar sus sentimientos ante ella. Se había descubierto hablando abiertamente de su relación con Jason y por primera vez, había reconocido que ésta hacía aguas por todas partes. Si continuaba

a su lado terminaría naufragando y ahogándose, arrastrada por el peso de la locura de su marido. Llegó a la conclusión de que, el temor era lo único que su marido despertaba en ella y le invadió la tristeza. Tristeza por lo que algún día fue y lo que pudo llegar a ser, por las ilusiones deshojadas y el amor marchito. Por no tener en su mano la llave que podría abrir el baúl de los remedios, por no haber sido capaz de encontrarla y por haber dejado de buscarla.

Serena tenía razón. Debía pensar en cómo huir de esa situación, pero tenía que hacerlo bien, con calma, manteniendo la sangre fría y sin levantar sospechas. Sin dejar cabos sueltos ni pistas que se pudieran rastrear.

La ventanilla del avión le devolvió su reflejo en el que contempló una sonrisa sarcástica iluminada por la fría luz de la cabina de pasajeros. Ella también desaparecería junto a su hija, al igual que lo habían ido haciendo cada uno de los miembros de su familia.

Cerró los ojos y se relajó escuchando a través de los auriculares a Frank Sinatra cantando “That’s life”.

...

*I said, that's life, and as funny as it may seem  
Some people get their kicks,  
Stompin' on a dream  
But I don't let it, let it get me down,  
'Cause this fine old world  
it keeps spinnin' around*[\[2\]](#)

...

«Yo tampoco voy a dejar que esto me desanime» —pensó—, «porque mi mundo también va a seguir girando aunque algunos se empeñen en pisotear mis sueños».

*«Que no te duermas velando el pasado,  
y que el futuro celebres con vino.  
Porque el desamor siempre llega por algo  
y en tu interior hallarás tu destino.»*



## CAPÍTULO 8

# En el Amor y en la Guerra, Todo Vale

*“Nada envalentona tanto al pecador como el perdón.”*

William Shakespeare (1564-1616)  
*Escritor británico.*

SHELTON, WASHINGTON  
*Verano de 2008*

**E**staba quedando precioso. Jane había dedicado mucho tiempo a su nuevo jardín y el esfuerzo comenzaba a dar sus frutos. Las rosas blancas ocupaban un lugar privilegiado en el que se sentían protagonistas ante cualquier visitante que las contemplase. Para Jane eran como un homenaje especial a su madre. Paseaba entre ellas acariciando los pétalos suavemente, cerrando los ojos y sintiendo su tersura, e imaginaba a su madre haciendo lo mismo, años atrás.

Creía fervientemente en la percepción extrasensorial de las plantas y pensaba que el trato que se les diese, podía influir tanto positiva como negativamente en su crecimiento.

A finales de los noventa, Cleve Backster realizó varios experimentos con ellas que desembocaron en descubrimientos sorprendentes. Para entonces, Backster se había proclamado como uno de los mejores detectores de mentiras del país trabajando, entre otras agencias, para la CIA. Por curiosidad, se le ocurrió conectar su polígrafo a una planta y descubrió algo increíble. El galvanómetro registraba emociones similares a las de las personas cuando se interactuaba con ella. Sabía que los resultados en humanos se acentuaban cuando la persona se sentía amenazada y pensó en quemar la planta para observar su reacción. Para su sorpresa, la planta reaccionó bruscamente ante la mera idea de ser expuesta al fuego. Intentó repetir lo ocurrido pensando y visualizando la planta quemándose y no obtuvo respuesta alguna, como si ésta pudiese discernir entre una intención real y otra ficticia.

Descubrió incluso que las plantas reaccionaban ante situaciones

amenazantes para otros seres vivos, hallando un patrón en su comportamiento. En una ocasión, éstas demostraron estrés cuando una araña se vio amenazada por una persona. Lo mismo ocurrió cuando unos cangrejos vivos se introdujeron en agua hirviendo. En otras palabras, les afectaba la muerte de cualquier tejido vivo, lo que llevó a Backster a formular una teoría sobre la posible empatía telepática de las plantas.

Jane no habría sabido cómo explicarlo, pero oliendo y rozando con delicadeza los pétalos de las rosas, podía sentir una especie de conexión entre ella y su madre. Era como si estuviera presente; como si nunca se hubiese marchado. Nunca quiso hablar con nadie sobre esos sentimientos por miedo a que la tomaran por loca, pero ella sabía que algo ocurría. Existía realmente una energía especial en aquellos seres vivos tan hermosos.

Cada vez echaba más de menos a su madre y últimamente era ella la que ocupaba sus recuerdos, pese a que la mayoría de ellos ni siquiera los había vivido en primera persona. Eran imágenes sueltas, sin conexión alguna, de instantes retratados por su padre o de fotografías contempladas en algún momento de su niñez.

Tenía demasiado tiempo libre y no estaba acostumbrada a no hacer nada. Desde que se trasladó a Shelton con Jason, su única actividad no lúdica había girado en torno a su hogar. La decoración de la casa y el jardín le gustaba mucho, pero prácticamente ya no tenía nada que hacer. Cada vez se aburría más y necesitaba sentirse útil; hablaría con Jason sobre sus inquietudes en cuanto tuviese ocasión. Tal vez había llegado el momento de comenzar los estudios de música.

Subió al desván, donde había guardado el violín cuando se mudó y lo sacó del estuche que lo protegía contemplándolo con nostalgia. Hacía mucho tiempo que no lo tocaba y un chirrido le dio la bienvenida cuando lo intentó. Estaba muy desafinado y las cerdas del arco estaban secas; necesitaban resina. Las acarició con cariño. Siempre le había divertido pensar que, en algún momento del pasado, habían pertenecido a las crines de un caballo, y se habían mecido al viento en su galope. Deslizó la resina sobre ellas y, aunque ésta se resquebrajaba, consiguió recubrirlas lo suficiente como para que recuperasen su adherencia con las cuerdas. Después, comenzó a afinarlo hasta que cada una de sus cuatro cuerdas emitió el sonido que le correspondía. Se lo colocó en la barbilla y cerró los ojos. Su mano izquierda se acopló perfectamente entre las cuerdas,

recuperando de algún rincón de su cerebro el recuerdo que le indicaba cómo hacerlo de la manera correcta. Su mano derecha comenzó a mover el arco arriba y abajo. Sin pensar siquiera en qué interpretar, comenzó a sonar una melodía.

*«Es curioso» —pensó—, «No recuerdo el título, pero soy capaz de interpretarla perfectamente sin necesidad de partitura. Sí..., era de Boccherini, pero el título... ¡Claro, sí que lo recuerdo!, el Minueto de Boccherini. Es increíble cómo algunos recuerdos permanecen escondidos en un rincón de nuestro cerebro sin que seamos conscientes de que están ahí, hasta que una chispa los recupera».*

Continuó tocando con una sonrisa en los labios.

—Es precioso —la interrumpió una voz a sus espaldas—. No sabía que tocases tan bien.

—Hola, Jason. Estaba intentando recordar alguna melodía y, sorprendentemente no he olvidado casi nada. Pero ¡qué pronto has llegado hoy! No te esperaba hasta más tarde —se incorporó para abrazar y besar a su esposo—. ¿Cómo ha ido el día, cariño? —comenzó a darle besos por todo el rostro mientras le sujetaba con ternura la cabeza con ambas manos.

—No quiero hablar de eso —replicó él, frunciendo el ceño—. No estamos pasando por un buen momento...

—Está bien, cariño. Cambiando de tema, estaba pensando que ahora que tengo mucho tiempo libre me gustaría volver a estudiar violín. Me costó mucho tener que dejarlo y creo que...

—No se hable más —la interrumpió—. Mañana mismo compramos un violín nuevo, ese no tiene muy buena pinta, la verdad.

—Mi padre lo consiguió de segunda mano bastante barato. No podía permitirse uno muy caro y antes quería estar seguro de que me iba a gustar lo suficiente como para comprarme uno mejor. Finalmente nunca llegó a hacerlo.

—Compraremos uno bueno. Y deberías intentar entrar en el conservatorio para empezar a estudiar. Tienes talento y no deberías desperdiciarlo —afirmó Jason.

—Gracias por tu apoyo cariño, lo haré. ¿Cenamos?

—¡Claro! Estoy muerto de hambre. Y después tengo tu postre favorito esperándote —le sonrió picarón dándole una palmada en el trasero.

Jane saltó juguetona y le tomó la mano encaminándose hacia la cocina.

Al día siguiente, un mensajero se presentó con un paquete para Jane. Al abrirlo descubrió que era un violín negro precioso y con aspecto de haber costado bastante dinero. Junto a él una nota:

*“Para la mujer que amo, para que le ayude a despertar el gran talento que esconde en su interior.*

*Te quiero. Jason.”*

Le pareció un detalle precioso. Jason podía ser verdaderamente romántico si se lo proponía. No solía decirle a menudo cosas como aquella, y cuando lo hacía, ella temblaba de emoción. Le quería mucho y cada día él le demostraba que ese sentimiento era mutuo.

Hasta que empezara con sus clases, Jane había decidido recuperar todos sus libros de solfeo y sus partituras para practicar de manera autodidacta y repasar todo lo aprendido hacía años. Ocupaba sus tardes solitarias practicando y tocando cada partitura hasta que estaba segura de conseguir una ejecución perfecta. Por las mañanas se ocupaba de mantener en orden la casa y el jardín, organizando al personal que la ayudaba.

Excepto el fin de semana, que Jason estaba con ella en casa, prácticamente todas las mañanas salía a correr algo más de una hora con Serena. Desde el día en que se conocieron congeniaron muy bien y se habían hecho muy amigas. Ambas se reían a menudo recordando el modo en que se habían conocido. Cuando Jane le confesó a su amiga que aquel día la había tomado por un hombre, Serena se sintió halagada. Desde que tenía uso de razón siempre había deseado parecer un chico, vestir y comportarse como tal. Era un hombre atrapado en un cuerpo de mujer y hacía todo lo posible por remediarlo.

Jane admiraba su valentía y su fuerza para saber vivir con esa carga sin perder la sonrisa. No era fácil, ni siquiera en pleno siglo veintiuno. Seguían existiendo personas obtusas que no lo entendían y sin razón alguna la importunaban. Pero Serena nunca dio un paso atrás ante nadie. Al contrario, siempre demostraba a su rival que era superior a él tanto intelectual como emocionalmente, y se marchaba con la cabeza bien alta.

Cuando alguien conquistaba su corazón, ella le mostraba su verdadero interior. Era una gran persona, muy inteligente y divertida, con la que merecía la pena compartir una gran amistad y se había convertido en la mejor amiga de Jane desde que ésta se trasladó a Shelton. Podría decir que la única en la que confiaba plenamente sin temor a equivocarse.

...

Iban pasando los días y se sentía feliz y afortunada por la vida que tenía. Le gustaría pasar más tiempo junto a su marido, pero comprendía que su trabajo también era una parte importante para él y lo respetaba. Llevaba varios días muy preocupado. Le había fallado una operación muy importante en la que estaba trabajando desde hacía casi un año, y se había obsesionado con la idea de que alguien muy cercano a él le había traicionado. Perdió mucho dinero con una apuesta que estaba ganada de antemano y todos esos problemas estaban haciendo que los cimientos de la compañía se tambaleasen.

Entre semana llegaba tarde a casa, cansado y sin ánimos para compartir sus problemas con ella. Los sábados también acudía a la oficina y pasaba los domingos dormido o viendo la tele en pijama, sin asearse en todo el día y sin parar de beber. Llegó un momento en que no parecía él, estaba irreconocible. Si Jane intentaba acercarse para que se desahogase hablando y darle ánimos, él la rechazaba gruñendo con la excusa de que no quería hablar de negocios en casa. Cada vez estaba más distante y Jane ya no sabía cómo acercarse a él por miedo a su reacción.

A menudo lo observaba en silencio cuando regresaba a casa por la noche. Entraba sin decir nada, apenas un saludo con la mano que llevaba implícito un “déjame, no te acerques”. Se sentaba con un whisky en la mano ante la vitrina que contenía la colección de armas de su padre y pasaba las horas en silencio, contemplando su contenido sin parar de beber.

Jane comenzaba a cansarse de aquella situación. Aunque intentaba ser comprensiva, su paciencia tenía un límite y, por muchos problemas que estuviera afrontando, ella no formaba parte de ellos, o al menos eso esperaba. No tenía derecho a ignorarla así. Le quería y le dolía mucho su falta de tacto con ella.

...

Allí estaba, como cada noche, sentado de espaldas a ella en su sillón

de cuero negro. Inmóvil y en silencio, con la mirada perdida. Con el whisky en la mano, casi rozando el suelo...

Jane se acercó a él muy despacio. Dudaba de cada paso que daba y le temblaban las manos, pero un férreo deseo de solucionar el problema que les estaba separando, la empujaba hacia adelante sin remedio.

Colocó con sumo cuidado las manos en sus hombros rozando ligeramente su camisa desabrochada. Él no reaccionó en absoluto a aquella caricia, ni siquiera se inmutó. Ella se acercó a su oído y le susurró:

—Cariño.

Nada. Ni un pestañeo.

—Cielo. Necesito hablar contigo. No te preocupes. Sea cual sea tu problema, se va a solucionar. Yo estaré a tu lado para apoyarte y ayudarte en todo lo que esté en mi mano —le rozó la mejilla con los labios.

—¡Déjame! —le gritó zafándose de ella con un movimiento brusco y lanzando el vaso contra la pared. Miles de diminutos cristales salieron disparados por todas partes y Jane retrocedió de un salto, tapándose la boca con la mano para ahogar un grito.

—Jason, por favor. Esto no puede seguir así. No lo soporto más. Te necesito y me parte el corazón verte hundido cada día más en el abismo en el que te encuentras —lo miró esperanzada sin poder contener las lágrimas.

—¡No quiero que me molestes! Bastantes problemas tengo ya como para tener que ocuparme de ti y de tus caprichitos. Si te aburres, vete de compras o haz lo que quiera que hagan las mujeres inútiles como tú para divertirse, pero, ¡DEJAME EN PAZ! —la última frase la pronunció muy despacio, palabra por palabra y en tono amenazador. Se incorporó para servirse otra copa, dándole la espalda a Jane.

Una furia incontenible se apoderó de ella. Apretó los puños hasta sentir dolor y el corazón se le aceleró de tal manera que podía sentir sus latidos golpeándole las sienes. De pronto explotó como una olla a presión a la que el fuego ha calentado demasiado y tiene cerrada la válvula de escape.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme así? No tienes derecho a hacerlo —le dijo—. Si piensas que voy a estar toda la vida arrastrándome a tus pies para mendigar tus migajas de amor, estás muy equivocado.

Jane se descubrió gritándole sin un ápice de temblor en la voz e

intentó controlarse. No quería que la situación se le fuera de las manos y se convirtiera en un enfrentamiento más grave. Le quería y echaba de menos al Jason del que se había enamorado, con el que se había casado no mucho tiempo atrás. Ningún problema debería interponerse entre ambos. Tenía que conseguir dominarse y hacerle entrar en razón de una forma más racional.

—Jason, lo siento —continuó, tratando de endulzar su tono de voz—. No debí perder los nervios. Tenemos que hablar para poder acercarnos de nuevo. Te quiero.

Él permaneció en silencio, impasible, como si no le hubiera afectado lo más mínimo su reacción. Vacío el contenido de la copa de un trago y caminó lentamente hacia una de las vitrinas en las que guardaba armas muy antiguas. Meditó unos segundos ante ella antes de abrirla.

—Ven, por favor, Jane. Quiero contarte algo muy interesante —dijo.

Ella se acercó dubitativa y temerosa. Parecía que por fin se había decidido a hablar y debía aprovechar la oportunidad de recuperarle, así que, se colocó a su lado observando con atención.

Los dedos de Jason comenzaron a acariciar una a una las armas. Se detuvieron sobre una pequeña y extraña pistola.

—Esta es una pistola alemana de siete caños de disparo único. Solían utilizarla los capitanes de barco contra los motines en el siglo XVIII —explicó continuando su recorrido hasta llegar a una pareja de pistolas iguales que rozó casi imperceptiblemente con las yemas de los dedos—. Estas son dos pistolas francesas del siglo XIX que solían llevar las mujeres bajo la liga...

Jane escuchaba en silencio sin entender muy bien a dónde quería llegar Jason con esas explicaciones. La cadencia de sus palabras y los movimientos lentos y acompasados de sus dedos la estaban poniendo nerviosa.

—Ésta —continuó él, señalando con el dedo una caja de madera—, es una caja con un par de pistolas de duelo y todo lo necesario para éste. Son españolas, del siglo XVII.

Jane cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra inquieta por su comportamiento.

—Y esta otra —continuó él, al tiempo que extraía una de sus armas y la sostenía con sumo cuidado—, es una de las armas más apreciadas por mi padre de entre todas las que poseía en su colección —añadió—. Es un

cuchillo trinchera de la Primera Guerra Mundial que se utilizó durante 1917 y 1918 —giró aquella valiosa pieza entre sus dedos para que ella pudiese apreciar los detalles.

Jane reprimió una repentina náusea cuando una oleada de su aliento alcoholizado penetró en su pituitaria. Parecía borracho, aunque sabía lo que decía y hablaba con coherencia. Ella contempló aquel objeto extraño con cuatro huecos para sujetarlo introduciendo los dedos a modo de nudillos de acero. Una tuerca afilada remataba su base y en el otro extremo le llamó la atención su hoja. No era como la de un cuchillo común, sino que tenía una extraña forma triangular, como si se hubiesen unido tres filos para formar uno piramidal muy afilado. Había una inscripción en su empuñadura “U.S. 1918”.

—Se llama así, porque fue diseñado especialmente para poder atravesar la casaca del contrario en la lucha cuerpo a cuerpo en las trincheras —continuó él con su explicación—. Los puños de acero los utilizaban para golpear y esta tuerca de la base —la señaló con el dedo pulgar—, es de plomo, y como puedes ver bastante afilada. Con ella intentaban golpear el cráneo desde arriba, para partirlo en dos aprovechando la fuerza del impacto con el puño cerrado —alzó su mirada para encontrarse con la de ella y la expresión de sus ojos hizo que Jane se estremeciera.

—¿Por qué me cuentas esto, Jason? Es tan macabro...

—Aún no he terminado —la interrumpió—. ¿Sabes para qué tiene la hoja triangular? —antes de que pudiera responderle continuó—. Para producir el mayor daño posible. Una herida infligida con este tipo de cuchillo es muy difícil de coser y por tanto, muy difícil de curar. En la guerra, cada bando intentaba ocasionar el mayor número de heridos en el contrario. Para ellos era más importante herir de gravedad que matar. Un herido ha de ser atendido y consume más recursos que un muerto. Aunque posteriormente se prohibió el uso de este tipo de armas, llegó a utilizarse durante años —caminó alrededor de Jane hasta situarse a sus espaldas—. Es curioso —añadió susurrándole al oído. Hizo una pausa y ella comenzó a temblar al advertir cómo el afilado cuchillo le recorría el cuello produciéndole un leve rasguño—, prácticamente no hay que apretar para conseguir que corte —una fina hebra de color rojo recorrió su garganta hasta su camiseta—. Algo tan pequeño y asequible es capaz de causar tanto dolor...

La respiración de Jane se aceleró haciendo subir y bajar su cuello dolorido con cada bocanada. Estaba paralizada y su mente viajó hasta su amiga Serena y pensando en cómo ella lo estaría percibiendo todo a través del color azul del miedo.

—Y tú, ¿dices que me quieres? —añadió Jason sin retirar el arma—. Si de verdad me quisieras, no me irritarías tanto, y me obedecerías cuando te digo que me dejes tranquilo porque necesito estar a solas. Si de verdad me quisieras, no me obligarías a demostrarte de esta forma que no debes poner a prueba mi paciencia.

La lentitud y el tono de voz con que pronunciaba cada palabra, conseguían que éstas se fueran grabando a fuego, una por una, en la memoria de Jane, que en ese momento estaba incapacitada para poder pensar racionalmente o siquiera mover un solo músculo. Tenía suficiente con concentrarse en seguir respirando. Por fin apartó el machete y ella suspiró dando un respingo pero sin apenas moverse.

—El amor. ¿Sabes lo que pienso, Jane? Creo que el amor es muy similar a la guerra. ¿Nunca has oído decir que en el amor, al igual que en la guerra, todo está permitido? Y es más, tanto en uno como en otro sólo hay tres formas de terminar. Herido, traumatizado o —hizo una pausa—, muerto —le dio un beso en la cabeza y se dispuso a colocar de nuevo el puñal en su lugar. Acto seguido cogió un vaso y la botella de whisky y salió del salón.

Ella ni siquiera pudo seguirle con la mirada. Cuando percibió su ausencia, se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar cubriéndose el rostro con ambas manos. Estaba tan asustada como atónita y no daba crédito a lo que acababa de suceder. Su marido se había transformado en un monstruo de forma repentina. Había bebido demasiado y seguramente el alcohol influía en su comportamiento, pero coordinaba perfectamente sus movimientos y hablaba con congruencia para estar borracho.

Tal vez tenía razón y ella le había increpado en un mal momento y con muy poco tacto. Debía estar atravesando una crisis muy importante en el trabajo. Seguramente tendría problemas a los que no era capaz de enfrentarse y se sentiría culpable y avergonzado ante su padre por no saber llevarlo y poner en peligro el negocio familiar. Ella comprendía lo importante que había sido y seguía siendo para él la figura de su padre. Debió atravesar un verdadero infierno cuando éste se suicidó y, en

momentos difíciles como el que debía estar atravesando, los fantasmas del pasado volvían para recordarle su ineptitud.

Ella sabía que, en el fondo, Jason tenía una personalidad muy débil que solía esconder tras su temperamento y un comportamiento inadecuado como aquel. Pero ninguno de aquellos motivos le excusaba por lo que había hecho. Se llevó la mano al cuello por instinto. La sangre se había secado y le escocía la herida. Por un momento pensó que iba a matarla, que no saldría viva de allí. ¿Qué haría si volvía a repetirse la agresión? Su mente aletargada comenzó a procesar rápidamente todas las opciones. Tenía que marcharse de allí cuanto antes, pero ¿dónde? Eso le haría enfadar de verdad y es posible que la persiguiera hasta dar con ella y entonces..., prefería no barajar esa posibilidad o acabaría arrepintiéndose y se quedaría. Daba igual dónde, tenía que alejarse de él. Tomaría el coche y conduciría en cualquier dirección aunque, quizá debería denunciarle primero en una comisaría de policía...

Se incorporó y entró en el cuarto de baño para echar un vistazo a su cuello. Después de lavar con delicadeza la herida, descubrió que sólo tenía un pequeño rasguño que cubrió con una tirita. Se aseó y se hizo una coleta rápida con las manos. Entró en su habitación para recoger algo de ropa y guardarla en una mochila junto a su documentación. Colocó cuidadosamente en ella la foto de sus padres y salió apresuradamente pero en silencio.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta del garaje, oyó un ruido y se quedó paralizada. El sonido poco a poco se transformó en sollozo y enseguida en llanto desconsolado. La razón la empujaba a continuar la huida, pero su corazón bloqueaba las órdenes de su cerebro para que moviese las piernas. Ambos órganos compitieron en su interior por unos instantes hasta que, la razón perdió el pulso. Dejó la mochila en el suelo y, muy lentamente se encaminó hacia el lugar de donde provenía el lamento. Algo la atraía sin remedio haciéndole desobedecer las órdenes que resonaban en su cabeza y que la instaban a tener más prudencia. Al entrar en el salón lo vio. Sentado en la alfombra con la espalda apoyada en el sofá y totalmente desaliñado. Tenía la camisa desabrochada y se cubría el rostro con las manos llorando como un niño.

—Lo siento —balbuceó sorbiéndose los mocos—. Lo siento mucho, Jane. Espero que alguna vez seas capaz de perdonarme. Puedes irte si crees que es lo mejor, te comprendo y sé que me lo merezco —continuó

llorando en el suelo.

Había regresado. Era de nuevo el Jason de siempre pero destrozado por los remordimientos. Se acercó a él sentándose a su lado, aunque sin tocarle, a una distancia prudencial. Estaba en silencio, con los ojos bañados en lágrimas. Le quería y no podía soportar verlo así, le rompía el corazón, aunque sospechaba que algo más se había roto en su interior para siempre y nada volvería a ser lo mismo a partir de entonces.

—No sé lo que me ha pasado. No podía parar, aunque era consciente de que estaba haciendo algo terrible —el sofoco casi no lo dejaba hablar, pero continuó—. Quería hacerte daño, cariño —se sujetó la cabeza entrelazando los dedos en su cabello—. Eres la persona que más quiero en este mundo y quería hacerte daño. ¿Cómo es posible? —explotó en un angustioso lamento, avergonzado y con la mirada perdida en algún punto de la alfombra sobre la que se sentaba.

Sufría realmente y Jane sentía la necesidad de abrazarle y consolarle, como a un niño que llora después de sufrir una pataleta. Quería acercarse pero no se atrevía a tocarle. Permaneció muy quieta a su lado.

—No pienses que la culpa es tuya, en absoluto. Soy yo el único culpable de todo esto. He descargado sobre ti mi frustración y mi incompetencia. Cada paso que he dado en esta vida, lo he hecho con la intención de que mi padre, donde quiera que esté, se sintiera orgulloso de mí. Y, mírame ahora, lo he defraudado en muchos aspectos. No soy más que una piltrafa con un bonito envoltorio. Pero lo peor no es eso —Jason esperó unos instantes antes de continuar—, lo peor es que la historia se repite y yo soy perfectamente consciente. Y no puedo parar —sollozó más desconsolado aún—. No puedo parar. Ayúdame, por favor, Jane. Tú tienes la clave para sacarme de este agujero en el que estoy metido. Por favor..., por favor.

—¿La historia se repite? ¿A qué te refieres?

Él la miró con tristeza.

—Cuando te conocí, supe que eras la mujer que necesitaba a mi lado. Eres preciosa y tienes un gran corazón. Nunca te importó mi dinero y eso dice mucho de ti. No te imaginas a cuántas mujeres oportunistas me he tenido que quitar de encima a lo largo de mi vida. Mujeres en las que podía intuir la codicia en sus ojos a primera vista. Calculadoras e interesadas. Pero no encontré nada parecido en tus ojos, porque nunca lo hubo. Sólo ternura y comprensión. Incluso ahora, a pesar de lo que te he

hecho, puedo percibirlo —la observaba con la misma mirada intensa que la había enamorado tiempo atrás y a ella le costaba no bajar la guardia—. Eres una buena persona, Jane —continuó—, y seguramente merezcas a alguien mucho mejor que yo. Pero ahora mismo te necesito más que nunca. No dejes que me ahogue. Por favor, por favor...

No había respondido a su pregunta y estaba claro que no pensaba hacerlo. “La historia se repite...”. ¿Habría estado con otras mujeres antes que ella a las que habría maltratado? Estaba reconociendo que tenía un problema grave y parecía sinceramente arrepentido. Sentado en el suelo, bañado en un mar salado por las lágrimas y ahogándose en su propio desconsuelo, indefenso y desamparado. Jane se acercó a él y le sujetó la mano. Él la miró compungido.

—Si decido quedarme a tu lado, debes prometerme que esto no va a volver a suceder por nada del mundo. No volveré a permitirlo, ¿entiendes? —él asintió muy despacio—. Cualquier problema, sea cual sea, se puede solucionar de otra manera porque de ésta, solo logras empeorar las cosas.

—Tienes razón, lo sé.

—Prométemelo —insistió ella con firmeza.

—Te lo prometo. Sólo que, si alguna vez vuelves a encontrarme en ese estado, no te acerques por favor. Aléjate de mí cuanto antes —de nuevo rompió a llorar.

—No confías en ti mismo, ¿no es así? Creo que, ante todo, tienes que dejar de beber. No te sienta nada bien y es posible que haya tenido mucho que ver en tu comportamiento.

—Me ayuda a relajarme y ver cualquier inconveniente desde otra perspectiva mucho más fácil de digerir. Es como encontrar un oasis en pleno desierto —explicó él.

—Pero tienes que dejarlo si quieres que todo vaya bien, no es una buena idea.

—De acuerdo, lo haré. Haré cualquier cosa para intentar compensar lo sucedido.

La tristeza de su mirada la conmovió tanto que no pudo evitar atraerle hacia sí y abrazarlo con fuerza. Él la correspondió con desesperación ocultando la cara en el cuello de Jane. Tocó con cuidado la tirita que cubría la herida que él mismo le había provocado y se derrumbó de nuevo.

—Lo siento. Perdóname, por favor.

—Tranquilo —ella le acarició el pelo besándole la coronilla.

Pasaron bastante tiempo abrazados en el suelo, sin moverse, en silencio, acunándose y consolándose mutuamente.

—Vamos a dormir, necesitamos descansar —dijo Jane al cabo de un rato, tendiéndole la mano e incorporándose para ayudarlo.

Se le habían dormido las piernas y le costaba andar. De camino a su cuarto recogió la mochila que la esperaba en el suelo. Sacó la foto de sus padres y la volvió a colocar en su sitio. Después se acurrucó en la cama al lado de Jason sin desvestirse y se quedó dormida al instante apoyada en su pecho y arropada por sus musculosos brazos.

Despertó sobresaltada en la oscuridad llevándose la mano al cuello de manera instintiva y con todo el vello de su cuerpo erizado. Al encender la luz, se percató de que estaba sola en la cama. Se incorporó y caminó sigilosamente, con miedo, casi arrastrando los pies, dirigiéndose hasta la luz que percibía al final del pasillo. Jason estaba ante el ordenador con un vaso en la mano. Le dio un vuelco el corazón y ahogó una exclamación que alertó a su marido.

—Oh cariño, no te preocupes —le sonrió él al ver su expresión asustada contemplando el vaso—. ¡No es más que un vaso de agua! Ven —dio unas palmaditas en sus rodillas animándola a sentarse encima—. He estado pensando que nos vendría muy bien cambiar de aires y desconectar con un viaje. Ya he comprado los billetes y estaba mirando hoteles. La semana que viene nos vamos a España. He pensado en una ruta por el sur para visitar Sevilla y Granada entre otras ciudades. Me han dicho que la Alhambra es una maravilla. Después podemos continuar por el norte visitando Galicia o Santander. Es una pena que ya no lleguemos a San Fermín en Pamplona porque debe ser algo espectacular. ¿Qué te parece? —le mostró varias fotografías en la pantalla del portátil—. Es bonito, ¿verdad?

—Sí, puede ser un viaje interesante. Los Owen estuvieron allí hace un par de años y volvieron enamorados de ese país.

—Iba a ser una sorpresa, pero no importa, así podremos planificarlo juntos —Jason besó el hombro desnudo de Jane con ternura y pasó los brazos alrededor de su cintura—. Volvamos a la cama o mañana estaremos rendidos —la levantó en volandas como a ella le gustaba y volvieron a la

cama.

Jane se acurrucó entre los brazos de Jason en silencio y no tardó en quedarse dormida. Cuando él percibió el cambio de ritmo en su respiración, la besó en el cuello con sumo cuidado.

—Te quiero, cariño. Lo siento mucho —le susurró—. En unos instantes, ambas respiraciones bailaban acompasadas.

A la mañana siguiente, Jane abrió los ojos bañados por los rayos de sol que se colaban por la ventana. Estaba sola en la cama y al incorporarse descubrió una bandeja a su lado con el desayuno. Una nota bajo una rosa blanca descansaba al lado del zumo de naranja.

*“Eres la luz que alumbra mi vida.  
Te quiero.”*

Un corazón rodeaba el mensaje que acababa de leer. Acarició los pétalos de terciopelo con los labios y sonrió, aunque sus ojos denotaban tristeza. Jason se había ido a la oficina y con seguridad no regresaría hasta la noche.

Desayunó y después de ducharse se puso ropa deportiva para salir a correr. Le sentaría bien un rato a solas consigo misma corriendo entre los árboles y la vegetación cerca de la orilla de la playa.

Justo cuando se disponía a abrir la puerta, sonó el timbre. Era Theresa, y le pareció extraño ya que ella nunca solía visitarla cuando no estaba su hijo en casa.

—Hola, Theresa ¿Qué tal todo? —Jane le dio un beso para saludarla y ella le pareció más fría de lo normal.

—Muy bien, querida. Pasaba por aquí y he recordado que tenemos algo pendiente, así que cuanto antes mejor —entró directa hasta el salón.

Jane se quedó sujetando la puerta abierta y un poco desconcertada, finalmente se acercó hasta donde se encontraba su suegra.

—¿Tenemos algo pendiente? No sé a qué te refieres

—Vamos Jane, no te hagas la tonta. Esta situación ya es bastante embarazosa para mí —puso los ojos en blanco con gesto de fastidio.

—Pero ¿es que no sé de qué me estás hablando!

—Bueno, pues iré al grano. Hace ya un año que os casasteis y, no es

que no confíe en ti, pero ya sabes lo valiosa que es la tiara que te presté. Esperaba que me la devolvieses poco después, pero parece ser que se te ha olvidado —alzó las cejas y la miró fijamente esperando su reacción.

Jane se quedó con la boca abierta. Estaba tan asombrada que no sabía qué decir.

—Pero, yo... pensaba que me la habías regalado.

—¡Ja! ¿De verdad lo pensaste? —Rio de buena gana—. Es demasiado valiosa, corazón. Puede que algún día sea tuya, pero de momento si no te importa, me gustaría guardarla yo.

—¡Claro! No me importa. Lo siento, ha sido un malentendido. Enseguida te la devuelvo.

Jane subió a su dormitorio en busca de la dichosa joya. Cuando se la quitó el día de la boda pensó en guardarla en la caja fuerte, pero después se le olvidó por completo. Al coger el estuche le llamó la atención lo poco que pesaba y lo abrió soltando una exclamación.

—¿Ocurre algo? —curioseó Theresa a sus espaldas.

Jane le mostró el estuche vacío, completamente pálida.

—No está. La guardé aquí el día de la boda y no me había vuelto a acordar de ella hasta hoy, y ahora ¡ha desaparecido! —se sentó sobre la cama para digerir la sorpresa. A su lado Theresa la observaba inmóvil, en silencio y con los ojos como platos.

*«Que sea la felicidad tu máxima prioridad,  
y que el optimismo endulce tu paladar.  
Porque nada ocurre por casualidad,  
y lo mejor está por llegar.»*



## CAPÍTULO 9

# Debajo del Sofá del Desván

*“¿Por qué contentarnos con vivir a rastras cuando sentimos el anhelo de volar?”*

Helen Keller (1880-1968)

*Escritora y conferenciante estadounidense.*

SHELTON, WASHINGTON

*En la actualidad.*

Q uedaban pocas horas para la actuación trimestral de la Academia y Jane por primera vez empezaba a notar las mariposas en el estómago. Había practicado mucho los movimientos básicos hasta estar convencida de que los golpes de cadera, o drops como los llamaban en clase, le salían a la perfección. Michael, su profesor, la elogiaba cada vez que ensayaban. Continuamente le recordaba que era una de las pocas alumnas que conseguía añadir la elegancia en cada movimiento para transmitir la sensualidad necesaria innata en este tipo de baile. Ella había descubierto que no sólo consistía en mover la cadera. Existían infinidad de ritmos y movimientos aunque, los dos más importantes eran los lunares y los solares. En los primeros, fluida y suavemente se realizaban movimientos ondulatorios de todo el cuerpo, como los círculos con las caderas y el pecho o los “ochos” naturales. Los solares consistían en producir pequeños golpes o vibraciones mucho más marcados que los anteriores, como los drops o los golpes de pecho. Pero todo ello debía ir acompañado de una sincronización general de todas las partes del cuerpo. Brazos, manos, piernas e incluso la cabeza, debían moverse simultáneamente, en consonancia. Jane había sido elegida de entre las nueve bailarinas que actuaban con ella para representar el papel protagonista. Su baile era diferente al de las demás y por tanto más difícil, ya que desde el primer momento, sería la que atraería la atención del público. Por suerte, el velo cubriría su rostro casi hasta el final del acto, lo que le tranquilizaba en parte. Michael también participaba. Su papel

consistía en observar el baile sensual de la protagonista y del resto de bailarinas mientras fumaba de una cachimba que les habían prestado expresamente para la ocasión, recostado en un diván oriental entre alfombras y almohadas. Inicialmente debía permanecer impasible, pero poco a poco iría mostrando más interés hasta sucumbir al encanto del personaje principal. Cuando ella consiguiera por fin su atención, se retiraría el velo y se alejaría de él con indiferencia.

Por eso precisamente estaba tan inquieta. Jason iba a estar presente entre el público y no alcanzaba a imaginar cómo se lo iba a tomar. Temía su reacción, pero se negaba a tener que cambiar su vida para adaptarla a lo que él consideraba correcto. No quería vivir pisando con pies de plomo para no enfadarle o molestarle.

Jane llegó a la academia en la que ya estaba preparado un gran salón acondicionado con butacas para los espectadores. Los ayudantes estaban probando la iluminación y el sonido y realizando los últimos ajustes. Caminó hasta el vestuario, donde varias compañeras ya estaban vistiéndose y maquillándose, así que se dispuso a hacer lo mismo. El color de su ropa era distinto a la del resto para enfatizar su personaje. Se volvió hacia la pared para quitarse el suéter y el sujetador y colocarse el top de color rojo oscuro del que colgaban infinidad de hilos con cuentas y abalorios. Realzaba su busto y le quedaba perfecto combinado con el dorado del resto de la indumentaria. Se quitó los pantalones y se ajustó la falda lisa cosida a capas y con bordados por doquier. Sobre ella el fajín, con adornos similares a los del top, se ajustaba a la cadera acentuando sus curvas. A continuación se colocó los brazaletes y las pulseras tobilleras que engalanarían sus pies descalzos. Al acercarse al espejo para maquillarse, contempló su silueta durante unos instantes. Realmente estaba muy sexy.

—¡Madre mía, Jane! —exclamó una de sus compañeras—, estás increíble. A Michael se le va a caer la baba cuando comiences a mover las caderas a su alrededor. ¡Qué envidia me das!, además de guapa, con un cuerpazo de escándalo. ¿Cómo lo haces?

—Gracias, Cicely. La verdad es que no hago nada especial. No soy de mucho comer, pero tampoco me privo de nada y suelo salir a correr varios días a la semana, me relaja mucho.

—Las hay con suerte —le sonrió guiñándole un ojo—. No te pongas nerviosa, en los ensayos lo has hecho muy bien —. Cicely continuó

maquillándose ante el espejo.

—Gracias de nuevo —respiró hondo—. Para ser sincera, estoy histérica —dijo Jane en voz apenas audible.

Comenzó con el maquillaje. Había decidido enfatizar mucho los ojos al estilo *Smokey eyes*. Delineó con una fina línea negra sus párpados inferior y superior a lo largo de todo el ojo. Después de difuminar el resultado con una esponja, aplicó una sombra gris oscuro y ya cerca de la ceja una un poco más clara para aportar un toque de luz, difuminando la unión entre ambas. La máscara de pestañas aportó el toque final. Dos espectaculares ojos verdes la contemplaron a través del espejo y aprobó el resultado con una sonrisa aplicando un ligero color en los labios como punto final.

—Chicas, ¡en cinco minutos empezamos! —advirtió Michael entrando en el cuarto—. ¿Estáis todas listas? —Echo un vistazo rápido a todas las bailarinas y se detuvo unos instantes, un tanto incómodos para Jane, observándola con la boca abierta—. Eh... por favor, id colocándoos ya para empezar —apartó la mirada un poco aturdido y salió hacia el escenario.

—Ja, ja —rio Cicely—. Te lo dije. No se le ha llegado a caer la baba, pero casi se le desencaja la mandíbula —continuó riendo mientras se colocaba en fila para ir saliendo tras las demás.

Jane se sujetó el velo y se colocó los crótalos en los dedos, apresurándose por salir tras ellas hacia el escenario.

El corazón le palpitaba acaloradamente cuando, tras una breve presentación de Michael, comenzó la música y se retiró el telón.

Caminó lentamente hacia el centro del decorado seguida de todas las demás. Michael ya estaba en su lugar, tumbado y observándolas con interés. Vestía unos pantalones bombachos y lucía el torso desnudo bien marcado y sin vello alguno. Estaba arrebatador, y la observaba de tal manera que Jane dudó por un momento si su mirada formara parte de la actuación. Un cosquilleo le recorrió el estómago cuando comenzó con la danza sensual a su alrededor. Los insinuantes contoneos circulares de sus caderas atraían su atención sin remedio, haciendo que él se saltase el guion que inicialmente le exigía que la ignorase. Jane se ruborizó e improvisó alejándose un poco de él en dirección al público.

Vio a Serena en primera fila con una gran sonrisa de satisfacción. A través del velo, sus ojos se encontraron y Jane recibió un guiño de

reconocimiento. Su amiga era la única persona a la que había confiado cuál iba a ser su papel en aquella obra, así que, aunque todas iban cubiertas con el velo, la reconoció enseguida. Unos metros a su derecha descubrió a un Jason muy interesado en descubrir cuál de todas las bailarinas era su mujer. Aparentemente aún no lo debía de tener muy claro y ella se fijó en que, aunque intentaba buscarla entre las demás bailarinas, los movimientos que ella efectuaba llamaban en exceso su atención. Jane respiró profundamente relajándose un poco, al menos parecía no estar molesto. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba disfrutando del espectáculo?

Continuó su representación acercándose de nuevo a un Michael que se esforzaba por contener su mirada después de haberse percatado de su error anterior. Entonces, ella se concentró en los movimientos alternando los lentos circulares con los golpes rápidos de pecho y cadera, hasta que llegó el momento en que él intentó acercarse y ella se alejó lanzándole el velo y dejando al descubierto su rostro.

En el último giro vislumbró de refilón la expresión de Jason y se le heló la sangre. Por fin había descubierto quién era ella y no debía haber sido de su agrado. Cuando, tras unos instantes de duda, logró reunir las fuerzas suficientes para volver a mirarle a la cara, se percató con angustia de que el sitio que ocupaba instantes antes estaba vacío. Observó nerviosa el resto de la sala pero él ya no se encontraba allí. Presentía que le esperaba una noche complicada y un escalofrío recorrió su espalda haciéndola temblar.

Terminó la función y todo el público se puso en pie aplaudiendo con entusiasmo. Incluso escuchó varios silbidos de aprobación. Al cerrarse el telón todas sus compañeras la abrazaron con fervor emocionadas. Daban saltos de alegría felicitándose por el éxito logrado. Aún continuaban los aplausos minutos después, cuando se volvió a retirar el telón y una a una, fueron saludando a los espectadores. Fue entonces cuando Jane advirtió la mueca de angustia y preocupación de Serena y comprendió que estaba metida en un buen lío.

Se cambió de ropa rápidamente, como si así pudiera restarle importancia al asunto y tranquilizar a su marido. ¿Se habría marchado? Conociéndole lo dudaba, lo más seguro es que estuviese esperándola a la salida. Con un poco de suerte no la agrediría delante de la gente y así, al menos se enfriaría un poco en el trayecto hasta casa. Se dispuso a salir

rápidamente esperando no tener que detenerse con nadie y correr el riesgo de empeorar las cosas. Estaba a punto de abrir la puerta de la calle cuando escuchó su nombre a sus espaldas.

—¡Jane! ¡Espera! —era Michael que corría hacia ella con una gran sonrisa—. ¿Ya te vas? ¿A qué viene tanta prisa? —estaba eufórico por el éxito del espectáculo y sin que tuviera tiempo de poder evitarlo, la abrazó con fuerza y dio varias vueltas con ella en volandas riendo a carcajadas—. Ha sido todo un éxito y todo gracias a ti.

Jane se zafó incómoda de entre sus brazos.

—Michael, yo... lo siento, debo irme, tengo mucha prisa —se volvió para salir pero él le sujetó las manos.

—Sólo quería felicitarte por lo bien que lo has hecho —la forma en que la miraba dejaba claro que ella le gustaba y Jane comenzó a temblar como un flan.

De repente, oyó un fuerte golpe a sus espaldas y algo tiró de ella haciéndole daño en el brazo.

Jason había contemplado la escena a través de las grandes puertas de cristal de la entrada y se había dirigido hacia ellos hecho una furia.

—¡No vuelvas a acercarte a mi mujer si no quieres terminar en el depósito de cadáveres! —le gritó fuera de sí.

Michael se había quedado estupefacto, con la boca abierta de par en par y tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Suéltala! ¡Le estás haciendo daño! —le advirtió encarándose con Jason.

Jason soltó el brazo de Jane de un manotazo y fue hacia Michael con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Estaba claro que tenía la intención de agredirle y ella corrió para interponerse entre los dos hombres y tratar de evitar una pelea. Por el rabillo del ojo pudo distinguir a Serena, que en ese momento la imitaba. Entre ambas pudieron retenerle el tiempo suficiente para que, varias personas que contemplaban el lamentable espectáculo, intervinieran intentando reducir al monstruo en que acababa de convertirse su marido y lo inmovilizaran.

—¡Soltadme! ¡Lo vais a lamentar todos! ¡No sabéis con quién estáis tratando! —les gritaba desesperado por zafarse del montón de brazos que lo amarraban. Entonces, vio a Serena protegiendo instintivamente a su amiga y volvió a estallar con furia.

—¿Y tú? ¿Qué coño haces aquí, zorra tortillera? También babeas por

su culito ¿verdad? —intentó embestir con más fuerza pero de nuevo sin éxito, lo que no hizo más que acrecentar su rabia. Parecía un animal salvaje atrapado y sin salida. Dos policías alarmados por los presentes, intervinieron en el alborozo haciéndose cargo de la situación. Lo esposaron y lo arrastraron hasta la calle para intentar calmarlo.

Jane ocultaba su rostro en el pecho de Serena mientras ésta la abrazaba intentando consolarla.

—Ya ha pasado cariño, tranquila —le acariciaba la cabeza con ternura—. Cuando lo he visto salir, antes de terminar la actuación, con la locura grabada en su rostro, sabía que algo iba a suceder.

Jane asintió con la cabeza. La vergüenza le impedía levantar la mirada hacia los testigos de tal escándalo.

—Lo siento mucho —dijo con voz apenas audible—. Lo siento, de veras.

—Ese loco ¿Es tu marido? —le preguntó Michael muy acalorado—. ¡Está como una cabra! Creo que es peligroso, y me temo que no es la primera vez que te agrede ¿No es verdad, Jane?

El silencio que recibió por respuesta confirmó sus dudas.

—Tienes que denunciarle, yo también lo haré. Estos casos nunca acaban bien, los sabes, ¿no?

Ella lo miró muy seria y asustada.

—Por favor Michael. Es... complicado. Empeoraría aún más las cosas. No le denuncies, por favor —le suplicó.

—¿Que no lo denuncie? ¿Le estás defendiendo? Ha intentado agredirme y me ha amenazado de muerte. Y a ti, mira los moratones de tu brazo. No te entiendo, Jane.

—Pues yo si la entiendo —replicó Serena a su lado—. Con eso no consigue nada. Como mucho unos cuantos días de arresto y después, ¿qué? ¿A esperar a que lo suelten y vuelva a casa sabiendo que ella lo ha denunciado? Créeme que tú no deseas más que yo que ese impresentable se pudra en la cárcel, pero esa no es la solución. Así no se acaba con el problema. Es muy fácil dar consejos cuando uno no tiene que lidiar con las consecuencias.

—¿Y cómo se acaba el problema? ¿El día que la mate?

—Por favor, Michael. Ya te he dicho que es complicado — interrumpió Jane—. No voy a denunciarle y aunque ahora no lo creas, me harías un gran favor si tú tampoco lo haces.

—A ver, señores, por favor —intervino uno de los policías que había estado indagando y tomando declaración de lo sucedido a los testigos—. Necesito saber si alguien de ustedes va a interponer una denuncia contra el señor Blackwell. ¿Quizá usted, señora Blackwell? —dejó de hacer anotaciones en su libreta y señaló con el bolígrafo el brazo amoratado de Jane.

—No voy a denunciarle, agente. Ha sido todo un malentendido —explicó Jane preocupada.

—¿Está segura, señora? —inquirió él alzando una ceja.

—Sí, sí, claro. Todo está bien, gracias.

—De acuerdo. Y ¿Usted, señor...?

—Queen, Michael Queen. Pues verá, creo que lo mejor será no denunciarlo.

—Según los testigos intentó agredirle y le amenazó de muerte —aclaró el agente.

—Así es, señor. Pero prefiero dejar las cosas como están —miró preocupado a Jane y continuó—. A menos que vuelva a acercarse por aquí, no voy a interponer ninguna denuncia.

—Como quieran, pero nadie le va a librar de pasar como mínimo esta noche en el calabozo. Así se le bajarán los humos. Si tienen cualquier otro problema o cambian de idea, no duden en acudir a la comisaría más cercana. Buenas noches —se despidió levantando ligeramente su gorra.

—Gracias, Michael —musitó Jane—. De veras.

—No me des las gracias. Sigo pensando que es un error. Espero que tengas razón, porque no podría perdonarme que te pasara algo por no haber intervenido.

—Vamos —dijo Serena sujetando a Jane por la cintura—. Te acompañaré a casa.

—Adiós, Michael —se despidió Jane—. Y gracias de nuevo —le sonrió sincera mientras salía a la calle del brazo de su amiga. Preocupada, buscó con la mirada el coche de policía donde debería estar detenido Jason, pero no lo encontró.

—No te preocupes —comentó Serena—, he esperado a que se fueran para salir. Se han marchado hace unos minutos. Pero, estás temblando. ¿Quieres que pase la noche contigo? —al percibir el gesto preocupado de Jane continuó—. Te prometo que saldré muy temprano de tu casa, para evitar encontrarme con el rucio de tu marido si por casualidad se les

ocurre dejarle libre a primera hora.

—Ese es nuevo —sonrió Jane mientras caminaban hacia el coche—. La lista de calificativos que su amiga utilizaba para referirse a Jason no tenía fin—. Está bien —añadió—, pero tienes que prometerme que te irás muy temprano. No quiero ni pensar en su reacción si supiera que has pasado la noche en casa.

—Con esa mente enferma, es capaz de imaginarse cualquier cosa —agregó Serena—. Nunca podrá entender que sólo somos amigas —al pronunciar aquellas palabras, el sabor ácido de la tristeza colmó su boca, haciendo que se estremeciera como si hubiese chupado un limón—. Hace frío —comentó al entrar en el coche.

Una vez en casa, se prepararon un par de té con leche caliente y se sentaron en los taburetes de la cocina.

—¡Vaya nohecita! ¿Verdad? Gracias por acompañarme Serena, eres mi mejor amiga —Jane la abrazó con fuerza.

—Las buenas amigas también están para los momentos como el de hoy, ¿no crees? Sabes que haría lo que fuera por ti.

—Lo sé. A veces es necesario tropezar para darse cuenta de quién es el que se queda a tu lado para tenderte una mano.

—Jane, he estado pensándolo mucho y no encuentro una solución a todo esto, al menos no una buena. Tengo algo que contarte que creo que te va a interesar.

—Adelante —animó Jane bebiendo un buen trago de té.

—La semana pasada estuve fuera visitando a unos conocidos. ¿Recuerdas que el miércoles no pude quedar contigo para salir a correr?

—Sí, tenías un asunto pendiente que no podía esperar.

—Hace tiempo que estoy dándole vueltas a la manera de sacaros de este infierno a ti y a la niña y por fin creo que sé cómo hacerlo. Está claro que si quieres volar, primero debes renunciar a todo lo que te pesa, todo el lastre que arrastras.

—Serena, no quiero que te metas en líos por mi culpa...

—Déjame que te lo explique, por favor —la interrumpió—, siempre estarás a tiempo de rechazar mi oferta.

—De acuerdo, ya me callo. Continúa. Soy toda oídos.

—He logrado ponerme en contacto con alguien que, por una buena cantidad de dinero, os puede proporcionar una nueva identidad a ti y a

Ash.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—¿No ibas a permanecer calladita? —le reprochó Serena.

Jane levantó las palmas de las manos a modo de rendición y ella continuó.

—Es la única manera, Jane. No puedes marcharte por las buenas. Sabes que él nunca lo permitiría y si escapas, no tardaría mucho en encontraros. Sé que no es legal, pero he conocido a una persona a la que este hombre ayudó hace doce años y sigue viviendo con su nueva identidad sin problemas. Tendrías todo lo necesario para poder emprender una nueva vida lejos de aquí. Si lo hacemos bien, él nunca os encontrará.

Jane no contestó, giraba la taza entre sus manos observando el movimiento circular del contenido y meditando sobre lo que acababa de escuchar.

—Sé que no te gusta la idea, pero creo que deberías tener algo preparado por si acaso. Es posible que algún día tengas que huir apresuradamente. Está loco y como tal, cualquier día puede cometer una locura. Temo por tu vida y no puedes permanecer de brazos cruzados esperando a que un día se le vaya la mano y te mate.

De nuevo, Serena no obtuvo ninguna respuesta de su amiga, que continuaba pensativa con el ceño fruncido.

—Por favor, de momento sólo necesito dos fotos actuales una tuya y otra de la niña. Después podemos pensar cómo obtener el dinero. Yo podría ayudarte con eso, tengo ahorrada una cantidad importante. Piénsalo al menos. Estoy convencida de que podría funcionar —las palabras le salían atropelladas una tras otra por la ansiedad con que las pronunciaba.

—Sí.

—No puedes seguir así porque... ¿Qué has dicho? —Se levantó de un salto que a punto estuvo de derribar un taburete.

—Sí, que tienes razón. Acepto.

—¡Oh, Jane! —de repente se había quedado sin palabras, como si todas las necesarias ya las hubiese pronunciado. La abrazó con fuerza—. No sabes lo que me alegra tu decisión. Todo va a salir bien, ya lo verás. Pero debemos ser muy discretas y no dejar pistas. Creo que es mejor no decirle nada a la niña hasta el mismo momento en que os vayáis. En cuanto al dinero...

—Puede que yo tenga una solución para eso —la interrumpió Jane

con una sonrisa picarona.

—Me estás dejando anonadada. ¡Ésta es mi Jane!

—Simplemente creo que todo tiene un límite y yo ya he sobrepasado el mío. Estoy convencida de que más de un joyero estaría interesado...

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —la expresión sonriente de su amiga fue la pista que necesitaba—. No... ¿No estarás pensando...? —comenzó a reír a carcajadas. No podía parar y se tapó la boca para evitar despertar a Ash y a Hanna, su niñera, que dormían en el piso de arriba.

—Pues sí, has dado en el clavo.

—¡La joya de la corona! No te reconozco Jane —Serena volvió a reír negando con la cabeza.

—Si consigo venderla, ¿crees que será suficiente?

—¡Pues claro! Esa joya vale al menos diez veces más de lo que cuesta la documentación.

—¡Estupendo! Me vendrá bien el dinero en efectivo, aunque debo confesarte algo —Serena la observó con los ojos como platos y Jane bajó la voz—. Hace tiempo que estoy retirando pequeñas cantidades de dinero y guardándolas a buen recaudo para una urgencia.

—No me lo puedo creer. Yo que había preparado un discurso para convencerte... Y la idea de vender la tiara...

—No veo el momento de deshacerme de ella. Creo que es la ocasión perfecta. Fue un caramelito para mantenerme contenta y taparme la boca, pero demasiado dulce para mi gusto.

—Y no lo podrías expresar mejor porque ese es exactamente el sabor de la opulencia. Además yo lo aderezó con un color marrón oscuro que me recuerda a la mierda, y esa mezcla de color y sabor me provoca náuseas.

—Pero ¡qué fina eres! —bromeó Jane—. No, en serio. Una vez escuché que los milagros ocurren cuando uno comienza a darle más importancia a los sueños que a los miedos. Y he de reconocer que esa frase tiene mucha razón. Uno mismo puede llegar a hacer realidad sus propios milagros con un poco de tesón y perseverancia.

—¡Me alegro tanto de volver a verte así! Llevas demasiado tiempo a la sombra del miedo, pero eso se acabó. Cuenta conmigo, haré cualquier cosa para alejarte de ese animal desequilibrado.

—Gracias, de verdad. Adelante entonces. Espera un momento —salió

de la cocina y en unos minutos regresó con un sobre que tendió a Serena —. Aquí tienes las fotos. Puedes empezar cuando quieras, tienes vía libre.

—Estupendo. Mañana mismo me pondré en contacto con él. Supongo que querrá un adelanto antes de empezar.

—De acuerdo, ¿me acompañas al desván?

—¿Al desván? Claro. Al desván, al cielo, donde quieras... —la siguió sonriendo. Estaba eufórica, como hacía mucho tiempo que no se sentía.

Al llegar al desván, Jane se detuvo ante una vieja y robusta mesa de madera colocada junto a un sofá de piel descolorida que estaba apoyado en la pared.

—Ven —le indicó a Serena—. Échame una mano —se agachó para retirar la mesa con la ayuda de su amiga, intentando no hacer ruido.

Al retirar la mesa quedó el espacio suficiente para poder mover el sofá de su posición original. Entre las dos lo consiguieron enseguida.

En el mismo lugar que segundos antes había ocupado el pesado mueble, Jane hizo palanca presionando en el extremo de una de las tablas del suelo. Inmediatamente ésta saltó, levantando una pequeña nube de polvo ante la estupefacta mirada de Serena.

Aparentemente no había nada en el hueco que había quedado a la vista, pero Jane introdujo el brazo hasta el codo y sacó una pequeña caja de cartón con una foto de unos zapatitos rojos en su tapa.

—Eran de Ash —comentó sonriendo—. Recuerdo que cuando los estrenó no quería quitárselos ni para dormir —abrió la caja y Serena tuvo que ahogar una exclamación al ver varios fajos de billetes ordenados cuidadosamente—. ¿Con un par de los grandes tendrá suficiente como adelanto?

—No tengo ni idea, supongo que sí —cogió el dinero que le tendió su amiga ayudándola a esconder de nuevo la cajita en su lugar—. No salgo de mi asombro. ¿Cómo encontraste este escondite tan bueno?

—Cuando era pequeña, el desván de Sherry, mi mejor amiga, era uno de nuestros lugares favoritos para jugar. El suelo era como éste. Nos encantaba preparar escondites levantando las tablas en sitios estratégicos para que nadie las encontrara. Como ves, acabé siendo una experta. Lo tuve claro cuando decidí esconder el dinero.

—¡Es un escondrijo perfecto! Una vez colocados los muebles en su lugar es imposible encontrarlo. Yo diría que ni aun buscándolo a

propósito. Eres más lista de lo que parece.

—¿Me estás diciendo que parezco tonta? —le dio un empujoncito cuando volvían a la cocina.

—Sabes que no. Sólo digo que despistas bastante con tu frágil apariencia y tu gran corazón —le guiñó un ojo con complicidad.

—Pues la Jane asustadiza y frágil ya no volverá, ha desaparecido. Cuando me di cuenta de que me importa un carajo lo que le suceda a Jason, esa Jane se marchó para siempre. El miedo a que él cometiera una locura y siguiera los pasos de su padre me convirtieron en alguien distinta. Alguien cobarde y sumisa que no tenía nada que ver con mi verdadero yo. Eso se acabó.

—Mañana cuando me despierte, estaré convencida de que todo esto no ha sido más que un estupendo sueño —aseguró Serena.

—Hablando de despertarse. Vamos a dormir o mañana no podrás madrugar para marcharte temprano. Deberíamos intentar crear más buenos momentos como estos. Por desgracia, los malos ya llegan solos y sin previo aviso.

—¡Como usted desee! —bromeó Serena y Jane la golpeó en el hombro como protesta.

Esa noche Serena durmió en la habitación de invitados y un poco antes de amanecer ambas se despidieron. Acordaron ponerse en contacto durante el día para que Serena se quedara tranquila. Quería asegurarse de que a Jane no le ocurriera nada cuando Jason volviese a casa.

Jane telefoneó a la comisaría de policía en la que había pasado la noche Jason. Le comunicaron que saldría a lo largo de la mañana y sólo de pensarlo se le revolvió el estómago. Habría tenido tiempo de meditar y probablemente ya no estaría tan alterado, o al menos eso esperaba. Aunque cabía la posibilidad de que dormir en el calabozo le hubiese trastornado aún más.

El sonido del teléfono la apartó de sus pensamientos.

—¿Dígame?

—Hola, Jane. Soy Theresa. ¿Qué tal la actuación de ayer? Me hubiese gustado ir pero no me encontraba muy bien, últimamente estoy muy cansada. Pero, cuéntame.

—Hola, Theresa. Sí... Salió todo bastante bien. Al público en general

le gustó mucho.

—Estaba segura, me alegro mucho. Y a Jason ¿le gustó?

—Pues verás... al acabar la función hubo un pequeño incidente...

—¿Qué ocurrió Jane? ¿Ha pasado algo?

—Jason se alteró mucho y armó un escándalo. Ha pasado la noche en comisaría, pero saldrá a lo largo de la mañana.

—¿Qué? ¿Mi hijo arrestado? ¡Sabía que no era buena idea! Ese tipo de baile ordinario y soez... Voy para allá ahora mismo. ¡Pobre hijo mío! ¡Qué noche habrá pasado! Detenido como un vulgar delincuente... — colgó el teléfono sin ni siquiera despedirse.

Jane temía que llegara el momento en el que Theresa se enterase de lo ocurrido. Sabía que la posibilidad de que la noticia llegase a su querido círculo de amistades la desquiciaría y, por supuesto, la culparía a ella de todo. Su hijo no sería más que una pobre víctima de su insensatez. Los dos iban a unirse en su contra, pero no conseguirían amedrentarla. Al menos Ashley estaría en el colegio y no tendría que presenciar lo que quiera que fuese a ocurrir.

El fuerte golpe de la puerta de la calle al cerrarse delató la presencia de Jason. Jane lo estaba esperando tranquila pero alerta. Entró en el salón y se dirigió muy despacio hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos. Ella se sujetó las manos detrás de la cintura para no mostrarle cómo le temblaban y revelar su debilidad.

—Hola, Jason —saludó intentando que su tono de voz sonara convincente y sin un solo atisbo de temor.

Él no respondió inmediatamente. Siguió avanzando hasta colocarse a menos de un palmo de su rostro. Apretaba la mandíbula con fuerza intentando contener su ira.

—No sabes la vergüenza que he tenido que soportar por tu culpa. Si llego a saber que ibas a bailar como una puta, nunca hubieras salido de casa. Y después, para colmo, dejándote sobar por cualquier baboso. Tuviste suerte de que interviniera la policía porque si no..., te habría matado. Me provocaste a propósito. Sabías cual iba a ser mi reacción y aun así continuaste desafiándome —le sujetó con fuerza la cara haciéndole daño—. Si vuelves a hacerlo... Te mato —No había alzado la voz en ningún momento. Hablaba sereno y tranquilo, muy despacio, como si hubiese rumiado aquel sermón durante horas—. Por supuesto que no vas a

volver a poner un pie en esa maldita academia. Se acabó. Y tampoco quiero volverte a ver con esa lesbiana de mierda. Acabarás liada con ella si es que no lo estás ya —le soltó la cara lanzándole la cabeza hacia atrás con fuerza justo en el momento en que el timbre comenzaba a sonar con insistencia—. Ahora, desaparece de mi vista o dejaré de controlarme.

Jane salió corriendo escaleras arriba sin mediar palabra. Había salido bastante airada del asunto y no quería tentar más a la suerte. Se encerró en su dormitorio y mandó un mensaje por WhatsApp a Serena para indicarle que todo había ido bien y para que se tranquilizara. Aún en el piso de arriba y con la puerta cerrada escuchaba la conversación acalorada de madre e hijo. No lo soportaba más, así que se puso los auriculares y comenzó a tocar su nuevo violín electrónico.

En pocos segundos la música la había transportado a un lugar mejor, consiguiendo que se relajara y haciéndola sonreír.

*«Que nadie te crea de su propiedad,  
y que si es lo que quieres, echa a volar.  
Porque con decisión se capea cualquier tempestad,  
y la buena estrella no sólo es fruto del azar.»*





## CAPÍTULO 10

# Sigue el Lazo Azul

*“Cuando mejor es uno, tanto más difícilmente llega a sospechar de la maldad de los otros.”*

Cicerón (106 AC - 43 AC)  
*Escritor, orador y político romano.*

KETCHUM, IDAHO  
*En la actualidad.*

La señal que indicaba a los pasajeros que debían abrocharse el cinturón de seguridad para aterrizar, llamó la atención de Jane sacándola del letargo en el que se había sumido durante el viaje. Había tenido que coger un vuelo apresuradamente tras la llamada de teléfono de su abuela desde el hospital. Se encontraba bien, pero había inhalado humo y estaba en observación. Su casa se había incendiado la noche anterior y ella había salvado la vida de milagro.

Sherry la estaba esperando en la terminal de llegadas y no tuvieron que esperar para recoger el equipaje ya que una mochila con lo estrictamente necesario era todo lo que la acompañaba.

—¿Cómo está? —preguntó Jane preocupada, besando a su amiga en la mejilla.

—Tranquila, he estado con ella y en unas horas podrá salir del hospital. Ha tenido una ligera intoxicación por humo, pero nada importante —ambas caminaron hasta el coche de Sherry abriéndose paso entre los pasajeros que pululaban en hora punta de un lado para otro, acarreamo sus maletas e instigados por las prisas.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? ¿Se dejó algo encendido que provocó el incendio?

—No lo sabe, Jane. Está un poco confundida porque todo pasó demasiado rápido. Estaba en la cama y continúa viva gracias a que aún no se había dormido y a la rápida actuación de los bomberos que pudieron sacarla por la ventana a tiempo —Sherry tropezó con alguien que

caminaba distraído observando uno de los paneles informativos de salidas y llegadas—. ¡Mire por donde camina! —le reprendió—. Odio los sitios en los que hay tanta gente y que cada uno va a su rollo sin importarles los demás. Vamos, tengo el coche en el parking, no está muy lejos.

En menos de veinte minutos ambas bajaban del Ford negro y destartalado de Sherry en el aparcamiento del hospital.

—¡Espera!, no hace falta que corras —se quejó Sherry apresurándose tras su amiga.

—Perdona, estoy preocupada, y no puedo evitar los remordimientos. Ella no debería estar sola a su edad, tendría que vivir conmigo. Lo ha dado todo por mí y yo la he dejado en la estacada...

—Eso no es verdad, Jane. Ella no quiere ser una carga para ti y prefiere que vivas tu vida, además se vale perfectamente por ella misma.

—Gracias. Siempre has sabido como calmarme —le agradeció cogiéndola del brazo.

Recorrieron un largo pasillo sorteando unos carros con bandejas de desayuno preparadas para su reparto y otros con ropa de cama y diversos enseres de aseo.

Kathleen estaba sentada en la cama terminando su desayuno junto a su vecina y mejor amiga Lawanda.

—Hola, cariño. No era necesario que vinieses tan rápido —saludó a Jane, tendiéndole sus delgados brazos que asomaban entre las anchas mangas del camisón azul del hospital.

—Abuela —Jane la abrazó llorando desesperada por el consuelo de aquellos brazos mágicos—. ¿Estás bien? —sollozó.

—¡Eh! —Kate chasqueó los dedos sobre la nariz de Jane para animarla—, estoy perfectamente cariño, ¡mírame! —apartó de la cara de Jane el pelo húmedo por las lágrimas—. Sólo he respirado un poco de humo, pero ya estoy perfecta. Acaba de pasar el médico y me ha dicho que puedo marcharme cuando quiera.

—¡Estaba tan preocupada! Estás tan sola...

—No estoy sola, cariño. Mira, ¿recuerdas a la señora Crowley? —preguntó Kate tomando de la mano a Lawanda.

—Claro que sí. Hola Lawanda —Jane rodeó la cama para saludarla con un beso.

Lawanda Crowley era viuda desde hacía más de diez años y una de las mejores amigas de Kate. Vivían en la misma calle, así que se veían a

menudo y tenían la costumbre de tomar juntas un tentempié a diario y dar paseos para mantenerse en forma. Se hacían compañía y se cuidaban mutuamente. Ella era un poco más gruesa que su amiga. Utilizaba unas gafas de pasta de color azul sujetas con un cordón, que solía quitarse y volver a colocar sobre su nariz numerosas veces en cada conversación. Jane bromeaba con su abuela intentando calcular el número de veces que lo haría en su próxima visita a la hora del té.

—Hola, cariño. Estás preciosa, como siempre —la besó en la mejilla, no sin antes retirarse las lentes y dejarlas colgando sobre su pecho—. Precisamente le estaba diciendo a tu abuela que ha llegado el momento de que se venga a vivir conmigo. Hace tiempo que se lo había propuesto, pero ya la conoces, no le gusta molestar o ser una carga. Es una cabezota —sonrió acariciando la cara de Kate mientras ella la contemplaba sonriente desde la cama—. Además, así podemos compartir gastos que, dicho sea de paso, tampoco nos vendrá mal a ninguna de las dos —volvió a colocarse las gafas pero observando a Jane por encima de ellas—. Ahora no puede negarse ¿verdad? Ayúdame a convencerla, por favor...

—Lawanda, tienes razón, iré a vivir contigo, pero tienes que prometerme que iremos a medias con todos los gastos —la interrumpió Kate.

—Oh, ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! ¡Después de tanto tiempo insistiendo! Pero mira que eres testaruda —le dio un empujoncito en el hombro—. Ha tenido que pasar una desgracia para que accedas. Pero estoy muy contenta, estaremos muy bien juntas, ya lo verás —le dio un achuchón cariñoso al que ella correspondió con ganas.

—No sé lo que habrá quedado de la casa. Ni siquiera sé si se habrá salvado algo. Lo que más me disgustaría es que mis pinturas y todos los cuadros que he pintado se hayan destruido en el incendio.

—Ahora no te preocupes por eso —la regañó cariñosamente Jane, yo me encargo.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y acto seguido la sargento Lilliam entró en la habitación.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra señora Heller? Lilliam llevaba unos vaqueros azules, rotos en las rodillas y muy desgastados, con una camiseta ajustada de color gris sobre la que descansaba una sobaquera de cuero que sostenía su arma.

—Muy bien, muchas gracias. Sólo ha sido un susto.

—Me alegro de que sea así. Hola Jane —le tendió la mano para saludarla—. Ya que estás aquí, ¿podemos hablar un momento fuera? Me gustaría comentarte algo.

—Por supuesto. Enseguida vuelvo, abuela —salió detrás de Lilliam.

—¿Te apetece un café en la cafetería de al lado? Seguro que está mejor que el de la comisaría...

Una vez sentadas frente a un par de cafés humeantes y unos bagels de sésamo y canela sobre la mesa, Lilliam comenzó a hablar.

—Ha sido un incendio provocado.

Jane casi se atraganta.

—¿Qué? —Tragó con dificultad el trozo de bollo que tenía en la boca.

—Perdona, mi compañero dice que tengo la delicadeza en el culo y es cierto. Debí ser un poco menos directa —pegó un bocado a uno de los bagels consumiendo casi la mitad del dulce—. Los bomberos acaban de corroborar —continuó con la boca llena e intentando no salpicar al hablar—, que alguien incendió la casa de tu abuela. Además, uno de sus vecinos avisó a la policía poco antes de que se desatara el incendio porque vio una persona sospechosa vestida de negro y con el rostro cubierto, merodeando por la zona. Le llamó la atención que portaba una especie de garrafa en las manos y le pareció que, por su constitución y la forma de andar, era una mujer —cogió otro bollito dispuesta a devorarlo igual que el anterior.

—¡Arderéis en el infierno!

—¿Cómo dices?

—¡Arderéis en el infierno! Es lo que dijo la señora McCoy cuando fuimos a hablar con ellos.

—Interesante...

—Todo encaja, han sido ellos, seguro —Jane dejó su bagel en la mesa, se le había quitado el hambre—. Son unos dementes y creo que cuando fuimos a su casa volvimos a despertar su locura...

—Tranquilízate, Jane. A veces, las cosas no son lo que parecen. Pero voy a hacerles una visita esta misma mañana por si estás en lo cierto, y ni se te ocurra volver a acercarte por allí.

—Mucha casualidad, ¿no crees? Primero nos amenaza con arder en el infierno y después alguien incendia la casa de mi abuela.

—Las casualidades existen —Lilliam vertió tres sobres de azúcar en su café y comenzó a removerlo con rapidez—. Pero quería hablarte de algo más... Tengo novedades —bebió de un trago el contenido de la taza como si de una medicina se tratase—. Las notas no las escribió O'Connor. No es su letra, así que él no era el amante de tu madre.

—¡Vaya! ¿Tenemos alguna pista de quién pudo ser?

—No. En ese punto seguimos igual que al principio, pero, él es el asesino de tu padre. Escribió la nota en la que le pedía dinero y se citaba con él, lo ha confesado.

—Entonces, ¿ha admitido que él lo mató? —interpeló Jane con la esperanza de encontrar por fin respuestas a sus preguntas.

—Bueno, no exactamente, sigue negándolo. Verás, encontré la dirección de su padre y fui a hacerle una visita. Es un anciano que está muy enfermo y que vive en Salt Lake City.

Recorrió con la lengua el espacio entre su labio superior y la encía, como tratando de aprovechar cualquier resto de comida alojado allí. Jane reprimió un gesto de desagrado y definitivamente retiró lo que quedaba de su bagel. Había perdido el apetito.

—Fue muy amable conmigo y contestó a todas mis preguntas —continuó Lilliam—. Después de tantos años peleando por enderezar a su hijo, hace tiempo que tiró la toalla. Llevan años sin tener ningún tipo de contacto. Le pregunté si tenía alguna máquina de escribir antigua y... ¡voilà!

—La guardaba él...

—Sí, me dijo que se la había comprado a su hijo cuando era un niño para que aprendiese a escribir a máquina, pero que apenas la había utilizado. La traje a la comisaría como prueba y el análisis dio positivo. Es la misma máquina con la que se escribió la nota del día del asesinato.

—¿Y qué dice él? ¿Qué excusa ha inventado ahora?

—Bueno, reconoce que cuando vio a Moses tan desesperado por encontrar a su mujer, se dio cuenta de que podía sacar tajada de aquel asunto. Escribió la nota y, después de averiguar dónde vivíais, la introdujo por debajo de la puerta de vuestra casa.

—Muy poco discreto por su parte, ¿no te parece? Se arriesgó mucho a que lo viese cualquiera...

—Y de hecho así fue. Vuestro vecino así lo declaró. Pero no me extraña demasiado. Es un delincuente de poca monta y con menos cerebro

que un mosquito —¿Te lo vas a comer?

—¿Eh? ¿A quién? —Jane le respondió extrañada.

—El bollito que has dejado a medias. Es que hoy no he desayunado y estoy hambrienta.

—Ah, no. Todo para ti —se lo acercó. Aquella mujer tenía la costumbre de desconcertarla cambiando de un tema a otro sin previo aviso.

—O`Connor asegura que aquella noche acudió al sitio indicado en la nota para encontrarse con Moses, pero que éste no apareció. Finalmente se cansó de esperar y se marchó.

—¿Y no volvió a intentarlo?

—Dice que pasó conduciendo por vuestra calle al día siguiente, y que se asustó al ver varios coches de policía. Así que desistió y se olvidó del tema.

—No lo crees, ¿verdad?

—No. Creo que sabe más de lo que dice. Inicialmente negó que la nota la hubiese escrito él... Y parecía convincente, pero a mí no me engaña.

—Aunque, a veces, las cosas no son lo que parecen —la interrumpió Jane repitiendo la misma frase que unos minutos antes había pronunciado ella.

—Eres una chica lista —le sonrió divertida—. No te preocupes, la investigación continúa. Aún hay varios cabos sueltos que no pararé hasta tener bien atados.

—Quizá me equivoque, pero desde el principio tengo la corazonada de que él no es el asesino. Creo que mi padre descubrió algo sobre la desaparición de mi madre y por eso lo mataron. Estoy convencida de que la misma persona los mató a los dos.

—No la conociste, ¿verdad? A tu madre, me refiero.

—Los pocos recuerdos que tengo de ella no son porque los haya vivido en primera persona —Jane sacó su móvil para buscar la fotografía en la que su madre posaba junto a su padre—. Yo tenía menos de un año cuando desapareció.

Lilliam se colocó las gafas y tomó el móvil para observar mejor la foto que ella le mostraba. Permaneció un rato en silencio, pensativa.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Jane extrañada.

—Hum, espera un momento..., esta fotografía... —la amplió para

observar con más detalle el ramo de rosas blancas que Casey sujetaba. Un gran lazo azul las adornaba restándoles protagonismo con su color—. Me recuerda algo. He visto algo parecido en algún lugar.

—Probablemente la habrás visto entre las demás fotografías que tienes sobre el caso.

—No. No la tengo en mis archivos, estoy segura.

—Un momento —interrumpió Jane—. Acabo de recordar que la fotografía original desapareció la noche en que mi padre se peleó con Ted O'Connor y que coincidió con la huida de mi hermano Robert. Ambos pensamos que se la había llevado él como recuerdo. Posteriormente recuperamos los negativos y la volvimos a revelar.

—¿Y si no fue tu hermano el que se la llevó? ¿Y si alguien entró en la casa y la robó? Cuando hablé con Robert, él me explicó que el detonante que le había hecho marcharse definitivamente fue que tu padre le acusó de robarle unos papeles de los que él no tenía conocimiento. Puede que la persona que se llevó la foto también se llevase esos papeles...

—¿Serían más notas de amor como las que yo encontré?

—Puede ser —observó Lilliam—, y si fuera así... ¿A quién le interesarían, además de a la persona que las escribió?

—¡Su amante entró en la casa y las robó junto a la fotografía! —de repente todo comenzaba a tomar forma en aquel rompecabezas—. Pero ¿por qué se arriesgaría a entrar en una casa ajena?

—Con la intención de que nadie más supiera que él había sido el amante de tu madre y que no lo relacionaran con su desaparición. Tal vez tu padre descubrió quien era y por eso lo mataron.

—Eso exculparía a O,Connor...

—Es posible, pero todo esto no son más que conjeturas, no nos precipitemos —Lilliam dejó unas monedas sobre la mesa para pagar el desayuno y se levantó dispuesta a despedirse—. De momento me pondré en contacto de nuevo con Robert para confirmar si fue él el que cogió la foto. Mientras tanto intentaré hacer memoria y recordar dónde he visto ese ramo de rosas. Tengo que dejarte, debo hacer una visita a los McCoy. Estaremos en contacto y te iré poniendo al día si descubro algo.

—De acuerdo, muchas gracias por todo Lilliam.

Después de despedirse, Jane volvió a la habitación del hospital enfrascada en sus pensamientos y recapacitando sobre todas las

posibilidades que acababan de presentarse ante ella tras aquella conversación.

...

Sherry la acompañó hasta la casa de su abuela para observar los desperfectos del incendio y comprobar si se podía salvar algún objeto personal. Kathleen y Lawanda se quedaron en casa de ésta, preparando la habitación que a partir de ese momento ocuparía la nueva inquilina.

El precinto policial rodeaba lo poco que quedaba del que, durante años, había sido su hogar. La planta superior se había derrumbado casi al completo y varios bomberos desmantelaban las partes peligrosas que aún quedaban en pie como adalides heridos de muerte. Tambaleantes pero erguidos hasta el final en una batalla perdida antes de comenzar.

Todos los cristales del porche habían desaparecido, y en algunos puntos en los que la intensidad del calor debió de ser extrema, había amasijos derretidos de lo que en algún momento fue vidrio.

Todo estaba carbonizado y destrozado. Incluso el césped había sido sustituido por un lodazal de charcos y roderas dejadas por el camión de bomberos. La valla exterior había desaparecido, seguramente para permitir la entrada de los vehículos de extinción. En su lugar, la cinta de la policía advertía de no traspasar el perímetro.

—¡Dios mío! No ha quedado nada... —exclamó Sherry.

Jane tenía un nudo en la garganta que no le permitía emitir un solo sonido. Los pocos recuerdos que quedaban de su niñez acababan de desaparecer de un plumazo. Recordó la última vez que estuvo allí examinando las cajas del desván. Por suerte aquel día había rescatado sus cintas y el Walkman que encontró y eso había evitado que también se destruyeran. En esos momentos, sus canciones favoritas eran su único vínculo con el pasado.

El estudio de pintura de la abuela también había quedado arrasado. Nada había podido salvarse de las llamas. Las obras que Kate había pintado durante años, y que, Jane estaba segura, le proporcionaban un motivo para levantarse cada día, habían desaparecido. En su última visita, ambas habían comentado la posibilidad de exponerlas algún día para que más personas pudiesen disfrutar de ellas. Aquello le dolería mucho y detestaba tener que enfrentarse al momento de anunciarle que también una

parte de su vida se había consumido en el incendio.

—No sé cómo voy a decirle que no se ha salvado nada...

—Tranquila, lo importante es que ella está bien. Lo demás son recuerdos y aunque su pérdida es dolorosa, no dejan de ser objetos materiales. Conociendo a tu abuela, estoy segura de que se repondrá y empezará de nuevo.

—Eso espero, Sherry. Es muy mayor para estos sobresaltos. Sigo sin entender por qué alguien querría hacer esto a una anciana.

—Pues está claro, fideo. Es la mejor forma de destruir cualquier posible prueba que pudiera existir entre tus cosas. Puede que alguien temiese que descubrieras algo más.

—El asesino de mi padre... o mejor dicho, la asesina. A un testigo le pareció ver a una mujer —comentó Jane.

—Una mujer... ¿Y si fue la esposa o la pareja del amante de tu madre, que cuando se enteró de su aventura la mató y años después, cuando tu padre lo descubrió, lo asesinó a él también? —entrecerró los ojos inclinando la cabeza para pensar.

—Cada vez que te veo hacer ese gesto me asustas —bromeó Jane—. De todas formas, esa hipótesis no sería del todo descabellada. Se lo comentaré a la sargento Stevenson para que baraje esa posibilidad. Siento que nos estamos acercando a la verdad, y no sé si voy a ser capaz de enfrentarme a ella.

—A veces me sorprendo a mí misma —sonrió Sherry sacándole la lengua a su amiga—. Volvamos a casa. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Después de despedirse de su abuela y de comprobar que se encontraba perfectamente en su nuevo hogar, Sherry la acompañó al aeropuerto para que cogiera el primer vuelo de vuelta a Shelton. Su abuela había reaccionado bastante bien cuando le explicaron que no se pudo salvar ninguna de sus pertenencias. Ella era así, por muy preocupada o afectada que estuviese, nunca lo demostraba ante los demás para evitar que sus seres queridos sufrieran por ella. Sabía que en el fondo estaría muy triste y dolida por lo ocurrido, pero le consolaba el dejarla en buenas manos con su mejor amiga. Kate se animó enseguida pensando que ambas irían de compras y estrenaría un montón de ropa nueva. Lawanda le aseguró que ella le regalaría el primer lienzo en blanco y pinturas para

que comenzase a pintar como si nada hubiese ocurrido. Incluso ya tenía claro en qué lugar de la casa podría instalar su estudio.

Jane tenía que volver a casa y echaba mucho de menos a su bichito. Seguramente ya estaría dormida. Se prometió dedicarle el día siguiente por completo. Ellas dos solas, haciendo cosas de chicas, como le gustaba decir a Ash. Últimamente las preocupaciones hacían que no pasaran juntas mucho tiempo y tenía que remediarlo.

Estaba a punto de embarcar cuando sonó su móvil. Observó la pantalla en la que indicaba que era la sargento Lilliam.

—Hola, Lilliam. ¿Alguna novedad? Estaba a punto de tomar un vuelo a Shelton.

—Hola, Jane. Puede que tengamos una nueva pista. He estado hablando con los McCoy, y estoy casi segura de que no tuvieron nada que ver en el incendio. Él está muy enfermo y ni siquiera puede salir de casa. Lleva meses en la cama y su esposa no se aparta de su lecho.

—Por eso no lo vimos el día que fuimos a hacerles la visita —añadió Jane.

—Ella tampoco está para muchos trotes y no creo que sea lo suficientemente ágil para acarrear una garrafa de gasolina, rociar la casa y prenderle fuego huyendo de allí a toda prisa.

—Es posible, es muy mayor, o al menos lo parecía.

—A última hora he conseguido una orden de registro de su casa, y no hemos encontrado nada que les pueda incriminar. De momento voy a centrarme en las demás pistas aunque, por experiencia, sé que no debo descartar ninguna. Digamos que la dejaré aparcada a un lado —concluyó Lilliam.

—De acuerdo ¿Has recordado algo sobre la foto? —preguntó Jane.

—Pues, acabo de hablar con tu hermano Robert.

—Oh... ¿cómo está?

—Se encuentra perfectamente. Me ha confirmado que no fue él el que cogió la fotografía de tu madre. Así que estábamos en lo cierto al pensar que alguien entró y robó, además de la foto, algún que otro papel o nota que Moses guardaba.

—Vaya...

—Y... ya sé dónde había visto ese ramo.

—¿Dónde? —inquirió Jane impaciente.

—En una de las visitas que hice a tus antiguos vecinos, los Miller, su

asistente me abrió la puerta y me llevó hasta el despacho de Harry, en el que éste estaba revisando unos documentos. Abigail no se encontraba en la casa y cuando él me vio allí, recuerdo que no me pasó desapercibida la mirada de reproche que le echó a la chica. Enseguida salió y me llevó hasta el salón donde, según él, estaríamos más cómodos para conversar. No lo había vuelto a recordar, pero mi subconsciente, acostumbrado a oler a distancia los pequeños detalles como aquel, me hizo recorrer con la mirada el despacho, memorizando su contenido antes de que él cerrara la puerta visiblemente incómodo. Sólo he tenido que rebuscar un poco en mi disco duro —Jane la imaginó en la distancia dándose ligeros toquitos en su cabeza—, y enseguida me acordé.

—¿Y?

—Detrás de la mesa del despacho, en la pared, tiene un gran lienzo de una mujer que sostiene un ramo de rosas blancas, con algún detalle en rojo y atadas con un gran lazo azul como el de la foto de tu madre. No recuerdo su rostro, pero sí la forma en que sostenía las flores, y me parece demasiada casualidad. Como mínimo pienso investigarlo a fondo.

—¿Harry tenía un cuadro de mi madre? ¿Y si él era su amante?

—No corras, cada cosa a su tiempo. Vamos por partes. Mañana volveré a hacerles una visita para intentar obtener más datos. ¿Puedes enviarme la foto a mi móvil? Me gustaría compararla con el cuadro.

—Por supuesto, ahora mismo.

Una voz femenina anunció por los altavoces el vuelo que debía tomar Jane. Se puso en pie sacando su tarjeta de embarque y acercándose a la cola de pasajeros que ya comenzaba a formarse.

—Ah, Jane... una cosa más.

—Dime, Lilliam. Ya estamos embarcando...

—Seré breve. Sólo quería decirte, a nivel personal, que no permitas que él te agreda ni una sola vez más. He visto los moratones de tu muñeca y también se oler unos malos tratos a distancia.

—No... No sé qué decir...

—Pues no digas nada, pero haz lo que tengas que hacer para que no vuelva a ocurrir. Sé cómo acaban la mayoría de casos como el tuyo y si mi consejo puede evitar que se confirme la regla contigo, me doy por satisfecha.

—Gracias, Lilliam.

—Que tengas un buen vuelo.

«*Haz lo que tengas que hacer*» —pensó cuando las ruedas del avión perdieron la fricción con el asfalto de la pista y sintió ese leve vacío en el estómago al percibir que su cuerpo perdía contacto con la tierra—. «No me ha dicho que lo denuncie, ha dicho *Haz lo que tengas que hacer*».

Poco después su mente viajó al pasado, a sus vecinos Harry y Abigail Miller.

«*Que traces la senda de tu vida con un simple lápiz,  
y que encuentres los pinceles para colorear tu escena.  
Porque nadie dijo que fuera fácil,  
y sin embargo, merece la pena.*»

## CAPÍTULO 11

## Por un Diminuto Punto de Luz

*“La puerta de la felicidad se abre hacia dentro, hay que retirarse un poco para abrirla: si uno empuja, la cierra cada vez más.”*

Sören Aabye Kierkegaard (1813-1855)  
*Literato y filósofo danés.*

SHELTON, WASHINGTON  
*Verano de 2008*

**T**heresa recorría nerviosa la habitación de un lado a otro visiblemente enojada.

—¿Quieres decir que has perdido mi tiara? —le gritó acercándose a Jane más de lo necesario.

—No, bueno...no lo sé. La dejé en el cajón dentro de su estuche y ahora...no está.

—Una joya tan valiosa y ¿la has dejado en un cajón? ¿Por qué demonios no la guardaste en la caja fuerte?

—Pensé en hacerlo, la verdad. Pero se me olvidó.

—¿Que se te olvidó? ¡Eres una irresponsable! Esa diadema vale más de lo que tú y toda tu familia habéis poseído en vuestra vida.

Jane estaba acostumbrada a los desprecios y a la arrogancia que su suegra mostraba hacia ella, pero no iba a consentir que también lo hiciera con sus seres queridos.

—No es necesario que menciones a mi familia. Ellos no tienen nada que ver con todo esto. Y en cuanto al paradero de la diadema, seguro que podremos encontrar una explicación lógica.

—¿Sí? Y ¿Qué explicación crees que tiene? Esto es muy grave, Jane. Y ni que decir tiene el gran valor sentimental que supone para mí. Fue un regalo de mi difunto esposo y la llevé el mismísimo día de mi boda. ¡Dios mío! Si él levantase la cabeza...

—Puede que la haya cogido Jason...

—Y ¿Por qué iba a querer hacerlo?

—No sé, quizá alguien del servicio...

—¡Definitivamente eres una insensata! Tus empleados campando a sus anchas por toda la casa y la dejaste en un cajón. ¡Esto es el colmo! — exclamó recorriendo nerviosa el dormitorio de un lado a otro—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué es lo que sucede? —Jason acababa de entrar en el dormitorio y al presenciar la escena intuyó que algo no iba bien.

—Pues que tu mujer ¡ha perdido la tiara que le presté para la boda!

—¿Qué? No es posible que algo así se pierda.

—No la habrás cogido tú, Jason ¿verdad? —preguntó Jane con voz temblorosa.

—¿Para qué demonios querría yo eso? ¿Es que tengo pinta de necesitarlo?

Jane imaginó la estampa de su marido luciendo sobre su cabeza el motivo de aquella discusión y no pudo evitar una risa nerviosa que trató de disimular tapándose la boca con las manos.

—Pero ¿lo has visto Jason? ¡Se está riendo en nuestras narices! Un problema tan grave y... ¡le da la risa!

—¡No! No es eso. Disculpadme. No penséis que me río de la situación —tragó saliva—. Lo siento, es que me ha hecho gracia el comentario de Jason. Yo sólo...

—¡Búscala como si te fuera la vida en ello! —la interrumpió él enfurecido—. Espero por tu bien, que aparezca cuanto antes y se acabe esta historia. ¡Tengo cosas más importantes en qué pensar! Y ahora, me vuelvo al trabajo. Mamá, por favor, sal delante de mí —le indicó el camino con un gesto.

—¿Vas a dejarlo así? Es muy importante recuperarla.

—Jane se ocupará de encontrarla, no te preocupes —lanzó una mirada amenazadora a su esposa—. Ahora te acompañaré al coche —la sujetó por la cintura y ambos se marcharon.

Jane estaba estupefacta. La expresión de odio en la cara de su suegra le había dejado claro que sólo había ganado un asalto y que estaba dispuesta a pelear con uñas y dientes hasta salir victoriosa. Su buena relación con Theresa no era más que una tregua forzada por su hijo y que se tambaleaba al menor contratiempo. Era tal el concepto que tenía de su nuera, que no le extrañaría que en esos momentos pensase que Jane se

hubiera desecho de la joya o incluso que la hubiera empeñado. Lo que no alcanzaba a entender era qué hacía Jason en casa a esas horas de la mañana. ¿Habría olvidado algo? Se asomó a la ventana y lo vio despedirse de su madre. Ambos partieron, cada uno en su coche. El reflejo preocupado de su rostro en el cristal, la hizo ser consciente del gran problema que se le venía encima. Se sintió un poco mareada y tuvo que sentarse.

Comenzaría hablando con los empleados de la casa. No tenía muy claro si podía confiar en ellos, ya que casualmente, todos habían sido recomendados por Theresa, con buenas referencias de conocidos suyos.

Jacob, el jardinero, era un hombre muy callado, de pelo blanco y entrado en carnes. Apenas había compartido con él un par de conversaciones en los dos años que llevaba a su servicio. Era eficiente en su trabajo y respetaba los espacios en los que ella plantaba sus rosas. Además del jardín, llevaba a cabo diversas tareas de mantenimiento. No solía entrar en la vivienda y la posibilidad de que supiera algo sobre el asunto era remota. Aun así, decidió tantearlo para ver si podía sacar algo en claro. En esos momentos estaba cortando el césped de la parte trasera de la casa y Jane le hizo un gesto con la mano para que parase al acercarse a él.

—Buenos días, señor Masen.

—Buenos días, señora, ¿qué se le ofrece?

—Pues verá —comenzó dubitativa—. Ya sé que usted no entra mucho en la vivienda, pero me gustaría saber si en alguna de las ocasiones que lo ha hecho, ha subido al piso de arriba.

Con cada palabra que pronunciaba, más ridícula le parecía la pregunta porque aunque él fuese el culpable, nunca lo admitiría. Pero al menos podría observar su reacción.

—No, señora. Bueno..., el año pasado —se rascó la cabeza pensativo—, se estropeó un grifo de la bañera de uno de los dormitorios y tuve que arreglarlo. Pero no he vuelto a subir al piso de arriba para nada —su expresión revelaba auténtica sorpresa y Jane descartó inmediatamente como sospechoso a aquel hombre bonachón que la contemplaba extrañado.

—Y, por casualidad, ¿no habrá notado algo poco común en el comportamiento de los demás empleados?

—Pues... —vaciló durante unos instantes—. La verdad es que no. Pero ¿ha ocurrido algo señora?

—No se preocupe, señor Masen Todo está bien. Hablaré con la señora Griff y con Judith. Muchas gracias por su tiempo.

Volvió a la casa consciente de que Jacob continuaba observándola desconcertado, sin comprender el motivo de sus preguntas.

La señora Griff estaba en la cocina ocupándose de la comida, como de costumbre. En el horno se asaba algún alimento que olía de maravilla.

—Buenos días, señora —la saludó con mirada taciturna mientras pelaba una zanahoria.

—Hola, Rachel. ¡Huele que alimenta!

—Estoy preparando estofado de carne con verduras y la empanada favorita de la señorita Ashley.

—Seguro que está estupendo, como todo lo que usted prepara.

Rachel, además de cocinar, se encargaba de organizar las tareas diarias de Jacob y Judith. Era una mujer de mediana edad muy seria y responsable que se manejaba entre los fogones a la perfección. A Jane le agradaba su compañía y más de una vez habían compartido un té en la cocina charlando sobre algún programa de la televisión o sobre las revistas del corazón. No es que a Jane le entusiasmara el tema, pero le hacía gracia el vasto conocimiento de Rachel sobre la vida y quehaceres de los famosos.

—¿Tiene hambre? ¿Le preparo algo? —preguntó dejando el cuchillo sobre la mesa y secándose las manos con el trapo que pendía de su cintura.

—No, gracias. Quería hablar con usted unos minutos.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá...quería saber si usted ha entrado últimamente en mi dormitorio, o si ha observado algo fuera de lugar —Jane estudió su reacción con atención.

—Bueno, aunque la mayor parte de mi tiempo estoy en la cocina, a veces reviso el resto de las habitaciones de la casa para comprobar que todo está en orden y organizar la faena del día siguiente para Judith. Eso también incluye los dormitorios, pero lo cierto es que no he observado nada raro. ¿Ha ocurrido algo?

—Pues, ha desaparecido un objeto muy valioso y necesito saber quién ha podido cogerlo. Es muy importante.

—¡Oh, Dios mío! —Rachel se llevó la mano a la boca preocupada—. ¿Quién lo habrá hecho?

—El señor Masen dice que casi no entra en la casa y que el año pasado, subió sólo una vez al piso de arriba para arreglar un grifo. ¿Podría haberlo hecho Judith?

Judith Davis era una atractiva chica de veintiocho años que se encargaba de la limpieza. Su trabajo era impecable, pero su comportamiento altanero e incluso arrogante en ocasiones, no complacía demasiado a Jane.

—Ella, además de usted, es la empleada que tiene acceso a todos los rincones de la casa —continuó Jane—. ¿Qué opina?

—Esa jovencita puede ser una presumida y es bastante engreída, pero realiza un trabajo impecable y, aunque nunca pondría la mano en el fuego por ella, dudo que sea una ladrona, señora. ¿Puedo saber qué es lo que ha desaparecido?

—La tiara de perlas y diamantes que Theresa me presto para llevarla el día de mi boda.

—Pero... ¡Esa joya es muy valiosa! Debería llamar a la policía.

—Antes quería intentar solucionarlo hablando con vosotros. Tenía la esperanza de no tener que recurrir a eso.

—Perdone mi atrevimiento, pero hace un rato, no he podido evitar escuchar a la señora Theresa discutiendo con usted. No imaginaba que fuera por algo tan grave.

—Está convencida de que es culpa mía porque, según ella, he sido una irresponsable. Es probable que también crea que la he robado yo o que he tenido algo que ver con su desaparición.

—¿Por qué iba a querer usted hacer algo así? ¿Qué necesidad tendría de crear un conflicto familiar por...? —de repente Rachel se quedó muda y no pudo finalizar la frase.

—¿Qué ocurre, Rachel? Se ha quedado pálida —le preguntó Jane intrigada.

—Señora, no sé si tendrá algo que ver pero... No. No es nada. Son imaginaciones mías, no me haga caso —continuó volviendo a las verduras aunque sin concentrarse demasiado en la labor.

—Rachel. Si sabe algo, por ridículo que le parezca, debe contármelo. Estoy metida en un buen lío y necesito ayuda.

—Es que... es posible que si lo hago pierda mi puesto de trabajo.

—Eso no va a suceder, se lo aseguro. Hable, por favor —la apremió Jane, sujetándole las manos para animarla.

—Es que me pareció muy raro, señora, pero después no le di más importancia y lo olvidé.

—Me estoy poniendo nerviosa. ¡Explíquese ya!

—La semana pasada, creo que fue el lunes —se revolvió incómoda en el taburete en el que estaba sentada—, la señora Theresa se presentó en casa. Lo recuerdo porque me pareció bastante inusual ya que el señor no estaba y usted acababa de salir. Por fuerza tuvieron que cruzarse en el camino y cuando se lo mencioné, ella me aseguró que no la había visto, y me advirtió que me metiera en mis asuntos si quería conservar mi puesto de trabajo.

—No la vi —aseguró Jane—, de haberlo hecho hubiese regresado. ¿Qué quería? ¿Dijo algo más?

—No hablé más con ella. Tenía miedo de que se enfadara después de la contestación que acababa de recibir. Entró en la casa pero no sé lo que estuvo haciendo. A los cinco minutos, bajó las escaleras en silencio y se marchó sin despedirse.

—Ella..., ¿sabía que no estábamos en casa y aun así entró y subió al piso de arriba? Un tanto inusual, la verdad.

—Sí, señora —afirmó la cocinera nerviosa, sin parar de retorcer el trapo que colgaba de su cintura—. Esto es muy embarazoso. Si ella se entera de que se lo he contado, me pondrá de patitas en la calle y actualmente no puedo permitírmelo. Mi marido perdió el trabajo hace años. Con la crisis y con su edad le está resultando muy difícil encontrar otro. Soy la única fuente de ingresos de mi familia y si me despiden...— dudó visiblemente arrepentida de haber abierto la boca—. No debería habérselo contado, pero es que no he podido ocultárselo. Usted me parece una buena persona, en cambio, la señora Theresa...

—No se preocupe, eso no va a ocurrir. No la delataré —la tranquilizó Jane—. ¿Sabe si Judith estaba trabajando en la casa?

—Sí. Estaba en el piso de arriba limpiando, así que es posible que también se diera cuenta —contestó estrujando de nuevo el trapo que, a esas alturas estaba echo un guiñapo—. Seguramente es una tontería y no significa nada. La estoy preocupando sin motivo alguno. Disculpe mi osadía...

—Rachel, tranquilícese. Nadie sabrá que hemos mantenido esta

conversación. Muchas gracias. Me ha sido de gran ayuda —se despidió saliendo de la cocina con el estómago completamente revuelto.

No tenía ningún sentido que su suegra hubiese entrado así en la casa sin habérselo aclarado después, a no ser que quisiera hacerlo a escondidas.

Todo comenzaba a seguir un orden lógico en el caos que reinaba en su cabeza. Era la forma perfecta de deshacerse del estorbo que Jane suponía para ella y tendría suerte si no la acusaba ante la policía y la consideraban culpable. Un rayo de luz en su interior la hizo sospechar que esa era su verdadera intención desde el principio.

Se encontraba débil y sin fuerzas y tuvo que correr hasta el cuarto de baño impulsada por una náusea repentina. Vomitó en el inodoro de rodillas en el suelo, hasta que no le quedó nada en el estómago. Cuando por fin se incorporó, aún estaba mareada. Seguramente le habría sentado mal el desayuno por los nervios de la discusión.

Se mojó la frente y la nuca con agua fría y pronto se encontró un poco mejor. Tenía que hablar con Judith y fue en su busca. La localizó arreglando uno de los cuartos de baño en el piso superior.

—Hola, Judith —saludó—. Por favor, ¿puedes parar un momento?

—Sí, claro —contestó dejando a un lado el producto de limpieza que estaba utilizando.

—Esta mañana, nos hemos dado cuenta de que faltaba un objeto de mi dormitorio.

—¡Señora! ¿No pensará que yo lo he robado? —preguntó indignada.

—Yo no he dicho eso, Judith. Pero me gustaría que me dijeras si lo has visto en algún lugar o si te ha llamado la atención algo. Era una joya muy valiosa que guardaba en uno de los cajones de mi cómoda.

—Y, si era tan valiosa, ¿por qué no la guardó en un lugar mejor?

—¡Eso no es asunto tuyo! —Jane alzó la voz dispuesta a no soportar ni una sola de sus desfachateces.

—Perdóneme —le respondió sin un ápice de arrepentimiento en su mirada—. No he visto ninguna joya ni tampoco he observado nada extraño últimamente.

—De acuerdo, sólo una cosa más. La semana pasada, creo que fue el lunes, la señora Theresa tuvo que venir a casa cuando mi marido y yo estábamos fuera. ¿Recuerdas si coincidiste con ella?

—No. Hace días que no la veo. Pero ¿cree que es ella la ladrona? —

inquirió riendo con sorna—. Me gustaría saber qué opina ella.

—No he dicho eso y no tiene ninguna gracia. Mientras estés trabajando en mi casa, ten un poco de respeto o me veré obligada a tomar medidas.

Se marchó temblando. Esa mujer la sacaba de quicio. Era una descarada, incluso con su propia jefa. Si de ella dependiera ya la habría despedido hacía tiempo, pero sabía que Jason nunca lo aprobaría porque le gustaba mucho cómo trabajaba y la elogiaba a menudo.

Tendría que hablar con Theresa y pedirle explicaciones sobre su misteriosa visita a la casa. Era la única pista clara que podía rastrear y pensaba hacerlo aun a costa de poner en peligro su matrimonio. Tenía el mal presentimiento de que no iba mal encaminada al sospechar de su suegra. A Jane le dolía en el alma no haber sido capaz de conquistar su corazón y, aún peor, que la odiase tanto como para urdir semejante plan contra ella.

Decidió salir para hacer unas compras y pasear por la ciudad. Seguía con la sensación de tener el estómago metido en una lavadora y le sentaría bien cambiar de aires.

Al pasar por el jardín para coger su coche, Jane observó las rosas meciéndose con la suave brisa veraniega y no pudo evitar tocarlas para sentir su tersura y colmarse de su energía. Se arrodillo para aspirar su aroma y, curiosamente le pareció un tanto desagradable. Frunció el ceño preocupada por lo mucho que le estaba afectando el problema de la maldita tiara.

Ya en el centro comercial, caminó sin prisa por sus grandes pasillos repletos de tiendas de distinta índole. No llevaba un rumbo fijo, sino que más bien sus pies tomaban la iniciativa con cada paso. En el hall central, una gran pantalla digital mostraba anuncios publicitarios que iban cambiando cada cierto tiempo. En ese momento una taza de café humeante rodeada de pastelitos la incitaban a visitar uno de los establecimientos. Llevaba toda la mañana con el estómago vacío y por fin le apetecía comer algo. Decidió sucumbir al reclamo publicitario y tomarse un té con leche y algo dulce. Se dirigía a la cafetería cuando el cartel dio paso al siguiente anuncio. Su subconsciente captó la imagen que mostraba la pantalla y

después de caminar unos metros, se paró en seco y se volvió para contemplarla absorta en sus pensamientos. Rápidamente sacó su móvil del bolso y comenzó a manipularlo con manos temblorosas, mientras en la pantalla alguien explicaba cómo interpretar los resultados del nuevo test de embarazo digital. El calendario de su Smartphone le mostró la fecha de su último periodo y al contemplarla, el teléfono se le resbaló de las manos. Jane intentó evitar que cayese y ambos acabaron en el suelo. Se quedó allí sentada sin poder reaccionar. ¿Cómo podía haberse pasado algo así? Tenía un retraso de veinte días y no se había dado cuenta. Las náuseas, el sentido del olfato alterado... todo indicaba que podía estar embarazada y, si así fuera, no sería precisamente un buen momento para comunicar la buena nueva.

Se incorporó con torpeza con la ayuda de un señor mayor que la vio caer y corrió a socorrerla. Dándole las gracias apurada, volvió sobre sus pasos para entrar en una farmacia por la que acababa de pasar minutos antes. Cuando el empleado de la farmacia acabó de explicarle las instrucciones, a Jane le temblaban las piernas tanto, que tuvo que sujetarse para no caer de nuevo.

A menudo había pensado cómo le comunicaría una noticia como aquella a Jason. Le regalaría una cajita envuelta en papel de regalo con un chupete en su interior o le dejaría unos patucos con una felicitación sobre la cama para que los encontrase cuando llegara a casa... Lo que más ilusión le hacía era pensar en la cara que pondría él al recibir la noticia.

Con la situación actual, no creía conveniente preparar nada parecido. Tendría suerte si le permitía explicárselo antes de echarla de casa y alejarla de su vida. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero tenía la esperanza de poder salvar la situación y al mismo tiempo su matrimonio.

Volvió a casa para hacerse la prueba y salir de dudas. Ni Jason ni Theresa habían llegado, así que se encerró en el cuarto de baño y siguió todos los pasos para completar la prueba. Nunca el tiempo había transcurrido tan lentamente y cuando por fin observó el resultado, tuvo que sentarse. Estaba embarazada de 2-3 semanas según indicaba el aparato.

Distintos sentimientos se agolparon en su cabeza y rompió a llorar de alegría y tristeza al mismo tiempo. Aunque al final las cosas no saliesen como ella esperaba, lo afrontaría fuera como fuese. Se esforzaría al máximo por proteger a ese diminuto puntito de luz que iba a alumbrar y a

inspirar su vida a partir de ese momento y, si eso implicaba tener que sacar adelante ella sola al bebé, lo haría orgullosa. Decidió no decir nada de momento y esperar hasta ver el desarrollo de los acontecimientos.

Una nueva náusea le sobrevino y dio gracias por tener tan cerca el inodoro porque comenzó a vomitar. Cuando se repuso, se aseó y se decidió a salir del baño. En ese momento sonó el timbre y al asomarse por la ventana, descubrió el Panamera rojo de Theresa aparcado frente a la casa. Había llegado antes que su hijo, lo que le dejaba un pequeño margen para hablar con ella a solas. Respiró profundamente y salió a su encuentro guardando el test entre su camisa y el pantalón. De momento, estaría más seguro ahí, al menos hasta tener claro qué iba a hacer con él.

—Hola, Theresa, ¿podemos hablar? —saludó invitándola a sentarse mientras hacía un gesto a Rachel para que les sirviese un tentempié.

—Claro, para eso estoy aquí —alegó prepotente y dirigiéndose a la sirvienta—. Yo tomaré un Gin Tonic con cardamomo, piel de naranja y una barrita de canela en rama.

—Gracias, Rachel. Para mí solamente un té con leche y miel.

—Y bien, ¿la has encontrado ya? —indagó alzando una ceja cuando se quedaron a solas.

—Verás Theresa, esto es un poco embarazoso y ciertamente no sé muy bien cómo empezar...

—Pues, por el principio sería una buena idea, ¿no crees?

—Está bien —respondió Jane resuelta. Según estaba el panorama, no tenía mucho más que perder, así que decidió ir al grano y dejar las cosas claras—. Me gustaría saber, qué es lo que hacías en mi casa el lunes pasado cuando sabías que Jason y yo estábamos fuera.

Lo soltó de sopetón, casi sin respirar y Theresa palideció por momentos. Le costó reaccionar dejando entrever que le había propinado un golpe de efecto que no esperaba.

—¿A qué viene eso ahora? Me pasé por aquí para pedirte la tiara. Como no te encontré me marché y esta mañana lo he vuelto a intentar. ¿Qué es lo que estás insinuando? —interpeló, haciendo una pausa para observar la reacción de su nuera—. ¿No estarás pensando que yo la he robado?

La ira había transformado la lividez de su rostro en un rojo intenso a juego con sus ojos desorbitados.

—No lo sé Theresa, dímelo tú —la desafió Jane.

Sorprendentemente una inusual fuerza se había adueñado de ella permitiéndole mantenerse firme y tranquila.

—¡Esto es el colmo!

Su tono de voz aumentaba por momentos y comenzaba a perder los nervios.

—¿Me estás acusando de robar algo que ya es de mi propiedad? ¿Qué sentido tendría?

—Culparme para intentar deshacerte de mí podría ser una buena teoría ¿no crees? —respondió Jane sin inmutarse.

—Pero ¿quién te crees que eres para dirigirte a mí en ese tono? Tú que has salido de la miseria en que vivías gracias a la caridad de mi hijo. No tenías dónde caerte muerta y mírate ahora, rodeada de lujos y comodidades que no muchos pueden permitirse. Y, ¿cómo lo pagas? Has “perdido” —enfaticó la palabra cambiando el tono—, ya sea consciente o inconscientemente un objeto que no sólo tenía un gran valor económico, sino también sentimental. Y, por si fuera poco, para acrecentar mi disgusto, pretendes culparme para justificar quién sabe qué locura sin sentido que se te haya pasado por la cabeza.

Theresa levantaba tanto el tono de voz y estaba tan tensa que una vena en el centro de su frente se hinchó de forma que Jane pensó que iba a reventar de un momento a otro. A Jane le divirtió contemplar cómo su estirada y siempre perfecta suegra perdía la compostura, pero su expresión no la delató lo más mínimo.

Rachel entró en el salón con el té y el Gin Tonic, visiblemente apurada por interrumpir la discusión. Sirvió las bebidas y desapareció en silencio apurando sus pasos. Entonces Jane continuó hablando.

—¿Por qué no lo reconoces? Nunca he sido santo de tu devoción. Aunque lo has intentado disimular muy bien, y reconozco que a veces has llegado a engañarme. Desde que me conociste, he sido para ti como una astilla clavada entre las uñas. Esta es la ocasión perfecta para convencer a tu hijo de que siempre has tenido razón y ponerlo en mi contra. Mírame a los ojos y dime que no es así.

—No voy a consentir que me hables así. ¡Desvergonzada! Y ten por seguro que voy a tener una conversación muy seria con mi hijo explicándole todos los improperios que estoy recibiendo injustamente de tu parte.

—Eso ya lo tenía claro antes incluso de iniciar esta conversación. Pero hay algo que no entiendo. Si estás tan convencida de que soy culpable, ¿por qué no llamas a la policía para que inicie una investigación y así demostrar que tienes razón?

—Esto es un asunto familiar y así debe permanecer. No es necesario airear los problemas y que lleguen a oídos de conocidos. Gozo de una buena reputación que mantener, aunque seguramente no tengas ni idea de lo que hablo.

Cada frase que pronunciaba y los gestos que la acompañaban, no hacían más que constatar la idea de Jane sobre la culpabilidad de Theresa. El problema era que no tenía forma alguna de demostrarlo. Sería muy difícil salir indemne de aquella batalla, pero no iba a rendirse sin luchar.

—Theresa, tengo muy claro que no pertenezco a tu linaje, ni lo pretendo. Por supuesto que no soy de tu estirpe. Esa que, por haber tenido la suerte de ser adinerada, piensa que está por encima de los no tan afortunados. La misma que desprecia a todo aquel que no iguale su patrimonio sin percatarse de que el dinero es el único bien que poseen. Porque los valores como la tolerancia, la amabilidad, la bondad o el altruismo pasan por su lado rebotando en la coraza dorada que han construido con su ego, para disimular su propia superficialidad ante los hipócritas a los que consideran sus amigos y que no son más que un reflejo de su propia vanidad —Jane hablaba calmada pero intensamente y Theresa la escuchaba boquiabierta.

Se había destapado la caja de Pandora, y Jane no podía parar, al menos hasta haber desterrado de su corazón todo aquello que le escaldaba por dentro, así que continuó.

—Yo sólo soy una sencilla y humilde persona que da más importancia a la honestidad y a la fidelidad de las personas que a la riqueza y a la opulencia, y que ha sido tan ingenua de pensar que el amor puede llegar a destruir cualquier frontera. Que se ha topado con una roca que amenaza con aplastarla y que no va a permitir que alguien como tú se salga con la suya como siempre lo ha hecho.

Durante su discurso, el gesto de Theresa había ido mutando de la más pura indignación a una sonrisa maliciosa que hizo intuir a Jane que algo iba mal. Por un momento captó la mirada disimulada de su suegra fija en algún punto detrás de ella y no tardó en comprender su error. La sangre se le heló congelando sus palabras, cuando escuchó unos aplausos lentos y

cadenciosos a sus espaldas.

—¿Te has dado cuenta hijo? Ahora ya sabes de lo que es capaz esta desvergonzada.

Jane se volvió lentamente para descubrir a su marido en posición relajada, como un espectador que asiste a una obra de teatro inesperada, con su hombro apoyado sobre el marco de la puerta del salón. Se le cayó el alma al suelo al contemplar su expresión y toda la templanza y la seguridad con la que hablaba minutos antes la acompañaron en su caída.

—Por favor, mamá, sal un momento. Necesito hablar con Jane a solas.

Theresa salió en dirección a la cocina con aire triunfante y Jason se colocó al lado de Jane. Sin sentarse, lo que le proporcionaba una posición ventajosa respecto a ella.

—¿Eso es lo que realmente piensas de mi familia? —preguntó sin alterarse, lo que dio esperanzas a Jane.

—Sólo me defendía ante la presión que me está provocando tu madre al acusarme de robar su tiara. No pienses...

—¡No vuelvas a interrumpirme! —le gritó.

Jane se quedó paralizada. Toda esperanza acababa de desaparecer de un plumazo y volvió a encontrarse mal. Se recostó en el sofá intentando reponerse y recuperar fuerzas.

—Te noto muy relajada —amonestó él con sorna—. Parece que no alcanzas a entender las consecuencias de tu actitud. Es muy grave lo que acabas de escupirle a la cara a mi madre. He visto lo que guardas en tu interior y no me gusta. Creía que eras distinta, pero me equivocaba. No quiero, ni necesito a mi lado a nadie que me reproche ser quien soy y mucho menos a una mangante capaz de robar en su propia casa.

—Yo no he robado nada, Jason —contestó ella tratando de recuperar la entereza.

—Pues yo no estoy tan seguro. Creo que, como nunca has poseído nada, cuando te topaste con esa joya te cegó su valor. Desde el principio aparentaste indiferencia y, después de tanto tiempo, ha tenido que ser mi madre la que la reclame, porque tú no pensabas ni por asomo devolverla.

Caminaba de un lado a otro del salón, pero no percibió la silueta de Theresa escuchando detrás de la puerta cuando se acercó al mueble bar para servirse un whisky.

Jane hizo ademán de explicarse y él alzó el dedo con gesto

amenazador truncando sus intenciones.

—No tienes nada que decir, Jane. Y por mi parte, también está todo hablado. Quiero que recojas tus cosas y desaparezcas de mi vida para siempre. Y por supuesto, antes de irte exijo que aparezca la tiara o te acusaré de robo ante la policía.

Bebió un trago dando por zanjada la conversación.

—Tienes hasta mañana por la mañana —continuó.

Jane no salía de su asombro. Pasó las manos por su rostro frotándose los ojos con fuerza hasta que consiguió ver fosfenos. Diminutos puntos de luz brillante bailaron en su retina produciendo formas geométricas que consiguieron distraerla unos instantes.

Aunque sabía desde el principio que no iba a salir bien parada de aquel embrollo, la facilidad con la que Jason intentaba quitársela de en medio, la había dejado abatida. No la había dejado explicarse, ni siquiera le ofreció un voto de confianza. Con el plan que había urdido contra ella, Theresa había conseguido por fin salirse con la suya. Había perdido la batalla. Se incorporó y prácticamente sin pensar, se dirigió a su marido.

—Está bien, si eso es lo que quieres, me iré. Puedes llamar a la policía ya mismo, porque no tengo nada que ocultar. Así podrán investigar también a tu madre cuando les cuente mi versión.

Antes de marcharse, sacó el test de embarazo que guardaba bajo la ropa y se lo lanzó a Jason.

—Ah, creo que te interesará ver esto antes de que desaparezca de tu vida para siempre —concluyó haciendo un amago de marcharse que él interceptó asiéndola por el brazo.

—Espera un momento, ¿qué es esto?

Observaba el resultado completamente pálido y desencajado manteniendo el brazo de Jane firmemente sujeto.

—¿Estás embarazada? —preguntó casi tartamudeando.

A unos metros de distancia Theresa tuvo que taparse la boca con ambas manos para ahogar una exclamación de sorpresa.

—Sí, Jason. Lo estoy. Pero eso ya no importa ¿no es así?

—Sí, sí que importa. De hecho, eso lo cambia todo —contestó con seriedad y con un claro cambio de actitud—. No puedes marcharte ahora que sé que llevas un hijo mío en tu vientre. No te lo permitiré.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —se quejó Jane intentando zafarse y

liberar su brazo—. Necesito descansar, hoy no me encuentro muy bien. Si no te importa, continuaremos esta conversación mañana en el mismo punto en el que estamos.

Jason la soltó y contempló cómo se marchaba sin decir nada más. Apuró lo que quedaba de su whisky de un trago y se dejó caer sobre el sofá que momentos antes había ocupado su mujer.

Jane caminó hacia su dormitorio y por el camino se cruzó con Theresa.

—Se me ha hecho muy tarde y tengo que marcharme. Mañana a primera hora regresaré para intentar dar por zanjado este asunto — anunció ésta cogiendo su bolso y marchándose sin despedirse de su hijo.

La intuición le susurró a Jane que algo en su actitud había cambiado. Tenía demasiada prisa por marcharse y toda la ira acumulada momentos antes parecía haberse disipado. Estaba demasiado exhausta para darle más vueltas y sólo pensaba en descansar. Volvería a enfrentarse a aquella situación con fuerzas renovadas al día siguiente.

Se metió en la cama y no tardó en caer rendida en brazos de un sueño reparador, pese a la multitud de emociones que revoloteaban en su cabeza.

...

Una algarabía de voces interrumpió su descanso a primera hora de la mañana. Se incorporó y, en el mismo momento en que su cuerpo cambió de postura, una náusea le recordó que otro corazón latía en su interior a un ritmo mucho más apresurado que el suyo, como si tuviera prisa por crecer y descubrir el mundo en el que habría de existir. Ella se acarició la tripa con una sonrisa, ya no se sentía tan sola.

Al entrar en la cocina, descubrió a Judith y Theresa discutiendo con Rachel que intentaba, sin mucho éxito, defenderse ante el acoso de ambas mujeres.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —interrumpió Jane haciendo que todas callasen sorprendidas.

—Jane, cariño, ya se ha resuelto el entuerto —manifestó Theresa acercándose a ella y abrazándola.

Jane se apartó por instinto, rechazándola extrañada por su cambio repentino de actitud.

—Siento mucho haber dudado de ti —continuó su suegra—. Espero

que algún día puedas perdonarme. Ambas nos hemos dicho cosas terribles que seguro que ninguna de las dos sentía realmente. Perdóname, te lo ruego.

—Pero...No entiendo nada...—balbuceó Jane.

—Señora —expuso Judith—, esta mañana he encontrado la tiara perdida entre los objetos de Rachel. Comencé a sospechar de ella cuando hablé con usted ayer, y no me equivocaba.

La forma en que se dirigía a Jane cambiaba radicalmente cuando Theresa estaba presente. Era educada y discreta, muy lejos de la insolencia y descarado con la que se dirigía a su jefa cuando estaban a solas. Era inteligente y sabía jugar sus cartas.

—¡Ella la robó! —continuó la joven alzando la voz y acusando con el dedo índice a la pobre cocinera que se ahogaba en un mar de lágrimas sin poder rebatir la acusación que caía sobre su cabeza.

—Yo no he sido señora, se lo juro —Rachel se dirigió a Jane sosteniendo sus manos e implorando ser escuchada—. Alguien debió de colocarla entre mis cosas. ¿Qué sentido tendría tenerla aún aquí si la hubiese robado? Ya le dije que todo esto no iba a traerme nada bueno, no puedo perder el trabajo, por favor...

—Eso deberías haberlo pensado antes —la interrumpió Theresa con voz firme—. Tienes suerte de que no quiera airear este asunto y no llame a la policía ahora mismo. Recoge tus cosas y márchate, estás despedida. Y ten por seguro que si me creas problemas, estoy dispuesta a enfrentarme a ti ante un tribunal.

La cara de la cocinera era todo un poema. Era consciente de que acababa de preparar su último guiso en aquella casa, cuyo ingrediente principal era la resignación y una buena cantidad de desconcierto para acompañar.

—Tengo testigos y unos buenos abogados que tú no puedes permitirte —continuó Theresa lacerante—. Así que si eres lo suficientemente lista, saldrás de aquí sin hacer ruido. Y ni que decir tiene que tengo la suficiente influencia como para que nadie te vuelva a contratar en mucho tiempo.

Rachel agachó la cabeza pensativa. Comprendía que había perdido aquella batalla y sin añadir nada más, se quitó el delantal y se retiró. Cuando su mirada se encontró con la de Jane, ésta intuyó que Rachel era inocente y el sentimiento de culpabilidad que la embargó, le provocó un

ligero desvanecimiento.

Quizá debería haber dado la cara por ella y defenderla, pero no se encontraba con las fuerzas necesarias para enfrentarse de nuevo a Theresa. Le parecía que había demasiadas casualidades en aquel asunto. La tiara había aparecido justo cuando ella había comunicado su embarazo a Jason. Posteriormente, una vez despedida Rachel, Theresa propuso a su hijo que Judith ocupase su puesto de responsable del servicio, a lo cual él accedió de buena gana. Pensó en que no sería nada extraño que ambas mujeres hubiesen organizado un complot para beneficiarse mutuamente. Por otra parte, Jane no tenía claro cuál iba a ser su futuro a partir de entonces en aquella casa. Ni siquiera alcanzaba a imaginar la postura que Jason adoptaría con ella y el bebé, ya que, después del despido de la cocinera, su marido salió de casa y cuatro días después aún no había regresado.

*«Que recordando cuánto vales, olvides lo que temes,  
y que mudes tus hojas sin descuidar tus raíces.  
Porque la vida te repite cada lección que no aprendes,  
y la felicidad se esconde ante tus propias narices.»*



## CAPÍTULO 12

# Un Trono de Hielo

*“No siento el menor deseo de jugar en un mundo en el que todos hacen trampa.”*

François Mauriac (1905-1970)  
*Escritor francés.*

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

**A**lgo le hacía cosquillas en la nariz e intentó apartarlo de un manotazo. Se rascó con vigor hasta lograr aliviar la desazón, pero al instante, el obstinado insecto continuó importunándola con más ahínco.

—¡Ja, ja!

«*Se está burlando de mí*» —pensó Jane entre sueños—. «*Puedo oír cómo se ríe esa mosca testaruda.*»

—¡Ji, ji, ji!

Jane abrió los ojos remolona y descubrió a Ashley acariciándole la nariz con un mechón de su propio pelo y tapándose la boca con la mano para contener la risa.

—Pero ¡si es mi bichito! —exclamó haciéndole cosquillas en la tripa y disfrutando de sus carcajadas—. Estaba convencida de que a una mosca pesada le encantaba mi nariz.

Ashley volvió a desternillarse abrazando y besando con fuerza a su mamá.

—¡Puaj! ¡Cochina! —protestó Jane limpiándose la mezcla de babas y mocos de la cara—. Vamos a sonar esa nariz.

Se volvió para coger un pañuelo de papel de la mesita y la niña aprovechó para bajar de la cama rodeándola.

—¡No me pillas...!

—¡Te voy a comer! —amenazó saltando de la cama pañuelo en ristre intentando alcanzar a la niña.

—Pero me comes a besos, ¿vale, mami?

Ash seguía riendo, pero su tono de voz delataba cierta preocupación. Conservaba esa inocencia infantil que tanto le gustaba a Jane, aunque por otra parte, era muy madura para su edad. Probablemente debido a que, en muchas ocasiones, había tenido que presenciar y escuchar barbaridades que sin lugar a dudas escapaban a su entendimiento.

Su padre no descargaba su ira contra ella, nunca le había puesto una mano encima, pero le gritaba a menudo con cualquier excusa. Él hubiese deseado tener un varón al que inculcar sus ideales como su padre hizo con él. Un descendiente que preservara el negocio familiar cuando él ya no tuviera fuerzas. Un hombrecito que pensara como él, un calco de su personalidad. Cuando nació la niña se sintió muy defraudado. No había querido conocer el sexo del bebé hasta el momento del parto y no se molestó en ocultar su frustración cuando le comunicaron que había tenido una niña preciosa.

Padre e hija compartían muy pocos momentos. La mayor parte de ellos, él se limitaba a ignorarla. No sabía cómo tratarla porque era incapaz de empatizar con la mente de un niño, con ese universo aún por definir, como una hoja de papel fotográfico en la que puede grabarse para siempre cualquier imagen captada con la suficiente luz. Cuando se dirigía a ella, lo hacía con excesiva seriedad, como si tratase con un adulto encerrado en aquel pequeño cuerpo, y desistía enseguida cuando la niña no le entendía y preguntaba. En ese momento comenzaba a incordiarle y, en el mejor de los casos, se marchaba dejándola plantada y confusa para atender alguna de las múltiples entradas de su agenda, que eran mucho más importantes para él.

Con el tiempo, la niña aprendió a convivir con el carácter de su padre y, cuando no conseguía esquivarlo, actuaba ante él como si fuese mayor, como a él le gustaba. Guardaba sus preguntas para su madre, de quién sabía iba a obtener las respuestas que necesitaba. Al igual que le ocurría a Jane, Jason, se había encargado de que en su relación triunfara el temor ante el amor y le apenaba mucho cada vez que Ash acudía a sus brazos en busca de consuelo por algún desplante de su progenitor. Le contaba a su madre cada conversación con él, punto por punto y coma por coma, reclamándole siempre una explicación sobre el distanciamiento de su padre. Jane era muy consciente de la carencia de su hija e intentaba suplirla con su ternura y diversión. Cada vez que estaban juntas intentaba

arrancarle una carcajada, o al menos una sonrisa, tratando de endulzar su tristeza con algodones de cariño. Jason no entendía que siempre estuvieran riendo y le fastidiaba verlas juntas. Advertía a su mujer de que estaba malcriando a la niña y que así nunca se tomaría nada en serio, pero para Jane era la mejor manera de apartarla de sus sombras y mantener su inocencia.

Jane nunca intentó ganarse a la niña a costa de desprestigiar el comportamiento de su padre, no era necesario. Ambas sabían cuál era la situación en la que se encontraban y con una simple mirada se lo decían todo.

Por fin Jane alcanzó a la granujilla que correteaba por su dormitorio.

—¡Te pillé! Y ahora, te voy a comer..., ¡a besos! —la besuqueó con entusiasmo mientras ella reía a carcajadas. Cada risa que salía de su boca, confirmaba lo que ya tenía claro desde que nació y la cogió en brazos por primera vez. Por ella merecía la pena vivir.

—Mami, he visto salir de casa a papá y por eso he ido a tu habitación para despertarte —le explicó haciendo equilibrios intentando colocar sus pies sobre los de Jane y sujetándose de sus manos.

Sabía perfectamente cuando podía acercarse a su madre y cuando debía hacerse trasparente llamando la atención lo menos posible.

—¿Podemos pasar el día juntas? —preguntó impaciente—. Di que sí, mami, por favor...

—Claro, cariño. Es sábado y no hay cole, así que podemos jugar un rato en el jardín y después pasar un día de chicas comiendo una hamburguesa por ahí, comprar el disfraz de Campanilla que me has pedido tantas veces,...

—¡El disfraz! —la interrumpió Ashley eufórica—. Mamá, te quiero mucho —le besó la nariz—, mucho —una mejilla—, mucho —la frente—, mucho —la otra mejilla—, y muuucho —terminó propinándole un gran beso en los labios.

—Yo también te quiero mucho bichito, no lo olvides nunca, pase lo que pase.

Entre las dos prepararon un buen desayuno. Ash se empeñaba en hacerlo todo ella misma y Jane la animaba, aunque eso significara derramar la leche o el zumo y tardar media hora en hacer unas tortitas. La

niña acercaba una silla a los fogones y se ponía a cocinar sobre ella, muy seria y aplicada, bajo la supervisión de su madre que le indicaba los pasos a seguir.

Prometía ser el día perfecto para disfrutar la una de la otra. Jason no daba señales de vida, lo cual era perfecto. Jane se preguntó qué estaría haciendo su marido un sábado tan temprano fuera de casa, pero pronto lo olvidó. Le traía sin cuidado y no pensaba desperdiciar ni un solo minuto pensando en él.

—¿Dónde está papá? —preguntó Ashley como si hubiese adivinado el pensamiento de su madre.

—Seguramente tendrá trabajo y estará en la oficina, no te preocupes.

—Es que no quiero que venga con nosotras. Él no nos quiere — afirmó intentando contener el tic nervioso del ojo que se le acababa de activar.

Era la primera vez que hacía ese tipo de comentarios sobre su padre y a Jane la pilló desprevenida.

—Tu padre si te quiere, cariño, pero tiene mucho trabajo y está demasiado ocupado con los problemas que le acarrea el negocio.

—No mami, no es verdad. Se lo noto en sus ojos cuando me mira.

—Lo que pasa es que no sabe muy bien cómo tratarte y cómo demostrarte su amor, pero estoy segura de que te quiere mucho.

—Y a ti mamá, ¿te quiere?

Jane se quedó paralizada y apenas atinó a responderle con voz temblorosa. No quería mentirle, pero tampoco exponerla tan bruscamente a la cruda realidad.

—Bueno —dudó unos instantes—, estamos pasando por una pequeña crisis, cariño. Los negocios no le van muy bien y está nervioso.

—He visto cómo te pega y te grita. A mí también me grita a veces y no me gusta. Me da mucho miedo cuando se enfada. ¿Por qué no nos vamos las dos a vivir a otro sitio donde no esté él? Los papás de Sandra no viven juntos. ¿Podemos hacer lo mismo nosotros? Yo no quiero estar con él...

La niña percibía claramente el ahogo que sentía día a día su madre y sufría por ella. Jane tuvo que morderse la lengua para no decirle que muy pronto cambiarían de vida y entonces podrían librarse de aquella situación tan desagradable para ambas. Pero era mejor que la niña no supiera nada para evitar problemas.

—Eso no sería tan buena idea como crees. Seguro que Sandra tiene que vivir unos días con su papá y otros con su mamá.

—¡Yo no me quiero quedar sola con papá! —exclamó frunciendo el ceño y a punto de llorar.

—No, cielo. Eso no va a pasar. Tienes que aguantar un poco más. Te prometo que encontraré la manera de hacer que las cosas cambien. Sólo tienes que tener un poco de paciencia.

—¿Me lo prometes? —preguntó haciendo un puchero.

—Te lo prometo —aseguró mostrando su dedo meñique para que la niña lo entrelazase con el suyo—. Pero hoy es nuestro día y está prohibido ponerse tristes. ¡Vamos a jugar!

En pocos minutos ambas estaban disfrutando de lo lindo en el jardín y ya no quedaba rastro de inquietud en ninguna de las dos. Pasaron un buen rato jugando y después cogieron el coche para ir a comer y pasar la tarde fuera.

Jane puso música relajante mientras conducía en dirección a la ciudad por la carretera que serpenteaba entre el bosque frondoso de abetos y cedros rojos. Observó a la niña a través del retrovisor. Miraba pensativa por la ventanilla contemplando el paisaje.

—¿Por qué no nos escapamos las dos, mamá? —lo soltó de repente, sin más, como si hubiera estado dándole vueltas y tuviera la necesidad de compartirlo con su madre.

Jane apretó con fuerza el volante, pero continuó conduciendo como si su pregunta no se le hubiese clavado en las entrañas. Ash seguía abstraída con la mirada perdida entre los árboles que desfilaban ante ella. ¿Cómo podía tener ese tipo de ideas una niña tan pequeña? ¿Realmente era consciente de lo que acababa de decir? Su madre podía oír los engranajes de su cerebro procesando aquella situación e intuía que esas palabras no las había pronunciado por casualidad. Eran fruto de una profunda meditación.

—No pienses en eso ahora. ¿Tienes mucha hambre? —añadió intentando cambiar de tema—. ¡Yo me muero por una hamburguesa!

—¡Yo también! Quiero todos estos Nuggets —exclamó Ash, mostrándole a su madre todos sus deditos con las dos manos abiertas—. ¡Y muchas patatas!

Sonrió con el corazón henchido de amor por aquella pequeña de

carita sonriente cuya imagen le devolvía el espejo. Tan increíblemente madura en algunas ocasiones, como inocente en otras.

Se acomodaron muy juntas en una de las mesas de Burger King y comenzaron a dar cuenta de la comida con ganas. Jane recordó a su padre cuando le decía que la felicidad abría el apetito y tenía razón.

Ash jugaba con el muñequito que le habían regalado con su menú. Lo hacía saltar de un lado a otro de la mesa y parecía disfrutar de lo lindo con aquel simple pasatiempo.

—Ya verás cuando le cuente a Hanna lo bien que lo hemos pasado hoy —comentó con la boca llena.

—Te gusta Hanna, ¿verdad?

Ambas tenían mucho aprecio a la niñera. A diferencia del resto de empleados, a ella la había seleccionado Jane entre otras muchas candidatas y le gustó nada más verla. Para Ashley era como su hermana mayor y le tenía mucho cariño.

—Sí, mucho. De mayor quiero ser tan guapa como ella. Me gusta más que Judith porque es guapa pero tonta.

—Bueno, Judith es un poco especial. Pero no es necesario que estés con ella. Su trabajo consiste en ocuparse de la casa...

—Pero, es que no me gusta cómo me mira. ¿A ti te gusta? —la interrumpió.

Hasta la niña había percibido la arrogancia de la joven sirvienta. Su mirada denotaba un desprecio contenido hacia madre e hija y, aunque intentaba disimularlo, no era muy buena actriz.

—Me gusta más Hanna —respondió Jane intentando desviar el tema de conversación hacia la niñera.

—Pero a papá si le gusta Judith, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Jane extrañada.

—El otro día estaban jugando y se reían.

—¿Jugando? ¿A qué jugaban?

—Pues a cosquillas —respondió Ash con naturalidad.

A Jane le dio un vuelco el corazón y la patata que estaba a punto meterse en la boca se quedó a medio camino. Hizo de tripas corazón y decidió seguir indagando con cautela.

—¿Se hacían cosquillas como cuando te las hago yo a ti?

—Sí, ella estaba sentada encima de él y se daban besitos. Se hacían

cosquillas por debajo de la ropa.

Jane sopesó la posibilidad de que todo fuese un invento de la niña; un juego. Pero observando la espontaneidad con que narraba la escena llegó a la conclusión de que no podía ser fruto de su imaginación. Para ella era un juego de adultos en el que ambos se divertían, no veía nada malo en aquel comportamiento. Aunque, era evidente que le resultaba extraño.

—Y tú, ¿dónde estabas mientras tanto, cielo?

—Es que, estaba jugando al escondite con mi muñeca nueva mientras Hanna me preparaba el baño y no me atreví a salir de detrás del sofá para que papá no se enfadara conmigo.

—Pero ¿ellos te vieron? —indagó sintiendo cómo las sienes le palpitaban al mismo ritmo que su corazón por el nerviosismo y la rabia contenidos.

—No. Después Hanna me llamó porque no me encontraba y se fueron. Y ¿sabes? Ella no me encontraba porque soy muy buena escondiéndome.

—Sí, eres la mejor en ese juego. Pero escucha cariño, esto será un secreto entre tú y yo, no se lo puedes contar a nadie, ¿de acuerdo?

—Vale mami, será nuestro secreto.

Pasaron el resto del día juntas y de vuelta a casa, después de tantas emociones, Ashley cayó rendida en el coche.

Jane había tratado de pasar el resto de la jornada con su hija sin que le afectara la conversación que habían tenido, pero inevitablemente su mente recreaba una y otra vez lo que suponía que había pasado aquel día, impidiéndole disfrutar de su compañía. Estaba furiosa, y el tener que contenerse ante la niña no le había ayudado a relajarse.

La monótona carretera fluía bajo las ruedas del automóvil en la oscuridad de la noche y sólo la parte indispensable del cerebro de Jane se ocupaba de conducir hasta casa con el piloto automático. El resto estaba ocupado echando un vistazo a la zona en la que guardaba sus sentimientos. Desbloqueó la capa de seguridad que los protegía y accedió a ellos con cautela, temerosa de lo que podía encontrar si hurgaba en su interior. Le sorprendió descubrir que su enfado no tenía nada que ver con el engaño de Jason. En realidad le traía al paio que aquellos dos impresentables estuvieran liados.

Su parte racional, la única en contacto con el mundo real, disminuyó la velocidad para tomar una curva a la derecha y posteriormente volver a acelerar, pero Jane no fue consciente de aquella maniobra, enfrascada como estaba organizando sus pensamientos. Algo ardía en un rincón de sus entrañas al pensar que la niña había tenido que presenciar aquella escena por la insensatez y el descuido de su padre. Decidió estar más atenta a partir de entonces.

Acababa de remover de un puntapié el polvo que cubría sus ideas y que no le había permitido distinguir la realidad: que estaba casada con un hombre celoso y posesivo que además la engañaba.

Una lucecita se encendió abriéndose paso entre aquellas nubes de polvo para hacerla entender que tal vez podría sacar algún provecho de aquella situación. Con un poco de suerte la atractiva sirvienta podría reemplazarla convirtiéndose en la nueva obsesión de Jason. Ella seguramente había descubierto un filón sin explotar en él y su familia adinerada y no se conformaría con un segundo puesto. Iría a por todas.

Su mano giró la llave quitando el contacto del coche. Inmediatamente su mente nadó con premura hasta la superficie, respirando una bocanada de realidad que hizo que se preguntara cómo había podido llegar tan pronto a su destino.

...

Jason estaba dándose una ducha antes de ir a trabajar y Jane decidió salir a correr un rato. Le encantaba hacerlo a primera hora de la mañana, cuando la naturaleza comenzaba a despertarse y se mostraba con belleza renovada después del descanso nocturno. El canto enérgico de los pájaros que daban la bienvenida al nuevo día, la caricia de la suave brisa marina y el olor del mar combinado con el de la hierba fresca, eran sus compañeros en cada carrera.

Acabó de vestirse con unos leggings negros y una camiseta ajustada. Antes de salir, se asomó al cuarto de baño en el que Jason se preparaba.

—Jason, voy a salir a correr un rato. Necesito estirar los músculos. Tardaré algo más de una hora, así que supongo que cuando regrese ya te habrás marchado a la oficina.

En ese momento él salía desnudo de la ducha luciendo unos estupendos pectorales que hacía tiempo que habían perdido el poder de estimular la libido de su mujer. Su miembro libre y relajado pareció

percatarse de la presencia de Jane, alzándose curioso.

—¿Y Ashley? —preguntó él acercándose a la puerta.

—Hanna la llevará al colegio, deben estar a punto de salir. Que tengas un buen día en el trabajo. —respondió Jane tajante, cerrando la puerta tras de sí.

—Y tú no te aburras demasiado —escupió él notablemente molesto por su intento frustrado de acercamiento sexual, observando su miembro totalmente erecto y dispuesto en el reflejo del espejo—. Tiene que ser muy duro no hacer nada en todo el día —concluyó alzando la voz para que ella pudiese oírle.

Jane salió mordiéndose la lengua para no contestarle. Al fin y al cabo, si ella no trabajaba era por su culpa. Él no le permitía tener ningún tipo de actividad que implicase una posible relación con otras personas de sexo masculino. Cada vez soportaba menos su presencia y, aunque ya prácticamente no lo hacía, aborrecía que la tocara. Debería darle las gracias a Judith en ese aspecto.

Nada más salir a la calle, cuando estaba empezando a calentar apoyada en uno de los pilares del porche, apareció la sirvienta.

—Buenos días, señora. Que disfrute de la carrera.

—Buenos días, Judith. Gracias, hace un día perfecto para correr.

Echó a andar a paso ligero antes de comenzar a correr y, al volver la vista atrás, la descubrió mirándola con cierto aire de triunfo desde el umbral de la puerta. Con la falda excesivamente corta, estaba muy sexy para un día cualquiera de trabajo y Jane tuvo una corazonada. Les estaba proporcionando unos momentos de intimidad y mucho se temía que iban a aprovecharlos. Decidió comenzar a correr y volver unos minutos después. Acababa de alcanzar la orilla de la playa cuando el brazalete en el que llevaba el móvil comenzó a vibrar y una llamada interrumpió la música que escuchaba por los auriculares.

—Buenos días —le saludó una voz al otro lado de la línea—, soy la sargento Stevenson.

—Buenos días, Lilliam —contestó deteniendo su carrera y haciendo estiramientos con una pierna en lo alto de un gran tronco derribado a pocos metros del agua—. ¿Alguna novedad?

—Bueno, tengo algunas novedades que podrían dar la vuelta por completo al caso, pero preferiría que hablásemos en persona antes de actuar. ¿Cuándo podríamos vernos?

—Quizá mañana pueda estar ahí. Te lo confirmo después cuando haya echado un vistazo a los vuelos. Pero ¿no puedes adelantarme algo?

—Mañana hablamos, mándame un mensaje con el número de vuelo y te recojo en el aeropuerto. También quería comentarte que ya puedes disponer de los restos de tu padre para darles sepultura cuando quieras. Nos vemos.

Colgó el teléfono sin añadir nada más y Jane se quedó intrigada por lo que acababa de decir. Debía haber descubierto algo importante. Continuó corriendo absorta en sus pensamientos.

Ya se había alejado lo suficiente y se adentró en el bosque alejándose de la playa, para acceder de nuevo a la casa por la parte trasera. Se acercó tratando de permanecer fuera del ángulo de visión de las ventanas. Llegó al jardín y entró sin hacer ruido por la puerta de la cocina. Esperó unos instantes en silencio. El único ruido que se escuchaba era el del cortacésped en el jardín delantero.

Recorrió sigilosamente la planta baja de la casa, que en esos momentos estaba desierta. Probablemente Jason ya se hubiese marchado a la oficina y todo aquello no fuese más que una paranoia suya. Lo más seguro era que hubiese malinterpretado los hechos que le había contado la niña o puede que su perspectiva estuviese distorsionada por la imaginación infantil de Ash. Por un momento se sintió ridícula allí parada, como una intrusa en su propia casa.

Echó un vistazo al garaje y descubrió que el Lamborghini Huracán de Jason seguía allí aparcado. No había ni rastro de Judith aunque se suponía que ya debería estar haciendo su trabajo. Subió las escaleras lentamente y antes de llegar al piso de arriba, un ligero golpeteo la hizo detenerse en seco. Aguzó el oído y le pareció oír una especie de gemido. Se encaminó hacia su dormitorio, del que provenían aquellos sonidos. Entonces pudo escucharlos más claramente. Eran jadeos y susurros que no alcanzaba a descifrar. El corazón le dio un vuelco. No se había equivocado al pensar que él era capaz de hacerle algo así. Una extraña fuerza tiraba de ella empujándola hacia una realidad que, estaba segura, no le iba a resultar nada grata. Pero tenía que contemplarlo con sus propios ojos. Asomó la cabeza con cautela, pero no había nadie en su habitación. Oyó un golpe y el sonido de cristales rompiéndose en mil pedazos, le llegó desde el cuarto de baño.

—¡Joder! ¡Ten más cuidado! —escuchó quejarse a Jason—. ¡Ese

perfume me costó un ojo de la cara!

—Te lo compensaré —Jane distinguió la voz de Judith y el ruido característico de una cremallera—. Sé que esto te vuelve loco.

Un gemido de dolor surgió de la garganta ocupada de Judith. Él le estiraba del pelo con fuerza haciéndole daño y obligándola a llevar el ritmo apropiado.

A Jane le sobrevino una arcada, que a duras penas pudo contener tapándose la boca. Quería salir huyendo de allí, alejarse de aquella escena, pero algo la retenía. Se quedó inmóvil, contemplando la humillante situación sin poder mover ni un músculo.

—¡Ahhh! Ven aquí —le ordenó él, estirándole del pelo para que Judith se incorporase.

—Me haces daño, no estires tanto...

Él le propinó una bofetada que la hizo callar, pero que al mismo tiempo la excitó aún más.

—Te haré lo que me dé la gana. Eres mi zorra. ¡Dímelo! —hablaba en voz baja pero con violencia mientras la obligaba a levantar la cara hacia él sujetando su cabello—. ¿Qué eres? ¡Dímelo!

—Soy tu zorrita —susurró ella, sujetando su pene erecto y comenzando a masajearlo con brío—, y puedes hacerme lo que quieras. Soy tuya.

—¡Sólo mía!

La furia con la que había pronunciado aquellas palabras al oído de su amante, evidenciaba una amenaza implícita que Jane había experimentado en sus propias carnes más de una vez y que la hizo estremecerse con un nudo en el estómago.

Jason levantó a Judith en volandas y la puso de espaldas a él, apoyada en el lavabo. Le levantó la minifalda que apenas le cubría el trasero y, de un tirón, le arrancó el tanga rojo que llevaba. Le propinó un fuerte azote, al que ella respondió más enardecida aún abriendo las piernas y jadeando, ya sin intentar contenerse. Parecía gustarle ese tipo de jueguecitos y disfrutaba tanto como él cuando la pegaba.

Jane observó la expresión de Jason. Era el rostro de un hombre descontrolado. Fuera de contexto, uno no sabría decir si reflejaba odio o excitación extremos, pero probablemente fuese una mezcla de ambos. En el intrincado cerebro de Jason existía una finísima línea que separaba los sentimientos de odio, amor o placer y que cruzaba continuamente sin

percatarse, hasta tal punto de no saber en qué lado se encontraba a cada momento. Por esa razón acababa destruyendo todo aquello que amaba.

—Así...quiero verte en el espejo la cara que pones cuando te follo — dijo él, chupándose los dedos para lubricar con su saliva los labios y la zona vaginal de su amante. A continuación la penetró con fuerza, sin delicadeza alguna, lo que a ella le hizo gritar de dolor y pasión al mismo tiempo. Mientras la embestía, le apretaba y pellizcaba los pezones de sus grandes pechos siliconados.

—Te gustan mis tetas, ¿eh? ¿Crees que no me había dado cuenta como las miras? Desde el primer día que empecé a trabajar aquí lo supe. Veía la lujuria en tus ojos cada vez que nos cruzábamos.

—Lo único que pensaba el día que te entrevisté era metértela entre esas dos tetas mientras me hacías una mamada. Me pusiste tan caliente que, en cuanto te marchaste, tuve que follarme a mi mujer.

Una lágrima recorrió el rostro impasible de Jane. Recordaba perfectamente aquel día. Acababan de regresar de viaje de novios y ambos le hicieron la entrevista a Judith por recomendación expresa de Theresa. A Jane no le gustó mucho. Demasiado llamativa y un poco arrogante. Pero Jason insistió alegando las buenísimas referencias que le habían dado a su madre de ella. Cuando la chica se marchó, Jason le hizo el amor y Jane, ni por un momento intuyó la verdadera razón de su excitación. En aquellos momentos, era una joven ingenua que aún no había descubierto el verdadero interior del hombre con el que acababa de casarse. Lo amaba incondicionalmente y estaba convencida de que ese sentimiento era mutuo.

Ya tenía suficiente con lo que había presenciado y no estaba dispuesta a atormentarse más. Se retiró en silencio, lentamente. Judith debió advertir a través del espejo un ligero movimiento y sus miradas se encontraron. La expresión victoriosa de la sirvienta le congeló la sangre. En lugar de delatarla, continuó jadeando y sonriéndole con sarcasmo.

—¡Sigue! ¡Dame más! ¡Sí! —gritó enloquecida.

Jane bajó corriendo las escaleras. Las palabras y las imágenes que acababa de presenciar se apelotonaban en su cerebro de forma que amenazaba con estallarle. Al alcanzar la calle, respiró profundamente y comenzó a sentirse un poco mejor. Echó a correr conectando su iPod con el volumen al máximo, para intentar dejar su mente en blanco. Pasó al lado de Jacob el jardinero sin ni siquiera percatarse de su presencia e

ignorando su salud. ¡Qué tonta había sido! Desde el momento en que conoció a Jason, sabía que había una parte oscura en él. Algunos comentarios que hacía y quizá el tono de alguna frase que pronunciaba, en algún momento llegaron a despertar una lucecita roja en su interior. Pero eran detalles sin importancia. Estaba tan enamorada que desconectaba el sensor de alarma para que dejase de molestarla enviándole ese tipo de señales que, en realidad, quería ignorar. Siempre se había sentido tan sola que, cuando él entró en su vida, confió en que los momentos maravillosos que compartieron duraran por siempre. Quiso disfrutar de la familia que nunca tuvo y se lanzó de cabeza y con los ojos cerrados a una aventura de la que años después no sabía cómo escapar. Había aprendido la lección a base de golpes, nunca mejor dicho, y jamás volvería a desobedecer las advertencias de su conciencia. No volvería a caer en la trampa de cegarse por nada ni nadie. Decidió no decirle a Jason nada, para no provocar una discusión de la que, con toda seguridad, saldría malparada. Se limitaría a intentar esquivarle lo máximo posible y mantener la calma, aunque si en algún momento intentaba tocarla..., no podría soportarlo.

En cuanto a Judith, su reacción al descubrirla había sido tan fría... La había desafiado con la mirada, muy consciente de su posición ventajosa. Estaba intentando ocupar su puesto y lucharía por conseguirlo con cualquier artimaña. Lo que no sabía era que el trono que ansiaba estaba hecho de hielo y terminaría por derretirse entre sus dedos para formar un gran charco de fango. Seguro que tampoco imaginaba lo sencillo que le resultaría alcanzar su propósito por su parte. Ella se lo regalaría envuelto en papel de colores.

Esa misma tarde había quedado con Serena y se le iba a hacer muy larga la espera.

...

*At first I was afraid I was petrified  
Thinking I couldn't live without you by my side  
And I've been spending nights  
Thinking how you did me wrong  
And I grew strong  
And I learned how to get along*

...

*I will survive* de Gloria Gaynor sonaba en su iPod.

...

*No, not I, I will survive  
Long as I know how to love  
I know I'll stay alive  
I've got all my life to live  
And all my love to give and I'll survive  
I, I, I will survive*[\[3\]](#)

...

Continuó su carrera y sonrió al sentir de nuevo la suave brisa del mar acariciando su rostro. Sobreviviría.

...

Serena estaba esperándola puntual como siempre en su café preferido. Era un encuentro clandestino ya que, desde el episodio de la danza del vientre, Jason le había prohibido terminantemente volver a verla.

También, como de costumbre, Jane llegaba tarde.

—Perdona el retraso —saludó con un abrazo y un beso en la mejilla —. Siempre soy yo la que llega tarde.

—Por ti sabes que espero si hace falta hasta mañana.

—No seas exagerada, que no he tardado tanto —protestó Jane sentándose frente a su amiga y dejando el bolso en el respaldo de la silla.

—¿Cómo estás? Tengo noticias frescas que te gustarán.

—Yo también las tengo, aunque las mías son más bien calientes, pero no creo que te agraden. ¿Quién empieza?

—Por supuesto que tú. Cuéntame —la animó Serena.

La camarera les sirvió un par de té con canela y una tarta de manzana que a ambas les encantaba. Cuando se retiró, Jane comenzó a hablar removiendo el líquido caliente de su taza.

—El sábado pasé todo el día con Ash. Hacía tiempo que no disfrutábamos tanto juntas. Comimos fuera, fuimos de compras y hablamos de todo un poco —hizo una pausa, no sabía muy bien cómo empezar.

—Es una niña encantadora, como su madre. Pero, continúa.

—Me dijo que un día, cuando jugaba al escondite, vio a su padre y a Judith riéndose mientras se hacían cosquillas.

—¡Dios! Judith, ¿la sirvienta? ¿Esa cretina que te perdona la vida cuando te mira?

—La misma. Mencionó que ella estaba sentada sobre Jason y que él le hacía caricias debajo de la ropa y le daba besitos.

—¡Eso sí que no me lo esperaba! ¡Qué hijo de puta! Te pega cada vez que un hombre te mira y se lía con la primera que encuentra en tu propia casa y delante de su hija. ¿Él sabe que la niña los vio?

—No, por suerte. Le hice prometer a Ash que no dijera nada a nadie.

—Menos mal que aún es pequeña para entender lo que ocurre...

—Espera, que no he hecho más que empezar —continuó Jane, sonriendo y dando un sorbito a su té aún demasiado caliente.

—¡Joder! Y yo que pensaba sorprenderte con mis noticias...

—Esta mañana salí a correr temprano mientras él se daba una ducha. Me crucé con ella en la puerta. Se mostró tan altanera como siempre y me llamó la atención que vestía demasiado sexy para ir a trabajar. Di una vuelta y regresé con cuidado para que no me descubrieran.

—¡No me digas que los pillaste en plena faena!

—Sí. Estaban haciéndolo en mi cuarto de baño. Él la golpeaba a menudo y a ella parecía gustarle ese rollo por cómo disfrutaba. Y lo peor es que es muy probable que lleven tiempo haciéndolo. Él hizo un comentario sobre lo que pensó de sus pechos el mismo día que la contratamos.

—¡Pues sí que eran noticias calientes! ¿Te vieron?

—Él no. Pero ella sí, y siguió como si nada, sonriéndome a través del espejo. Después me retiré en silencio y continué corriendo.

—Esa arpía... Quiere usurpar tu puesto.

—Se lo regalo. Enterito para ella.

—¡Ja, ja! ¡Menudo paquete sorpresa se va a llevar! Pero ¿estás bien?

—Si te soy sincera, aparte de repugnancia, no sentí nada más.

—¡Genial! ¡Que les den a los dos! Puede incluso que todo esto facilite nuestro plan —exclamó Serena sujetándole las manos a su amiga y cerrando los ojos para saborear su delicioso sabor a vainilla.

Jane ya estaba acostumbrada a sus extrañas sensaciones y no le importaba en absoluto dejarse tocar por ella. Sabía lo que sentía al hacerlo y era algo puro y sin malicia. Le apenaba no poder corresponder a unos

sentimientos tan sinceros.

—¿Sabes? Lo he perdonado tantas veces que creo que ya no me quedan más fuerzas para hacerlo de nuevo.

—Pocas personas perdonan realmente. Te conozco y sé que tú eres una ellas. Pero hasta un corazón como el tuyo se endurece cuando se le maltrata una y otra vez.

—Serena, ¿de qué color es el perdón? —preguntó Jane con curiosidad.

Ella le sonrió moviendo ligeramente la cabeza. Jane era la única persona con la que podía conversar sin tener que medir sus palabras o sus silencios. Sin tener que esconder su verdadero yo o sus sensaciones. La amaba con locura y al mirarla sentada frente a ella, con aquellos ojos verdes expectantes y un mechón de pelo cubriéndole ligeramente el rostro, comenzó a percibir por el rabillo del ojo aquel color rojo que su amor le suscitaba.

—Pues... —contestó pestañeando para salir del paraíso en el que por unos instantes se había sumergido—, es complicado. Hay muchos sentimientos en juego cuando se trata de perdonar y se ponen a prueba las emociones. En ocasiones, la gente intenta perdonar a otros sin darse cuenta de que primero ha de empezar por perdonarse uno mismo. Vivimos rodeados de inseguridades, miedos y envidias que sabemos que están ahí, en nuestro interior. Los ocultamos con una coraza que construimos para que nadie pueda verlos, y ni siquiera somos capaces de enfrentarnos a ellos cara a cara. No los exteriorizamos y a menudo se nos enquistan y duelen. Cuando uno no puede perdonarse ser como es, ¿Cómo va a perdonar a los demás?

Serena carraspeó soltando la mano de Jane y llevándose un trozo de tarta a la boca para intentar mitigar el ácido sabor de la melancolía que últimamente tantas veces degustaba. Después continuó diciendo.

—Yo sé de lo que hablo, Jane. Lo he sufrido durante años, hasta que me di cuenta de cuál era la raíz del problema. Desde pequeña supe que era distinta y durante mucho tiempo me odié a mí misma por cómo era. Llegó un momento en el que el odio a mí misma, la rabia y el rencor que sentía por las personas que no me aceptaban, me empujaron a intentar quitarme la vida.

Hizo una pequeña pausa para beber un sorbo de té. A continuación, removi6 pensativa el contenido de la taza con la cucharilla y siguió

hablando.

—Fue allí, a las mismas puertas del infierno y cara a cara con la muerte cuando empecé a buscar en mi interior desesperadamente. Y comprendí que lo que iba encontrando no era tan malo, simplemente diferente. Y logré hacer las paces conmigo misma aceptándome tal como soy. Aprendí a perdonarme. Y sólo entonces, pude perdonar todas las burlas, insultos y desprecios que sufrí durante años. La rabia y el rencor desaparecieron y yo conseguí liberarme de esa pesada carga. Y ¿Sabes qué es lo primero que sentí? Esperanza. La esperanza de que a partir de entonces todo cambiaría y yo renacería, como la vida en cada primavera.

Serena alzó la mirada para encontrarse con la de Jane.

—Y la esperanza es del color de tus ojos —describió—, del color de la primavera, del color de las hojas de los árboles mecidas por el viento, de la hierba fresca de la pradera. Con un matiz intenso y profundo, como lo que veo en tu interior. Es..., tranquilizante y renovador. Ese es el color del perdón.

—No sé si esta vez podré perdonar, Serena... —dijo Jane preocupada.

—Debes hacerlo, Jane. Si no por él, hazlo por ti misma. Espera a que se enfríe un poco el dolor, pero después, busca la manera de perdonarlo. Será la única forma de dejarlo atrás. De liberarte.

—Seguiré tu consejo, Serena. Gracias por estar ahí siempre que te necesito. Por ser como eres. Y déjame decirte que yo también he echado un vistazo a lo que hay dentro de ti y es verdad que eres distinta. Nunca he conocido a nadie como tú. Eres muy especial y por eso te quiero tanto. No cambies nunca...

—Uff —resopló Serena—, nos estamos poniendo muy sentimentales. ¿No crees?

—Es verdad —asintió Jane—, será mejor que cambiemos de tema y pidamos otro té. Y esta vez lo pediré verde —añadió alzando las cejas y esbozando una gran sonrisa.

—Que sean dos —dijo Serena riendo y levantando la mano para llamar la atención de la camarera.

—Y volviendo a lo nuestro ¿Tienes alguna novedad? —preguntó Jane cuando la camarera les sirvió las bebidas.

—Ya está todo en marcha. Ha recibido el primer pago y vuestras

fotos. Tendrá la documentación preparada en poco más de una semana. Tú no te preocupes, yo me encargo de todo. He quedado con él el martes que viene.

—¿Cuánto dinero más necesitas?

—Quiere diez más de los grandes a la entrega.

—De acuerdo, pero no podré verte hasta dentro de al menos tres días. Se me había olvidado comentarte que me ha llamado la policía que investiga el asesinato de mi padre. Parece que tiene alguna pista relevante y necesita hablar conmigo. Además, tengo que encargarme del funeral. He hablado con mi abuela y ella irá adelantando algunos preparativos, será pasado mañana. Con un poco de suerte estaré aquí el jueves o, como muy tarde, el viernes. En cuanto lo sepa quedamos y te entrego el dinero que falta.

—Me encantaría acompañarte. ¿Va a ir Jason?

—No lo sé, aún no hemos podido hablar. La niña si vendrá porque no quiero dejarla a solas con él nunca más. Tú no te preocupes. Aunque no puedas venir, sé que estarás a mi lado en la distancia —señaló su corazón con una sonrisa sincera.

—Siempre lo estaré —suspiró Serena—, y te voy a echar muchísimo de menos cuando te vayas definitivamente. No sabes cuántas veces me he arrepentido de haberte propuesto que huyas y te alejes de mí lado, pero debes hacerlo.

—Gracias por darme fuerzas, sin ti no sería capaz de continuar. He decidido que vamos a ir hacia el sur, a Sacramento. Es una ciudad lo suficientemente grande como para pasar desapercibidas y a la que siempre quise ir de pequeña. Tenía una amiga de allí que pasaba las temporadas de esquí con su familia en Sun Valley. Creo que a Ashley también le gustará. Y no te preocupes, estaremos en contacto cuando me vaya.

—Pero no al principio. Cuando pase un tiempo prudencial y todo se haya enfriado, puedes intentar ponerte en contacto conmigo. Piensa que la policía os estará buscando.

—De acuerdo...

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo. No haré ninguna estupidez que nos ponga en peligro.

—Pero tómatelo muy en serio, por favor y ten mucho cuidado —rogó Serena.

—Lo haré, confía en mí. Estoy segura de que lo conseguiremos.  
Ambas se sonrieron aunque en sus miradas se reflejaba la tristeza de su cercana despedida.

*«Que pedir perdón no sea una rutina,  
y que perdonar sea siempre olvidar.  
Porque no existe el amor sin espinas,  
y cada primavera vuelve a oler a azahar.»*



## CAPÍTULO 13

# La Clave está en el Amor

*“La violencia es miedo de las ideas de los demás y poca fe en las propias.”*

Antonio Fraguas – Forges (1942 -)  
*Humorista gráfico español.*

SHELTON, WASHINGTON

*Verano – otoño de 2008*

Los suaves rayos de sol del atardecer acariciaban el rostro de Jane. Estaba tendida en una de las hamacas del jardín disfrutando de la belleza del lugar. Pensaba en cómo, en el mundo en que vivimos, el estrés y las prisas por las que se ven arrolladas las personas no permiten disfrutar de cosas tan sencillas y a la vez tan maravillosas.

Para estudiar la percepción, el gusto y las prioridades de la gente, el Washington Post en 2007 organizó un experimento social. En el metro de Washington DC, en una fría mañana de invierno y en plena hora punta, un violinista comenzó a tocar durante unos cuarenta y cinco minutos varias piezas de Bach. En ese tiempo, más de mil personas pasaron a su lado, la mayoría apresuradas de camino a sus trabajos. Sólo seis viandantes se pararon unos instantes para disfrutar de aquella magnífica melodía, antes de continuar observando preocupados su reloj. Entre ellos, varios eran niños pequeños que prestaron atención hasta que sus madres tiraron de ellos y los obligaron a reanudar su camino. El violinista consiguió recaudar 32 dólares de las propinas que le dieron personas que ni siquiera se detuvieron a escucharle. Cuando acabó de tocar y se hizo el silencio, nadie se percató, y no recibió ningún aplauso o reconocimiento por su música.

Nadie lo sabía, pero aquel violinista era Joshua Bell, uno de los mejores músicos del mundo, capaz de interpretar una de las más complejas piezas jamás escritas, con su Stradivarius de varios millones de dólares.

Dos días antes de tocar en el metro, Joshua Bell llenó por completo un teatro de Boston en el que la media de las entradas costaba unos cien dólares.

Lo que el periódico quería estudiar era si las personas podrían ser capaces de percibir la belleza en un lugar cualquiera en un momento inoportuno. Si conseguirían detenerse y apreciarla o si podrían reconocer el talento en un contexto poco apropiado. La respuesta fue evidente y las conclusiones de este experimento al menos hicieron pensar a más de uno. Si no tenemos un momento para escuchar a uno de los mejores músicos del mundo interpretando la mejor melodía jamás escrita, ¿cuántas otras cosas podemos estar perdiéndonos?

Por eso, Jane había aprendido a detenerse cada día durante un momento para acariciar y oler las rosas. Porque uno nunca sabe lo que puede perderse.

El ruido de un motor llamó su atención y el Lamborghini negro de Jason ocupó su campo visual. Hacía cinco días que había desaparecido cuando Jane le comunicó que estaba embarazada en plena discusión. Durante todo ese tiempo mantuvo el móvil apagado y no acudió al trabajo. Ni Theresa ni ella fueron capaces de ponerse en contacto con él. Temiendo por su vida, incluso se dirigieron a los principales hospitales en busca de alguna noticia de su paradero. También acudieron a la policía, aunque era relativamente pronto para invertir su tiempo y esfuerzos en una búsqueda que con bastante probabilidad acabaría por resolverse por sí sola. Sin ningún indicio que indicase lo contrario, lo más lógico era que se hubiese marchado por su propia voluntad.

Jane se incorporó y esperó a que saliese del coche. Cuando lo hizo, se dirigió hacia ella sonriente, como si nada hubiese sucedido, como lo haría cualquier otro día al volver del trabajo.

—Hola —saludó sentándose a su lado en la hamaca.

—Hola —respondió ella intranquila—. Tu madre y yo hemos estado preocupadas por ti. Pensábamos que te había ocurrido algo.

—Estoy bien, no pasa nada —añadió tomándole una mano y besándosela—. ¿Cómo estáis tú y el bebé?

—Estamos bien —afirmó Jane con lágrimas en los ojos y abrazándole—. Creía que no ibas a regresar...

—Ya estoy aquí, cariño —la consoló estrechándola entre sus fuertes

brazos—. Necesitaba un poco de espacio, meditar, tranquilizarme... Sé que no te he tratado como es debido, pero no volverá a ocurrir. Estos días a solas me han sentado muy bien, y me han servido para darme cuenta de que te quiero. Te quiero con toda mi alma, Jane. Pero, no sé por qué extraña razón intento destruir todo aquello que amo. No me lo permitas nunca, y mucho menos ahora que llevas una parte de mí en tu vientre. Siempre soñé con tener un hijo. Criarlo de acuerdo a mis valores para después enseñarle el negocio familiar, como hizo mi padre conmigo. Quiero que él, allí donde se encuentre, se sienta orgulloso de mí y de lo que he conseguido, y tener un descendiente es la mejor manera de demostrárselo.

—Bueno, también podría ser una niña...

—Será un varón, estoy convencido —la interrumpió frunciendo el ceño—, y se llamará David, como mi padre.

No era el momento de discutir llevándole la contraria. Nunca lo era. Jane se sintió dolida porque, incluso antes de nacer, Jason ya sentía al bebé como una posesión más. Era su dueño y, como tal, dirigiría su vida, empezando por elegir su nombre. Ni siquiera había sido una sugerencia que entre los dos pudiesen decidir. Era una imposición. Sospechaba que su repentino cambio de actitud tenía más que ver con el embarazo que con ella misma y prefería no pensar cómo reaccionaría si finalmente fuese una niña.

—Deberías llamar a tu madre —cambió de tema tratando de enfriar el ambiente—. Desde que te marchaste está pasando por un auténtico infierno. Casi no duerme y come muy poco. Temo que enferme.

—La he llamado hace un momento. Ha dicho que vendría, así que no creo que tarde.

—¿Dónde has estado estos días? —se atrevió a preguntar Jane, pero se arrepintió al instante al observar el brillo de su mirada.

—No pienses en eso ahora. Lo importante es que he vuelto con la mente despejada y las ideas claras.

—Te he echado de menos —aseguró Jane.

Era cierto, le quería y estaba deseando tener un hijo para formar junto a él la auténtica familia que ella nunca pudo tener.

—Yo también os he echado de menos a los dos —susurró acariciándole el vientre.

—Por ahí llega tu madre —anunció Jane—. Se va a poner muy

contenta.

—Sí, no es justo que ella también sufra mi egocentrismo.

Jason se incorporó y se encaminó hacia Theresa para ayudarla a salir del coche y dejó a Jane sorprendida por su comentario. Era la primera vez que reconocía abiertamente que su forma de ser hacía daño a los demás y eso era un buen indicio.

Observó allí sentada cómo Theresa salía apresurada del coche y se lanzaba a los brazos de Jason, llorando. Sentía verdadera devoción por su hijo. Hiciera lo que hiciera, ella le perdonaría siempre, sin peros ni condiciones. Al fin y al cabo era su madre. Ella misma comenzaba a vislumbrar lo que podía llegar a ser ese amor incondicional, gracias al pequeño que crecía en su interior.

Madre e hijo conversaron durante unos minutos que, para Theresa, fueron suficientes. No le pediría más explicaciones ni le reprocharía nada. Le bastaba con saber que estaba bien y que había vuelto a su lado. Ambos se acercaron cogidos del brazo y ella saludó muy amable.

—Hola, Jane. ¿Cómo estás hoy? Parece que tienes mejor cara.

—Gracias, me encuentro un poco mejor. Creo que las pastillas que me ha recetado el doctor me están sentando bien.

—¿Has ido ya al ginecólogo? —preguntó Jason un poco decepcionado—. Me hubiera gustado acompañarte para ver juntos la primera ecografía.

—Yo la acompañé, hijo. Estábamos preocupadas porque no paraba de vomitar y no se estaba alimentando bien, está tan delgada...

—No tienes que preocuparte, Jason. Dijo que todo va perfectamente y que las náuseas y vómitos son normales. Pasado mañana tengo otra cita y podrás venir para ver a nuestra bolita. Aún es un puntito muy pequeño, pero en un par de semanas puede que ya podamos percibir como late su corazón.

—¿Sí? No voy a perdermelo esta vez —dijo besando la mejilla de Jane—. Tengo mucha hambre. ¿Qué os parece si os invito a cenar fuera?

—¡Por mí encantada! —exclamó Theresa.

—¡Claro! Me apetece comer pasta. ¿Podemos ir a un italiano? —propuso Jane.

—La verdad es que estaba pensando en un japonés del centro que han inaugurado recientemente. Comí allí el otro día y me encantó. Hacen un sushi exquisito que estoy seguro que os encantará. ¿Sabíais que, al

contrario de lo que la gente cree, el sushi era un antiguo plato chino?

—¿De veras? Lo desconocía. Si a ti te gusta, perfecto —aceptó Theresa.

Parecía eufórica después de haberse quitado de encima la preocupación por la desaparición repentina de su hijo. El estado anímico de Jason era muy similar. Estaba exultante y muy animado, como pocas veces le había visto Jane. Por ese motivo aceptó la invitación, aunque cada vez que pensaba en el pescado crudo se le revolvía el estómago. Por si acaso, se tomó otra pastilla para los vómitos.

...

Habían pasado varias semanas desde el regreso de Jason y ambos permanecían sentados en la sala de espera del ginecólogo que iba a supervisar el embarazo y posteriormente el parto de Jane. Jason estaba nervioso y no podía parar de mover las piernas mientras consultaba su móvil.

—Tranquilo, cariño. No es más que una revisión rutinaria. Todo va bien —lo calmó ella poniendo la mano sobre su rodilla para intentar apaciguar su inquietud.

—Lo sé. Pero hoy podremos ver cómo late su corazón y estoy preocupado por si algo sale mal.

—Yo me encuentro fenomenal.

—Pero sigues vomitando por las mañanas.

—Es normal. Seguramente se me pasará con el tiempo. Hay mujeres que se pasan todo el embarazo vomitando y después tienen hijos perfectamente sanos. Sin ir más lejos, tu madre me contó el otro día que a ella también le ocurrió.

Una enfermera con bata blanca y unos divertidos zuecos de Crocs color fucsia, se acercó a la sala de espera observando el listado de pacientes.

—¿Señor y señora Blackwell? —preguntó.

—Sí, somos nosotros —indicó Jason poniéndose en pie.

—El doctor les espera. Por favor, pasen a la consulta.

Entraron en una sala de paredes blancas y muebles de diseño minimalista del mismo color. En el centro destacaba el sillón de reconocimiento con el soporte para ambos pies. Había varios aparatos

electrónicos y material médico perfectamente ordenado dispuesto para ser utilizado. Frente a la silla que iba a ocupar la paciente colgaba de la pared un monitor en el que podrían observar la ecografía.

—Necesito que se desnude de cintura para abajo —le indicó la enfermera tendiéndole a Jane una sábana verde para cubrirse—. Puede hacerlo tras ese biombo si lo desea. Enseguida llegará el doctor.

Jane se sentó después de quitarse la ropa y se cubrió con la sábana mientras Jason la observaba nervioso. Allí sentada, desnuda y abierta de piernas se sentía muy vulnerable y la actitud de su marido le incomodaba.

—Buenos días —saludó una voz tras la puerta que acababa de abrirse—. Soy el doctor D'Angelo. Veamos cómo va ese embarazo.

Se sentó frente a Jane y comenzó a preparar los instrumentos y a introducir parámetros en el ordenador.

—Si no me equivoco —continuó—, por la fecha de su último periodo debe estar entre la séptima y octava semana de embarazo.

El doctor era un hombre delgado de pelo blanco cuyas gafas se sostenían en la punta de su nariz. Su agradable sonrisa y su voz melódica no alcanzaban a tranquilizar a una Jane nerviosa y pendiente de su marido. Cuando el doctor comenzó a manipular el aparato para hacerle la ecografía, se puso más tensa aún. No era la primera vez que lo veía. El médico ya lo había utilizado en su primera visita semanas antes. Era una especie de cilindro alargado de forma fállica que debía introducirse en la vagina para realizar la prueba. Miró a Jason cuando el doctor comenzó a colocar un preservativo sobre el aparato y su expresión desencajada la hizo temblar.

—Tiene que intentar relajarse —le indicó el ginecólogo a Jane—, de lo contrario podría hacerle daño.

—¿Qué es lo que va a hacer con eso?

La voz ronca de Jason, un poco más alta de lo que cabría esperar, y su ceño fruncido no hicieron más que aumentar el nerviosismo de ella, que rezaba para que no montase una escena de las suyas en aquel lugar.

—Tranquilícese, esto es un transductor. No es más que una sonda que realiza una ecografía vaginal. Aún es muy pronto para poder ver bien al bebé con una ecografía abdominal. No lo observaríamos correctamente y tampoco podríamos escuchar bien el latido del corazón, que es lo que más me interesa ahora mismo. Relájese, por favor.

Comenzó a introducir el aparato en el cuerpo de Jane y Jason tragó

saliva contemplando la escena con ojos como platos.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó Jane que contemplaba atenta el monitor—. ¡Ya tiene forma de feto! ¡Mira Jason!

Él observaba asombrado en silencio, sin mediar palabra.

—En la octava semana de gestación, el feto ya tiene párpados, labio superior y nariz —explicó el médico—. Las orejas comienzan a formarse y ya puede intuirse lo que serán sus brazos y piernas. Ahora es del tamaño de una alubia y no para de moverse y saltar. Si observan con atención, verán latir su corazón, y... esperen un momento —hizo un silencio para ajustar el volumen de uno de los aparatos hasta que comenzó a oírse un golpeteo rítmico y continuo—. Aquí tenemos el sonido de su corazón.

—¿Eso es su corazón? ¿No va demasiado rápido? —Preguntó Jane asustada.

—Está perfecto, indica 157 latidos por minuto que es lo normal en esta semana de gestación. Es un bebé sano que se está desarrollando correctamente.

—Doctor —añadió Jason que hablaba por primera vez en varios minutos—, no queremos saber el sexo. Por favor, omítanos esa información.

—Es demasiado pronto para saberlo, pero lo tendré en cuenta más adelante. Ya puede vestirse —dijo ayudando a Jane a incorporarse—. Voy a solicitar unos análisis de sangre y nos veremos en un par de semanas. Aquí tienen un pendrive con la grabación de la ecografía que acabamos de realizar. Ahora la enfermera les imprimirá las ecografías en las que mejor se distinga al bebé.

Jason conducía de vuelta a casa en silencio. Por primera vez parecía ser consciente de que iba a ser padre y estaba abrumado, aunque feliz.

—No dices nada, estás muy callado.

—Aún no me creo lo que he visto. Un pedacito de mi ser, tan pequeño y ya es capaz de luchar para sobrevivir.

—Es precioso, ¿verdad?

—No sabría explicarlo, no puedo creer que lo lleves dentro. Mi hijo.... —sonrió apretando el volante con fuerza—. ¡Voy a tener un hijo!

Le molestaba la actitud que estaba adoptando su marido. A ella no la tenía en cuenta para nada en ninguno de sus comentarios. Era su hijo, un pedacito de su ser...como si lo hubiese creado él solito. Además, estaba

obsesionado con el sexo del bebé y Jane comenzaba a alarmarse. ¡Qué importancia tenía que fuese niño o niña! Lo importante era que creciera sano.

—Sí, Jason. Vamos a tener un hijo... o puede que sea una hija —dijo muy consciente de que sus palabras lo incordiarían.

La sonrisa de Jason se desvaneció al instante.

—Será un varón, estoy seguro.

Ella no quería comenzar una discusión ni amargarse el resto del día, así que continuó en silencio observando el paraje hasta llegar a casa. El coche de Theresa estaba allí, y salió a recibirles.

—Contadme, ¿qué tal ha ido? Estaba nerviosa esperando a que llegaseis con los resultados.

—Todo bien mamá. Tienes un nieto fuerte y sano. Vamos dentro y te enseñamos el vídeo de la ecografía en el portátil. Te gustará.

Theresa parecía otra. Había cambiado mucho su actitud con respecto a Jane desde que supo que iba a ser abuela. La trataba como si fuese su propia hija preocupándose de ella. Jane comenzó a descubrir cualidades de su suegra de las que, poco tiempo antes, hubiera jurado que carecía. Realmente parecía sincera y Jane no tardó en olvidar los muchos desprecios que de ella había recibido.

—Te he traído algo que creo que te vendrá muy bien.

—¿Sí? ¿De qué se trata? —preguntó Jane sorprendida.

—Mira, es jengibre para hacer té —explicó abriendo la bolsa que contenía los tubérculos frescos para que pudiera contemplarlos—. Yo lo utilicé durante casi todo mi embarazo y mejoró bastante el problema de las náuseas.

—¿Cómo se prepara?

—Simplemente debes hacer un té con una pequeña rodaja. Es un remedio natural, que siempre es preferible a los medicamentos. Verás lo bien que te sienta. Pruébalo.

—Gracias, Theresa. No tenías que haberte molestado.

—Claro que sí, no me cuesta nada —respondió atrayéndola hacia sí para darle un beso.

...

Tres meses después, Jane aún seguía con vómitos, aunque sólo por

las mañanas. El resto del día era bastante llevadero en ese aspecto. Con un embarazo de cinco meses, su cuerpo apenas reflejaba los cambios físicos de ese estado. Tenía los pechos más grandes y pesados y ya no podía abrocharse los pantalones, pero su abdomen seguía plano. Aunque el médico no se lo había prohibido expresamente, Jason no le permitía hacer ningún tipo de deporte. Llevaba meses sin correr y lo echaba mucho de menos. Se sentía torpe y fofa y necesitaba hacer algo de ejercicio. Había quedado a escondidas con Serena para nadar un rato en el gimnasio de su amiga. Le vendría muy bien ya que era un deporte muy ligero y compatible totalmente con el embarazo. No entendía las razones de Jason para no dejarla practicarlo. Incluso llegó a alzarle la voz muy enfadado cuando se lo propuso. De nada sirvió que el propio ginecólogo se lo recomendara, él seguía en sus trece. Pero ella se negaba a obedecerle y participar en sus ridículas obsesiones. La primera sesión de natación le sentó fenomenal, le abrió el apetito y por primera vez en meses, comió con ganas y sin temor a que le sentase mal. Por ello, decidió quedar al menos una vez a la semana con su amiga teniendo mucho cuidado de que Jason no se percatase. Últimamente estaba muy calmado y no había vuelto a ponerle la mano encima. Con un poco de suerte, el bebé le animaría a continuar así.

Salió con la bolsa de deporte para coger el coche. Su vecina Michelle estaba en el jardín y la saludó al pasar.

—Jane, ¿cómo estás? No te veo mucho últimamente. ¿Ya no sales a correr?

—Hola, Michelle. No, ya no corro. No había tenido oportunidad de comunicaros la noticia. Aunque no lo parezca, estoy embarazada de cinco meses.

—¿De veras? ¡Enhorabuena!

—Muchas gracias. Lo cierto es que no acabo de hacerme a la idea. Supongo que hasta que no me crezca un poco la tripa...

—No te preocupes, eso depende de la fisonomía de cada persona. Lo importante es que todo lo demás vaya bien. ¿Sabéis ya si es niño o niña?

—Es una niña —respondió dándose cuanta al instante de que no debería haberlo dicho—. Bueno..., aunque aún no es seguro...

—Pocas veces se equivocan, seguramente lo será.

—Tengo que irme. Por favor, saluda a tu marido de mi parte —se despidió Jane.

—Lo haré. Que te vaya bien todo.

Jane se marchó preocupada. No se lo debería haber dicho, pero ni siquiera lo pensó, se le escapó. Existía la posibilidad, aunque mínima debido a que los Owen no eran del agrado de Jason, de que se lo comentaran y llegase a sus oídos antes de que ella pudiese comunicárselo. Precisamente la semana anterior había llegado a casa muy contento con un paquetito para ella. Cuando lo abrió, descubrió unos pequeños calcetines azules de ganchillo. “*Los primeros calcetines de David*” —le dijo—, y a ella le dio un vuelco el corazón.

No la había vuelto a acompañar a ninguna de sus revisiones periódicas. O estaba muy ocupado o argumentaba cualquier otra excusa. Decía que le ponía nervioso ver todos los instrumentos que utilizaba el doctor y que prefería ver después el vídeo y las fotos de las ecografías en casa. Theresa, sí que la acompañó varias veces. Se mostraba muy agradable y continuamente interesada por su estado.

En una ocasión en la que Jane había acudido ella sola porque su suegra tenía un compromiso ineludible, el doctor le confirmó que el bebé era una niña. Le alegró saberlo, pero desde entonces la inquietud la atenazaba imaginando la desilusión y la reacción de su marido. No se atrevía a darle la noticia, así que fue dejando pasar los días. Ya se enfrentaría a ese problema en el futuro, cuando naciese el bebé.

Jane compartió la tarde con Serena. Habían quedado en el gimnasio y, después de nadar cerca de una hora, se sentía renovada. Al finalizar el ejercicio, tomaron un té y charlaron largo y tendido. Sus conversaciones siempre se les antojaban breves a ambas, aunque se prolongasen durante horas.

Cuando por fin llegó a casa y entró en el salón, Jason ya estaba allí, de pie frente a la chimenea. Bebiendo. Ella sabía de lo que era capaz cuando el alcohol corría por sus venas y la postura y el pelo desaliñado que lucía la dejaron paralizada. Cuando bebía, se desinhibía por completo haciendo desaparecer su autocontrol y el dominio de su ira.

Jane depositó la bolsa del gimnasio en el suelo con disimulo, procurando que no estuviese al alcance de su vista y arrepintiéndose de no haberla dejado en el coche.

—¿De dónde vienes?

—He pasado la tarde con Serena.

—¿Dónde?

—Eh..., hemos estado charlando y tomando un té —respondió empujando la bolsa con el pie para ocultarla tras el sofá.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Dónde? —repitió volviéndose hacia ella con los ojos desencajados.

Jane reconoció al instante a Mr. Hyde en su mirada y comenzó a temblar. No pudo responder, su cerebro bloqueado no era capaz de enviar las señales necesarias para hacerlo.

—Está claro que intentas enojarme por todos los medios. Podríamos ser felices y tú no haces más que desobedecerme y obstaculizar nuestra relación. Toma... —añadió lanzándole una cajita a Jane que, a duras penas, alcanzó en el aire—. Puedes tirarlo a la basura, no vale para nada.

Jane abrió el paquete y descubrió un chupete personalizado con un nombre: “David”. Cerró los ojos estremeciéndose. Realmente, Jason tenía un problema serio. Estaba completamente obsesionado y no razonaba ni era coherente. El destino le estaba jugando una mala pasada y acababa de darse cuenta de que no podía controlar todo aquello que se le antojase. De alguna manera se había enterado de que iban a tener una niña.

—¿Desde cuándo lo sabías? —preguntó acercándose a ella.

—¿El qué? No sé de qué me hablas —respondió Jane con voz temblorosa y conteniéndose para no echar a correr.

—¿Crees que soy tonto? —gritó alzando la mano hacia ella para abofetearla. Se contuvo en el último momento mordiéndose el puño.

Jane retrocedió unos pasos asustada.

—Por favor, Jason. Prometiste no volver a hacerlo —sollozó.

—Entonces, ¿por qué me provocas? Eres tú la que siempre acaba desencadenando mi cólera. Hoy he llegado a casa temprano con ganas de verte y abrazarte. Había comprado ese chupete y estaba deseando enseñártelo. Y cuando he salido del coche, la cotilla de nuestra vecina, esa entrometida que siempre está husmeando junto a su marido, me ha dado la enhorabuena. Me ha felicitado por la niña que iba a tener. ¡La niña! —le gritó acercándose aún más—. Tú sabías que no iba a tener un niño y has dejado que me ilusione. Ni siquiera fuiste capaz de insinuarlo la semana pasada cuando te regalé los calcetines para el bebé. Se lo cuentas a la primera fisgona que te pregunta y a tu marido se lo ocultas durante semanas. Y después, ¿me pides que no me enfade?

—Tenía miedo, Jason. Temía que reaccionaras precisamente como lo estás haciendo. No encontré la forma ni el momento de decírtelo.

—Le dije expresamente al doctor que no nos informara del sexo del bebé. ¿Por qué lo ha hecho?

—Yo se lo pregunté, no puede reprimir mi curiosidad, lo siento.

Jason dio un gran trago al Whisky agotando todo el líquido que quedaba en el vaso. Fue a servirse otro y regresó en silencio y muy despacio a su lado. Parecía disfrutar al ver como la ansiedad de Jane incrementaba con cada paso que daba.

—Jane, Jane, Jane... ¿Cuándo aprenderás a comportarte correctamente? Eres como una niña pequeña y desobediente a la que es necesario enseñar la lección.

Levantó la mano para sujetarle el rostro y ella retrocedió tropezando con la bolsa de deporte que había olvidado por completo.

—¿Qué es eso? ¿Una bolsa de deporte?

Jason la abrió, descubriendo en su interior la toalla y el bañador de Jane aún húmedos.

—¿Has estado nadando? Pero ¿qué coño te pasa? ¿No te dejé claro que no quería que lo hicieras? ¡No es bueno para el bebé hacer esfuerzos! Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Me estás desafiando, como siempre.

Le asestó una bofetada que hizo que ella se tambalease. Un intenso dolor le recorrió el lado izquierdo de la cabeza dejándola aturdida.

—No has aprendido nada, sigues empeñada en provocarme. Te he dado todo lo que tienes. A cambio, como mínimo, deberías obedecerme.

—Por favor, Jason, el bebé —acertó a decir Jane cubriéndose la cara con una mano y el vientre con la otra.

—¡Yo no quiero a ese bebé!

Antes de que Jane pudiera esquivarlo, le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas en el estómago que la hizo caer de rodillas. Ella intentó proteger con ambas manos su vientre antes de recibir una patada que la lanzó definitivamente al suelo. Lo último que oyó antes de perder el conocimiento, fue el extraño crujido de su cráneo al estrellarse contra el pavimento.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza que apenas le permitía entreabrir los ojos. Estaba tumbada en el suelo y desde esa perspectiva veía claramente las pelusas y la suciedad acumulada bajo el sofá.

«Vaya» —pensó—, «tendré que advertirle a Judith que limpie con más empeño...pero... ¿Qué estoy haciendo en el suelo?»

Trató de ponerse en pie con dificultad. No podía pensar con claridad y estaba confundida. Un dolor agudo en el bajo vientre la hizo encorvarse y caer de nuevo. Entonces lo recordó todo. Estaba teniendo contracciones y era demasiado pronto para tener al bebé. Comenzó a llorar asustada ante la posibilidad de perderlo. Aunque no sangraba ni había roto aguas, estaba claro que algo iba mal. Se incorporó apoyándose en el brazo del sillón para llamar a emergencias y fue entonces cuando lo oyó. Un sollozo ahogado que provenía del fondo de la estancia. La vitrina en la que Jason guardaba sus armas estaba abierta de par en par y al lado, arrodillado en el suelo, estaba él. Tenía el cañón de una pistola introducido en la boca. Sus manos temblorosas hacían que el metal del arma chocara contra sus dientes produciendo un castaño que hizo que se erizara hasta el último vello del cuerpo de Jane.

Por un instante barajó la posibilidad de marcharse y dejarlo allí, perdido en su locura, pero fue incapaz de hacerlo. Se acercó muy despacio y con cautela para evitar alterarle más y que apretase el gatillo. No podía abandonarlo en aquella situación. Sabía que debía intentarlo o se arrepentiría el resto de su vida. Otra contracción hizo que Jane se retorciera de nuevo y supo que debía acudir cuanto antes al médico para intentar salvar al bebé. Cuando por fin remitió el dolor, continuó acercándose a él a gatas. Estaba muy mareada y tenía una jaula de grillos en la cabeza que, en ese momento tan inoportuno, se habían empeñado en dar un concierto.

Él seguía sollozando con los ojos cerrados. El dedo que apretaba el gatillo hacía presión sobre éste, llevándolo hasta casi la mitad de su recorrido. A continuación se relajaba de nuevo soltándolo.

Jane llegó hasta su lado y colocó con sumo cuidado sus manos sobre el arma para intentar quitársela.

—Jason, cariño. Vamos...suéltala, por favor.

Él se resistió y por un momento pensó que iba a hacerlo. Que sería ella la que, en su intento de evitar una tragedia, iba a proporcionarle las fuerzas que le faltaban para suicidarse.

—Shhh, tranquilo —le susurró acariciándole el pelo.

Él gimió como un bebé indefenso y dejó de oponer resistencia.

—Necesito tu ayuda, Jason —lo animó ella—. Por favor, ayúdame a

llegar al hospital.

Jason entreabrió los ojos y en ese momento ella consiguió apartar el arma de su boca. Él permaneció unos instantes en blanco con la mirada perdida en el infinito y Jane aprovechó para arrancarle la pistola de sus laxas manos. Tan pronto como la tuvo, la lanzó lejos de ambos y sólo entonces se atrevió a hablar de nuevo.

—Vamos cariño, necesito que me ayudes...

Él la abrazó con fuerza perdido en un mar de lágrimas.

—¿Podrás perdonarme esto algún día? —sollozó.

Jane meditó la respuesta. Necesitaba que reaccionara y pensó que lo mejor sería ser sincera.

—No si pierdo al bebé. Pero aún puedes enmendarlo. Llévame al hospital cuanto antes para evitar que me ponga de parto. Estoy teniendo contracciones.

Sus palabras surtieron el efecto deseado porque él la miró angustiado y se incorporó de inmediato.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

La cogió en volandas y corrió con ella hasta el coche.

—Aguanta, por favor. En unos minutos estaremos en el hospital.

—Gracias —murmuró Jane y de nuevo la oscuridad veló su consciencia.

...

Despertó en una blanca habitación de hospital. La cabeza seguía martilleándole y aún le costaba pensar con claridad. Alguien sostenía su mano con fuerza y ella la movió para liberarse porque se le estaba quedando dormida. Escuchó una voz a su lado.

—¡Estás despierta!

La voz de Jason hizo que recordara lo ocurrido y se llevó las manos al vientre incorporándose como un resorte.

—¡El bebé! ¿Está bien el bebé? ¿Lo he perdido?

—No, tranquila —la voz de Theresa le llegó desde el otro lado de la cama—. Todo va bien. Los médicos han logrado parar las contracciones y, aunque las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales, tienen la esperanza de salvar al bebé. Pero debes guardar reposo.

—Voy a avisar al doctor —agregó Jason, besándole la mano y

saliendo apresurado de la habitación.

—Pero hija —continuó Theresa—, ¿cómo has podido caerte por las escaleras de una manera tan tonta? Podrías haber perdido al bebé, o incluso haberte matado. Has recibido un fuerte golpe en la cabeza que no debemos tomar a la ligera.

A Jane no le sorprendió en absoluto aquella versión que debía de haberle contado su hijo. Jason no podía confesar que había estado a punto de matarla a ella y al bebé o terminaría en la cárcel. Se llevó las manos al vientre ligeramente abultado

«*Aguanta, por favor*» —pensó.

Poco después Jason regresó con el doctor, se sentó a su lado y le tomó la mano. Ella no le devolvió el apretón, pero tampoco le rechazó, simplemente se dejó hacer.

—Me alegro de que haya despertado. Soy el doctor Panettiere. ¿Cómo se encuentra?

—Me duele mucho la cabeza pero ¿cómo está el bebé?

—No se preocupe ahora por el bebé. De momento está bien, pero debe mantener reposo absoluto durante varios días. Después veremos cómo responde, pero si vuelven las contracciones, es muy probable que tenga que pasar el resto del embarazo en la cama. En cuanto a su cabeza, ha sufrido un fuerte traumatismo y ha estado inconsciente durante bastante tiempo. Aunque no tiene fractura craneal, seguirá varios días en observación. Evite actividades que requieran mucha concentración para que el dolor remita. Si responde adecuadamente al reposo, puede que en tres o cuatro días reciba el alta. Ahora debe descansar —se dirigió a Jason y a Theresa—. Sería conveniente que no reciba muchas visitas para que esté lo más tranquila posible. No debe alterarse lo más mínimo.

—Muchas gracias, doctor —agradeció Jane sonriendo.

—Gracias —añadió Jason estrechándole la mano al médico.

Durante un par de días se sintió muy adormilada. Despertaba y no pasaba mucho tiempo hasta que regresaba Morfeo batiendo sus alas silenciosas para hacerla caer de nuevo en sus brazos. Ese sueño reparador hizo que al tercer día de hospitalización despertara reanimada. Ya no le dolía la cabeza y se sentía con ánimos para incorporarse.

—Hola. ¿Cómo estás hoy, dormilona? —la voz de su suegra le llegó desde el lado derecho de la cama.

—Hola. He dormido mucho, ¿verdad?

—Llevas casi dos días durmiendo y parece que te ha sentado muy bien, porque tienes mucho mejor aspecto.

—Me encuentro bastante bien, casi me apetece levantarme.

—No, no. Nada de eso. No puedes levantarte, pero incorpórate un poco si quieres. Jason se acaba de ir a casa para darse una ducha y descansar. Ha pasado toda la noche a tu lado y yo le he relevado hace un momento. Está muy preocupado ¿sabes? Nunca le había visto así. Apenas duerme y está agotado. ¡Pobrecito mío!

—Será su conciencia, que le provoca pesadillas —soltó Jane sin pensar.

—¿Qué insinúas? ¿Por qué dices eso?

—¿De verdad te contó que me caí por las escaleras?

—¿No es eso lo que pasó? —preguntó su suegra temerosa de escuchar la verdad.

—No, Theresa.

Jane sonrió, pero su sonrisa era triste y sólo afectó a sus labios. Sus ojos mantuvieron la seriedad sin verse involucrados.

—Entonces...

—Sí. Me pegó. Me dio un puñetazo en la tripa porque no quiere tener una niña. Después, cuando estaba encogida de rodillas tratando de cubrirme para proteger al bebé, me propinó una patada que me lanzó al suelo y me golpeé la cabeza. No es la primera vez que me agrede, pero te aseguro que va a ser la última porque voy a denunciarle.

—¡Dios mío! —sollozó Theresa cubriéndose la cara con ambas manos.

—Ya lo sospechabas, ¿verdad?

—Toda mi vida he temido que algo así llegara a ocurrir. Es muy duro para mí hablar de esto, pero tienes que saberlo. Su padre también lo hacía. Era un hombre muy correcto, del que estaba perdidamente enamorada. Me quería, estoy segura. Y a su hijo también. Pero no estaba bien.

Se detuvo para sonarse y limpiar unas lágrimas que ya no tenía fuerzas para contener.

—Comenzó a beber cada vez más a menudo y cuando lo hacía perdía la razón —continuó narrando Theresa—. Buscaba cualquier excusa para, en el mejor de los casos, abofetearme. En otras ocasiones sus puñetazos y patadas me dejaban marcada durante días. Llegó un momento en que

comenzó a hacerlo delante de Jason. Él era muy pequeño, apenas seis o siete años. Le obligaba a mirar cuando me pegaba e intentaba hacerle creer que yo me lo merecía y que mi mal comportamiento debía ser castigado. A él nunca le tocó, pero me temo que las heridas que le infligió fueron mucho peores que si lo hubiese hecho.

—Pero ¿por qué no le dejaste?

—Yo le quería. Realmente estaba enamorada de él. En condiciones normales era un hombre muy cariñoso y atento que me demostraba su amor. Cuando se recuperaba de esos estados de enajenación, sufría mucho por lo que había hecho. No paraba de llorar e implorar mi perdón, jurando que no lo volvería a hacer. Era como si tuviese dos personalidades que se desdoblaban cuando bebía.

—Doctor Jekyll normalmente y, en ocasiones Mr. Hyde —añadió Jane.

—Algo así —corroboró Theresa con los ojos llorosos y perdidos en algún lugar de sus recuerdos.

—Pero los maltratos acabaron convirtiéndose en algo cotidiano, ¿no es así?

—No era consciente de sus actos. Cada vez era peor, hasta que un día...después de pegarme una paliza delante del niño...—intentó continuar pero los sollozos se lo impedían.

—Tranquila, Theresa. No es necesario que sigas...

—Me violó, Jane. Allí, sobre la mesa de la cocina. Me violó y obligó a Jason a observar, amenazándole con romperle todos los huesos si apartaba la mirada. Y no lo hizo. Contempló aquella escena hasta el final, con los ojos llenos de lágrimas.

Detuvo su narración para recuperar la compostura y antes de que Jane pudiese decir nada continuó.

—Esa misma noche, se pegó un tiro en la boca. Oímos el disparo y yo no pude detener a Jason. Se zafó de mi mano y entró en su despacho. Los sesos de David estaban esparcidos por la pared y sobre el cuadro que presidía su estudio. La imagen de los trozos de carne resbalando y cayendo al suelo aún me despierta por las noches. Jason sólo tenía trece años cuando perdió a su padre. La aparente calma del niño en los años posteriores a aquella tragedia, me hizo sospechar que era posible que su herida no se hubiese cerrado. Que vivía en una especie de falsa ensoñación para soportar lo sucedido y que algún día despertaría. Creo que ha llegado

ese día —concluyó cogiendo otro pañuelo para enjugar sus lágrimas que no habían cesado desde que comenzó a hablar. Al mirar a su nuera, comprobó que ella también estaba llorando.

—Y la historia se repite —comentó Jane—. Jason me lo dijo un día y entonces no lo entendí. Pero ahora sé a qué se refería. Está siguiendo sus pasos.

—Por eso tengo miedo de que él también cometa una locura por no poder soportar su propio comportamiento. No es culpa suya, Jane. Era tan pequeño...

Jane no se atrevió a mencionar que Jason había estado a punto de acabar de la misma manera que su progenitor. No era necesario que Theresa sufriera más.

—Es cierto. Quién sabe cómo la mente de un niño puede llegar a manejar una situación tan difícil —opinó Jane.

—Te suplico que no lo denuncies, Jane. Por favor. Si lo haces acabarás con él, porque no podrá vivir con eso. Estos días ha estado a tu lado en todo momento y realmente estaba sufriendo. Cuando me contó que habías resbalado y te habías caído por las escaleras, una alarma se activó en mi cabeza. Pero no quise escucharla. Necesitaba creerle.

—No lo haré. No voy a denunciarle.

—¡Oh, gracias! —exclamó Theresa, echándose sobre la cama para poder abrazarla—. No sabes cómo te lo agradezco. De verdad. Eres una buena persona, Jane.

—Pero no puedo permitir que vuelva a pegarme. La próxima vez podría ser mucho más grave. Debería acudir a un psicólogo o a un especialista en este tipo de casos.

—Siempre se negó. Cuando murió su padre lo intenté. ¡Dios sabe que sí! Pero no hubo manera y no creo que en esta ocasión sea diferente.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó Jane.

—No lo sé. Lo más importante es evitar que beba. Estoy convencida de que el alcohol es el detonante de su comportamiento. Y el amor. El amor lo puede todo, Jane. Debes amarle incluso cuando menos lo merezca porque será entonces cuando más lo necesite.

Jane meditó sobre las palabras que su suegra acababa de pronunciar. No sería fácil, pero tenía que intentarlo. Creía tener la clave para conseguirlo, su amor. Después, cuando la niña naciera, seguramente todo cambiaría.

—Es curioso cómo ha dado un giro en poco tiempo nuestra relación —comentó Jane—. Hace sólo unos meses éramos unas perfectas extrañas y míranos ahora. Haciéndonos este tipo de confianzas y ahondando en terrenos tan personales.

Jane sujetó la mano de su suegra con fuerza y continuó.

—Me alegro de haber conquistado por fin tu corazón.

—Yo también, cariño. Reconozco que he sido muy terca y maleducada contigo. Aún no había descubierto en ti lo que ahora puedo ver con toda claridad. Eres una gran mujer, con un corazón que derrocha amor y ternura. Me equivoqué mucho contigo. Pensé que eras como la mayoría de las mujeres que se acercan a mi hijo. Buscavidas que se contonean para mostrar sus muchos encantos cuando huelen de cerca el dinero.

—Nunca me importó el dinero. Ni las joyas —pronunció la última frase mirando a Theresa directamente a los ojos para observar su reacción.

—Jane. Tengo que confesarte algo... Fui yo quien sustrajo la tiara de tu cajón y poco después exigí que me la devolvieras para montar un escándalo ante Jason y acusarte de ladrona. Quería crear un conflicto para que él te dejara. Fue un vil acto por mi parte que no merecías. Te pido perdón, de corazón.

—Lo sospechaba, y cuando te negaste a comunicárselo a la policía casi me lo confirmaste.

—Escuché vuestra conversación cuando le dijiste a Jason que esperabas un hijo y entonces supe que debía enmendar de alguna forma mi error haciendo que la joya apareciera de nuevo.

—Pero, acusaste a una persona inocente. Incluso forzaste el despido de la pobre Rachel. Era una buena persona y estaba pasando dificultades económicas. Me apenó mucho que tuviera que marcharse de una forma tan humillante.

—Lo sé, no estuvo nada bien. Pero con tan poco tiempo, fue la única manera que se me ocurrió para salvar la situación. Tenía que ser consecuente hasta el final y despedirla de aquella manera para que todo pareciera verídico. Judith me ayudó a preparar la trampa y no me costó mucho zanjar el asunto.

—Así que Judith lo sabía. Le vino muy bien el puesto vacante de Rachel. Es muy ambiciosa.

—Fue la recompensa que sellaba su silencio. Pero, también me gustaría decirte que más de una vez intenté enquistar la mente de Jason para ponerle en tu contra y siempre recibí una mala respuesta por su parte. Nunca consintió que lo hiciera e incluso llegó a amenazarme con apartarme de su vida si persistía. Te quiere, estoy segura. A su manera, pero te ama.

Jane contempló el gran ramo de rosas blancas que descansaba sobre su mesita. Seguramente Theresa tenía razón y él la quería. Había crecido con un padre que le grabó a fuego la violencia y el desprecio por el sexo opuesto. Tiempo después esa cicatriz estaba haciendo mella en su comportamiento. Su verdadera personalidad se veía empañada por otra más oscura y sombría que luchaba continuamente por aflorar y salir a la superficie, lográndolo con frecuencia. Necesitaba su ayuda y ella le ofrecería la suya incondicionalmente.

Tres días más tarde, el médico le dio el alta. Regresó a casa junto a un Jason que se deshacía en atenciones hacia ella. Incluso volvió a comprar el primer chupete del bebé. En esa ocasión rosa y sin inscripción alguna, ya que se dio cuenta de que el nombre de la niña debían elegirlo entre los dos. Estaba muy animado y Jane rezó para que aquella situación perdurase.

Jane llamó a Serena para explicarle lo que había sucedido realmente ya que, por supuesto, su amiga no se había creído la versión oficial. Ella no soportaba tener a su lado a Jason y a él tampoco le gustaba Serena. La tensión se podía palpar cuando ambos estaban en la misma habitación. Por esa razón, ella había ido una sola vez a visitar a Jane al hospital. Quedaron para tomar un té esa misma tarde.

Al día siguiente, Theresa se presentó con un regalo para celebrar que su nuera había vuelto a casa. A Jane casi se le cayó al suelo, al abrirlo y descubrir su contenido.

—Quiero que te la quedes. Esta vez de verdad. Es tuya.

—Pero, no puedo aceptarla, es muy valiosa y para ti tiene mucho valor sentimental, no sería justo...

—Sí que lo es, y tú la mereces más que yo. Por favor, me harías muy feliz si te la quedaras.

—De acuerdo, si de verdad lo sientes así...

—Claro que sí. A partir de ahora seré transparente contigo. Se acabaron las malas intenciones. Quiero ser tu amiga.

—Ya lo eres.

Ambas se abrazaron con fuerza ante un sonriente Jason muy contento de verlas así.

Fue así como la “joya de la corona” como se referiría a ella posteriormente Serena, pasó a manos de Jane.

Unos meses más tarde una preciosa pequeña de ojos azules observaba muy atenta la cara sonriente de su mamá mientras succionaba uno de sus pechos con energía.

*«Que la ternura al violento derrumbe,  
y que no temas rasgar tus vestiduras.  
Porque sólo el que lo intenta alcanza la cumbre,  
y por amor se hacen grandes locuras.»*



## CAPÍTULO 14

# Petricor

*“La muerte no nos roba los seres amados. Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo. La vida sí que nos los roba muchas veces y definitivamente.”*

François Mauriac (1905-1970)  
*Escritor francés.*

KETCHUM, IDAHO  
*En la actualidad.*

Madre e hija llegaron al aeropuerto de Hailey por la mañana. Sherry, que se había ofrecido a recogerlas, acercó a Jane hasta la comisaría de policía a primera hora y continuó su camino hasta la casa de Kate y Lawanda donde ambas esperaban emocionadas la visita de la pequeña. Jason no las acompañó en el viaje, aunque prometió acudir al día siguiente por la tarde cuando se celebrara el funeral de Moses.

La sargento Stevenson estaba fumando un cigarrillo en la puerta de la comisaría cuando Jane bajó del coche lanzando un beso a Ash a través de la ventanilla.

—Buenos, días Jane. Esta vez has venido muy bien acompañada.

—Hola, Lilliam. Sí, es mi hija. Ya tiene ganas de ver a su bisabuela y está muy contenta.

—Pasemos dentro. Tenemos muchas cosas de las que hablar — anunció mientras le sostenía la puerta invitándola a entrar.

De nuevo el mismo despacho que en ocasiones anteriores había sido el elegido para sus reuniones. Jane se percató de que había una planta de hojas verdes en la ventana y se quedó mirándola al entrar.

—Ah, eso... —le explicó Lilliam apuntando hacia la planta con una carpeta que llevaba en la mano—. He pensado que esta sala era demasiado fría y que con una planta podría darle un aire..., no sé..., más acogedor, si es que es posible.

—Pues, la verdad es que la sensación al entrar ha sido distinta a la que he tenido en otras ocasiones y seguramente la planta tiene algo que ver —contestó Jane tomando asiento ante el acostumbrado desorden de papeles.

Lilliam asintió con la cabeza sin darle más importancia a aquella conversación.

—Este es el cuadro que Harry Miller tenía en su despacho —anunció cambiando de tema sin más preámbulos y lanzando sobre la mesa una fotografía de un cuadro pintado al óleo.

Jane la tomó para observarla mejor y se quedó sorprendida por el parecido que mantenía con la de su madre. Sacó el móvil y buscó entre la colección de imágenes. Cuando por fin la localizó, la colocó junto a la que tenía en la mano y la similitud entre ambas le resultó desconcertante.

—Es una copia. El pintor no le añadió mucha definición a su rostro; cambia ligeramente, pero todos los demás detalles son prácticamente idénticos. ¿Por qué tenía Harry este retrato de mi madre?

—Él era su amante, Jane.

—¿¿Qué?! ¿Estás segura? —preguntó Jane atónita.

—Cuando lo recordé, me tomé la libertad de encargarme a la Científica un análisis de su escritura, comparando las notas que encontraste, con una de sus declaraciones en la que había añadido a mano sus datos personales. Resultó ser la misma.

—Pero ¿qué ha dicho él? ¿Ha confesado?

—Fui a visitarle y al principio lo negó todo. Finalmente se vino abajo cuando le mostré la fotografía de tu madre y el informe que corroboraba que la escritura de las notas era suya. Incluso delante de su mujer confesó que Casey y él habían sido amantes y que el día que desapareció pensaban huir juntos. Ella no se mostró sorprendida en ningún momento. Ni siquiera pestañeó, lo que me hace suponer que ya lo sabía. También me contó cómo años después, en su afán por recordarla, había pintado aquel cuadro y lo había colocado en su despacho para poder contemplarlo a diario.

—Por eso Casey había sacado una gran cantidad de dinero del banco cuando desapareció. Para huir juntos. ¿Podría ser él el responsable de su desaparición?

—No lo creo. Parecía recordarla con nostalgia y miró a su mujer fijamente a los ojos cuando me dijo que estaba locamente enamorado de tu

madre. Como si en ese momento quisiera hacerle una confesión que había guardado durante años en su interior y se le estaba enquistando.

—Así que él la amaba. Pero ¿crees que Abigail ya lo sabía?

—Me dio esa impresión. Ni siquiera se inmutó y no dijo absolutamente nada.

—¿Y si fue ella? Sabía que su marido tenía un amante y que iban a huir juntos. Puede que, en un ataque de celos, se deshiciese de mi madre...

—Es posible. La interrogué al respecto intentando provocarla para ver si confesaba, pero niega que tuviese nada que ver con la desaparición de Casey. Finalmente llegó a reconocer que sabía desde el principio que su marido tenía una aventura con alguien, aunque nunca se lo confesó porque lo amaba y no quería perderle. En ese momento, pude percibir la sorpresa en los ojos de él, como si jamás hubiese sospechado que Abigail ya lo sabía.

—Esto lo cambia todo. Su amante no era Ted O'Connor como habíamos pensado hasta ahora.

—¿Quieres un café? —preguntó Lilliam levantándose de la silla—. Tengo un pálpito y necesito que me ayudes a comprobar que estoy en lo cierto. Ahora mismo vuelvo.

—No, gracias —Jane rechazó la invitación negando con la cabeza.

Lilliam salió de la sala dejando a Jane pensativa. Nunca se le había pasado por la cabeza que su madre y Harry hubieran sido amantes. Y Moses, ¿lo sabría? ¿Y si lo descubrió y lo mataron ellos? Comenzó a sentirse angustiada y su, ya bien conocido nudo en el estómago, se hizo presente.

Su mirada se desplazó por la habitación deteniéndose en la planta que había colocado Lilliam en la ventana. No sabría decir de qué tipo era, pero le agradaba. Pensó que, según las recomendaciones del Feng Shui, las plantas verdes tranquilizaban la mente alterada o angustiada y eran perfectas para ayudar a disminuir el estrés y encontrar el equilibrio y la armonía. Serena seguramente diría que, al fin y al cabo, el verde era el color de la calma y la tranquilidad. Jane esbozó una sonrisa al imaginarla explicándoselo. Ella sentía la necesidad de describirle sus sensaciones y sentimientos como realmente los percibía y, aunque lo intentaba de corazón, a veces a Jane no le resultaba tan fácil entenderla como quisiera. Podían pasar horas hablando del color de ciertos estados de ánimo, y cuando de sabores se trataba, su exposición sobre cada pincelada de sabor

solía complicarse bastante.

Cuando Lilliam regresó con su brebaje humeante, curiosamente, el nudo de su estómago se había desatado y no quedaba resto de él.

—Verás, sospecho que fue Harry quien mató a tu padre.

—¿¿Qué?! No puede ser. Recuerdo que tanto él como su mujer estaban tan afligidos como yo cuando desapareció.

—Es una corazonada..., y debo decirte que no suelo equivocarme.

Stevenson se colocó las gafas, que hasta el momento había llevado sobre la cabeza, para ojear unos papeles que había rescatado entre tantos otros.

—Pero ¿en qué te basas?

—Tanto en su primera declaración, después de desaparecer tu padre, como en la segunda cuando apareció su cadáver, afirmó que esa noche había estado jugando al póker con unos amigos. Todos los viernes, sin excepción, un grupo de seis hombres se reunían desde hacía años para jugar a las cartas y beber unas cervezas. Era su día de la semana para relajarse y hacer cosas de tíos. En su momento, no se tomó declaración a ninguno de ellos. Pero esta vez, yo si lo he hecho.

Cambió de folio para corroborar los datos exactos de la información que le estaba brindando a Jane, y continuó.

—De sus cinco compañeros de juego, dos han muerto y uno actualmente vive en Europa. Pero he conseguido ponerme en contacto con los otros dos. Ambos coinciden en que pasaron años quedando los viernes por la noche para jugar, y muy pocas veces faltaba alguno de ellos porque era como un pacto que no debían romper. Respecto a Harry, los dos me dijeron que sólo faltó un par de veces alegando que no se encontraba bien. La que más les sorprendió fue la ocasión en la que tenían preparada la celebración de su cumpleaños. Habían encargado una tarta sorpresa y Harry no acudió. Ambos recuerdan perfectamente que fue en su cuarenta y un cumpleaños. Pudieron celebrarlo al día siguiente ya que Harry se encontraba mucho mejor.

—Y, ¿ese día coincide con el que desapareció mi padre?

—Exactamente. Harry cumplió cuarenta y un años el día 31 de agosto de 1994. Ese día fue miércoles y el día que no acudió a su cita fue el viernes 2 de Septiembre.

—Precisamente el día en que mi padre no regresó a casa. Demasiada casualidad...

—Sobre todo cuando él declaró que ese día asistió a su partida de póker como de costumbre —añadió Lilliam.

—Miente. Está claro que intenta ocultar algo. Puede que fuera él el que incendió la casa de mi abuela para destruir pruebas. Ahora recuerdo que yo hablé con ellos justo antes del incendio y les conté que había descubierto las notas en el desván y que pensaba seguir buscando porque tenía la esperanza de encontrar algo más.

—Harry tiene una buena coartada para la noche del incendio. Más bien sospecho que pudo ser su mujer.

—¿Abigail? —preguntó Jane sorprendida.

—Yo creo que se asustó al pensar que en la casa de tu abuela podría haber algún indicio que apuntase hacia la culpabilidad de su marido y, de nuevo, quiso encubrirle. Parece que lleva haciéndolo años, incluso sin que él mismo se percate.

—¿En qué has pensado para hacerles confesar?

—He descubierto que Harry compró un Honda Accord en 1989 que curiosamente era rojo. Actualmente no está en su poder, pero tampoco existe ningún registro en el que figure la baja de ese vehículo. Ninguna denuncia por robo. Nada que nos permita seguirle la pista.

—Pudo deshacerse de él para borrar pruebas...

—Es posible, y entonces no tendremos nada. Pero tengo la esperanza de que no lo destruyese y lo escondiera o lo abandonase en algún lugar —dijo Lilliam.

—Quieres tenderle una trampa, ¿verdad? —preguntó Jane comprendiendo sus intenciones.

—Podrías hacerles una visita y lanzar el anzuelo —sugirió Lilliam—. Si les dices que la policía está buscando un coche rojo para contrastar la pintura con la de las botas de Moses y saber quién fue su asesino, seguro que se ponen nerviosos. Despístales diciendo que sospechamos de Ted O'Connor porque tuvo un vehículo similar y que lo estamos investigando.

—Y si es cierto que aún existe su coche en algún lugar, es muy probable que intente deshacerse de él definitivamente —puntualizó Jane.

—Realizaremos un seguimiento exhaustivo tanto de Harry como de su mujer durante varios días a partir del momento en que lances el señuelo. Con un poco de suerte no tardarán en moverse.

—Eso suponiendo que el coche aún exista...

—Correremos ese riesgo. Actualmente es nuestra única baza.

Jane decidió acudir ella sola a su encuentro con los Miller. Estaba convencida de que a Sherry le hubiese encantado acompañarla y esperaba un buen rapapolvo por parte de su amiga cuando se enterase de que no había contado con ella. La sargento Stevenson esperaba en un coche gris apostado a un par de manzanas de la casa de los Miller, pero con la visibilidad suficiente para observar cada entrada y salida. Llevaba una peluca rubia de pelo liso cortado a media melena y gafas de sol. Hasta a Jane le habría costado reconocerla si se la hubiese cruzado por la calle. Muy cerca de ella, otro policía de paisano esperaba leyendo una revista en un coche blanco. Necesitaban varios efectivos para el caso en el que sólo uno de los dos saliese de casa. Alguien debía quedarse vigilando al otro para hacerle un seguimiento si posteriormente se ausentaba. En el caso de que ambos saliesen juntos, disponer de dos vehículos resultaría muy útil para jugar al despiste, relevándose entre ellos de vez en cuando.

Al pasar de nuevo al lado de su antigua casa, Jane no pudo evitar la nostalgia al contemplar aquel lugar en el que había sido feliz los primeros años de su infancia. El jardín estaba desierto pero los juguetes desperdigados por todas partes sugerían que aquella casa estaba llena de vida.

Apoyó su cabeza sobre el árbol que crecía junto al vallado y al que había trepado miles de veces con asombrosa agilidad. Su mente viajó al pasado, a aquel caluroso día de verano en el que intentaba esquivar entre risas y saltos el agua de la manguera que su padre dirigía hacia ella tratando de empaparla. Redondas gotas de agua se desplazaban lentamente en su memoria a través de los rayos de sol hasta alcanzar su vestido de tirantes amarillo. El pelo empapado se le pegaba a la cara e intentaba retirarlo continuamente con las manos. La sonrisa de felicidad de su padre acompañaba a sus carcajadas que resonaban en su cabeza como si estuviese contemplando una película a cámara lenta con el eco grave de cada sonido.

Un vehículo pasó a su lado frenando a pocos metros y Jane pestañeó para arrastrar a su mente de vuelta a la realidad.

—¡Jane! ¿Recordando viejos tiempos?

Abigail Miller, asomada por la ventanilla de un GMC Yukon de color blanco, la observaba a través de sus gafas de sol.

—Hola, Abigail —respondió Jane acercándose al coche.

—¿Cómo estás, cariño? Aún te cuesta asimilarlo, ¿verdad?

—Oh, estoy bien, no te preocupes. He venido para celebrar el funeral de mi padre y al pasar por aquí no he podido evitar parar un instante a recordar. Quería hablar con vosotros. ¿Tienes un momento?

La sonrisa de Abigail se borró de sopetón. Un segundo después, otra un poco más forzada, volvía a adornar su rostro.

—¡Claro! Precisamente vuelvo ahora del gimnasio. ¡Sube!

Jane subió al todoterreno con asientos de cuero y ella condujo hasta llegar a su casa.

—Gracias, Abigail.

—De nada. Seguramente Harry estará en casa. No puedo convencerle para que me acompañe a hacer ejercicio. Se está poniendo gordo como un oso y a veces, ¡hasta creo oírlo gruñir igual!

Abigail soltó una carcajada al mismo tiempo que tomaba la curva de acceso al parking de su vivienda. Jane la observó detenidamente. Incluso con chándal y zapatillas de deporte lograba mantener la elegancia. Siempre se había cuidado y, aunque debía rozar los sesenta, conservaba una figura estupenda. Pensó en cómo debía de querer aquella mujer a su marido para continuar junto a él a pesar de todo. Había aguantado durante años la infidelidad del hombre con el que compartía su vida y era capaz de seguir a su lado sin abandonarle o tan siquiera llegar a destapar sus mentiras.

¡Qué doloroso debía de ser que la pérdida del ser amado supusiera un trance aún peor que la propia humillación de conocer la verdad y tener que callar!

—¡Harry, tenemos visita! —anunció Abigail en voz alta cuando entraron por la puerta de su casa.

Dejó las llaves sobre un estante cercano a la entrada e invitó a Jane a seguirla hasta el salón.

Harry debía de estar medio dormido en el sofá y se sobresaltó a ver entrar a las dos mujeres.

—¡Ya estabas dormido otra vez! —le riñó su mujer—, a este paso cualquier día te va a dar un infarto. Estás todo el día vagueando y tumbado en el sofá...

—Hola, Jane —saludó él ignorando a su mujer.

—Hola, Harry —respondió Jane un poco incómoda —siento molestarte.

—No es molestia, estaba aburrido viendo la tele. Pero, toma asiento.

Jane se sentó frente a él en un Chester individual de cuero marrón mientras Abigail se disculpaba para ir a preparar unos cafés.

—¿Qué te trae de nuevo por aquí? —preguntó Harry sin muestra aparente de sorpresa, aunque con una ligera arruga de preocupación en su frente.

—Mañana se celebrará el funeral de mi padre.

—Vaya... Me gustaría acompañarte. ¿A qué hora será?

—Está previsto para las cinco de la tarde aquí, en el cementerio de Ketchum.

—Allí estaremos.

—Harry, he estado hablando con la sargento Stevenson.

Él cambió de postura sentándose en el borde del sofá y pasando la mano por su cabeza rapada.

—Ya lo suponía.

La miró preocupado mesándose la barba de varios días que teñía de blanco su rostro.

—Jane, quiero que sepas que lo que pasó entre tu madre y yo fue algo sincero. No fue una aventura cualquiera. Yo... —dudó unos instantes—, la amaba con toda mi alma y ella también a mí.

Jane permaneció en silencio, aún le costaba asimilar aquellas palabras. En ese momento apareció Abigail con una bandeja en la que portaba varias jarras con leche y café, acompañadas por pastelitos aún envueltos en el paquete de la pastelería. Puede que supieran que ella se acercaría a pedirles explicaciones porque todo apuntaba a que esperaban visita.

Harry observó de soslayo a su mujer y continuó hablando.

—Habíamos planeado huir juntos, pero..., desapareció sin dejar rastro el día antes de nuestra partida.

Al pronunciar aquellas palabras observó a su mujer afanada en servir un café a su invitada y tratando de mantenerse impasible ante lo que acababa de escuchar. Aunque su rostro no la delató, si lo hizo un ligero temblor de su mano que a punto estuvo de derramar el líquido de la taza que Jane sostenía. Entonces, ella dejó la jarra sobre la bandeja y miró fijamente a los ojos a Jane.

—Sí, Jane. Yo lo sabía.

Suspiró y continuó hablando esta vez mirando a su marido con tristeza.

—Lo supe poco después de nacer tú. Un día descubrí cómo se miraban. Fue sólo durante un instante y no sabría explicar cómo lo percibí, pero la certeza del amor que unía aquellas miradas me partió el corazón. Yo estaba enamorada perdidamente de él y decidí mantenerme al margen y cerrar los ojos, porque sabía que lo perdería en el mismo momento en que le hiciera elegir.

Harry seguía sentado en el borde del sofá con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, apoyando sus codos sobre las rodillas. Parecía avergonzado, aunque Jane pudo intuir que su expresión tenía que ver más con la melancolía que con la vergüenza.

—Y, ¿qué ocurrió? —preguntó Jane.

—Fue pasando el tiempo y casi me acostumbré a aquella situación —explicó Abigail—. Tenerlo a mi lado me bastaba para ser feliz, aunque tuviese que compartir su amor conformándome con las migajas que me caían de vez en cuando.

Harry suspiró incómodo y continuó hablando.

—Cuando Casey desapareció y comprendí que no volvería a verla... caí en una fuerte depresión. Estuve mucho tiempo hundido en un pozo oscuro de penas y recuerdos, y Abigail estuvo a mi lado en todo momento. Si fui capaz de salir de aquel agujero, fue gracias a su ayuda y su amor incondicional. Hasta hace unos días yo no era consciente de que sabía toda la verdad y eso me ha hecho valorarla aún más.

Él apretó con fuerza la mano de su mujer en señal de reconocimiento y le dedicó una sonrisa. Ella se liberó de aquella caricia para continuar sirviendo las bebidas y añadió.

—Cuando el amor es puro, puede derribar cualquier barrera.

Jane pensó en la frase que acababa de escuchar, y le vinieron a la mente las imágenes que una y otra vez había revivido en sus pesadillas. Jason golpeándola o amenazándola con un arma y fuera de sí. Ella había intentado cambiarle ofreciéndole su alma al completo y perdonándolo una y otra vez sin éxito. Había acabado utilizando su amor como escudo de protección y, golpe a golpe, éste se había ido resquebrajando hasta romperse en mil pedazos. Por eso le costaba tanto creer a Abigail cuando afirmaba que el amor lo puede todo.

—Pero, no pudisteis estar juntos durante mucho tiempo —aseguró Jane dirigiéndose a Harry—. Creo recordar que mis padres se mudaron aquí pocos meses antes de nacer yo y mi madre desapareció antes de que cumpliese el año.

—Ya nos conocíamos antes de que vinieseis a vivir al barrio. Fuimos juntos al instituto e incluso llegamos a ser novios antes de que el padre de tu hermano Robert se interpusiera en nuestro camino. Después, ella se quedó embarazada de él y yo estaba tan destrozado y enojado que me alejé y le di la espalda, incluso cuando él la abandonó. Fue casualidad que nuestras vidas se volviesen a encontrar años después.

—¿Mi padre llegó a sospechar en algún momento que... —Jane hizo una pausa. Le costaba hablar abiertamente de aquel asunto delante de Abigail, que parecía no inmutarse ante nada—, ...erais amantes?

Un escurridizo silencio los envolvió haciendo más pesado el aire que respiraban. Sus miradas se cruzaron como pelotas en un acelerado juego de ping-pong y sólo unos segundos después, intentando romper el embarazoso mutismo en el que los tres se encontraban, Harry tomó la palabra.

—Él intuía que había alguien más, pero nunca supo que era yo.

—Y, volviendo al tema de tu padre —interrumpió Abigail inquieta, con la boca llena y tapándose con la mano para evitar salpicar con los trozos de galleta que estaba devorando—, ¿se sabe algo más de su asesino?

Jane percibió una ligera impaciencia por sacar el tema. Ella había encontrado el momento idóneo y, aún con la boca llena, no perdió la ocasión de preguntar. ¿O acaso lo que realmente quería era no seguir hablando de algo que, aunque insistía en haber superado, continuaba pellizcándole el corazón?

—Bueno, la investigación continúa abierta en torno a Ted O'Connor. Parece que la policía está siguiendo una pista bastante fiable.

Ambos la escuchaban muy atentos y Jane estuvo segura de que el cebo estaba preparado, y bien seguro era de su agrado. Sólo tenía que lanzarlo.

—Están buscando el vehículo que debió utilizar el día de su asesinato. Probablemente mi padre le dio alguna patada al coche del asesino antes de morir y parte de la pintura quedó adherida a sus botas —continuó.

Harry se revolvió incómodo en su asiento, aunque su expresión no

cambió.

—¿No lo han encontrado aún? Después de tantos años será muy difícil dar con su paradero... —añadió Abigail.

—Están en ello. Sólo saben que era de color rojo y si lo encuentran tendrán la pista definitiva e irrevocable para que ese asesino se pudra en la cárcel el resto de su vida.

A Jane no se le escapó la mirada que Abigail lanzó a su marido. Creyó reconocer el miedo reflejado en sus ojos e intuyó que acababa de morder el anzuelo.

Harry cambió de tema de nuevo. Habló mirando directamente a los ojos de Jane y sinceramente compungido.

—Supongo que todo esto debe resultar muy duro para ti, Jane. En poco tiempo has recibido muchos impactos difíciles de digerir. Siento que te hayas tenido que enterar de esta manera, a través de la policía, pero comprende que no podía decírtelo. No lo confesé en el interrogatorio de rutina, al que nos sometieron a todos los vecinos tras la desaparición de Casey, para no herir más aún a tu padre y perjudicaros a ti y a tu hermano. Y ahora, después de tantos años, no tenía sentido remover gratuitamente tus sentimientos y los de mi mujer, por no hablar de los míos.

—Lo comprendo Harry, aunque debo reconocer que me sorprendió descubrirlo. No os puedo reprochar nada de lo ocurrido, ni a ti ni a ella. Nadie puede elegir de quien se enamora. Es algo que simplemente sucede.

—Gracias por tu comprensión. Me recuerdas tanto a tu madre...

Abigail suspiró con la mirada perdida y esta vez el dolor se hizo visible en su rostro. Una lágrima recorrió su mejilla antes de que pudiese limpiarla con rabia para disimular sus emociones. Por fin mostraba el lado humano que Jane había echado en falta en su comportamiento desde el principio.

—¡Oh! Lo siento, cariño —se disculpó Harry apretando con fuerza la mano de su mujer—. He tenido muy poco tacto contigo, no me he dado cuenta.

—No es nada —respondió ella sonriendo de nuevo—. Aunque sé que todo forma parte del pasado y ya no debo preocuparme, es cierto que a veces me cuesta controlarme.

Se pasó ambas manos por la cara para secar sus mejillas y en un instante volvió a parecer la misma mujer elegante de siempre. Ofreció otra galleta a su invitada y la conversación continuó con un ambiente

mucho más relajado. Hablaron del presente intentando esquivar cualquier alusión a aquellos recuerdos que habían hecho mella en el corazón de cada uno de ellos.

«*Así es el amor*» —pensó Jane melancólica—, «*al igual que las rosas, hay que aceptarlo con sus espinas*».

Poco después se alejaba de la casa de los Miller caminando con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Le había sentado bien la conversación que acababan de tener y agradecía la sinceridad con la que Harry le había hablado. Casi se sentía culpable por haberles tendido una trampa y de inmediato pensó que aquello era un error. No creía que ninguno de los dos estuviese implicado en el asesinato de su padre. Lilliam debía de estar equivocada. Pasó junto a ella sonriéndole sin detenerse y a cambio recibió un guiño disimulado que apenas pudo percibir tras el oscuro cristal de sus gafas de sol. Aunque Abigail se había ofrecido a acercarla en coche, ella insistió en ir paseando, ya que no tenía ninguna prisa y la casa de la abuela no estaba demasiado lejos. Siguió caminando, disfrutando de la suave brisa que le acariciaba el rostro. Sus pasos la guiaron a través de las calles que tantas veces había recorrido de niña a pie o en bicicleta. No necesitaba prestar atención a su rumbo. Era como recorrer el camino que se forma en la hierba por la erosión de las pisadas. El camino del deseo lo llamaban algunos, probablemente porque se forma allí por donde la gente desea ir. Sus pies la dirigían mientras ella, ajena a la dirección en que se movía, disfrutaba del sol y del cielo despejado de aquella preciosa tarde de comienzos de verano.

Una vez en casa de la abuela, Ashley se lanzó a sus brazos en el mismo momento en que Kathleen le abrió la puerta.

—¡Mamá! —gritó loca de alegría.

—¡Hola! Alguien me ha echado mucho de menos... —consiguió decir Jane antes de que su hija la cubriese de besos.

—Hola, Jane —saludó su abuela abrazándola—. Teníamos ganas de verte. Pasa.

Jane caminó hasta el salón con Ash en brazos. La chimenea que presidía la habitación destacaba sobre la pared de piedra en la que se había construido, llamando la atención del invitado. A su alrededor, tres grandes sofás repletos de cojines circundaban la baja mesa de madera sobre la que

descansaban varias revistas y un centro de flores naturales. Allí podía sentirse como en casa, al igual que le ocurría en la anterior vivienda de su abuela. Era tan acogedora que invitaba a sentarse y pasar allí el día con una buena compañía. Siempre se preguntó qué era lo que transformaba una casa en hogar. No sólo tenía que ver con la decoración, era algo más. Algo que no había logrado encontrar en su propia casa de Shelton. Quizá era el amor o, como ella siempre sospechó, la energía positiva que irradiaban aquellas paredes y que te hacía sentir bien cuando te rodeaban.

Lawanda estaba haciendo punto sentada en el sofá y dejó su trabajo para saludar a Jane retirándose las gafas. Le costó un poco incorporarse y se quejó sonriendo.

—Hola, Jane. No sé si es el reuma o los kilos, pero cada día estoy más torpona.

—No te levantes, no hace falta —respondió Jane agachándose para besarla y sentándose a su lado con Ashley aún en su regazo. Kate las acompañó, tomando asiento también y preguntando.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido todo bien?

—Bueno, ha sido...no sé cómo explicarlo. Un poco sorprendente. Cariño, ¿por qué no vas a jugar un ratito al jardín? Enseguida te acompaño —le indicó a Ashley.

—¡Jo, mamá! Quiero estar contigo...

—Te prometo que no tardaré y luego si quieres nos bañamos juntas.

—¡Vale! —exclamó la niña corriendo hacia el jardín sin pensárselo dos veces.

—He estado con los Miller —continuó Jane, una vez a solas con las dos mujeres—. Me han confirmado lo que te comenté esta mañana, abuela. Harry fue el amante de mi madre hasta el momento de su desaparición. De hecho, planeaban huir juntos cuando ella se esfumó.

—¡Dios mío! —exclamó Lawanda que aún no sabía nada. ¡Pero si tú eras un bebé!

—Abuela, ¿nunca sospechaste nada? Era tu hija y la conocías mejor que nadie. ¿Nunca te comentó nada?

—La verdad es que no —contestó Kate—. Poco antes de desaparecer, me la encontré un par de veces triste, con la mirada perdida en el infinito..., pero ella siempre decía que dormía poco por las noches y que estaba cansada. No le di mucha importancia y nunca sospeché nada de lo que estaba ocurriendo. Supongo que se sentiría muy mal por vosotros.

Siempre pensé que estaba muy enamorada de Moses y que con él había encontrado el amor de su vida. Aunque, analizándolo después, era él el que estaba loco por ella. Continuamente pendiente de sus movimientos y muy atento a sus necesidades. Ella más bien se dejaba llevar. Siempre fue una soñadora en busca de la felicidad, y debo reconocer que hubo un tiempo en el que estuve convencida de que por fin la había encontrado, allí donde quiera que estuviese.

—Harry y ella se conocían desde el instituto. Fueron novios antes de que Casey se enamorase del padre de Robert y se quedara embarazada. Años después, el destino los volvió a reunir y surgió de nuevo el amor entre ellos.

—Y su mujer, ¿lo sabía? —inquirió Lawanda frunciendo el ceño.

—Sí. Lo descubrió y lo mantuvo oculto por miedo a perder a su marido. Hasta hace unos días, ni siquiera él era consciente de que su mujer lo supo siempre.

—¡Madre mía! —exclamó Lawanda.

—¡Tantos años con esa espina clavada! —observó Kate—. Eso es amor y lo demás tonterías.

—Nadie puede aguantar tanto tiempo con eso dentro —opinó Lawanda—. Por fuerza debe enquistarse poco a poco, a no ser... que ella fuese la que se encargara de solucionar el problema...

—¿Qué insinúas? —interrogó Kate—. ¿Crees que ella mató a mi hija en un ataque de celos?

—Yo también pienso lo mismo, abuela. Aunque no hay forma de probarlo. Ni siquiera tenemos un cadáver que secunde esa teoría. En cuanto a mi padre, la policía cree que fue Harry su asesino. Van detrás de una pista importante y que puede ser definitiva. Si están en lo cierto, no tardaremos en saberlo.

—Cambiando de tema —dijo Kate—, ya hemos hablado con el párroco y todos los preparativos para el funeral de mañana por la tarde están listos.

—Gracias por ocuparte, abuela —agradeció Jane—. Yo no hubiese podido hacerlo sin ti. Sin vosotras.

Rodeó a ambas, una con cada brazo, estrujándolas con cariño y las tres se fundieron en un largo y reconfortante abrazo.

Al terminar de cenar, Lawanda se ofreció para contarle un cuento a

Ashley en la cama. Jane ayudaba a Kate a recoger la cocina y decidió que era un buen momento para hablar con su abuela.

—Abuela, tengo algo que decirte —comenzó mientras secaba uno de los platos de porcelana que tanto le gustaban.

Kate se detuvo unos instantes intuyendo que lo que venía a continuación era importante.

—Claro mi niña, dime.

—Verás, es posible que tenga que marcharme por un tiempo...y dejes de tener noticias mías.

Kate dejó lo que estaba haciendo. Cogió un trapo para secarse las manos y añadió.

—Ven, deja eso y sentémonos para hablar tranquilamente.

Ambas se sentaron en dos sillas de cocina, una frente a la otra, sosteniéndose las manos.

—Yo... no te he contado toda la verdad sobre mi matrimonio —comenzó Jane.

—¿Os vais a separar? —la interrumpió Kate, tratando de aligerar la carga que su nieta intentaba liberar.

Jane tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no lanzarse a sus brazos y comenzar a llorar. Necesitaba explicarle el infierno en que se había convertido su vida durante los últimos años. Hacía tiempo que le había contado que tenían problemas y que, a veces, él se volvía violento. Pero siempre lo había hecho suavizándolo y tratando de restarle importancia para no hacerla sufrir.

—Te pega, ¿verdad?

El silencio confirmó la respuesta que Kate intuía desde hacía tiempo.

Kathleen se acercó para abrazar a su nieta y, ya en su regazo, Jane se derrumbó y comenzó a llorar. Entre lágrimas y sollozos logró describirle el agujero en el que se encontraba. El dolor de un amor transformado en temor y moldeado golpe a golpe hasta convertirse en pavor. El vacío instalado en su corazón como coraza para aliviar el sufrimiento y la esperanza de haber encontrado una salida, una grieta en la oscuridad por la que respirar el aire fresco que tanta falta le hacía, porque se estaba asfixiando.

Por fin halló fuerzas para reponerse y sonándose la nariz con una servilleta de papel, consiguió esbozar una sonrisa.

—Pero, no te preocupes, abuela. En un par de semanas todo habrá

acabado. Tardaré un tiempo en ponerme en contacto contigo, pero ya me las apañaré para hacerte saber que la niña y yo estamos bien. Es la única manera y debemos ser muy discretas. Por favor, no se lo comentes a nadie, ni siquiera a Lawanda o a Sherry y mucho menos a la niña. Lo sabrán a su debido tiempo, cuando las aguas se hayan calmado.

Kate la miró con una expresión en la que se combinaba la tristeza y la alegría a partes iguales, pero sin dejar de sonreír.

—¡Esa es mi chica! Nunca te rindas. La felicidad está ahí fuera, esperándote con los brazos abiertos. Las dos os lo merecéis y estoy segura de que todo saldrá bien. No te preocupes por mí. Aquí estoy muy bien y Lawanda es una compañera estupenda. Si me arrepiento de algo, es de no haber tomado antes la decisión de vivir juntas.

—¿No tendrás una de esas galletitas de mantequilla? —preguntó Jane—. Acabo de darme cuenta de que, aunque acabamos de cenar, se me ha abierto el apetito.

—Por supuesto que sí. Eso es una buena señal. Creo que sólo necesitabas compartir con alguien esa pesada carga que acarreas y que te oprime las entrañas.

Se levantó en busca de la cajita que guardaba en uno de los armarios y que el día anterior se había preocupado de rellenar con galletas recién hechas. Jane preparó un par de vasos de leche caliente y ambas compartieron unos dulces instantes, antes de irse a dormir.

Cuando entró en la habitación que iba a compartir con su hija, Jane se sentía mucho más ligera, como si realmente se hubiese desecho de parte del peso que la atenazaba. Un sentimiento cercano a la euforia la hizo sonreír al contemplarse en el espejo. Nada como una buena charla con la abuela y unas galletitas para recuperar el ánimo perdido.

Ashley estaba destapada y atravesada en medio de la cama. La colocó correctamente, arropándola y dándole un beso en la frente. Contempló su carita de expresión relajada, ocupada probablemente en disfrutar de algún sueño de hadas y princesas encantadas.

—Te quiero, preciosa —le susurró.

Ya en la cama y a punto de apagar la luz de la mesita de noche, su teléfono móvil comenzó a vibrar. Era casi la una de la madrugada y pegó un bote al descubrir que en la pantalla se iluminaba el contacto de la

sargento Stevenson.

—¿Lilliam?

—Hola, Jane. Perdona que te moleste a estas horas, pero no he podido esperar a mañana.

—¿Qué es lo que ocurre? —interrogó Jane, comenzando a preocuparse y caminando de un lado a otro de la habitación.

—Los tenemos, Jane. ¡Han mordido el anzuelo!

—¡¿Qué?! ¡Oh, Dios mío!

Tuvo que sentarse sobre la cama para evitar caerse, porque las piernas comenzaron a temblarle descontroladamente.

—Escucha, no puedo darte más detalles por teléfono. Mañana a primera hora, pásate por la comisaría. Vamos a tomarles declaración y, si lo deseas, puedes estar presente tras el cristal policial en la sala de interrogatorios.

—De..., de acuerdo —balbuceó Jane—. Allí estaré.

...

La sala de interrogatorios estaba preparada. Una cámara de vídeo, aún sin conectar, enfocaba la silla vacía en la que, en pocos minutos, se sentarían cada uno de los acusados por separado. Jane se encontraba tras el vidrio tintado, desde donde no podía ser vista. Pero con una posición privilegiada para no perder detalle de lo que ocurriese. Varios policías de paisano esperaban a que comenzase el interrogatorio a su lado. La puerta de la sala se abrió y todos guardaron silencio expectantes. La sargento Stevenson entró primero, seguida de un policía que escoltaba al detenido y que permaneció al lado de la puerta, cerrándola tras él. Harry tomó asiento, iba vestido con uniforme carcelario color naranja y esposado. A Jane se le aceleró el corazón al contemplar a aquel hombre derrotado y cabizbajo que, hacía unas pocas horas, había suplicado su perdón. Un perdón que le había parecido totalmente sincero y del que ahora no sabía que opinar.

—Vamos a comenzar el interrogatorio —explicó Stevenson encendiendo la cámara de vídeo y sentándose en una de las esquinas de la mesa más próximas al acusado.

Después de recitar las frases preestablecidas y necesarias al inicio de

toda declaración policial, comenzó con voz firme.

—Señor Miller. Hace solo unos minutos me ha llegado el informe de la Policía Científica en el que se indica que hay coincidencia entre los restos de pintura hallados en las botas del cadáver de Moses Parton y la recogida en el vehículo que ayer por la noche usted y su mujer intentaron destruir. Vehículo que según consta en nuestros informes es propiedad suya desde 1989. Esto le sitúa en el escenario del crimen como principal sospechoso. ¿Tiene algo que declarar?

—Yo... Fue todo tan rápido... —comenzó tapándose la cara con ambas manos—. No quería matarle, comenzamos a discutir y se puso muy violento...

—¿Reconoce entonces que usted es el asesino del señor Parton?

Harry tardó un tiempo en responder. Su mirada perdida en algún punto de la mesa le hizo pensar a Jane, que en ese momento estaba reviviendo lo ocurrido.

—Sí, fui yo.

Jane se cubrió la boca con ambas manos para ahogar el gemido que clamaba por salir de su garganta.

—¿Podría explicarnos que sucedió realmente el día 2 de septiembre de 1994, fecha en la que desapareció la víctima?

Tras una pausa, Harry comenzó a hablar sin apenas detenerse, como si hubiese abierto una compuerta que durante años había tratado de contener lo ocurrido, y una vez libre, la verdad fluyera en todas direcciones y sin control.

—Yo estaba muy enamorado de Casey. Estaba loco por ella y nunca más he vuelto a sentir algo parecido por nadie. Ella también estaba muy enamorada de mí, pero sufría mucho por lo que le estaba haciendo a su marido y a sus hijos. Le hice llegar varias notas de amor que creía que iba destruyendo después de leerlas, pero me equivocaba. Ella siempre fue una romántica empedernida y escondía mis declaraciones de amor para releerlas una y otra vez en momentos de debilidad. Un día, Moses descubrió una de esas notas y se volvió loco. A partir de entonces, la sometió a una vigilancia estricta y apenas le permitía salir de casa. Los celos le transformaron en alguien desconocido. Él la amaba demasiado y no supo encajar aquel golpe. Pero yo me las ingenié para hacerle llegar más notas. Por la noche, las dejaba ocultas en un hueco entre varias piedras de la valla de su jardín y ella las recogía dejando otras para mí al

día siguiente. La situación se estaba haciendo insostenible para ambos y por eso decidimos huir juntos.

Harry hizo una pausa masajéandose el puente de la nariz pensativo.

—Continúe, por favor —animó Stevenson.

—No apareció. La estuve esperando durante horas en el lugar en el que habíamos quedado para reunirnos y finalmente me fui a casa derrotado y confundido, convencido de que se había arrepentido y todo se había ido al traste.

Cogió el vaso de agua que le acababa de servir Stevenson y dio un gran trago antes de continuar.

—Cuando al día siguiente Moses se presentó en mi casa muy alterado porque su mujer había desaparecido, empecé a preocuparme realmente. Me pidió ayuda y entre los dos movimos cielo y tierra para encontrarla, pero fue en vano. Él nunca sospechó de mí. Me confesó que ella tenía un amante y que estaba convencido de que era el padre de Robert. Me contó que, en un momento de enajenación en la que discutieron porque él había encontrado una de mis notas, llegó a alzarle la mano preguntándole quién era su amante y ella le confesó que era Ted. Supongo que se asustó al ver fuera de sí a su marido y no quiso decirle la verdad. Dimos parte a la policía y seguimos buscándola entre los dos. Incluso llegamos a ponernos en contacto con Ted O'Connor pero no conseguimos sacar nada en claro. Ambos estábamos desesperados, aunque él podía dar rienda suelta a sus sentimientos y yo debía ocultar mi sufrimiento para no delatarme. Pasaron los días y poco a poco nos dimos cuenta de que ella no volvería. Yo no lo sabía. En aquel momento no podía ni llegar a imaginarlo, pero Casey ya estaba muerta...

—¿Quiere decir que alguien asesinó a Casey Parton? —lo interrumpió el sargento Stevenson.

Harry suspiró y antes de contestar miró pensativo hacia el espejo que tenía en frente, como si supiera que Jane estaba tras él. Podía haber dirigido su mirada a cualquier parte de la superficie del cristal, pero la miraba a ella fijamente. A Jane se le erizaron los pelos de la nuca e instintivamente dio un paso atrás.

—Fue Moses quien la mató —declaró tajante.

Jane soltó una exclamación y se cubrió el rostro con ambas manos. ¿Cómo se atrevía aquel asesino a culpar a su padre? ¿No tenía suficiente con lo que le había hecho a toda su familia?

—Muy valiente por su parte al inculpar a una persona que ya no puede defenderse —le reprochó Lilliam—. ¿Tiene alguna prueba que ratifique esa acusación?

—Él me lo dijo. Creo que la descubrió cuando huía, se volvió loco, perdió el control y la golpeó. Me dijo que lo había olvidado por completo y que el golpe que le di cuando nos peleamos la noche que..., lo maté, le había devuelto la memoria.

—Me parece despreciable lo que está insinuando. El señor Parton ha sido una víctima más de todo el sufrimiento que usted provocó en su familia. Él lloró como nadie la desaparición de su mujer y a partir de entonces, se dedicó en cuerpo y alma a seguir adelante y cuidar de sus hijos —le recriminó la sargento Stevenson—. Si no tiene ninguna prueba...

—¿Por qué cree que intentó quitarse la vida poco después? —interrumpió el acusado.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Jane. ¿Cómo podía haberla engañado de esa forma? El día anterior, había salido de su casa con remordimientos y completamente segura de que tanto él como su mujer, habían sido sinceros con ella al pedirle perdón. La condena inminente que se le venía encima le estaba haciendo caer muy bajo, y posiblemente estaba intentando no caer en solitario y arrastrar con él a la única persona que no podía contradecir sus palabras.

—¿Tal vez porque no era capaz de soportar la pérdida de la mujer que amaba? —sugirió Stevenson—. Yo tengo un par de hipótesis que sí podrían sostenerse y que no voy a parar hasta corroborar. La primera posibilidad es que, al igual que años después asesinó a su marido, fuera usted el que, loco de ira se deshizo de ella cuando finalmente se negó a huir con usted.

Harry negaba con la cabeza cerrando los ojos.

—¡Yo la amaba! —exclamó.

—Por eso la mató, ¿verdad, señor Miller? Para usted o para nadie....

—¡Eso no es cierto! —gritó golpeando la mesa con ambos puños unidos por las esposas.

—Por su reacción, parece que voy por buen camino... —insinuó Stevenson sonriendo. Aunque no voy a descuidar mi otra hipótesis.

Harry levantó la vista hacia ella intrigado.

—Su esposa conocía desde hacía tiempo su relación con la señora

Parton. No le dijo nada nunca y lo mantuvo en secreto. Quizá era porque sabía que no duraría mucho...

—¿Qué está usted insinuando?

—No lo sé, dígame usted. ¿Prefiere ir a la cárcel usted sólo o acompañado? ¿Está tratando de exculparla?

—Le repito que él me lo confesó todo. ¡Fue Moses!

Stevenson se levantó de la mesa acercándose a escasos centímetros de su cara.

—Se me está acabando la paciencia, señor Miller. Ya volveremos a este tema después. Ahora hábleme del día en que usted asesinó al señor Parton.

Harry se revolvió incómodo en la silla y carraspeó antes de continuar.

—Años después —agregó—, un día Moses se presentó muy alterado en mi casa. Volvió a enseñarme la misma nota de amor que había encontrado tiempo atrás y que sospechaba que había escrito O'Connor. Era como si la hubiese visto por primera vez. Como si no recordara que aquel trozo de papel ya había estado en sus manos. Me pareció extraño, pero me pidió ayuda y yo se la ofrecí. Descubrió dónde vivía el señor O'Connor y una noche salió a su encuentro. Se obsesionó pensando que Casey seguía viva y que estaba con él. Al decirme que había encontrado la nota oculta en un libro de Casey y que tenía más en casa, tuve miedo de que descubriera que era yo quien las escribió. La noche que salió a pedirle explicaciones a Ted, yo entré en su casa y me llevé todas las notas que encontré. Cuando me marchaba, vi una foto de Casey junto a él en su mesita de noche. No pude evitarlo y me la llevé.

—Y esa fue la foto que le inspiró para, años después, pintar el cuadro que tiene en su despacho, ¿no es así? —inquirió Stevenson

—Sí... —afirmó él haciendo una pequeña pausa—. La guardé durante años hasta que un día me atreví a volver a contemplarla y pinté su retrato. Era lo único que me quedaba de ella y quería seguir recordándola.

Jane comenzó a atar cabos. Cuando Moses regresó de su encuentro con Ted, acusó a Robert de haberle robado algo y por eso discutieron. No fue su hermano el que se llevó las notas que Moses guardaba, ni tampoco la foto de Casey. Fue el propio Harry.

—Por favor, señor Miller, continúe con los hechos que sucedieron el día en cuestión —agregó Stevenson.

—Esa misma noche vi que alguien, que coincidía con la descripción física de Ted O'Connor, estaba fisgoneando alrededor de la casa de los Parton. Me percaté de que introdujo algo por debajo de su puerta y después echó a correr. Fui a avisar a Moses y ambos descubrimos una nota en la que aquel individuo pedía dinero a cambio de información sobre su mujer, citándole la noche siguiente en algún lugar cerca de Wood River Trails. Moses tenía la cara maltrecha porque durante su encuentro con Ted no había salido bien parado. También debió de discutir ese día con su hijo porque se marchó para no regresar.

Harry bebió otro sorbo de agua y Jane recordó con tristeza aquella fatídica noche en la que su hermano también desapareció de su vida.

—Moses insistió en que le acompañara la noche siguiente a la cita con aquel chantajista.

—Pero no llegaron a su destino, ¿verdad?

—No.

—¿Qué ocurrió?

—Pasamos parte de la tarde intentando dar con Ted en vano, era como si se lo hubiera tragado la tierra. Ya de noche, yo conducía hacia el punto de encuentro indicado. Él estaba frustrado por la pelea del día anterior y le enfureció mucho que no lográramos encontrarlo. También estaba muy afectado por la discusión que mantuvo con su hijo y la marcha de éste. Creo que apenas había dormido y se mostraba notablemente alterado. Después de un largo e incómodo silencio abordó el tema de Casey diciendo que era evidente que lo que aquel tipo había escrito en las notas para su mujer era falso. Que no estaban escritas con amor, y que estaba seguro de que el sentimiento no era recíproco porque nunca encontró ninguna escrita por ella. Afirmó que era imposible que Casey amase a otro hombre porque él lo habría notado en sus ojos... Creo que, por algún motivo, intuyó que podría ser yo aquella persona y me provocó a propósito. Comenzó a describirme la manera en la que hacía el amor con su esposa y las palabras que ella le susurraba al oído. Incluso detalló escenas íntimas en las que se refería a ella de una manera poco considerada. Llegó un momento que no lo soporté más y de un frenazo detuve el coche y le hice salir. Una vez fuera, lleno de ira, le confesé que era yo el amante de Casey y que iba a dejarle por mí, porque yo era su único amor. Él, en previsión de lo que pudiese pasar en el encuentro con el chantajista, llevaba una barra de hierro con la que intentó golpearme.

Hubo un forcejeo y finalmente le arrebaté la barra y fui yo quien golpeó primero. Cayó al suelo con la cabeza ensangrentada y pensé que le había matado. Me puse muy nervioso. La carretera no estaba transitada a esas horas, pero sin pensarlo dos veces lo metí en el maletero y después de esperar durante un buen rato dentro del coche, allí parado, en la oscuridad de la noche y temblando por lo que acababa de suceder, tomé una decisión. Pensé en un lugar mucho más apropiado y alejado en el que enterrar el cuerpo y allí me dirigí. Cuando estaba a punto de llegar, escuché golpes en la parte trasera del coche y me di cuenta de que Moses aún seguía vivo y golpeaba a patadas el maletero. No puede ni imaginar el alivio que sentí en ese momento. ¡No lo había matado! Comencé a llorar de alegría y detuve el vehículo allí mismo. Bajé dispuesto a pedirle perdón y arreglar las cosas como personas civilizadas, pero cuando abrí el maletero se lanzó sobre mí como una fiera. Intenté tranquilizarlo pero fue en vano. Durante un instante pensé que iba a matarme. Logró tirarme al suelo y a horcajadas sobre mí comenzó a estrangularme. Fue en ese preciso momento cuando me confesó que acababa de recordarlo todo. El golpe le había devuelto la memoria que había perdido después de su intento fallido de suicidio. Me aseguró que él la había matado, que no pudo soportarlo y en un arranque de furia le partió el cuello. Dijo que por mi culpa ahora tendría que vivir con eso el resto de su vida. Estaba a punto de perder el conocimiento, pero aquellas palabras me devolvieron un último resquicio de fuerza y palpando con la mano alcancé una piedra con la que le golpeé de nuevo en la cabeza. Supe que en aquella ocasión sí lo había matado al escuchar el crujido de su cráneo y contemplar su expresión desencajada. Tardé en reponerme un buen rato. Estaba mareado y la cabeza me iba a estallar.

—La víctima tenía varios golpes en la cabeza —expuso Stevenson.

—Estaba muy nervioso, creía que iba a acabar conmigo y le golpeé varias veces.

—¿Cuántas veces señor Miller?

—No lo sé. Tres..., o cuatro...

Volvió a hacer otra pausa para beber y dirigió de nuevo su mirada taciturna hacia el espejo.

—Lo siento, Jane.

Jane hizo una mueca entre sonrisa sarcástica y triste. Aquel individuo no iba a conseguir su perdón. Había matado a su padre y, no conforme con ello, intentaba culparle de la muerte de su madre, quizá para evitar otra

condena adicional que recayese sobre él mismo o sobre su mujer. Le acababa de demostrar que no tenía escrúpulos, aunque debía reconocer que había logrado engañarles a todos durante muchos años.

—Yo también lo siento —susurró ella con voz apenas audible enjugándose las lágrimas.

—Continúe, por favor, señor Miller. ¿Qué hizo a continuación con el cadáver?

Harry respiró profundamente y prosiguió dispuesto a acabar de una vez por todas con aquel interrogatorio.

—Cavé como pude una zanja aprovechando una hendidura del terreno y lo enterré allí.

—Junto al cadáver se encontró una cadena de oro perteneciente a Ted O'Connor con sus iniciales —explicó Stevenson—. ¿La depositó usted allí para inculpar a su dueño?

—No, no tenía ni idea de su existencia, es posible que durante la pelea que ambos mantuvieron la noche anterior, Moses se la arrancase y la llevara encima en aquel momento.

—Está bien. ¿Qué hizo a continuación?

—Volví a casa y me deshice de la ropa al día siguiente. Por la mañana, vimos a la hija de Moses acompañada por su abuela. La niña lloraba muy preocupada por su padre y casi me derrumbé. El resto de la historia creo que ya la conoce.

—Su mujer, ¿no sospechó nada? ¿No sabía que la noche anterior usted y la víctima habían salido juntos en su coche?

El acusado hizo una pausa meditando la respuesta.

—No trate de encontrar una excusa para exculparla, porque no me trago que ella no se diera cuenta o no le preguntase —cuestionó Stevenson—. ¿Lo sabía o no?

—Sí —consiguió articular cerrando los ojos.

—Sí, ¿qué? —insistió ella.

—Me descubrió deshaciéndome de la ropa y cuando se dio cuenta de que Moses había desaparecido ató cabos. Yo le expliqué que había sido en defensa propia, que habíamos discutido y que no quería matarle. No le dije el motivo de nuestra discusión, aunque ahora sé que ella ya lo sospechaba. Nunca me recriminó nada ni me hizo más preguntas. Simplemente decidimos no volver a hablar sobre ello nunca más.

Harry enterró su rostro entre las manos esposadas. Era muy

consciente de que estaba perjudicando a su esposa con aquellas palabras y parecía afligido.

—Señor Miller, ¿tiene algo más que añadir? —preguntó Stevenson.

—No. He terminado.

Jane contempló como Harry salía de aquella fría sala de interrogatorios escoltado por el policía. Lilliam los imitó y en menos de un minuto entraba, con un par de cafés en la mano, en el despacho anexo en el que se encontraba Jane.

—Toma, te sentará bien. Al menos está caliente. ¿Cómo lo has llevado? —le preguntó.

—Ha sido más duro de lo que creía. Escuchar de forma tan detallada lo que ocurrió aquella noche...

—¿Crees que pudo ser tu padre el que asesinó a Casey, según afirma el acusado?

—¡No, eso es imposible! Conocía perfectamente a mi padre y sé lo mucho que quería a mi madre por todo lo que me contó sobre ella. Cómo la idolatraba y el amor que reflejaban sus ojos cuando la recordaba. Es algo que no sé cómo explicar, pero se percibe sin necesidad de palabras. Y si no hay palabras, es muy difícil mentir. Era un buen hombre incapaz de hacer daño a una mosca. ¡No pudo ser él!

—Tranquila —la consoló Lilliam apretando su antebrazo con decisión—, yo tampoco lo creo. Estoy casi convencida de que fue su mujer y la está encubriendo. Una persona normal no reacciona como ella. No es lógico que te enteres de que tu marido acaba de matar a una persona y lo ignores.

—Tampoco que tuviese conocimiento durante años de su infidelidad y siguiera con él como si nada...—añadió Jane.

Lilliam contempló su reloj y apuró su café.

—En dos minutos comienza el interrogatorio de Abigail Miller. Veamos qué tiene que decir —anunció dirigiéndose a la salida.

Una Abigail alicaída y sombría escuchaba en silencio las palabras de la sargento Stevenson. Llevaba una coleta no muy bien arreglada y su aspecto dejaba claro que esa noche no había dormido demasiado en los calabozos de la comisaría. No dejaba de mirar a la cámara que la enfocaba moviendo las piernas muy nerviosa.

—Señora Miller —mencionó Stevenson—, está usted acusada, junto a su marido, de intentar destruir las pruebas del escenario de un crimen. El señor Miller se ha confesado culpable del asesinato de Moses Parton. Cuando los detuvimos, ambos se disponían a quemar con una lata de gasolina el coche en el que su esposo trasladó a la víctima herido y posteriormente sin vida. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—No.

—¿Sabía usted que el vehículo que se disponían a incendiar se había utilizado en un asesinato?

Abigail tardó unos momentos en contestar. Hacía gestos con la boca para responder, pero no conseguía articular una sola palabra. Su mente trabajaba a gran velocidad intentando hallar la respuesta que menos la perjudicase. Finalmente fue escueta.

—Sí.

—¿Podría precisar un poco más su respuesta?, por favor.

—Bueno, yo..., sí lo sabía. Harry me lo confesó el día en que Jane apareció en nuestra casa desconsolada y preocupada porque su padre no había regresado.

—Esa misma noche, ¿vio a su marido deshacerse de alguna prueba que pudiese incriminarlo?

—Sí. Se deshizo de la ropa que llevaba.

—¿Es consciente de que se le imputará también por un delito de encubrimiento? ¿Por qué no lo denunció?

—¿Usted que habría hecho? Yo le quería, y aún le quiero. Soporté su infidelidad durante mucho tiempo y conseguimos superarlo. Después, aquella noche..., mi esposo no quería matarle. Me confesó que se habían peleado y que Moses le había intentado estrangular. Fue en defensa propia.

—Y, ¿por ese motivo, ayer le iba a ayudar a destruir la única prueba que podía llevarle a prisión?

—Sí. Hacía unos años que el coche ya no funcionaba y Harry lo dejó abandonado en una de las propiedades que había heredado de su padre.

—Señora Miller, la muerte del señor Parton no fue en defensa propia —afirmo Stevenson—. Recibió varios golpes en la cabeza. El primero lo dejó inconsciente y su marido, creyendo haberlo matado, lo introdujo en el maletero para llevarlo a un sitio apartado donde esconder el cuerpo. La víctima se despertó y su esposo abrió el maletero y le aplastó el cráneo con una piedra. Pero no se conformó con eso sino que siguió golpeándole

una y otra vez hasta que se cansó. Eso no es defensa propia, es asesinato.

Abigail se cubrió el rostro con ambas manos y después miró al techo suspirando.

—No... no lo sabía.

—En cuanto a la desaparición de Casey Parton. ¿Tiene algo que declarar?

—No... ¿qué quiere decir? No sé qué es lo que pudo ocurrirle.

—Pues, parece que su marido sí —mintió Stevenson frunciendo el ceño—. Ha testificado contra usted declarándola culpable de su asesinato.

—¿¿Qué?! ¡No es posible! —exclamó ella poniéndose en pie.

—Por favor, señora Miller. Siéntese.

Jane observó con la boca abierta cómo el policía apostado junto a la puerta se acercaba a la mesa para invitarla a tomar asiento de nuevo. Lilliam estaba utilizando otra trampa de las suyas y comenzó a caminar de un lado a otro tras la acusada mientras exponía los supuestos hechos que Harry le había narrado. De esa manera conseguía ponerla aún más nerviosa al intentar seguirla con la mirada girando la cabeza a un lado y a otro, mientras escuchaba con ojos desorbitados.

—Su marido ha confesado que, el día que había quedado con su amante para fugarse con ella, usted se le adelantó —explicó Stevenson—. Debí de encontrar una de las notas que se intercambiaban a escondidas en las que se especificaba el lugar y la hora en el que se encontrarían para huir juntos.

—¡Eso es mentira!

—Por favor, señora Miller, déjeme terminar.

Hizo una larga pausa sin dejar de caminar consciente del efecto que producía en la acusada.

—El señor Miller afirma que —continuó hablando—, pudo verla deshaciéndose del cadáver.

—¡Hijo de puta! —exclamó una Abigail transformada por la rabia y cuya expresión de odio sorprendió a la propia sargento, que en esa ocasión le permitió dar rienda suelta a su furia—. ¡No es verdad! ¡Fue él quien la asesinó! Yo vi cómo se deshacía de sus cosas al día siguiente de su desaparición, poco después de que el señor Moses se presentara en casa preguntando por su mujer muy preocupado.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero no se preocupó por enjuagarlas.

No volvió a ser el mismo —aseguró—. Su conciencia no le dejaba vivir y cayó en una fuerte depresión de la que yo le ayudé a salir. Por las noches hablaba en sueños y revivía a menudo lo ocurrido. Gritaba su nombre implorándole que no lo abandonase y después lloraba repitiendo la frase “¿Qué he hecho?” una y otra vez.

—Dice usted que su marido se deshizo de las pertenencias de la señora Parton. ¿Qué hizo con ellas?

—Las metió en una bolsa y las enterró en un rincón del jardín, justo al lado de la fuente. Colocó encima una gran piedra decorativa. Hizo lo mismo el día en que desapareció Moses.

—¿Usted cree que las encontraremos allí aún?

—Es muy posible, no creo que las volviera a sacar, aunque después de tanto tiempo..., no lo sé. Debe creerme, yo no la maté. Aunque debo confesar que me vino muy bien que lo hiciera él. Por eso nunca le pedí explicaciones. Traté de olvidarlo y volver a encauzar nuestra relación.

—Lo comprobaremos. Su marido también la ha acusado del incendio en la casa de Kathleen Heller. Dice que lo hizo para destruir pruebas.

Ella agachó la cabeza, esta vez sin enojarse. Más tranquila y relajada. Cuando por fin se decidió a contestar, miró directamente al objetivo de la cámara que grababa la conversación.

—Sí. Fui yo —afirmó—. No sé cómo se me pudo ocurrir. En ningún momento pensé que pudiese poner en peligro la vida de la señora Heller. Cuando Jane nos contó que había encontrado unas notas de amor y que iba a seguir buscando, me asusté mucho. Todo había vuelto a la normalidad en nuestro matrimonio y me destrozaba imaginar que podía encontrar algo que implicase a Harry y perderle otra vez. No quería echar a perder mis años de esfuerzo y los duros momentos que debí soportar mirando hacia otro lado para que él volviese a amarme. No lo pensé dos veces y por la noche rocié con gasolina parte de la casa y la incendié.

—De acuerdo señora Miller. ¿Tiene algo más que añadir? —preguntó Stevenson cerrando la carpeta que tenía en las manos con un golpe seco que hizo que Abigail se sobresaltara.

—Nunca he matado a nadie, tienen que creerme. Si de algo soy culpable es de haberme enamorado de un hombre que me ha demostrado más de una vez que no merece mi cariño. Pero uno no puede ser selectivo con el amor, una vez te ha atrapado, eres suyo y bailas a su son como una marioneta. Todo lo que he hecho ha sido por amor...

—Esa es una buena excusa que he tenido que escuchar miles de veces, pero siento comunicarle que no la exime de culpa alguna —aseguró Lilliam—. Hemos terminado, puede marcharse.

Jane observó cómo Abigail abandonaba la sala. Caminaba lentamente y con la mirada perdida en algún punto del suelo. Algo se había roto dentro de ella y nunca volvería a ser la misma.

Poco después, Lilliam apareció por la puerta con una gran sonrisa.

—¿Sorprendida? —preguntó.

—Sí, un poco —respondió Jane—. Creo que ha dicho la verdad.

—Yo también estoy convencida. Por si acaso, acabo de enviar a dos personas para que registren su jardín en busca de las pruebas a las que ha hecho referencia. Si es cierto que aún se encuentran allí, veremos qué podemos sacar en claro. Pero todo parece indicar que al menos Harry Miller va a pasar una larga temporadita a la sombra.

—¿Ella también irá a la cárcel?

—Por supuesto. Aunque la condena será mucho menor, no creas que va a librarse.

Tras una corta conversación, salieron de aquel desagradable lugar y Lilliam acompañó hasta la salida a Jane. Poco antes de llegar, ésta se detuvo frente a la puerta de cristal que las separaba de la calle.

—¿Le vas a confesar alguna vez a Abigail que te lo inventaste todo? —preguntó—. Casi se me desencaja la mandíbula cuando te escuché mentirle así...

Lilliam rio estrepitosamente sin importarle que varias personas que se encontraban en el hall de entrada del edificio volvieran su mirada intrigados hacia ellas.

—Gajes del oficio Jane. Cuando uno lleva en esto tanto tiempo, ya sabe cómo tirar de la lengua a esa gentuza —explicó riendo aún y quitándose las gafas para secarse las lágrimas con el dorso de la mano—. Voy a hacerla sufrir un poco más —aseguró guiñándole un ojo—. Necesita desintoxicarse de su marido y le vendrá bien odiarle un poco.

Jane negó con la cabeza sonriendo y se despidió de aquella mujer tan singular.

—Nos veremos esta tarde en el funeral —le anunció Lilliam antes de que la puerta de salida se cerrara tras de sí.

...

La despejada mañana se había ido transformando con el paso de las horas en una tarde oscura y encapotada, con grandes nubes preñadas de humedad que producían tormentas de poca duración. Jane observó el cielo a través de la ventanilla del coche que les conducía hasta el cementerio. Era como si también allá arriba alguien llorase la muerte de su padre, guardando el luto con aquel tiempo tan triste y sombrío. Jason, que había llegado hacía un par de horas junto a Theresa, le cogía la mano sentado a su lado para intentar animarla. Hasta Ashley estaba taciturna. Había transformado su usual alegría en una seriedad propia de un adulto.

Cuando el automóvil se detuvo en el aparcamiento de grava, Jane se apeó y abrió el paraguas para guarecerse de la lluvia que comenzaba a caer. Jason hizo lo propio resguardando bajo el suyo a la niña y Theresa les siguió. El olor a lluvia impregnó el cerebro de Jane. Aspiró intensamente cerrando los ojos para sentir ese característico aroma que los científicos llaman petricor y que se genera cuando las gotas de lluvia al chocar contra el suelo, liberan diminutas nubes de partículas en suspensión que contienen aceites vegetales y otros elementos aromáticos almacenados en el suelo.

Pudo ver un reducido número de personas que se guarecían bajo sus paraguas negros, del mismo color que el duelo que flotaba en el ambiente. Al acercarse un poco más, Jane contempló una pequeña caja que descansaba sobre la tierra del orificio embarrado que la cobijaba. Aquellas imágenes le hicieron recordar la pesadilla que había tenido tiempo atrás, en la que ella misma intentaba sin éxito, escapar de la fosa encharcada que la asfixiaba y su padre le tendía un brazo para ayudarla a salir de aquel agujero. Ahora era su padre el que estaba allí abajo y ella ya no podía ayudarle.

Kate se acercó a ella para coger su brazo y acompañarla hasta la tumba. Allí estaban Sherry y Lawanda y también pudo distinguir a Lilliam. El reverendo Hoffman presidía el sepelio y había un par de personas más a las que no conocía. De repente se paró en seco tirando bruscamente del brazo de su abuela. Un hombre delgado y pelirrojo con la cara repleta de pecas la miraba fijamente bajo su oscuro paraguas. Apenas había cambiado después de tantos años y ni a Jane ni a Kate les costó reconocerle. Sentimientos encontrados se agolparon en su cabeza a la misma velocidad que el rayo que en esos momentos arañaba el cielo

plomizo. Aunque tardó unos instantes en reaccionar por la sorpresa, cuando lo hizo fue para dedicarle a su hermano la mejor de sus sonrisas, que enseguida se vio correspondida.

—Hola, Robert —saludó.

—Hola, Jane.

Jane se aproximó a él y ambos se abrazaron en silencio hasta que, antes de poder intercambiar una sola palabra, el reverendo comenzó con la homilía presuroso por finalizar antes de que arreciara la lluvia.

Todo acabó muy deprisa y los allí presentes se fueron ausentando ofreciendo sus condolencias uno a uno. A Jane le hubiese gustado despedirse de su padre con más tranquilidad. Habría querido prepararlo todo con tiempo y organizarlo mejor, como él se merecía.

—No te preocupes —la consoló su abuela leyéndole el pensamiento—. A Moses nunca le gustaron las florituras. Era un hombre muy sencillo y así es como él hubiera querido que fuese. Además, lo verdaderamente importante es lo que perdura de él aquí —le dio un par de golpecitos cariñosos en la cabeza.

Jane asintió más tranquila. Aquella increíble mujer tenía el don de percibir sus inquietudes y de templarlas a base de palabras y sonrisas.

—Y ahora, vamos —prosiguió Kathleen dirigiéndose a sus nietos y cogiéndolos a cada uno por un brazo—. Creo que vosotros dos tenéis mucho qué hablar.

Atravesaron el cementerio pasando junto a las tumbas de Ernest Hemingway y su esposa. Dos lápidas grises situadas entre cuatro enormes abetos que las resguardaban. La tumba del escritor siempre estaba decorada con distintos objetos que los turistas y fans iban depositando a modo de ofrenda. De pequeña solía visitarla con Sherry para curiosear lo que la gente colocaba sobre ella. Había visto de todo: cajas de cigarrillos, botellas de whisky aún sin empezar, cartuchos de escopeta... En ese momento había unas monedas desperdigadas por la piedra, una pluma estilográfica y varios botes de cristal con flores que ya comenzaban a marchitarse. Siempre eran objetos que rememoraban la intensa y colorida vida del novelista y Premio Nobel de Literatura. Era un gran aficionado a la caza, la pesca, las corridas de toros y a las fiestas de San Fermín en España. Disfrutó ampliamente de los placeres de la vida, como la buena comida y la bebida. Hasta que en sus últimos años se retiró a Ketchum

donde, ya en decadencia, enfermo y privado de todo lo que daba sentido a su vida, terminaría pegándose un tiro con su escopeta de caza.

Había dejado de llover y el cielo comenzaba a despejarse. Jane contempló el cielo y pensó que era como si los oscuros cúmulos vestidos de luto para la ocasión, una vez presentados sus respetos a Moses, se retirasen a donde quiera que fueran las nubes después de las tormentas.

...

Robert estaba tal y cómo lo recordaba. Sentado frente a ella en el salón de la casa de Kate y Lawanda, era como si no hubiese pasado el tiempo, como si ambos fueran niños de nuevo. No hubo ningún reproche por parte de Jane. Había pensado en múltiples ocasiones cómo sería su encuentro si algún día volvían a reunirse, pero nunca lo imaginó así. Estaba feliz de volver a verlo y no tenía ninguna necesidad de pedirle explicaciones, no las necesitaba. En cambio, para él era preciso hacerlo. Sus remordimientos se habían convertido en una pesada carga. Se disculpó una y mil veces por haber desaparecido de aquella manera, sin despedirse de ella. En aquella época, él era un adolescente testarudo que había acusado la necesidad de una madre durante su infancia. Además, los continuos enfrentamientos con su padrastro, al que culpaba de la suerte de su madre, le llevaron a huir de aquel ambiente.

—Se me hizo insoportable, Jane. Tenía que marcharme para no cometer una locura. Pensaba que tú estarías en buenas manos con él. Ni se me pasó por la cabeza que al día siguiente él también desaparecería y te quedarías sola.

Jane le tendió una mano comprensiva.

—No es necesario que me lo expliques. Lo entiendo, aunque reconozco que durante mucho tiempo no lo hice y te culpé por mi soledad. Ahora ya da igual. Volvemos a estar juntos y eso es lo que realmente importa.

—Sí que importa, necesito explicártelo.

—De acuerdo, si eso te hace sentir mejor, adelante.

Robert continuó explicando lo que había sido su vida durante todos aquellos años. Le relató cómo, el día que se fue de casa, sólo llevaba encima una mochila con ropa para unos días y los pocos ahorros que había guardado durante años. Hizo autoestop hasta Boise y finalmente

consiguió llegar a Portland en tren. Allí pasó varios meses trabajando en la limpieza de algunos restaurantes y como ayudante en una tienda de comestibles. Cuando consiguió reunir el dinero suficiente para comprar un pasaje hasta Australia, no tardó en marcharse. Previamente, había logrado contactar con uno de sus compañeros de intercambio de ese país que conoció en el instituto y con el que seguía carteándose. El padre de su amigo necesitaba un empleado en su librería y le ofreció el puesto y una habitación donde dormir. En aquel lugar paso varios años hasta que finalmente decidió volver a Estados Unidos, afincándose en Nueva York. Fue allí donde la sargento Stevenson dio con él y le explicó lo que le había ocurrido a Moses. Cuando ésta le indicó el día en el que se celebraría el entierro, supo que tenía que volver.

—¿No es una maravilla que volváis a estar juntos? —opino Kate cuando Robert terminó de relatar lo que habían sido sus últimos años lejos de ellas.

—Por supuesto —añadió Robert—. Estoy muy contento de volver a retomar nuestra relación, Jane. Hacía años que necesitaba enmendar lo ocurrido. Aunque Nueva York está lejos de Shelton, mantendremos el contacto a partir de ahora y prometo visitaros al menos una vez al año. Y ya sabéis que mi casa es vuestra casa también. Podéis venir cuando queráis. Estáis todos invitados.

—¡Yo quiero ir! —exclamó Ashley que, aunque jugaba apartada de la conversación, logró escuchar la oferta de su tío. Un tío del que desconocía su existencia hasta ese mismo día, pero con el que había congeniado muy bien.

—¡Pues claro! Eres mi única sobrina —añadió Robert—, y tenemos que jugar y disfrutar todo lo que no hemos podido hasta ahora.

—Bueno, lo pensaremos —añadió Jane intentando aplacar la excitación de la niña—. Quizá en Navidad.

—¡Sí! —gritó Ashley entusiasmada abrazando a su madre y a continuación a su tío.

...

Al día siguiente, Jane estaba esperando en el aeropuerto junto a Ash y Jason. Su vuelo de regreso a Shelton se estaba retrasando bastante y decidieron tomar unos bocadillos en una de las cafeterías. El móvil de Jane sonó y ella se levantó y se alejó unos metros de la mesa en la que se

encontraban cuando vio que era la sargento Lilliam la que llamaba.

—¿Lilliam?

—Hola, Jane. ¿Ya de regreso?

—Sí, estamos esperando en el aeropuerto. Nuestro vuelo va con retraso. ¿Tienes alguna noticia?

—Sí, quería comentártelo para que lo supieras y te quedaras tranquila. Hemos encontrado las dos bolsas a las que se refería Abigail en el jardín de los Miller.

—¿Sí? ¿Y contienen pruebas concluyentes?

—El contenido de una de ellas está mucho más deteriorado que el de la otra debido al tiempo que llevaba enterrada y a la humedad del terreno. Hemos podido encontrar ropa de mujer, varias notas escritas muy deterioradas y dos colgantes de plata con un corazón partido. Cada uno de ellos lleva una de las mitades y encajan perfectamente. La segunda bolsa contenía ropa de hombre, incluidas unas zapatillas de deporte que aún conservaban unas manchas que podrían ser de sangre. La Científica está intentando obtener algún rastro de ADN para poder contrastarlo con las muestras de tu padre, pero va a ser complicado después de tanto tiempo.

—Así que fue él quien la mató...

—Eso parece. Con la declaración de Abigail y las pruebas de que disponemos, es probable que el juez lo declare culpable de ambos asesinatos.

—Gracias Lilliam, me quedo mucho más tranquila.

—¿No te habrías creído ni por un momento lo que insinuó sobre tu padre? Conozco a esta gentuza y sé cómo actúan. Aparentemente son personas normales de las que nadie sospecharía, pero son capaces de urdir hasta el más vil e intrincado enredo para intentar salir airados.

—Bueno, no lo creí, pero me hizo pensar. Me dolió que intentara hacer algo tan despreciable incluso después de haber acabado con su vida.

—Si yo te contara... Cuando se ven hasta el cuello de mierda, no les tiembla la mano para arrastrar con ellos a quien les convenga. Bueno, te dejo que debes coger tu vuelo. Que te vaya todo muy bien, Jane. Te mantendré informada cuando vaya a celebrarse el juicio. Que tengas un vuelo agradable.

—Muchas gracias, Lilliam. Te agradezco mucho tu ayuda y tu apoyo.

Colgó el teléfono móvil con un suspiro de alivio por la noticia

recibida y cuando se dirigía de nuevo hacia la mesa en la que Jason y Ash daban rienda suelta a su apetito, oyó por megafonía cómo, por fin, anunciaban la salida de su vuelo con destino a Shelton.

*«Que tu empeño te muestre senderos perdidos,  
y que nunca se sacie tu apetito de vida.  
Porque sólo fracasan los que se dan por vencidos,  
y la dirección de este viaje es sólo de ida.»*



## CAPÍTULO 15

# Un Mensaje Inoportuno

*“Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien.”*

Víctor Hugo (1802-1885)  
*Novelista francés.*

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

**P**or fin, Jane había logrado quedarse a solas en casa. Necesitaba coger el dinero del desván y Jason parecía no querer marcharse nunca. Habían comido juntos, algo que hacía tiempo que no sucedía. Para su sorpresa, él se había presentado a medio día con un ramo de rosas blancas. Aunque estaba de buen humor, a ambos les costó mantener una conversación fluida y el almuerzo transcurrió plagado de silencios incómodos que ninguno de los dos supo cómo manejar.

Al marcharse, Jason se despidió de ella apretándola contra sí y sujetándola del trasero al tiempo que le propinaba un beso en los labios, demasiado ardiente para su gusto. Salió por la puerta de vuelta al trabajo con una erección evidente bajo los pantalones, y ella apenas pudo controlar la mueca de asco que le produjo el recordar su cara junto a la de Judith, reflejada en el espejo del cuarto de baño.

Jane observó por la ventana cómo el Lamborghini de su marido se perdía entre los árboles de la calle. Unos minutos después, se encontraba en el desván retirando la mesa y el pesado sofá que camuflaban su escondite. A continuación, levantó la tabla y sacó la caja de zapatos. Sólo tenía trece mil dólares ya que no le había dado tiempo a reunir más dinero sin levantar sospechas. No le quedaba más remedio que intentar empeñar lo antes posible la tiara. Pero no sabía si le resultaría fácil encontrar un comprador. Cuando Theresa se la regaló, también le dio un certificado de autenticidad y un documento de tasación en el que se especificaba que la joya estaba valorada en doscientos mil dólares. Un precio demasiado alto

para un regalo, pero al parecer, según el criterio de su anterior propietaria, el justo para comprar su silencio cuando estuvo a punto de perder al bebé por culpa de su hijo. Un silencio que le hubiese resultado gratuito si Theresa hubiera intentado conocer mínimamente a Jane. Prometió que no denunciaría a su marido y esa ya era una decisión firme cuando la tomó, sin necesidad de ningún estímulo adicional. Aunque años más tarde dudaba de haber hecho lo correcto, en aquel momento lo tenía claro.

De pronto, oyó un crujido en la madera de la escalera y se sobresaltó pegando un bote. Cerró la caja con premura y la depositó en el sofá incorporándose en el mismo momento en el que la puerta del desván se abría.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunto Jason extrañado, acercándose a ella.

—Pues..., estaba buscando un libro de violín. Llevo días intentándolo y sigo sin dar con él. Así que había pensado que lo más probable es que esté en alguna de estas cajas.

Jane intentó colocarse de forma que su cuerpo tapara el hueco que había dejado el sofá. Por suerte, Jason raramente subía allí y no le pareció extraña la posición de los muebles desplazados.

—Ven, Jane —ordenó él.

La cogió de las manos ayudándola a sentarse a su lado. Retiró la caja de zapatos que le estorbaba y la colocó sobre la mesa. A Jane le dio un vuelco el corazón pero no se inmutó.

—Me doy cuenta de que últimamente nos hemos distanciado bastante —continuó—. Yo te quiero y te deseo. Quiero volver a estar contigo como al principio. Éramos dos locos enamorados que hacíamos el amor en cualquier parte, ¿recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo.

El corazón de Jane latía tan fuerte, que pensaba que iba a desmayarse. Había cerrado la caja antes de que él pudiese ver su contenido, pero seguía allí mismo, a unos centímetros de distancia. Apretó con fuerza sus manos para que no notase cómo le temblaban, lo que él interpretó como un signo de acercamiento.

—Estoy dispuesto a empezar de nuevo. Por eso hoy te he regalado el ramo de rosas. Para que cada vez que las mires, pienses en nosotros, en un nuevo comienzo. Pero... ¿Te estás ruborizando? —observó divertido.

—Bueno, me has dado un susto de muerte al entrar. Pensé que estaba sola en la casa y que podría ser un intruso.

—Sí, me olvidé el móvil. Ya sabes, uno no puede vivir más de cinco minutos sin ese trasto —bromeó sonriendo—. No te encontré abajo ni en el piso superior y cuando vi la puerta del desván entreabierta, imaginé que estabas aquí.

Hizo una pausa para contemplar la belleza deslumbrante de su esposa acrecentada por el rubor de sus mejillas y sus pupilas dilatadas. Con una sonrisa aprobadora la atrajo hacia sí para besarla.

—Y tú, ¿qué piensas? —continuó—. ¿Crees que podemos intentarlo de nuevo?

—Si sigues así de amable y tierno conmigo, por supuesto —mintió ella intentando sonreír.

Odiaba sus caricias y le repugnaban sus besos babosos. Pero debía interpretar a la perfección su papel de dócil esposa para no provocar su recelo. Lo más importante era que él no sospechase lo más mínimo lo que estaba haciendo allí. Tratar de desviar su atención de la caja que yacía sobre la mesa y del escondite que destacaba entre las tablas de madera del suelo como una dentadura a la que le falta una pieza.

—Sabes que si me lo propongo, puedo ser muy cariñoso contigo —insinuó él.

Jason le introdujo una mano por el escote de la blusa sujetándole un pecho y besándole el cuello mientras poco a poco iba echándose encima de ella. Jane percibió su gran erección a través de la tela de su falda y se estremeció. Aquellas caricias que en algún momento habían conseguido nublar su razón y hacerle perder el sentido del tiempo se habían convertido en fríos manoseos que le hacían temblar de aversión.

—Jason, para. Tengo el periodo —se disculpó incorporándose y abotonándose la blusa. Le dio un tierno y cariñoso beso en los labios para intentar poner punto y final a aquel intento de encuentro amoroso—. Te lo compensaré, te lo prometo. Además, vas a llegar tarde, ¿no?

—¡Vaya! —exclamó él decepcionado—. Claro que me lo compensarás —le sonrió picarón—. Esta es la segunda vez que hoy me dejas así —reprochó señalando el bulto prominente de sus pantalones—. Y te aseguro que esto no es bueno para mi salud.

—Lo siento, cariño.

—¡Qué bonitos eran! ¿Verdad?

Jason alcanzó la caja para observar los pequeños zapatos rojos de la fotografía de su tapa y Jane tuvo que respirar profundamente para intentar oxigenarse tras quedarse unos instantes sin respiración.

—Sí. ¿Recuerdas que no se los quería quitar nunca? —suspiró ella recuperando la caja y mirando el dibujo con fingida nostalgia para evitar que él pudiera abrirla.

—Quizá podríamos intentar tener otro niño...algún día.

—Es una buena idea cariño —afirmó sonriendo aunque sin poder evitar que todo el vello de su cuerpo se erizara ante la mera perspectiva de quedarse embarazada de él de nuevo.

—Bueno —anunció él—, debo irme. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Pensaba salir un rato...

—¿No irás a quedar con esa marimacho que parece un tío? Sabes que me cabrearía mucho si la sigues teniendo entre tus amigos. No quiero que la veas, sus ideas te envenenan la mente. Estoy convencido de que pierde el culo por ti y lo único que pretende es llevarte a la cama. A saber qué tipo de fantasías sexuales pervertidas tendrá a tu costa...

—Iba a salir yo sola. Necesito algo de ropa y quería ir a hacer algunas compras.

—Compra lo que necesites, no escatimes en gastos. Quiero que estés guapa para mí —afirmó dándole un beso de despedida.

Nada más desaparecer tras la puerta, volvió a asomar la cabeza diciendo:

—Espero que encuentres lo que estás buscando. Te quiero.

—Gracias, lo intentaré. Nos vemos esta noche.

La sonrisa de Jane se transformó en mueca cuando se quedó a solas. Por una vez la suerte parecía haberla acompañado, pero era posible que no estuviese mucho tiempo de su lado. Si se le hubiese ocurrido abrir la caja de zapatos... no habría podido encontrar ninguna excusa sostenible para convencerle y todo se habría ido al traste. Tenía la impresión de que últimamente Jason regresaba sin avisar muy a menudo, como si quisiera pillarla infraganti o sospechase algo. Aguzó el oído y no se movió hasta estar segura de haber escuchado la puerta de la casa cerrarse y posteriormente el motor del su coche alejándose. Entonces, se asomó a la escalera para comprobar que estaba sola y, cogiendo el dinero que necesitaba, colocó el resto en su escondite de nuevo. Volvió a emplazar los muebles en su posición correcta y salió.

Esa misma tarde volvió a encontrarse con Serena. Aparcó a varias calles de distancia de su lugar de encuentro y no paró de mirar hacia atrás desconfiada, para comprobar si alguien la seguía. Se estaba volviendo paranoica. Cuando por fin llegó a la cafetería y le contó a su amiga lo sucedido, ambas estuvieron de acuerdo en que debían extremar las precauciones y no subestimar a Jason. A partir de ese momento cambiarían su punto de encuentro y se asegurarían de que nadie las siguiera antes de contactar.

—Toma, aquí tienes el dinero —dijo Jane, pasándole un sobre a Serena por debajo de la mesa, que ella colocó discretamente en el bolsillo de su chaqueta—. Sólo me quedan ocho de los grandes. Tengo que conseguir empeñar la tiara cuanto antes.

—Precisamente ayer estuve indagando en internet y hay un joyero en Tacoma que podría estar interesado. Compra joyas de segunda mano que, según los comentarios de otros clientes, tasa a precios bastante razonables.

—Pero, con una joya tan cara, ¿crees que nos dará lo que realmente vale? —pregunto Jane.

—Seguramente no. Pero con que se aproxime será suficiente —afirmó Serena.

—Tengo miedo. Puede que reconozca su procedencia y llegue a oídos de Theresa o incluso del propio Jason, que estoy intentando vender la joya de la familia.

—Tu joya, no lo olvides. Fue tu regalo y ahora puedes hacer lo que quieras con ella.

—Sí, pero sería muy embarazoso dar explicaciones.

—Tienes razón —afirmó Serena meditando unos instantes—. Deberíamos hacerlo justo antes de que te marches para no correr riesgos.

—¿Qué tal si se lo comentas al hombre que me va a proporcionar la nueva identidad? Es probable que él tenga algún contacto al que le interese y podamos matar dos pájaros de un tiro.

—No me fio demasiado de ese tío —objetó Serena—. Aunque de alto nivel, no deja de ser un maleante. Pero, de todas formas, tantearé el terreno hablando con él. Si no es posible, podríamos volver a vernos dentro de dos días para intentar la opción del joyero. Como mucho, la documentación tardará cuatro o cinco días más.

—De acuerdo. Quedamos entonces dentro de dos días, a esta misma

hora en el café que nos conocimos ¿Lo recuerdas?

—¡Cómo no iba a acordarme! —exclamó Serena sonriendo con ganas—. ¡Menuda escenita la del impresentable aquel! También recuerdo tu cara de estupor y el susto que llevabas encima. He de confesarte que ese día me enamoré de ti. Tan frágil e indefensa, pero a la vez tan segura de ti misma...

Jane le cogió las manos y observó cómo su amiga cerraba los ojos y respiraba profundamente para poder saborear su dulzura.

—Me encantaría poder mostrarte de alguna manera lo que siento cuando te toco, que pudieses degustar conmigo las sensaciones que me provocas. Cuando lo recuerdo se me hace la boca agua. Incluso cuando sueño contigo me despierto con este sabor en los labios...

—¿Sueñas conmigo? —preguntó Jane sorprendida.

—Bueno, es lo único que puedo permitirme —bromeó abriendo los ojos y mostrando una gran sonrisa picarona.

—Y, ¿qué sueñas?

—Uf, créeme, no querrías saberlo.

Jane le dio un manotazo en el hombro y ambas rieron un buen rato.

—Me apena tanto que yo no pueda corresponderte...

—No. Ni se te ocurra preocuparte por eso —objetó Serena tajante—. Tú no tienes la culpa y no puedes pretender ayudar siempre a todo el mundo. Sé que voy a sufrir cuando no te tenga a mi lado, pero seré feliz si tú lo eres y sobre todo si estás lejos del loco de tu marido. Debes mirar hacia otro lado y comenzar una nueva vida olvidando el pasado. Enamórate de nuevo, disfruta de tu hija y vive...porque lo que ahora haces, no es más que sobrevivir. Tal vez algún día, nuestros caminos vuelvan a encontrarse y yo seré muy dichosa si sé que lo has conseguido.

—Gracias, Serena —Jane abrazó a su amiga con lágrimas en los ojos—. Yo también te quiero mucho —continuó—, recuérdalo siempre. Y para mí también va a ser muy duro alejarme de ti, aunque sé que estarás conmigo allá donde vaya.

Cuando se despidió de su amiga, el desasosiego le corroía las entrañas. Serena estaba enamorada de ella desde que se conocieron, pero era la primera vez que lo confesaba tan abiertamente. Sin embargo, nunca había hecho nada que a Jane le hiciese sentirse incómoda a su lado. Tenía claro que el suyo era un amor imposible y en vez de intentar retenerlo a su lado, lo estaba dejando marchar. O más bien, estaba alentando su huida.

Debía ser muy duro para ella ayudarla en todo aquel lío y, aun así, se estaba implicando como si su propia vida dependiera de ello. Jane pensó que lo que su amiga le ofrecía era un acto de amor verdadero y tuvo que contenerse para no romper a llorar.

Al día siguiente por la noche, después de acostar a Ashley, Jane preparaba la cena en la cocina. Le apetecía hacerlo y había dado la orden al servicio para que se marchara antes. Jason leía el periódico sentado en uno de los taburetes de la cocina, con una copa de vino en la mano. Ella cortaba verduras en finas tiras que iba añadiendo al wok que se calentaba a fuego lento. Le relajaba mucho colocarse el delantal y cocinar sin prisas mientras escuchaba música a través de los auriculares. En ese momento escuchaba a Pat Metheny y su "*Last train home*". No podía evitar cerrar los ojos y seguir el ritmo de las baquetas con ligeros movimientos de su cabeza cada vez que escuchaba aquella obra maestra. El sonido del sitar eléctrico envolvía la pieza acercándola a la perfección y convirtiéndola en una delicia para sus oídos. Casi podía distinguir en el horizonte de su imaginación el humo del tren que se acercaba. Ajena al mundo que la rodeaba, no escuchó el discreto ronroneo felino que había elegido como sonido en su iPhone para los mensajes entrantes de WhatsApp. Jason si se percató y cogió su teléfono sin que ella lo advirtiese saliendo de la cocina. Comenzó a ponerse nervioso haciendo elucubraciones sobre quién podía enviarle un mensaje a su mujer a esas horas e intentó curiosear. El móvil solicitó la contraseña de acceso que había visto introducir en más de una ocasión a Jane y creía recordar. Debía formar una X con los cuatro extremos del teclado numérico. Probó introduciendo 1-9-3-7 pero resultó un código incorrecto. Lo intentó de nuevo invirtiendo el orden de los números: 3-7-1-9. La pantalla se desbloqueó y un mensaje de un contacto no grabado en la agenda parpadeó ante sus ojos: "*Mañana trae una foto solamente*". Un emoticono amarillo lanzando un beso de corazón ponía punto y final a la comunicación. Jason apretó el aparato con tanta fuerza que crujió. Revisó la lista de llamadas entrantes y salientes y habían sido eliminadas todas, excepto las del día anterior. Ese número aparecía una sola vez en la lista de llamadas realizadas a las 10:30 de la mañana, pero nada más. Ningún sms, tampoco emails...Convencido de que su mujer tenía un amante, algo que venía sospechando desde hacía tiempo, a punto estuvo de lanzar el teléfono al suelo. En el último momento lo pensó

mejor y contestó al mensaje: “*Déjame en paz, no vuelvas a molestarme*” escribió, y le dio a enviar para evitar añadir lo que realmente le apetecía escribir. Si querían jugar, él iba a participar y ganaría la partida a cualquier precio.

Serena veía su serie favorita sentada en el sofá con una larga camiseta desgastada por pijama y disfrutando de una taza caliente de chocolate. Empezó la publicidad y soltó un taco por lo mucho que se abusaba de ella en los momentos más interesantes, cogiendo el mando dispuesta a hacer zapping durante un par de minutos. Cuando, despreocupada, leyó la contestación a su mensaje, le dio un vuelco el corazón y derramó el contenido de la taza. Aunque el líquido caliente le quemó las piernas desnudas no le importó lo más mínimo. Había metido la pata hasta el fondo. Estaba segura de que esas palabras no las había escrito Jane, al menos por voluntad propia, y maldijo su imprudencia. ¿Cómo se le había podido ocurrir contactar con ella y ser tan descuidada? Acababa de hablar por teléfono con el joyero y éste le había asegurado que con una foto y una copia de los documentos de la tiara, podría hacerles un cálculo aproximado de lo que les ofrecería por ella. Por supuesto, sin validez hasta que no la examinase en persona, pero les serviría de referencia. Al colgar, no se le pasó por la cabeza que Jason pudiese ver su mensaje y sin pensarlo dos veces se lo envió a Jane. Lo repitió en su cabeza una y mil veces para asegurarse de que no había escrito nada importante, aunque le había dejado claro a aquel loco celoso que al día siguiente su mujer tenía una cita con alguien. Probablemente no supiese de quién era el mensaje, pero estaba segura de que su imaginación enferma rellenaría todas las lagunas de información con datos bastante lejos de la realidad y que no le harían ningún bien a Jane. Si le pasara algo a su amiga por su indiscreción no podría perdonárselo jamás. Por insensata, acababa de poner en peligro la integridad física de la persona que más había amado en toda su vida. Muy nerviosa, con la camiseta aún mojada y pegada a su cuerpo, no paraba de dar vueltas de un lado a otro de su habitación sin saber qué hacer.

Ya en la cocina y con la serenidad que, en ocasiones, puede llegar a inspirar la locura, Jason se colocó detrás de Jane y le retiró los auriculares. Ella, absorta como estaba con la música y afanada en la cena,

se sobresaltó dando un respingo.

—¿Qué ocurre? Me has asustado. —protestó volviéndose un tanto enojada. Al percibir la expresión de ira contenida de su marido, palideció.

—¿Con quién has quedado mañana? —preguntó él aparentemente calmado, aunque el aleteo de sus fosas nasales delató su verdadero estado de ánimo.

—Yo... mañana —acertó a balbucear Jane—, no he quedado con nadie.

—¡No me mientas! pronunció escupiendo las palabras entre los dientes apretados y deteniendo la mano que había alzado contra ella en el último momento—. No quiero agredirte. Prometí que no lo volvería a hacer, pero me lo pones muy difícil. No te lo voy a repetir. ¿Con quién has quedado mañana?

Jane le observó inquieta mientras su cerebro trabajaba con rapidez para intentar procesar lo que estaba ocurriendo. De un rápido vistazo, reparó en que él tenía su teléfono móvil en la mano y enseguida ató cabos. Si estaba tan enfadado, probablemente sería porque Serena la habría llamado o, más probablemente, enviado algún mensaje que él debía de haber interceptado. Decidió decirle parte de la verdad para no empeorar las cosas.

—Había quedado con Serena —confesó agachando la cabeza y cerrando los ojos para esperar un golpe que no llegó.

—¡¿Con esa zorra?! ¡Lo sabía! ¡Sabía que era ella! ¿Te la estás tirando? Dime la verdad o...

—¡Por Dios, Jason! —interrumpió ella para evitar que se enredara aún más en la espiral de furia en la que ya comenzaba a rodar—. Nunca me he sentido atraída por una mujer y ella siempre me ha respetado. Somos muy amigas, nada más. Tienes que creerme, por favor.

—Te advertí que no la volvieras a ver y me has desobedecido, además de mentirme como a un imbécil.

Había bajado la mano que amenazaba con golpearla pero seguía tan furioso que bramaba a pocos centímetros de su rostro obligándola a retroceder.

—Es mi mejor amiga —susurró bajando la mirada con gesto de sumisión—. No puedes pedirme que no la vuelva a ver, no es justo. Debes comprenderlo.

—¿Para qué habíais quedado mañana?

—Para tomar un té y comprar algunas cosas.

—Y, ¿qué es lo que tenías que llevarle?

—Nada. No tenía que llevarle nada...

Él le sujetó la cara apretándola con fuerza hasta hacerle daño. Sus labios estaban a punto de rozar los de Jane y ella pudo ver en sus ojos desorbitados un destello de placer que le erizó el vello de la nuca.

—No me mientas —le susurró amenazante—, he visto el mensaje.

Por mucho que intentaba darle vueltas a la cabeza para descubrir qué era lo que le había dicho Serena en aquel mensaje sólo acudía a su mente una y otra vez la maldita tiara. Aunque se negaba a creer que su amiga hubiese sido tan descuidada, una alarma comenzó a sonar en algún lugar de su aterido cerebro. Cuando Jason la empujó hasta aplastarla contra la pared, el pánico la hizo arriesgarse con lo primero que se le ocurrió.

—Supongo que será lo de mi vestido, pero no sé lo que querrá que le lleve...

—¿Qué vestido? —dudó él, relajando la presión sobre sus mejillas.

—Uno blanco y negro que me compré el otro día —comenzó a explicar girando la cabeza para liberarse de aquella zarpa que la oprimía y le impedía hablar—. Necesitaba una chaqueta pero no encontraba ninguna que combinara, así que había pensado llevarlo en una bolsa para que ella me ayudase.

Jane rezó en silencio para que la excusa que acababa de inventar tuviese algún sentido en el contexto del mensaje que él había leído. Si no resultaba creíble, sus problemas no habrían hecho más que empezar. Jason pareció discurrir durante unos instantes, que a ella le parecieron eternos. Sus piernas comenzaban a temblar cuando él volvió a hablar.

—Dice que lledes solamente una foto y te lanza un beso con uno de esos dibujitos.

—Supongo que se referirá a una foto del vestido, para que no tenga que llevarlo —aclaró mucho más relajada al intuir que podía salir de aquel atolladero. Aunque seguía pareciéndole una excusa de lo más insustancial—. Lo del beso no significa nada. Lo envía todo el mundo para despedirse, nada más.

Pudo apreciar cómo los músculos de Jason se relajaban al escuchar su aclaración y descubrió que los suyos estaban tan agarrotados por la tensión que no pudieron imitarle. Él se alejó mesando su melena, pensativo.

—Está visto que siempre acabas haciendo lo que te da la gana, pero esta vez no vas a salirte con la tuya.

Se volvió hacia ella con una sonrisa maliciosa y el brillo del contrincante vencedor en sus ojos.

—No vas a acudir a la cita —añadió moviendo su dedo índice ante ella y visiblemente divertido. De hecho, mañana pienso pasar todo el día contigo en casa para evitarlo.

—Pero... —acertó a pronunciar Jane.

—¡Cállate! —gritó él de repente—. Y da gracias a que he sabido contenerme. Cuando he visto el mensaje quería matarte con mis propias manos.

Se dio la vuelta y desapareció llevándose el iPhone de Jane con él y dejándola allí apoyada en la pared tratando de no resbalar hasta el suelo y dejarse llevar por las lágrimas. El olor a quemado la sacó de aquel estado. Apagó el fuego y retiró el wok en el que la cena se había echado a perder. De todas formas, ya no tenía hambre. Se quitó el delantal y salió al jardín con los brazos cruzados para tranquilizarse con la brisa nocturna del mar.

Serena estaba tan nerviosa que ya era la segunda vez que vomitaba. Levantó la cabeza del inodoro y se incorporó un tanto mareada. No sabía qué hacer y su cerebro desertor se había convertido en un trozo de corcho que se negaba a reaccionar. Se puso unos vaqueros y una sudadera y salió a la calle en busca de una cabina telefónica. Tenía que intentar ponerse en contacto con Jane pero no podía arriesgarse a hacerlo desde su número de móvil. Su inquietud no hizo más que acrecentarse cuando escuchó por el auricular: *“El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura”*. Permaneció unos instantes escuchando el pitido que le llegaba a través del hilo telefónico como hipnotizada por su ritmo repetitivo y cadencioso.

En un impulso desesperado, subió al coche dispuesta a conducir hasta la casa de Jane para asegurarse, de alguna manera, de que su amiga se encontrara bien. Aunque tuviese que arrastrarse entre las sombras como un vulgar ratero, era preferible a la incertidumbre que la atormentaba. Para intentar tranquilizarse, se prometió a sí misma llamar a la policía al menor indicio de que algo fuese mal. Aparcó varias calles antes de llegar a la casa y caminó tranquila, con las manos en los bolsillos, hasta acercarse a su objetivo. Echando de menos un perro al que pasear para

intentar pasar desapercibida, se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera. La brisa del mar cercano la saludó con su olor característico a salitre y la luz de la luna llena, que se reflejaba en aquel acuoso espejo, acarició su rostro en señal de bienvenida. Maldijo su suerte por haber elegido la peor noche para su cometido, en la que era imposible beneficiarse de la clandestinidad de las sombras. Mirando en todas direcciones para comprobar que no había nadie que pudiera sorprenderla, rodeó la casa aproximándose por la parte trasera a las ventanas de la cocina, donde se podía distinguir una luz encendida. Una vez allí, tuvo que arriesgarse a salir de entre los setos del jardín para poder acercarse a unos centímetros de la ventana. Cuando vio a Jane bebiendo un vaso de agua allí de pie, al lado del frigorífico, por fin fue capaz de recuperar el aliento. No había rastro de Jason y deseó con fuerza poder abrazarla, sentir su respiración y acariciar su tersa y dulce piel. La tentación se apoderó de ella y estaba a punto de dar unos golpecitos en el cristal para llamar su atención, cuando la luz del porche de uno de los vecinos se encendió.

—¿Quién anda ahí? ¡Voy a avisar a la policía!

La voz alarmada de aquel hombre la sobresaltó. Echó a correr amparándose en la oscuridad de las sombras que proyectaba la vegetación y desapareció justo en el mismo momento en que Jason salía al jardín.

—¿Qué ocurre, señor Owen? —preguntó intrigado.

—Había un hombre encapuchado fisgoneando por la ventana de su cocina y medio oculto entre los arbustos —aseguró su vecino preocupado.

—¿Seguro que era un hombre?

—Creo que sí, o eso me pareció. Sólo puedo decirle que parecía alto, pero no puedo darle muchos más detalles porque desapareció corriendo. Quizá debería llamar a la policía.

—No se preocupe, yo me encargo. Muchas gracias, señor Owen. Buenas noches.

—Buenas noches. Salude a su esposa de mi parte.

Jason entró en casa con el ceño fruncido, cruzándose con Jane, que no se había percatado de lo sucedido. Al ver la expresión inquieta de su marido preguntó:

—¿Ocurre algo?

—El vecino dice que había un intruso merodeando por la casa y mirando por la ventana de la cocina. Como son unos cotillas, no se les escapa nada. Siempre están husmeando...

—¡Un hombre! —exclamó ella alarmada—. ¿Sería un ladrón?  
—Dice que era alto y que ocultaba su rostro con una capucha.  
—¿Por qué no llamas a la policía? Ellos sabrán que hacer.  
—No. Como lo vuelva a ver merodeando por la casa, le meto un tiro en la cabeza. Ahora, vete a la cama. Es tarde.

A Jane le costó conciliar el sueño. La discusión con Jason la había alterado demasiado y le preocupaba el asunto del extraño merodeando por su jardín. Sólo le faltaba un robo por añadir a la larga lista de problemas que coleccionaba.

Al día siguiente, le fue imposible acudir a su cita con Serena. No tenía móvil, puesto que él se lo había requisado como si fuese una adolescente a la que castigar. Así que tampoco tuvo forma de comunicarse con su amiga. Jason se pegó a ella como una lapa durante todo el día y ni siquiera acudió al trabajo. Jane trató de entretenerse leyendo o tocando el violín para hacer más llevadero su aislamiento. Aquel sinsentido no podía durar mucho tiempo. Tarde o temprano él se cansaría y la dejaría en paz, pero le preocupaba Serena. Conociéndola estaría neurótica y era capaz de hacer cualquier imprudencia.

Serena llevaba casi dos horas esperando en la cafetería y cada minuto que pasaba sin noticias de Jane, aumentaba su inquietud. Bebió un trago de su tercer té de manzana para intentar calmarse un poco, pero aquello no funcionó. Le atormentaba la idea de que a su amiga le hubiese ocurrido algo y no dejaba de pensar que el hecho de que la hubiesen descubierto la noche anterior en su jardín, podía haber desatado la ira de aquel demente. Observó la mesa vacía que tenía frente a ella e inevitablemente le vino a la memoria el día en que se conocieron. Al recordar cómo se había ruborizado Jane, al ser sorprendida observándola por encima de su iPad, sus neuronas enviaron una descarga de dopamina que atravesó todo su sistema nervioso provocándole el despertar de miles de mariposas en el estómago. Inconscientemente pasó la lengua por su labio superior saboreando los matices de fresa que acariciaban sus papilas gustativas cuando se excitaba. «*No es el momento*» —pensó, y de repente, sintió una urgente necesidad de comunicarse con ella y cerciorarse de que se encontrara bien. No podía soportar más aquella incertidumbre y, dejando

unas monedas sobre la mesa, salió decidida del local en busca de una cabina telefónica.

En aquella ocasión, el tono de llamada le indicó que el móvil no estaba apagado. Esperó impaciente hasta que alguien lo descolgó sin pronunciar una sola palabra. Se hizo un silencio entre los dos interlocutores, en el que ninguno de los dos se decidía a iniciar una conversación. Una alarma saltó en su cerebro, advirtiéndole que era él el que estaba al otro lado de la línea, acechando, esperando a oír su voz para lanzarse a su yugular. Estaba a punto de colgar, arrepentida por su impaciencia, cuando escuchó su voz. El tono con el que Jason pronunció aquellas palabras se le clavó en las entrañas.

—No vas a poder verla nunca más porque...está muerta. ¿Me oyes bien? ¡MUERTA!

Él colgó el teléfono y Serena se quedó paralizada, sujetando el auricular que emitía un pitido repetitivo al otro lado de la línea. De repente, lo soltó como si le hubiese dado un calambrazo y tuvo que escupir para intentar eliminar el picante sabor del miedo que le entumecía la lengua. La boca le ardía con una intensidad que nunca había sentido y apenas podía soportarlo. Comenzó a temblar descontroladamente y cayó de rodillas. Notaba las palpitations irregulares de su corazón en la garganta y comenzó a hiperventilar. Cuando era pequeña, los médicos le habían explicado a su madre que, algunas personas sinestésicas, habían llegado a sufrir una crisis de pánico causada por una descarga descontrolada de adrenalina. En casos muy extremos, incluso un infarto provocado por un vasospasmo coronario repentino.

Al recordarlo, su estado empeoró y comenzó a ver las cosas de un tono azul borroso. Le faltaba el aire y tenía que hacer algo rápidamente o se temía lo peor.

Tal vez pudiera contrarrestar los síntomas provocando otras sensaciones que lograran calmarla. Alzó la cabeza y vio un pequeño jardín a pocos metros. Se arrastró hasta él, desesperada por acariciar el césped, la tierra o cualquier cosa que pudiera sacarla de aquel estado. Estaba al borde del desmayo cuando alcanzó la hierba húmeda, que acarició desesperada con la cara y las manos y comenzó a lamer con ahínco. Inmediatamente empezó a encontrarse mejor. Su corazón poco a poco comenzó a bombear más despacio y logró aspirar una gran bocanada de aire. Al abrir los ojos, aún aturdida y a través de un velo de color verde,

vio cómo una mujer mayor que paseaba a su perro la observaba horrorizada, alejándose a continuación a paso ligero. Serena logró arrastrarse un par de metros más hasta acercarse a un gran árbol al que abrazó, al tiempo que apoyaba la mejilla contra su dura corteza. Aquello fue como una inyección energizante de efecto instantáneo. En pocos minutos se encontraba tan bien que le costó incorporarse y contradecir a su instinto corporal que la instaba a continuar manteniendo el contacto con el árbol. Más calmada, recapacitó sobre lo que le había ocurrido y cómo había sido capaz de controlarlo. Volvió a acariciar el tronco del árbol con curiosidad, pero ya no percibía la intensa sensación que le había provocado su contacto instantes antes. Había sido algo tan extraño... Por un momento, incluso le había parecido escuchar el fluir de su savia. Pero aquello, fuese lo que fuese, había desaparecido.

Se repuso y caminó hacia su coche volviendo a lo que estaba ocurriendo con Jane. No debía haberla llamado por teléfono. ¡Qué diablos le pasaba! A causa de su desesperación, se estaba impacientando y no paraba de cometer un error tras otro. Aquel cabrón la había estado esperando. Sabía que no podría soportarlo y que intentaría ponerse en contacto con Jane. Serena estaba segura de que él se había tirado un farol al decir que su amiga estaba muerta. Pero ¿y si, en un arrebato de los suyos, la había matado? Le creía perfectamente capaz de hacer algo así. La angustia volvió a retorcerle las tripas.

Decidió volver a acercarse a casa de Jane para intentar descubrir la verdad. Aunque, esta vez sería más prudente.

Serena aparcó, camuflando su coche entre las sombras de un gran roble, pero con un ángulo de visión suficiente como para captar los movimientos de varias zonas de la casa. Se recostó en el asiento y esperó. Pasaría allí la noche. De todas formas, según estaban las cosas, sería incapaz de pegar ojo. De camino, había parado en una cafetería y comprado un café y varios donuts, de los que comenzó a dar cuenta con cierta ansiedad. La crisis de pánico que acababa de sufrir la había dejado tan exhausta como hambrienta. Mientras comía, sonrió al pensar que un extraño podría confundirla con un detective espiando a algún sospechoso. Sólo le faltaban unos prismáticos y una cámara de fotos para meterse por completo en el papel de Rebecca Sutton, en busca de algún marido infiel o involucrado en algún turbio asunto.

La casa estaba tranquila y llevaba un rato sin más novedad que la luz encendida del salón. De pronto, se encendió otra luz en el dormitorio de Jane. Serena se incorporó de sopetón, derramando el café caliente sobre sus vaqueros.

—¡Joder! ¡Cómo quema! —se quejó colocando el vaso con lo que quedaba de líquido en el asiento del copiloto y sacudiendo las piernas.

Aguzó la vista y le pareció distinguir la silueta de una mujer con un niño en brazos a través de las cortinas. Debían ser Ashley y Jane y ambas parecían tranquilas.

—¡Sí! —casi gritó—. ¡Están bien!

Estaba claro que aquel cerdo desequilibrado quería asustarla. Decidió pasar el resto de la noche allí y esperar a que él se ausentara por la mañana. En algún momento tendría que hacerlo y entonces, una vez segura de que no hubiera peligro alguno, intentaría acercarse a la casa y hablar con Jane.

Puso música y se recostó preparada para pasar una larga noche de vigilia. El saxofón de Dave Koz sonaba como música celestial interpretando "*Faces of the heart*". Su imaginación viajó muy lejos de allí. A una velada al calor de un fuego de chimenea, con esa misma música acariciando sus oídos, sosteniendo una copa de un buen vino en una mano y, con la otra, acariciando el suave pelo de Jane recostada en su regazo...

A primera hora de la mañana, Serena vio llegar al servicio. La más puntual fue Hanna, que poco después salió con la niña y ambas se marcharon juntas en su coche. Ashley portaba una bolsa de deporte rosa, así que Serena supuso que iban a clase de natación. A continuación, entró en escena Judith. Serena hizo un gesto de desagrado al contemplar la forma de contonearse de la ambiciosa sirvienta. Aquella arpía, no sólo estaba poniéndole los cuernos a Jane con su marido, sino que además, se permitía el lujo de rebozárselo por las narices.

«*Otra hija de puta de la misma calaña que él*» —pensó con un rictus de repugnancia y entornando los ojos al observar su forma de andar—. «*Ojalá llene el hueco que va a dejar Jane para que él no se moleste en buscarla. Aunque esa no vale ni la ropa interior que lleva puesta*».

Serena continuó casi toda la mañana allí sentada, aburrida y somnolienta. Durante ese tiempo, Jason sólo salió un momento para

recoger el periódico del jardín y volvió a casa enseguida. Estaba entumecida y hambrienta y lamentó no haber tenido en cuenta que podría pasar bastantes horas en el coche. Pero no quería arriesgarse a marcharse por miedo a que hubiese novedades. Después de la hora de la comida todo seguía en calma y ella estaba a un tris de la desesperación. No aguantaba más las ganas de ir al baño y, tras mucho darle vueltas, empezó a ingeniar un plan para intentar bajarse los pantalones dentro del coche y, disimuladamente, hacerlo en el vaso de café de la noche anterior. Se preguntaba cómo diablos se las apañarían los policías que hacían ese tipo de vigilancias. Seguramente se relevaban cada cierto tiempo y, en caso de necesidad, estaba claro que los chicos lo tenían mucho más fácil. Sólo rezaba para que, justo en ese momento, no pasara nadie cerca del coche y la descubriera de tal guisa. Empezó a maldecir y a soltar tacos, a cual más fuerte, al comprobar lo difícil que le resultaba a una persona tan alta como ella, bajarse los pantalones en aquel reducido espacio e intentar encestar en un recipiente tan pequeño. En eso estaba, cuando por el rabillo del ojo vio salir el Lamborghini de Jason.

—¡Mierda! ¡Qué oportuno! —rezongó interrumpiendo sus malabarismos.

Lanzó el líquido por la ventanilla y se vistió en un periquete. Cuando el coche negro desapareció a lo lejos, esperó unos instantes y corrió hacia la casa. Llamó al timbre impaciente y una Jane preocupada le abrió la puerta.

—¡Serena! ¡Qué haces aquí! Si nos ve juntas es capaz de matarnos a las dos...

No pudo continuar protestando porque su amiga se lanzó a sus brazos. Apenas sin aliento por el esfuerzo de la carrera, Serena le preguntó:

—¿Estás bien? Necesitaba verte y comprobar que sigues viva.

—Pues claro que estoy viva, tonta.

—Anoche no pude contenerme. Estaba muy preocupada porque no acudiste a la cita y te llamé al móvil. Él me dijo que estabas muerta.

—Pues ya ves que te mintió —bromeó Jane intentando sonreír para calmarla.

—¿Te ha tocado? Dime la verdad —masculló levantándole la barbilla con la mano e intentando descubrir alguna señal de violencia.

—No, aunque tuvimos una fuerte discusión. Me alzó la mano, pero

esta vez fue capaz de contenerse y no me pegó. Vio tu mensaje de WhatsApp y se volvió loco. Al final, salí al paso bastante bien con una excusa tonta y creo que se lo tragó.

—Lo siento mucho. Fui muy imprudente...

—Piensa que somos amantes o algo así y eso le trastorna. Por eso debes irte. Es muy peligroso que sigas aquí. ¡Vete ya! Ashley y yo estamos bien, no te preocupes.

Jane asomó la cabeza por la puerta, observando inquieta ambos lados de la calle. Jason podría volver en cualquier momento y entonces... no quería ni pensarlo.

—Me estaba volviendo loca pensando en lo que te podía haber pasado y hace un par de noches no pude evitar acercarme para comprobar que seguías bien. Pero tu vecino me descubrió...

—Así que eras tú —afirmó Jane negando con la cabeza—. Lo sospechaba. Y creo que Jason también, porque no quiso avisar a la policía y juró que, si aquel intruso volvía a aparecer, le pegaría un tiro sin pensárselo dos veces.

—Lo siento, no volveré a hacerlo. Ahora me quedo más tranquila. Queda poco para que todo esté listo —añadió con un susurro apenas audible.

Cogió las manos de Jane, desesperada por tener un mínimo contacto con ella, pero su amiga las rechazó asustada y volviendo a mirar nerviosa hacia la calle.

—Ya hablaremos, tranquila. Pero ¡vete ya! Me estoy poniendo histérica.

Serena, en un impulso irresistible, la abrazó con fuerza y la besó en la mejilla cerrando los ojos para grabar ese instante en sus recuerdos. Llevaba tantas horas de incertidumbre y desesperación, que necesitaba tocarla, sentir el latido de su corazón, percibir el calor de su piel, su sabor... Su cuerpo al completo se estremeció al rozar con los labios la suave piel de la mejilla de Jane.

—Te quiero. Ten mucho cuidado, por favor —le susurró al oído.

—Yo también, Serena. ¡Vete!

Jane cerró la puerta tras ella sin esperar más y contempló por la ventana cómo su amiga se alejaba apresuradamente.

Una lágrima se le escapó sin poder controlarla. Nunca nadie le había

demostrado su amor como lo hacía Serena.

«*Por amor se puede llegar a morir..., pero también a matar*» —pensó preocupada.

...

Jason estaba aburrido y harto de quedarse en casa esperando que aquella zorra mordiera el anzuelo. Deseaba con todas sus fuerzas que apareciera porque, hasta que no acabara con ella, no podría dormir tranquilo. Después de darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que, lo mejor sería cortar por lo sano. A la más mínima oportunidad le pegaría un tiro entre ceja y ceja. Sería una buena lección para Jane, que aprendería a no desafiarle nunca más. Además, tenía la excusa perfecta. Podía alegar que era la misma persona que había estado merodeando por su jardín la noche anterior. Incluso su vecino podría corroborarlo. Por eso se guardó la pistola oculta bajo la cintura del pantalón antes de salir con el coche.

Paró a una distancia prudencial y no tuvo que esperar mucho hasta ver correr a Serena en dirección a la casa. Contempló la escena entre ambas mujeres y todo fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de reaccionar. Sacó la pistola y condujo de nuevo hacia ellas, llegando justo en el momento en que, el coche de aquella puta, desaparecía calle arriba. Paró el coche en un momento de lucidez. Aunque era lo que más deseaba, no podía perseguirla y matarla sin más. No tendría ninguna coartada. La frustración le nubló la vista y golpeó con furia una y otra vez el volante, hasta que el dolor en sus muñecas le hizo parar. Después de pensar durante unos instantes, se calmó. Ocultó de nuevo la pistola y salió del coche.

Entró en casa dando un portazo que hizo que uno de los cristales de la puerta saltara, rompiéndose en mil pedazos.

«*Que de celos y envidias salgas ilesa,  
y que ser tu misma no sea un error.  
Porque cada experiencia vivida, en tu piel queda impresa,  
Y negar lo que eres, no te hará sentir mejor.*»





## CAPÍTULO 16

# Rosas de Judas

*“Quien con monstruos lucha, cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.”*

Friedrich Nietzsche (1844-1900)  
*Filósofo alemán.*

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

**E**l portazo tomó por sorpresa a Jane, que se alarmó al observar el semblante enloquecido de su marido. Éste ignoró los cristales desparramados por el suelo y fue directo al mueble bar para coger una botella de whisky. Estaba tan trastornado que derramó parte del licor sobre la alfombra sin inmutarse. A continuación, subió las escaleras en silencio, con la mirada perdida.

Jane observó la escena paralizada, como cuando de pequeña se colaba en el cine con su amiga Sherry para ver películas de terror no aptas para su edad. Después, podían pasar varios días hasta que desaparecían las pesadillas, pero el miedo tenía un componente adictivo que las hacía repetir en cuanto tenían ocasión. Aunque siempre se decía a sí misma que la próxima vez apartaría la mirada en los momentos más terroríficos, era incapaz de hacerlo. Siempre permanecía inmóvil, observando con los ojos como platos las escenas más sangrientas y macabras.

Así se sentía en ese preciso instante. Sus dedos agarrotados presionaban con fuerza el marco de la puerta en el que se apoyaba. Observando, petrificada, las escaleras por las que había desaparecido su marido.

De pronto, sintió un miedo mucho más primario y real que el provocado por aquellas películas de terror de su infancia. Miedo a que él no pudiera controlarse y traspasara el límite; a que se le fuera de las manos y acabara con ella.

El mero hecho de pensar que la niña se quedaría a solas con él y sin que ella pudiese protegerla, le partía el alma. Tenía que pensar algo rápidamente, antes de que estuviese completamente borracho y fuera de sí. La niña no tardaría en llegar y quizá, si preparaba algunas cosas rápidas, podrían huir y evitar lo que, con mucha probabilidad, ocurriría esa noche si permanecían en casa. Había podido captar con una simple mirada, un reflejo de locura en los ojos de Jason. Sabía que la situación era crítica. Seguramente, él había estado observando su conversación con Serena en la puerta de la casa y el tierno abrazo y el beso de su amiga lo habrían trastornado.

Tuvo un presentimiento y corrió hacia el despacho de Jason. Tiró del cajón en el que él guardaba su arma, y que habitualmente permanecía cerrado con llave, y éste se abrió sin dificultad. Dentro sólo había una caja de munición abierta de la que resbalaron varias balas que rodaron por el cajón.

—¡Dios mío! —exclamó sin poder evitarlo.

Cerró el cajón lentamente, como si fuese a explotarle en las manos.

«*Tenemos que irnos ya*» —pensó poniéndose en marcha.

Era demasiado pronto. Aún faltaban un par de días para que la documentación estuviese preparada, pero tenía que hacerlo. No podía arriesgarse a esperar. Necesitaría todo el dinero de la caja ya que, seguramente, el cambio de planes en la fecha de entrega les iba a salir más caro. Por eso tenía que llevarse también la tiara. Ya tendría tiempo de empeñarla después. El problema era que la joya estaba en la caja fuerte de su dormitorio y Jason estaba dentro.

El ruido de la puerta de la calle al cerrarse hizo que se sobresaltara, y Jane se ruborizó como un niño al que acaban de descubrir con una mano en la caja de golosinas.

—¡Mami, ya estoy en casa! —exclamó Ashley dando saltitos, feliz de volver a verla.

Jane corrió a su encuentro.

—¡Hola, cariño! —saludó con un gran beso, intentando disimular su inquietud. La niña no debía saber nada hasta el último momento—. ¿Todo bien Hanna? —saludó.

—Muy bien, señora. Pero ¡cuidado Ash! Hay cristales en el suelo y te puedes cortar...

—Sí. No los pises, cariño. Una corriente ha hecho que la puerta se

cierre de golpe y se han roto los cristales.

—Ya los recojo yo —se ofreció Judith, que acababa de aparecer en ese mismo momento con una escoba en las manos—. Habrá que controlar un poco más esas corrientes, ¿verdad señora? Pueden ser peligrosas —sostuvo, adornando su intervención con una sonrisa sarcástica.

—Dedícate a hacer tu trabajo y guarda tus comentarios para quien te los pida. Puede que hoy sea tu último día aquí —amenazó Jane harta de sus insolencias y dispuesta a no permitirle ni una más.

—Sí, señora —musitó la sirvienta recogiendo los cristales y sustituyendo su sonrisa por una mueca despectiva.

—Muchas gracias, Hanna —continuó Jane, dirigiéndose a la niñera—. Puedes marcharte si quieres. Ya me encargo yo de Ash. Nos vemos mañana.

—¡Mami va a jugar conmigo hoy! ¡Bien! —se alegró la pequeña—. Tengo que acabar de leer el cuento de Perla. Está muy emocionante porque unos ratones traviesos han cambiado su lista de tareas y los habitantes del parque se están volviendo locos. Y quiero acabar el dibujo de Peppa Pig. ¡Vamos ya! —exclamó estirando impaciente de la mano de su madre sin dejar de dar saltos de alegría.

—Bueno, entonces hasta mañana —se despidió Hanna—. Pórtate bien, ¿vale? Me lo has prometido —besó a la niña, revolviéndole el pelo con gesto cariñoso y se marchó.

Jane trató de mantener ocupada a la niña para poder subir al desván. Le preparó rápidamente algo para cenar mientras ella pintaba. Pero, cada vez que intentaba ausentarse, Ash insistía en acompañarla. Se empecinó en que la ayudara a colorear, con todo lujo de detalles, una retahíla de personajes y Jane estuvo a punto de perder los nervios.

Al terminar, Jane convenció a Ashley para leer un rato en la cama. Con un poco de suerte, se dormiría enseguida, como solía ocurrir cada noche. Era mejor que la niña estuviese dormida, por lo que pudiera pasar.

Se le hizo eterna la lectura de las aventuras de la hadita Perla. Ashley aún no tenía soltura y leía muy lentamente. A su madre le costaba disimular la impaciencia y era incapaz de concentrarse. Sus pensamientos volaban al desván, y no podía dejar de dar vueltas a cómo coger el dinero sin levantar sospechas. Después, si quería hacerse con la tiara, de alguna manera tendría que hacer salir a Jason de la habitación...

—¡Mamá! No me estás escuchando —le reprochó Ash enfadada.

—Perdona, cariño. Sigue, que sí te escucho.

—¡Todo el mundo sabe que...—continuó leyendo la niña—, las zarigüeyas no saben nadar!

«¡Madre mía! ¡Esto no se acaba nunca!»—pensó Jane, empezando a desesperarse. Valoró la opción de dejarla allí sola leyendo, por mucho que regañara, para que ella pudiera subir al desván. El problema era que no aguantaría mucho antes de seguirla. Lo mejor sería tener paciencia y esperar a que se durmiera.

Cuando la pequeña terminó de leer, Jane le dio un beso en la frente.

—Lo haces muy bien cariño. Cada vez mejor.

—Mami, Hanna me ha enseñado una canción nueva que ya he aprendido de memoria. Espera que te la canto: “*Cinco pequeños patitos salieron a pasear...*” —comenzó a cantar entusiasmada.

A Jane se le saltaron las lágrimas al ver a su hijita tan feliz, ajena a todo lo que estaba sucediendo. Tan frágil y tan necesitada de cariño y atención. La abrazó con fuerza besándola repetidas veces.

—Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Mamá! ¡No seas pesada! ¡Que aún no he terminado! —protestó, continuando con su canción hasta el final.

Por fin llegó el momento de dormir y, aunque la niña se quejó porque era más temprano de lo habitual, Jane la convenció prometiéndole que le daría una sorpresa al día siguiente. Esperó unos minutos fuera, en la puerta de la habitación, hasta que escuchó el ritmo de su respiración acompasada. Pronto la despertaría, cuando tuviese todo preparado para huir.

Judith ya se había marchado hacía rato y madre e hija estaban a solas con él en casa. Jane se apresuró a subir las escaleras, procurando no hacer el más mínimo ruido. Apenas respiró cuando pasó por la puerta entreabierta de su dormitorio. Se detuvo unos instantes para escuchar, pero no se oía absolutamente nada.

«*Puede que se haya emborrachado y se haya quedado dormido*» —pensó—. «*A estas alturas ya habrá acabado con la botella de whisky.*»

El corazón se le aceleró y todos los pelos de su cuerpo se le erizaron, al recordar lo que Jason era capaz de hacer estando ebrio. Continuó subiendo muy despacio, temiendo escuchar el crujir de los peldaños de

madera con cada paso que daba. Al llegar a la puerta del desván, entró rápidamente y la cerró tras de sí, sin ni siquiera encender la luz. Cuando accionó el interruptor, tuvo que llevarse ambas manos a la boca para reprimir un grito. Allí estaba él, esperándola sentado en el viejo sofá de piel. En el suelo, entre sus piernas, yacía la botella de alcohol completamente vacía. A su lado, descansaba el ramo de rosas blancas que le había regalado hacía un par de días y que comenzaban a perder su frescura. Jugaba despreocupadamente con la pistola, sin apartar la mirada de Jane. La sonrisa en sus labios, no lograba disimular la frialdad que reflejaban sus ojos azules. Era como si sus labios y sus ojos perteneciesen a rostros distintos. Cada uno revelaba sentimientos diferentes y perfectamente delimitados.

Jane comenzó a temblar y tuvo que concentrarse en apretar las mandíbulas para evitar el castaño de los dientes. No podía salir corriendo. No le daría tiempo a escapar recogiendo a la niña mientras él tuviese el arma en su poder. Su cerebro comenzó a trabajar rápidamente intentando hallar el modo de arrebatársela y entonces, él se dirigió a ella:

—Pasa cariño. Te estaba esperando desde hace un buen rato. No sé por qué, pero estaba seguro de que vendrías aquí. ¿Qué es lo que escondes entre tanto trasto viejo? Sé que, últimamente, subes a menudo. Pero ven —ordenó haciéndole gestos con la pistola para indicarle que se acercara—, acércate sin miedo. Siéntate aquí, al lado de tu marido y cuéntale tus secretitos.

Ella le observó, incapaz de moverse, intentando hallar un punto débil que aprovechar. No parecía borracho porque coordinaba sus movimientos y sus palabras eran coherentes.

—¡Que vengas aquí, hija de puta! —gritó apuntándola directamente con el arma.

Jane se sobresaltó y comenzó a acercarse lentamente. Sus piernas parecían arrastrar un lastre invisible que le costaba acarrear. Una y otra vez le venía a la mente la niña. Si sus gritos la despertaban, podría levantarse y buscar a su madre asustada. Rezó con todas sus fuerzas para que, si eso llegaba a ocurrir, no intentase subir hasta el desván. En el corto espacio que la separaba de su marido, observó la sala con avidez en busca de algún objeto con el que poder defenderse en caso de necesidad. Una vieja lámpara de bronce sin tulipa, que siempre le pareció horrorosa y que representaba el cuerpo semidesnudo y rollizo de una mujer, descansaba en

el suelo al lado del sofá. Tal vez podría servirle como arma, aunque las probabilidades de poder utilizarla eran escasas. Se sentó con cautela, procurando mantener la lámpara a su alcance y sin acercarse demasiado a él.

—Ahora me vas a contar por qué últimamente subes tanto a este lugar, ¿verdad? —murmuró él levantándole ligeramente la falda con la pistola y haciendo que ella se pusiese rígida al instante.

—He...he subido un par de veces para buscar entre las cajas de libros. Ya te lo dije, quería...

Un golpe en la nariz con la mano que empuñaba el revolver la hizo callar. Ella sintió un intenso dolor que recorrió toda su frente hasta el centro mismo del cráneo. Notó cómo la sangre recorría sus labios y su mandíbula para acabar coloreando la blusa blanca que llevaba. Hasta que no pasaron unos segundos, no volvió a ser consciente de lo que estaba sucediendo.

—Me ha dicho un pajarito, que han sido muchas más que un par de veces. Y ese pajarito también me ha dicho que subes aquí con la zorrilla de tu amiga. No quería creerlo hasta que he podido ver con mis propios ojos cómo os besabais hoy ¿os lo montáis en este sofá las dos? —preguntó, lanzando lejos de ellos el ramo de rosas y acariciando la piel del sofá lascivamente

—Jason, eso no es cierto. Tienes que creerme, quien quiera que sea la persona que te lo ha dicho, te ha mentado. Serena es sólo una buena amiga. Por favor, cálmate. Ha sido todo un malentendido...

Por un momento a Jane le pareció verlo dudar. Seguramente, Judith se había ido encargando de inventar situaciones para contaminar su imaginación.

—Shhh. Ahora vas a hacerme a mí lo que le haces a ella cuando estáis las dos solas aquí. Y yo —continuó simulando una sonrisa con una mueca vacía y carente de expresión—, voy a hacerte lo que te hace ella a ti.

Cogió la mano de Jane, estirando de ella con fuerza hacia él.

—Solo que..., ella no tiene lo que yo tengo —continuó obligándola a colocar la mano sobre su miembro sumamente excitado—, y no puede darte lo que te voy a dar yo. Vas a saber lo que es bueno de una vez por todas y te aseguro que no te van a quedar más ganas de jugar con esa puta cuando acabe contigo.

Jason dirigió la pistola con brusquedad hacia las piernas de Jane,

obligándola a separarlas. De forma rítmica, comenzó a frotar su entrepierna con el cañón y cada uno de esos movimientos incrementaba su excitación como si se estuviera toqueteando él mismo.

—No. Jason, por favor. No he hecho nada de eso...

Inmediatamente cesó su súplica al comprobar cómo, cuanto más le rogaba, más se excitaba él. No iba a darle el gusto de participar en aquel depravado juego en el que la violencia y el poder de la dominación tenían un papel más importante incluso que el propio sexo.

—A mí no puedes mentirme. No vas a hacerlo nunca más.

Con un movimiento rápido, rasgó su blusa ensangrentada haciendo que los botones saliesen despedidos y rodaran por el suelo de la habitación. El sujetador de encaje blanco que llevaba Jane quedó al descubierto, y él observó con avaricia cómo la respiración acelerada de ella hacía que su pecho se moviese arriba y abajo acompasadamente. Estiró del sujetador dejando al descubierto sus pequeños pechos. Jane estaba perdida, lo sabía. Decidió jugar su última baza aun a riesgo de empeorar las cosas.

—Yo nunca te he engañado con nadie, Jason.

Pronunció la frase con tal entereza que hizo que él se detuviera.

—En cambio, tú sí que lo has hecho —agregó—. Te he visto con mis propios ojos y ella me vio a mí. Judith continuó como si nada porque quería que yo lo contemplase todo.

Aquellas palabras lo desconcertaron. La sonrisa que le había acompañado hasta ese momento se desvaneció. Se acercó muy serio hasta su cara, rozando el lóbulo de su oreja con los labios y a continuación con la punta de la lengua.

—Dime que te gustó —le susurró al oído—. Seguro que te excitaste como una perra cuando viste cómo le daba lo suyo a esa zorra. Eso es lo que pasa cuando alguien como ella no deja de pasearse moviendo el culo delante de mí y enseñándome las tetas cuando se agacha, a la vez que me mira con cara de puta. La verdad es que me pone bastante más que tú —afirmó retirándose para poder contemplar su rostro y apretando uno de sus pechos desnudos hasta hacerle daño.

—Jason, la niña puede despertarse y aparecer en cualquier momento...

—Pues que aparezca y vea lo que voy a hacerte —murmuró, mostrándole los dientes con sonrisa sarcástica a pocos milímetros de su

cara—. Así aprenderá lo que pasa cuando se engaña a papá.

Aquello no tenía el menor sentido. Se le había ido definitivamente la cabeza y hablaba como si estuviera poseído. Las barbaridades que estaba diciendo eran fruto de una mente desequilibrada. Ella cerró los ojos y apartó su cara con desagrado para evitar el aliento ardiente de Jason.

—¿Te doy asco?

Jane no contestó. Se limitó a continuar inmóvil con los ojos cerrados. Cualquier intento de resistirse no haría sino excitarlo más y quería evitarlo a toda costa. Por eso no vio llegar el puñetazo. El dolor recorrió como un latigazo su ojo derecho, extendiéndose hacia el oído como un río de lava que iba incinerando cada célula por la que pasaba. Durante unos segundos todo se oscureció, pero él la reanimó evitando que perdiera el conocimiento.

—¡Contesta cuando te pregunto! ¿Te doy asco?

Sacó su lengua caliente y le lamió la sangre con un lento y húmedo recorrido desde la barbilla hasta el ojo que acababa de golpear y que comenzaba a hincharse.

—¡Sí! ¡Me repugnas! ¡Eres repulsivo y estás enfermo!

Ni siquiera pudo meditar la respuesta. Salió de su interior como catapultada por un pistón a presión. Estaba tan cansada de suplicar y soportar sus humillaciones que decidió, en menos de lo que tarda una neurona en pasar la información a otra, que nunca más se doblegaría ante él mientras le quedaran fuerzas. Abrió los ojos, o más bien, el único ojo que pudo responder a aquel reflejo. Lo observó unos instantes y le escupió a la cara.

—¡Esa es mi gatita! —exclamó él, riendo de buena gana—. Así me gusta, que peles por tu vida. ¡Abre la boca!

Le presionó los labios con el cañón de la pistola. Al ver que se negaba a obedecer apretando cada vez más los dientes, amartilló el percutor del arma preparándola para disparar.

—¡Abre...la...puta...boca!

Jane obedeció temblando. Las lágrimas recorrían sus mejillas. Iba a matarla. Estaba segura de que había llegado el momento. Jason había sobrepasado el límite y no sería capaz de parar. Él le introdujo la pistola en la boca con tanta brusquedad que le astilló un diente. De un zarpazo le arrancó las bragas y se sacó el pene, mientras se subía encima de ella a horcajadas.

—¡Chúpala! ¡Chupa la pistola como si fuera una polla! —le ordenó, cada vez más excitado, al mismo tiempo que la embestía bruscamente, violándola con extrema agresividad.

Con cada acometida, Jane sentía que se le desgarraban las entrañas. El dolor y el miedo no le permitían pensar con claridad. Podía ver el dedo tembloroso de Jason apoyado en el gatillo del arma cargada, y empezó a rezar para que en la próxima sacudida lo apretara un poco más y todo terminara.

—¡Mamá! ¿Qué pasa? ¿Qué te hace papá? —sollozó Ashley que acababa de abrir la puerta y observaba la escena con ojos desorbitados y paralizada por el miedo.

Jason sacó el arma de la boca de Jane y apuntó con ella a la niña mientras continuaba penetrando con furor a su madre.

—Mamá ha sido muy mala, cariño —le dijo jadeando y mostrando los dientes—. Y papá la está castigando, ¿ves?

Ver el arma apuntando hacia su hija y la cara de pavor de la niña, hizo que Jane saliese del shock en el que se encontraba. Recordó la lámpara del suelo, y una esperanzadora luz se iluminó en su cerebro. Lentamente, alargó el brazo aprovechando la distracción de él y, tanteando en el suelo, alcanzó a tocar con la punta de los dedos el cable. Sólo un poco más...

—Ven aquí cariño, no tengas miedo —le decía Jason a la niña. Estaba tan excitado que jadeaba como un cerdo con cada palabra que pronunciaba. La suerte estaba de su lado aquel día porque, ver a la niña observando como él violaba a su madre, era una de las fantasías que había recreado una y mil veces en su mente depravada. El frenesí le invadía por completo y cerró los ojos bramando. Volvió su mirada hacia Jane para disfrutar del horror que reflejaba su rostro y, justo entonces, algo le golpeó con fuerza en la cabeza y todo se volvió oscuro a su alrededor. Cayó inconsciente sobre ella, dejando resbalar la pistola entre sus dedos.

Jane apenas podía respirar con tanto peso sobre ella y le vomitó encima cuando aspiró una bocanada de su aliento alcoholizado. Se zafó como pudo, limpiándose la boca. A continuación, recogió la pistola con manos temblorosas, y apuntó directamente a la cabeza de su agresor. Nunca más volvería a hacerles daño, nunca más... Las lágrimas rodaban por su maltrecho rostro y su dedo comenzó a presionar el gatillo lentamente...

—¡Mamá! ¡Mami, tengo miedo!

Salió de su estado de trance al escuchar la voz aterrada de la niña una milésima de segundo antes de apretar al máximo el gatillo. ¿Qué estaba haciendo? Dejó el arma en el suelo como si le quemara la piel y fue corriendo hasta la niña intentando taparse los pechos descubiertos con los girones de la blusa. Se puso de rodillas a su lado abrazándola con fuerza e intentando consolarla.

—Ya ha pasado todo cariño. Nunca más nos hará daño. Tenemos que irnos lejos de aquí ahora mismo.

Jane la besaba con ansiedad. Sus besos recorrían la cara, la frente, la cabeza de la niña..., como en un desesperado intento de eliminar de su memoria las escenas que acababa de presenciar.

—¿Está muerto? —sollozó ella sin dejar de abrazar a su madre.

—No cariño. Sólo está dormido. Por eso tenemos que marcharnos antes de que despierte. Espera un momento.

Jane intentó acercarse de nuevo al sofá, pero la niña no se lo permitió. Se agarraba a ella con fuerza para que no se alejara de su lado.

—¡No, mamá! Te va a hacer más daño...

—Tranquila, no se despertará. Necesito coger una cosa. Ya verás lo rápida que soy.

Jane volvió a besarla y se apresuró hasta el sofá en el que yacía boca abajo aquel monstruo. Observándole allí tirado, respirando pesadamente, con los pantalones enredados en los tobillos y el culo al aire, no le parecía tan amenazador. Tenía que mover el sofá para llegar hasta su escondite. Lo intentó, pero el peso añadido del cuerpo desplomado de Jason era demasiado. No podría hacerlo con él encima. Volvió a intentarlo con más rabia aún, pero fue en vano, apenas logró desplazarlo unos centímetros. La cabeza le daba vueltas y el dolor palpitante de su rostro magullado, acrecentado por el esfuerzo, la obligó a detenerse. Así nunca lo conseguiría. Tendría que empujar su cuerpo fuera del sofá, pero sólo pensar en tocarlo le revolvía las tripas. No podía perder más tiempo, así que estiró de él con fuerza hasta que consiguió hacerle rodar y caer al suelo. Él emitió un quejido ahogado al golpearse la cabeza con la pata de la mesa y Jane cogió la pistola asustada, apuntándole directamente al pecho. No dudaría en apretar el gatillo si se movía lo más mínimo o intentaba incorporarse.

—Mami, vámonos, por favor. Tengo miedo...

—Enseguida, cielo.

Consiguió, a duras penas, mover el sofá. Se había quedado sin fuerzas por la tensión y su lamentable estado físico. Sin dejar de vigilar el cuerpo que yacía a su lado, sacó la caja de zapatos y cogiendo su contenido rápidamente se dispuso a marcharse. Antes de dar media vuelta, vio en el suelo el ramo de rosas que, no entendía muy bien con qué intención, Jason había llevado hasta allí. Quizá para demostrarle lo ingrata que había sido con él. Él, que la amaba tanto que para demostrárselo le regalaba flores. Él, que sufría porque se sentía engañado, burlado y defraudado. Él, que se había visto obligado a castigarla de aquella manera tan cruel por su comportamiento. Él, que estaba dispuesto a matarla con sus propias manos con tal de que no volviese a desobedecerle. Él, que la creía de su propiedad hasta que la propia muerte se la arrebatara...

Cogió el ramo y se lo tiró a la cara. A continuación se agachó a su lado y le susurró:

—No acepto tus rosas de Judas. No significan nada para mí porque carecen de lo más importante. Les falta el amor. El amor despoja a las rosas de sus espinas, pero sin él pierden su encanto y te hieren si las tocas. No hay amor en tu corazón. Tampoco queda nada en el mío porque tú te has encargado de destruirlo, como todo lo que te rodea. Tendrás que vivir con eso el resto de tu vida.

—Mami...

Jane se incorporó con cierta dificultad. Estaba mareada y el continuo zumbido de su oído derecho entorpecía sus movimientos. Cogiendo de la mano a la niña, ambas se apresuraron escaleras abajo.

Buscó rápidamente un par de mochilas en las que introdujo ropa para varios días. A continuación, se puso de pie sobre la cama para abrir la caja fuerte que se ocultaba tras el primero de los tres trípticos de decoración floral que colgaban sobre el cabecero. Cogió la tiara y las pocas joyas que poseía y no se preocupó de volver a colocar el cuadro en su lugar. Abrió uno de los cajones de su mesita de noche en el que guardaba las cintas de casete que había recuperado de la casa de la abuela antes de que se incendiara. Las metió en la mochila junto con el Walkman y se apresuró a salir. No necesitaba nada más. De pronto, la urgencia comenzó a angustiarse y su corazón se aceleró. Había perdido mucho tiempo y continuamente imaginaba como él entraba por la puerta y las sorprendía. Ella conservaba el arma, pero no era precisamente un consuelo. Más bien,

le suponía una carga que no quería arrastrar. Se desharía de ella en cuanto tuviese ocasión. Guardó las joyas y el dinero dentro de una bolsa en la mochila e intentó repasar mentalmente qué más debería coger.

—Mami, ¿puedo llevarme a Nelly? —preguntó la pequeña, abrazándose a su elefantito rosa.

—Claro, no lo sueltes. Nos vamos.

Jane cogió las llaves de su coche y de paso también las del Lamborghini de Jason. Si se le ocurría ir tras ellas eso le retrasaría. Sabía que debía tener otra copia, así que rebuscó en sus cajones hasta que encontró el otro juego de llaves que también se guardó. Las manos le temblaban de forma casi incontrolable y sentía la cabeza como si tuviese una olla a presión en su interior. De pronto, algo la hizo detenerse en seco. ¿Había visto bien o el embotamiento de su cabeza le estaba haciendo imaginar cosas? Dio media vuelta y corroboró sus sospechas. Varias papelinas vacías descansaban sobre la cómoda de Jason rodeadas de polvillo blanco. Una de sus tarjetas de crédito yacía al lado, impregnada de la misma sustancia. Las piezas del rompecabezas que aún no había logrado encajar, en ese momento, acoplaron perfectamente en la posición correcta. La droga explicaba los repentinos cambios de carácter de Jason y su comportamiento agresivo. Varias veces se le había pasado esa idea por la cabeza, pero siempre había acabado descartándola. Él siempre fue muy cauto. Pensó que, durante mucho tiempo, había compartido su vida con un extraño. Había dormido en el mismo lecho que un peligroso desconocido. Pero la venda que le había impedido ver la realidad acababa de resbalar y caer al suelo. Y allí se quedaría, para siempre.

Al pasar por el salón vio su viejo violín apoyado en uno de los muebles. Gastado por el uso y el paso del tiempo, siempre había sido su preferido, el que se adaptaba a sus movimientos y a sus dedos a la perfección. Al que nunca había podido igualar el nuevo y carísimo instrumento que le había regalado Jason. No podía dejarlo allí, era una parte de sí misma. Lo cogió, y ella y la niña salieron a la carrera.

Le costó abrochar el cinturón de la silla de Ashley. No podía dejar de mirar la entrada de la casa. Una vez en su asiento, se obligó a respirar profundamente para poder conducir con serenidad.

Condujo a gran velocidad por Harstine Bridge Road. Ya no habría marcha atrás y el corazón le latía con fuerza. Había comenzado el baile y tenía que llevar a cabo su plan hasta el final. Respiró de nuevo

profundamente y cuando alcanzó Pickering Road, por fin comenzó a relajarse.

—¿Estás bien cariño? —preguntó, encendiendo la luz interior del coche para observar a su hija por el retrovisor.

—Sí, mami. No vamos a volver nunca, ¿verdad?

—No, Ashley. Esto se acabó. Él no volverá a hacernos daño. A partir de ahora, vamos a tener una nueva vida solas tú y yo, lejos de aquí. Buscaremos un lugar donde vivir y poder ser felices.

—Pero ¿y si nos encuentra?

—No lo hará. Vamos a cambiar nuestros nombres. Mamá se llamará Alison y tu nuevo nombre será April. ¿Te gusta? Alison y April Patterson.

—¡April! ¡Me encanta!

—Pero recuerda, no debes decirle a nadie, bajo ningún concepto, nuestros verdaderos nombres.

—¿Para que él nunca sepa dónde estamos?

—Exacto. Por eso es tan importante. ¿Lo recordarás?

—Sí. Yo soy April y tú Alison. También me gusta tu nombre, mami. Pero ¿dónde vamos?

—Primero debemos ir a casa de Serena para organizar unas cosas y enseguida nos marcharemos. Viajaremos hacia el sur, a California.

—Pero ¿dónde viviremos?

—Buscaremos una casa preciosa para las dos y también tendremos que elegir un nuevo colegio para ti.

—Entonces, ¿ya no voy a volver a ver a mis amigas? ¿Ni a Sandra, ni a Jessy?

—No, cielo. Pero estoy segura de que vas a encontrar muchos más amiguitos en tu nuevo cole.

—Pero, no me he despedido de ellas..., y de las abuelitas tampoco. Y Hanna, se va a poner muy triste...

—Lo sé, cariño. Lo siento mucho pero no podemos arriesgarnos a quedarnos más tiempo. Es muy peligroso.

A Jane se le rompía el corazón al ver tan triste a su hija. La contempló a través del espejo retrovisor. Con rostro apenado pero sin llorar, parecía muy preocupada, como si estuviese sopesando lo que se perdería con aquella nueva aventura y todo lo que podría ganar.

—¿Te duele mucho el ojo? —preguntó cambiando de tema.

Su madre sonrió convencida de que aquello era una buena señal. Era

una niña muy fuerte y no tardaría en superar lo sucedido.

—Muy poco —mintió.

En realidad sentía un dolor sordo en todo el lado derecho de la cabeza. Encendió la luz interior del coche de nuevo para contemplarse en el espejo y tratar de evaluar los daños. Tenía el ojo muy hinchado y completamente cerrado y el color morado comenzaba a maquillar su mejilla. La nariz también estaba adquiriendo un tono violáceo, pero se recuperaría. Pasó la lengua por su diente astillado y suspiró aliviada pensando que no tenía nada que un buen dentista no pudiera solucionar.

—En un par de días estaré como siempre —añadió apagando de nuevo la luz—, sobre todo si me das muchos besos para que se me cure antes.

—Sí, te voy a dar muchísimos —rio Ashley divertida—, y Nelly también te los dará para que vuelvas a estar guapa.

—Yo también te voy a dar un buen achuchón en cuanto bajemos del coche. Ahora voy a telefonar a Serena para que esté preparada cuando lleguemos.

La oscuridad de la bahía sólo se veía alterada por alguna que otra luz titilante que se colaba entre los árboles, proveniente de las casas que la rodeaban. Jane continuó conduciendo por la carretera que la recorría y marcó el número de Serena.

—Jane, ¿eres tú? —preguntó su amiga preocupada al otro lado de la línea.

—Sí, Serena. No te preocupes. Todo va bien, pero vamos a tener que adelantar un poco nuestros planes...

*«Que no te aburra la conciencia con sus charlas,  
y que el odio y el dolor no te hagan bacilar.  
Porque las heridas mejoran si paras de tocarlas,  
y sólo cuando el corazón sana, dejan de supurar.»*



## CAPÍTULO 17

# Deja a la Vida que Suceda

*“Conservar algo que me ayude a recordarte sería como admitir que te puedo olvidar”*

William Shakespeare (1564-1616)  
*Dramaturgo, poeta y actor inglés.*

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

**M**adre e hija no tardaron en llegar a casa de su amiga. Cuando Jane se apeó de su Volvo blanco, Serena corrió a su encuentro. Había estado esperándolas muy inquieta desde que recibió la llamada de Jane minutos antes.

—¡Dios mío! ¡Cómo te ha dejado la cara! Ese malnacido... — exclamó alarmada abrazándolas a ambas—. Pasad dentro y déjame que eche un vistazo a ese ojo.

—No es nada, tranquila. Sólo está un poco hinchado —la tranquilizó ella.

Las tres se sentaron en la cocina y Serena preparó una bolsa con hielo que cubrió con una toalla. Con sumo cuidado, fue aplicándole el remedio casero a Jane para intentar disminuir la hinchazón.

—Toma, sujétate esto en la cara. Tenemos que conseguir que abras un poco el ojo para comprobar que ves bien. Voy a preparar unos chocolates calentitos y buscaré algún medicamento para ti.

Serena fue hasta el botiquín del baño y regresó enseguida con varias cajas de medicinas.

—Veamos si a estas horas hacen dibujos animados en la tele para Ash —dijo revolviendo el pelo de la niña con cariño.

—Pero, yo no quiero irme. Quiero estar con mami —rogó ella aferrándose a la mano de su madre con fuerza.

—Cariño —intentó tranquilizarla ella—, estaremos aquí mismo y no me iré a ninguna parte sin ti —agregó abrazándola y cubriéndola de besos

—. Pero ahora necesito hablar un ratito con Serena, ¿vale?

—Bueno... —asintió frunciendo el ceño y no muy convencida.

—Ven, mira —la animó Serena tendiéndole la mano—. Están haciendo un episodio de Hello Kitty que creo que te gusta mucho, y no nos perderás de vista en ningún momento.

Acompañó a la niña hasta el sofá, donde ésta se sentó sin dejar de abrazar en todo momento a su peluche rosa. Aunque no podría oír su conversación, al comprobar que las tendría al alcance de su vista, se tranquilizó. Serena le tendió un vaso de chocolate caliente al que comenzó a dar pequeños sorbos mientras su atención se centraba cada vez más en el televisor.

—¿Dónde está él? —interrogó ansiosa Serena, una vez que se encontraron a solas.

—Le he dado un buen golpe en la cabeza. Continuaba inconsciente cuando hemos huido de casa y le he quitado las llaves del coche para que no pueda seguirnos. Se imaginará que hemos venido aquí, aunque no creo que sepa dónde vives.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? Déjame ver —ordenó levantándole la barbilla—. También tienes un diente roto. ¡Se ha vuelto loco por completo! Con estas pruebas, si lo denunciases lo encarcelarían. Así, tal vez no tuvieseis que huir...

—No, Serena —la interrumpió Jane—. Estaría en la calle en poco tiempo y muy enojado conmigo. No podemos arriesgarnos... ¡Ha sido horrible!

Comenzó a llorar en los brazos de su amiga sin poder remediarlo. Por primera vez, allí sentada y lejos del peligro, tomó consciencia de la gravedad de lo ocurrido y se derrumbó. Fue narrando entre sollozos todo lo que había sucedido, y al terminar ambas tenían el rostro repleto de lágrimas.

Serena estaba furibunda. A medida que el relato de su amiga iba avanzando, su registro de sabores se había ido acibarando con el amargo gustillo de la ira. El dulce de la piel que acariciaba se había difuminado hasta perder toda referencia a ese sabor que tanto le gustaba y, cuando el salado de sus lágrimas se mezcló en aquella mixtura de sensaciones, le resultó insoportable.

—¡Deberías haberlo matado! —estalló—. Tenías que haber apretado el gatillo y haber acabado con ese animal que no merece estar vivo. Yo no

lo hubiese dudado ni por un momento.

—Estuve a punto, pero no pude hacerlo. No delante de la niña.

—Tienes razón. A la pobre sólo le faltaba presenciar eso.

Ambas echaron un vistazo a Ashley que seguía absorta ante el televisor, con su taza de chocolate aún entre las manos. Jane tuvo un pequeño espasmo al respirar después del sollozo y Serena le tendió un pañuelo de papel.

—Bueno, ahora suénate y deja de llorar o ese ojo no se va a deshinchar nunca. Veamos cómo va.

Le retiró la toalla y comprobó que había mejorado bastante con el frío. Podía abrirlo ligeramente y comprobó que veía bien, aunque la sombra amoratada continuaba abriéndose camino por todo el lado derecho de su cara. La nariz, aunque dolorida, también comenzaba a dar señales de desinflamarse.

—¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Bastante menos. Los analgésicos han empezado a hacer efecto, pero aún la siento muy embotada. De todas formas, es hora de ponernos en marcha, no podemos posponerlo más.

—Espera un momento. Voy a hacer una llamada para intentar conseguir los papeles esta misma noche.

Serena salió de la cocina con el teléfono en la mano y saludó a Ash lanzándole un silencioso beso al vuelo que ella fingió coger y ponerlo sobre su mejilla. Jane se sentó con ella en el sofá y ambas se acurrucaron muy juntas. Se sorprendió al darse cuenta de que aún le quedaba energía suficiente como para enfrentarse al mundo entero. Tenía junto a ella a su hija y eso le otorgaba el coraje que necesitaba.

Minutos después Serena se acercó despotricando.

—¡El muy cabronazo!

—¡Serena! —le riñó Jane mirando de reojo a la niña.

—No te preocupes, mami —intervino ella—. Yo ya soy mayor y ya he escuchado esas palabras, pero sé que son feas y no debo repetir las.

Jane le dio un beso en la frente sonriendo y se levantó para acompañar a Serena hasta la cocina.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ansiosa.

—Es muy listo y ha intuido mi urgencia. Pide tres de los grandes más, si queremos los papeles esta noche.

—No pasa nada, se los daremos. Tengo suficiente, y recuerda que

además está la tiara. Estoy deseando deshacerme de ella. Es como si me quemara en las manos.

—De acuerdo. Voy a confirmárselo y a concertar una cita con él. Tienes el arma de Jason, ¿verdad?

—Sí, pero... —masculló asustada.

—Tranquila, es sólo por precaución. No me fío ni un pelo de ese tipo.

Serena se alejó de nuevo, teléfono en mano, y Jane revisó el contenido de su mochila. Allí estaba la pistola. Ni siquiera sabía si estaba cargada y no tenía claro si, llegado el momento, sabría utilizarla. Cerró la mochila y contempló a su hija, en aquel momento tranquila y relajada, tumbada sobre el sofá. Debía sobreponerse porque, si bien aquel frío objeto de metal había estado a punto de acabar con su vida, podría serles de ayuda en caso de peligro.

La voz decidida de su amiga interrumpió sus pensamientos.

—Nos vamos.

—¿Dónde vamos? ¿Has quedado con él?

—Sí. Debemos estar a las cuatro de la madrugada en el parking que hay junto al “Hands On” en Olympia, a media hora de camino.

—Hands On... ¿El museo para niños?

—El mismo.

—Tenemos el tiempo justo. Dame la pistola, será mejor que la lleve yo.

Jane abrió la mochila y su amiga la cogió, comprobando que estaba cargada antes de guardársela en la parte trasera de los vaqueros.

—Antes de que se me olvide —agregó entregándole un pequeño paquetito—. Ayer compré un teléfono de prepago para ti. Está cargado y ya puedes utilizarlo. Tienes que olvidarte del tuyo, así que bórralo y nos desharemos de él. ¡En marcha!

Cogió en brazos a Ashley que se había quedado dormida en el sofá. Ésta abrió los ojos sorprendida, pero se acomodó en el hombro de Serena cuando comprobó que todo estaba en orden.

—Shh. Duérmete, no pasa nada —le susurró al oído—. Nos vamos.

La niña asintió y al instante volvió a adormilarse, arropada por la seguridad de aquellos brazos que la sostenían. Jane recogió las mochilas y las siguió hasta su coche.

En el camino, apenas conversaron. Ambas estaban nerviosas por el encuentro a medianoche con aquel extraño. Podría no presentarse o intentar

timarlas, o incluso algo peor.

Jane intentó evadirse pensando lo que les esperaba a su hija y a ella a partir de entonces. Había estado buscando información sobre Sacramento en Internet y cada vez le atraía más la ciudad. Nunca habían vivido en una urbe tan grande, pero no tardarían en acostumbrarse. Tendría que buscar un colegio para Ash y un trabajo para ella, aunque lo principal sería establecerse primero.

Serena, por su parte, no podía quitarse de la cabeza el poco tiempo que le quedaba para disfrutar de su amiga. Pronto tendrían que despedirse y, sin ella, una buena porción de su corazón se quedaría vacía. Pensaba en cómo serían sus vidas a partir de entonces. Le llevaría tiempo reponerse y cabía la posibilidad de que sus caminos no volviesen a encontrarse jamás. Enseguida desechó esa idea, que no hacía más que arrastrarla a un abismo de melancolía, y chascó la lengua varias veces, para atenuar el sabor que comenzaba a extenderse por su boca como si alguien hubiese conectado sus papilas con amargos puentes de piel de naranja. Debía mantenerse firme hasta el final. Por mucho que le doliera esa herida, acabaría sanando. Pero nunca se recuperaría si sentía el más mínimo atisbo de culpa, por no haber hecho todo lo posible para que Jane y su hija fuesen felices lejos de Jason. Una lágrima se afanaba por iniciar el descenso a través de su pecosa mejilla y cada vez le costaba más esfuerzo mantenerla a raya.

*“Tome la salida a Port of Olympia.”*

El navegador rompió el silencio que reinaba en el interior del coche y ambas mujeres se acomodaron en sus asientos con todos los sentidos alerta.

—Ya estamos cerca —observó Serena.

Una vez que dejaron atrás la Interestatal 5, el escaso tráfico que habían encontrado a esas horas de la madrugada disminuyó aún más. Jane bajó la ventanilla y dejó que el tímido frescor de la noche le acariciara suavemente el rostro. El cielo estaba muy despejado y se podían contemplar sin dificultad las estrellas sembradas en su manto de oscuridad.

Se detuvieron en un semáforo de Plum Street e inmediatamente un coche negro con cristales ahumados se colocó a su lado. Jane subió la

ventanilla intimidada.

—¿Será él? —susurró tratando de disimular.

—Es posible, lleva un buen rato detrás de nosotros.

—Deja que salga él primero. Esto es una locura, Serena. Tengo miedo. Llevamos a la niña con nosotros... —balbuceó Jane girando la cabeza para comprobar que Ashley seguía dormida.

—Tranquila, todo saldrá bien —intentó tranquilizarla su amiga colocándole la mano sobre su rodilla.

El semáforo se puso en verde y Serena esperó unos instantes antes de salir, para colocarse detrás del misterioso coche negro. Pocos minutos después, en el siguiente cruce, éste giró a la derecha perdiéndose de vista en la oscuridad.

—¿Ves? No era él —replicó Serena—. Me parece que nos estamos poniendo un poco paranoicas.

—Es que la situación lo merece, ¿no crees? —opinó Jane tratando de ocultar su nerviosismo con una sonrisa.

A través de los escasos árboles que acompañaban en su recorrido a la carretera, se podía apreciar el trémulo brillo de la luna sobre las aguas de East Bay.

*“Gire a la derecha y después, ha llegado a su destino.”*

...

La cabeza le dolía terriblemente y, después de abrir los ojos, a Jason le costó unos instantes descubrir dónde se encontraba. Estaba tumbado en el suelo. ¿Qué mierda le habrían vendido la última vez? Sabía que no debía fiarse del nuevo camello que le proporcionaba su “estabilizante”, como a él le gustaba llamarlo. Por cómo le palpitaban las sienes, debía de haber tomado algo adulterado. Necesitaba otra dosis y creía recordar que aún guardaba una papelina de las buenas. Se incorporó con torpeza apoyándose en el sofá. Dio un par de pasos hacia la salida, pero algo se interpuso en sus piernas y le hizo caer de bruces.

—¡Me cago en la puta! —maldijo de nuevo desde el suelo—. ¡Sí que voy mal!

Al observar sus pies enredados en los pantalones, comenzó a recordar lo que había sucedido.

—¡Jane! ¡Ash! ¿Dónde estáis? —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Mierda!

Se puso en pie vistiéndose de manera asombrosamente rápida teniendo en cuenta su estado. Buscó la pistola por el suelo y entre los cojines del sofá, pero no la encontró. Una vieja lámpara tendida en el suelo parecía fuera de lugar. Se tocó la cabeza aturrido advirtiendo un gran chichón entre el pelo ensangrentado y con algún resto de olor acre que parecía vómito.

—¡Será puta! Tendría que haberla matado primero antes de follármela. ¡Joder! Si va a la policía juro que la mato —farfulló.

Iba a dar media vuelta y marcharse, cuando algo llamó su atención. El sofá estaba bastante desplazado como para haberse movido casualmente o en la pelea. Pasó sobre las rosas esparcidas por el suelo para echar un vistazo detrás. Varias lamas levantadas del parqué, dejaban al descubierto un hueco sobre el que descansaba una cajita de zapatos vacía. Reconoció enseguida los zapatitos rojos de los que, no hacía mucho, había estado hablando con Jane. La sorpresa hizo que su boca se abriera de par en par.

—¿Qué escondías aquí, Jane? Delante de mis narices —masculló.

Echando un rápido vistazo a la habitación, lanzó la cajita con furia al suelo y bajó corriendo las escaleras. Tuvo que sostenerse en la barandilla de madera para no caer cuando le sobrevino un mareo, pero continuó decidido hasta su dormitorio. Una vez allí, extrajo un cajón tras otro lanzándolos al suelo y esparciendo su contenido por doquier, hasta que logró encontrar lo que su cuerpo imploraba. Lo único que haría calmar los miles de grillos que retumbaban en su cabeza. Manipuló la papelina con dedos temblorosos y la vació sobre la mesita de noche. Apenas tuvo paciencia para formar una raya y enrollar un billete que le sirviese para aspirar hasta la última mota del preciado polvo blanco.

Cuando terminó, mucho más calmado, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cama y los ojos cerrados, disfrutando del momento. En pocos minutos había recuperado las fuerzas por completo y una energía de destello cristalino irradiaba un poder descomunal en su interior.

—¡Qué maravilla! —susurró—. Esto es mucho mejor que un polvo de los buenos.

Comenzó a reír descontroladamente. Era su momento de euforia preferido. Justo cuando su sangre se empapaba con aquellas néveas

partículas, volviéndolas de color carmesí.

Cuando se recuperó del éxtasis inicial y su entendimiento regresó al mundo real, se incorporó y se percató de la ropa que Jane había dejado desordenada sobre la cama en su huida precipitada. Alzó la mirada lentamente con un mal presentimiento y descubrió que la caja fuerte estaba abierta. Tan sólo varios documentos yacían desordenados en su interior. Los extrajo, lanzándolos con furia sobre las sábanas revueltas.

—¡Se ha marchado! —murmuró apretando la mandíbula con fuerza—. Si piensa que es tan fácil huir de mí, se equivoca. Porque no pararé hasta dar con ellas, aunque me cueste la vida.

Corrió hacia la habitación de Ashley para comprobar que también ésta presentaba los signos de una huida apresurada. Sacó su teléfono y marcó el número de Jane pero, tras varios tonos de espera, desistió.

«*Seguro que está con su amiguita*» —pensó receloso y lleno de ira—. «*A esa fulana también voy a tener que darle su merecido cuando la encuentre.*»

Entonces recordó que Serena trabajaba en la tienda de flores que se había encargado de los arreglos de su boda. Corrió hacia el despacho y no tardó en encontrar el archivador donde Jane guardaba, organizadas por fechas, todas las facturas de la casa. Tras desechar alguna que carecía de interés, encontró lo que buscaba.

—¡Ajá! ¡Ya te tengo! —exclamó—. Gracias cariño, por fin sirve para algo tu buena organización.

“Harvest Fields flower shop”, indicaba el encabezado de la factura. Justo debajo aparecía la dirección de la tienda en Shelton: 200N Turner Ave.

Se aseó un poco intentando disimular las ojeras que comenzaban a extenderse bajo sus ojos cansados. Mientras tanto, elaboró un plan perfecto. Aparcaría en un lugar cercano y esperaría pacientemente hasta que ella acabase su jornada laboral. Entonces, la seguiría para descubrir dónde vivía. Estaba convencido de que allí encontraría a Jane y a su hija. Después, las obligaría a regresar a casa, arrastrándolas de los pelos si fuese necesario. Llegado el momento, ya se le ocurriría qué hacer con ellas. Estaba eufórico maquinando su plan, cuando comenzó a buscar las llaves del coche.

...

El Volvo de Jane se adentró en el solitario parking del museo. Una furgoneta oscura era el único vehículo aparcado en él y Serena condujo hasta situarse enfrente. Detuvo el coche y esperó.

—Hemos llegado justo a tiempo —anunció Serena observando su reloj.

—Tiene que ser él. No hay nadie más aquí, aunque parece que está vacía...

Justo en ese momento las luces de la furgoneta se encendieron y apagaron varias veces.

—Vale, es él —aseguró Serena—. Quédate aquí con Ash. Voy para allá.

Tomó la bolsa con el dinero y, antes de salir, aseguró la pistola en la parte trasera de sus pantalones cubriéndola con la sudadera.

—Pase lo que pase, no salgáis del coche. Te dejo las llaves en el contacto. Si es necesario márchate y no me esperes...

—Sabes que eso no lo voy a hacer —la interrumpió Jane—. Tengo miedo Serena —aseguró sujetando su mano para retenerla unos instantes más.

—No pasará nada, estoy segura.

Serena le guiñó un ojo sonriendo y le lanzó un beso con los labios antes de salir del coche.

El corazón de Jane se aceleraba con cada paso que su amiga daba acercándose a aquel extraño del que dependía su futuro. Echó un vistazo rápido al asiento trasero y se tranquilizó un poco al comprobar que Ashley seguía dormida plácidamente. Las manos le sudaban y no conseguía mantener bajo control la ansiedad que la angustiaba. La luz interior de la furgoneta se encendió cuando Serena alcanzó la ventanilla del conductor. Pudo apreciar, a pesar de la distancia, cómo ésta entablaba una conversación con un hombre gordo de larga barba que lucía un pañuelo rojo de motorista sobre la cabeza. El tiempo transcurría con extrema lentitud, como si se hubiese vuelto más pesado dentro su coche por la tensión que estaba soportando. Observaba fijamente la escena del parking mientras, inconscientemente, jugueteaba con el móvil. Cuando el aparato sonó de repente, lo soltó como si le hubiese explotado entre los dedos. Por fin, consiguió recuperarlo después de palpar varias veces debajo del asiento y al ver en la pantalla la fotografía del contacto de Jason, el corazón casi se le paró. Un frío húmedo le recorrió la columna

vertebral haciéndola temblar convulsivamente. Estaría buscándolas loco de furia aunque, también cabía la posibilidad de que su personalidad hubiese mutado a la del hombre arrepentido y destrozado por su comportamiento. No tenía interés en averiguarlo, así que bajó el volumen del teléfono y esperó a que dejara de sonar. Entonces, entró en la pantalla de ajustes del aparato y sin pensarlo dos veces le dio a la opción: “borrar contenidos y ajustes”.

Serena continuaba la conversación al otro lado del parking y en ese momento parecían intercambiarse algo. El teléfono comenzaba a formatearse y Jane decidió escuchar algo de música para relajarse un poco. Conectó la memoria USB que siempre llevaba en el coche con sus canciones favoritas. Tendría que acordarse de llevárselo cuando desaparecieran.

La melodía del chelo de Steven Sharp Nelson comenzó a sonar. “The Piano Guys” interpretaba su versión de la banda sonora de “Misión Imposible”. Aunque le encantaba la original mezcla de sonidos de piano, violín y chelo, en ese momento necesitaba algo más relajante, así que pasó a la siguiente canción. Cerró los ojos al escuchar la voz de la violinista hindú Shweta Subram en la adaptación que “The Piano Guys” hacía del tema “Don’t you worry child”. Su mente viajó entre las dunas del desierto como inmenso y único escenario en el que, el sonido del viento acariciando las notas musicales, era uno de los protagonistas. Era algo simplemente perfecto. Cuando volvió a abrir los ojos, Serena estaba de vuelta. La furgoneta oscura arrancó el motor y desapareció en la oscuridad. Jane apagó la radio esperando impaciente a que su amiga empezara a hablar.

—Ya está. Todo solucionado y sin contratiempos —anunció mientras se sentaba de un salto en el asiento del conductor y cerraba la puerta—. Toma la documentación —agregó tendiéndole un sobre blanco.

Se puso el cinturón y arrancó el coche dispuesta a salir de allí cuanto antes. Jane sujetó su mano que, aún sobre el contacto del vehículo, temblaba por el subidón de adrenalina. Era mucho lo que Serena estaba dispuesta a arriesgar por ella. Incluso la vida si fuera necesario.

—Muchas gracias —le dijo—. No habría podido hacer esto sin ti.

—Te mereces... os merecéis una vida mejor Jane, y voy a intentar que así sea.

La besó en la frente y se volvió para ponerse al volante.

—Tenemos que irnos —concluyó.

Volvieron sobre sus pasos dejando a un lado East Bay. Ambas estaban aún nerviosas y un tanto eufóricas por lo sencillo que había resultado el intercambio.

—Ha sido realmente fácil, ¿no crees? Pensé que sería más complicado o que tendríamos algún problema —comentó Jane.

—Al final es todo cuestión de dinero. Si le das lo que te pide, no tienes por qué tener ningún problema, aunque reconozco que tuve miedo de que intentara timarnos...

—Espera, para un momento —la interrumpió Jane—. Tengo que deshacerme del móvil y éste es un sitio perfecto. La bahía está a pocos metros de la carretera.

Serena detuvo el coche y Jane se apeó. Se adentró unos pocos metros entre los árboles y lanzó el aparato con todas sus fuerzas al agua. Al volver al coche parecía haberse quitado un peso de encima.

—Cuando quieras —animó a su amiga con una gran sonrisa—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora que tienes la nueva identidad, ya puedes alquilar un coche sin temor a que se pueda seguir tu rastro. He pensado que podemos continuar hasta Seattle. Está a sólo una hora de camino y allí conseguirás uno sin problemas. Cuando te hayas marchado, yo dejaré éste en el parking del aeropuerto para que, si él lo encuentra, piense que habéis huido cogiendo un avión. Después, alquilaré allí mismo otro coche para volver a casa.

—¡Caramba! ¡Lo has planeado a conciencia! —exclamó Jane sonriendo, asombrada por la perspicacia de su amiga.

—La verdad es que llevo dándole vueltas demasiado tiempo. Tendrías que haberte marchado mucho antes. Pero lo importante es que por fin lo has conseguido.

—Pues, adelante. Voy a programar el navegador de mi nuevo móvil.

Jane sonrió mientras manipulaba el aparato introduciendo los datos de la ciudad a la que se dirigían. Por fin el viento parecía soplar a su favor.

Serena condujo en silencio en la oscuridad de la noche. Una mezcla de sentimientos luchaba por salir a gritos de su garganta, atravesando un sinfín de sabores dulces y amargos esparcidos por su boca. Pero lo único que consiguió exteriorizar fue una sonrisa nerviosa que, entre las sombras de la noche y las luces de la carretera, se abrió paso hasta su acompañante.

...

Jason no tardó en darse cuenta de que era inútil seguir buscando las llaves porque estaba claro que no las encontraría. Ni siquiera las de repuesto estaban en su lugar. Muy enfadado, paseaba nervioso de un lado a otro de la habitación, intentando pensar cómo ir en busca de su mujer y de la niña. El ruido de un motor llamó su atención y cuando observó por la ventana, vio llegar el Beetle amarillo, medio desvencijado, de Judith. Inmediatamente se guardó en el bolsillo interior de su chaqueta uno de sus cuchillos de caza y bajó las escaleras de dos en dos. La abordó antes siquiera de que ella pudiera quitar las llaves del contacto.

—¡Judith! Necesito tu coche —ordenó arrastrándola literalmente fuera del vehículo ante la mirada atónita de su propietaria.

—Pero... ¿Qué ocurre? No tienes buen aspecto, aunque —hizo una pausa observándole con mirada seductora—, eso podría solucionarlo yo...

Comenzó a pasar su dedo índice con movimiento ondulatorio por su abdomen y a continuación por su pecho en dirección al cuello. Sus ojos dejaban claro que estaba dispuesta a hacerle pasar un buen rato.

—¡No tengo tiempo para tus tonterías! —casi le gritó rechazándola mientras subía al coche y cerraba la puerta en sus narices.

—Y, ¿por qué no coges tu puto coche?! —espetó ella molesta por su reacción. Pero sus palabras se perdieron entre el ruido del motor del coche que se alejaba.

Condujo muy alterado, maldiciendo a cada segundo el complicado cambio manual del trasto que conducía y al que no había manera de acostumbrarse.

Tamborileó inquieto con los dedos sobre el volante cuando tuvo que esperar el paso de un tren de mercancías cargado de troncos, en el paso a nivel de 1st Street. Estaba tan agitado, que a punto estuvo de acelerar a fondo para conseguir cruzar las vías antes de que el convoy se acercara a toda velocidad. En el último momento cambió de idea, viéndose obligado a frenar en seco ante la atónita mirada de los demás conductores. Una vez que el paso estuvo libre, aceleró el coche avanzando a tirones durante los primeros metros. De nuevo blasfemó y, con sonrisa sarcástica, mostró su dedo corazón al anciano conductor que le observaba desde uno de los coches cercanos. Al llegar a la altura del colegio de Ash, giró a la derecha

y tuvo que bajar el parasol para evitar que el sol le deslumbrara. No tardó en divisar la floristería y aparcó enfrente, a una distancia prudencial. Al abrir la puerta golpeó una boca de incendios que dejó una abolladura con marcas rojas en la puerta, pero ni se inmutó. Caminó decidido hacia su objetivo y pasó por delante del escaparate observando el interior con disimulo. No había ningún cliente y solo pudo ver a la dependienta preparando un ramo de flores sobre el mostrador. No era Serena, quizá aún no había llegado. Sopesó el esperarla fuera, pero pronto cambió de opinión al darse cuenta de que se percataría enseguida de su presencia. Debía pillarla por sorpresa. Sin pensarlo dos veces, entró en la tienda. Una campanilla tintineó delatando su presencia a la encargada.

—Buenos días, señor —saludó con una amplia sonrisa dejando a un lado su trabajo y mirando de arriba abajo al atractivo joven que acababa de entrar—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pues yo..., estoy buscando a Serena —improvisó—. Soy el marido de una amiga suya y necesito hablar con ella —agregó ensayando su mejor sonrisa, que pareció dar resultado.

—Oh, lo siento. Hoy se ha tomado el día libre, pero, si es muy urgente, podría intentar ponerme en contacto con ella...

—¡No! —interrumpió bruscamente y cambió el tono de voz al advertir el sobresalto de la chica—. Quiero decir..., no es necesario que la moleste —aclaró colocándose frente a ella y acortando las distancias—. Pero si es tan amable de darme su dirección, le estaría muy agradecido.

Con cada palabra, su sonrisa había ido en aumento y estaba seguro de que el brillo de sus ojos la seducía porque se empezó a poner nerviosa y parpadeó exageradamente.

—No puedo hacer eso, tiene que entender que no le conozco y no puedo proporcionar los datos personales de los empleados a cualquiera...

Su intuición le advirtió que había algo extraño en aquel hombre llamativo y seductor haciendo que se retirara instintivamente unos centímetros hacia atrás.

Jason percibió su desconfianza y reaccionó al instante sacando el cuchillo de caza en un abrir y cerrar de ojos y colocándoselo en el cuello a la aterrada dependienta.

—Vas a dármela ahora mismo o te rajo —le susurró al oído apretando cada vez más la hoja afilada sobre su palpitante garganta y mirando nervioso la entrada.

—¿De verdad merece la pena morir por ella? Deberías pensarlo un poco mejor —continuó, con el mismo tono cautivador del principio de la conversación.

La chica estaba tan asustada que casi no podía hablar. Pero, sin dudarle un instante más, le dijo lo que necesitaba saber.

—Así me gusta, buena chica. Apúntamelo en un papel.

Esperó pacientemente a que ella le anotara la dirección de Serena en un trozo de papel de regalo con corazones rojos. Jason se lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros y arrastró a la chica hasta la trastienda sin retirarles el cuchillo del cuello. Una vez allí, registró los cajones hasta encontrar una cuerda con la que atarla de pies y manos. Después, le arrancó la blusa de un tirón para improvisar una mordaza que ató alrededor de su boca.

Al contemplar su pecho descubierto y percibir el terror en sus ojos, Jason comenzó a tener una erección. Tenerla allí atada, a su merced, como una presa aterrada recién capturada, le excitaba con locura. Rápidamente valoró si podía permitirse el lujo de entretenerse un rato más con ella, pero el ansia por capturar una presa mucho más valiosa le hizo desistir.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto acercándose a su rostro.

—E... Emily —tartamudeó ella.

—Lástima que tenga que marcharme, Emily —le ronroneó al oído mientras le pellizcaba un pezón con la mano que había introducido bajo su sujetador—. Es probable que algún día regrese a hacerte una visita porque me gusta lo que estoy viendo —afirmó sonriendo y lamiéndole la cara mientras ella sollozaba asqueada—. Y —agregó—, espero que no se te ocurra llamar a la policía porque, créeme, sabría encontrarte y te aseguro que no iba a ser tan agradable contigo como lo he sido hoy.

Ella asintió con la mirada y él le sonrió mostrando su blanca dentadura y dándole un beso de despedida en la nariz.

—Me alegra saber que nos entendemos —le dijo sarcástico.

Dio media vuelta y salió de allí ocultando de nuevo el arma bajo su ropa y colocando el cartel de “Cerrado” en la puerta de la floristería.

...

A primera hora de la mañana, las tres disfrutaban de un abundante desayuno en una cafetería muy cerca del lago Burien, en Seattle. Poco antes habían abandonado el coche de Jane en el parking del aeropuerto. A

continuación, alquilaron un coche para que Serena regresara a Shelton y otro para que madre e hija viajaran hacia el sur. No hubo ningún problema con la documentación. El encargado de realizar las gestiones del alquiler de los coches no dudó en ningún momento cuando Jane le entregó su carnet de conducir. Era una falsificación perfecta.

—Estaba convencida de que el ordenador empezaría a emitir pitidos cuando aquel hombre tecleó mis datos. Creo que dejé de respirar durante un buen rato —comentó Jane propinándole un buen mordisco a su tostada con mantequilla y mermelada de higos.

—Uff, yo también estaba en vilo —reconoció Serena sonriendo—. Creo que no vas a tener ningún problema. El falsificador ha hecho un buen trabajo.

—April —llamó Jane a la niña por su nuevo nombre para observar su reacción.

Ella estaba entretenida pellizcando el topping de su donut. Cogía uno a uno los finos gusanitos de colores y se los iba metiendo en la boca muy concentrada. Para cuando acabase con ellos seguramente se le habría pasado el hambre. Absorta como estaba en tan interesante tarea, levantó la mirada hacia su madre.

—¿Sí, mami? —respondió sonriendo con picardía.

Para ella era un juego más, en el que podía ser la protagonista.

—Sólo quería saber si estabas atenta. Muy bien cariño, continúa con tus fideítos —la animó besándole la frente con ternura.

—¿Quieres unos poquitos? —le ofreció.

Jane aceptó y de un bocado, fingió comerse sus dedos al mismo tiempo que la golosina. Las tres rieron con ganas.

—La quiero tanto... —continuó Jane volviendo a la conversación con su amiga—. Es muy tímida, pero también muy lista.

—Como su madre. Dos tesoros que estoy a punto de perder.

Por primera vez Serena se derrumbó ante Jane. Las lágrimas recorrieron sus mejillas sin fuerza para contenerlas.

—Ven con nosotras. Podemos empezar juntas de nuevo.

—No. No puedo. No tiene sentido. Nunca podrías ofrecerme lo que yo anhelo y permanecer a tu lado podría condicionarte o poner trabas a tu libertad. Siempre formaré parte de tu historia, pero no puedo ser parte de tu destino. Tienes que forjarlo tú sola, y estoy segura de que lo vas a hacer genial.

Jane la abrazó con tanto ímpetu que casi derramó su taza de café. Quería a aquella mujer con locura, pero ella tenía razón. Nunca podría darle lo que ella necesitaba y tratar de mantenerla a su lado sólo le haría sufrir.

—Gracias, Serena. Gracias por estar ahí cuando más te he necesitado y gracias por ayudarme en esto. Has logrado cambiar mi vida... Nuestras vidas.

—Sólo uno mismo puede cambiar su vida. El mérito es tuyo. Ahora me doy cuenta de por qué nunca conseguí que me funcionara ninguna relación. Te había conocido a ti y ya nadie más podía ocupar tu lugar en mi corazón.

Las lágrimas de ambas se unieron, intentando deslizarse entre sus mejillas fundidas en un sollozo compartido.

—Oh Jane, ¡cuánto me gustaría poder mostrarte, aunque sólo fuera durante un segundo, lo que siento al rozar tu piel! Que pudieras percibir lo que le pasa a mis sentidos y a mi cuerpo entero. Cómo se me acelera el corazón y se me eriza la piel. Cómo me cosquillea el estómago y me cuesta respirar. Y, créeme, me va a resultar difícil desengancharme de ti, porque me has creado adicción. Sé que es algo especial. Tal vez por mi desorden sensitivo, no creo que lo haya experimentado mucha gente. Me apena no poder transmitírtelo para que tú también lo saborees.

—Encontrarás a alguien, ya lo verás. Alguien que sepa ver lo especial que eres. Y no tendrá que escarbar mucho para descubrirlo.

Serena se quitó uno de los colgantes que llevaba y se lo ofreció a Jane. Era un fino cordón de cuero del que pendía un Cuarzo Elestial de tonalidades ahumadas.

—Toma. He hecho dividir el mío en dos y he preparado un colgante para ti. Me gustaría que lo llevaras siempre.

—¡Oh, Serena! No debiste hacerlo...

Jane sabía lo especial que era aquella piedra para su amiga. Lo llevaba siempre con ella desde que su madre se lo regaló cuando comenzó a tener problemas para afrontar su sexualidad en la adolescencia. Serena le había explicado varias veces el poder de aquel tipo de piedra. Aunque no con la misma convicción que su amiga, Jane estaba segura de la existencia de diferentes energías a nuestro alrededor que podían influir en el estado mental e incluso físico de las personas. Serena meditaba cada día para equilibrar sus Chacras pronunciando Mantras que a ella le resultaban

demasiado extraños y complicados.

—Es una piedra con un inmenso poder energético. Tiene un efecto calmante sobre la mente y puede aliviar la tristeza y el dolor. Dicen que es posible recuperar la información almacenada en ella con sólo tocarla, si sabes cómo hacerlo.

—Recuerdo que me contaste que tiene ese nombre porque puede ayudar a conectar con la frecuencia o la realidad celestial.

—Sí. Permite conectar con entidades de luz o ángeles, como solemos llamarlos nosotros. Dicen que estas piedras suelen elegir a su portador, que no se encuentran por casualidad. Será una forma de estar conectadas espiritualmente, ¿no crees?

Colocó el colgante a Jane y ambas acariciaron al mismo tiempo cada una de las piedras gemelas.

—¡Ah! —Exclamaron al unísono soltándolas de golpe.

—¿Lo has notado?! —preguntó exaltada Serena.

—¡Sí! Es como si algo hubiese entrado a través de ella en mi cuerpo, no sé, como un calambre...

—Sí. Ha sido la energía del cristal, estoy convencida. Estamos unidas a través de sus dos mitades —explicó Serena emocionada.

Por mucho que volvieron a intentarlo no tuvieron éxito. Las tocaron y acariciaron de todas las formas posibles e incluso las intercambiaron, pero fue en vano.

—Creo que son un poco caprichosas —bromeo Serena sonriendo—, son ellas las que deciden cuándo y cómo transmitir su energía.

Ambas sonrieron mirándose directamente a los ojos durante un tiempo en el que se dijeron en silencio todo lo que necesitaban decirse la una a la otra.

—Yo no he preparado nada para ti —comentó Jane apenada.

—No necesito nada que me ayude a recordarte, cariño. No es necesario porque no voy a olvidarte nunca. A ninguna de las dos —añadió acariciando la suave piel de melocotón de la mejilla de Ashley, que en esos momentos comenzó a lloriquear.

—No quiero que nos vayamos y tú te quedes aquí, Serena —sollozó preocupada.

—No estés triste —consoló Serena limpiándole las lágrimas que empezaban a empañar sus ojos y luchando con todas sus fuerzas por contener las suyas propias—. Esto no tiene por qué ser un adiós. Es sólo

un hasta luego. Sólo vamos a posponer nuestra historia juntas durante un tiempo y, más adelante, podremos volver a unir nuestros destinos para siempre. Ya lo verás —concluyó abrazando y besando a la pequeña que tanto amaba.

—¿Me lo prometes?

—Claro que sí preciosa. Os lo prometo a las dos.

Ya en la calle, se despidieron con un abrazo triple al que ninguna de las tres quería poner fin. Antes de subir al coche, Jane cogió las mejillas de su amiga con ambas manos y, con inmensa ternura, acercó la boca a sus labios. La besó intensamente sintiendo cómo ella se derretía y sus rodillas se aflojaban. Al cabo de un instante, ambas abrieron los ojos y sus miradas se entrelazaron. Una sonrisa floreció simultáneamente en los dos rostros y, sin más, Jane subió al vehículo y arrancó, alejándose e intentando evitar mirar atrás.

Serena permaneció inmóvil allí de pie, observando cómo un pedazo de su corazón desaparecía entre el tráfico. Paralizada en el mismo lugar en el que Jane la había tocado por última vez y su vida entera se le había escapado a través de los labios.

Subió al coche alquilado y condujo hasta su casa. Tenía que sobreponerse y comenzar una nueva vida. Una vida sin la única persona que había dejado huella en su interior, marcándola para siempre. Después de Jane, no volvería a ser la misma. No le resultaría nada fácil, pero debía intentarlo. De momento, permitiría al río de la vida seguir su curso y ella se dejaría arrastrar por él sin oponer resistencia. Y quizá, y sólo quizá, algún día encontrase una isla donde varar sus sentimientos y anclar para siempre la melancolía que en esos momentos tanto le pesaba.

Entró en casa prácticamente a la hora de comer. Abrió la puerta en piloto automático porque su mente estaba muy lejos de allí. Por eso, no reparó en el cristal roto de la ventana. Estaba dejando su móvil y las llaves sobre el mueble de la entrada, cuando una sombra se deslizó hacia ella sujetándola por la espalda y colocando sobre su cuello la hoja afilada de un cuchillo de caza.

—Hola, Serena —saludó una voz fría y sosegada—. Creo que tienes muchas cosas que contarme...

*«Que con tu mirada derritas corazones,  
y que donde vayas resultes inolvidable.  
Porque el amor ciego no atiende a razones,  
y dejarlo atrás abre una llaga incurable.»*



## CAPÍTULO 18

# Cerrando la Puerta al Pasado

*“El pasado y el porvenir, esas dos mitades de la vida, una de las cuales dice jamás, y la otra siempre.”*

Alphonse de Lamartine (1790-1869)  
*Historiador, político y poeta francés.*

*En la actualidad.*

**S**e sentía eufórica. Hacía mucho tiempo que Jane no estaba tan contenta. Se contempló en el espejo retrovisor y sonrió. La inflamación casi había desaparecido, aunque aún tendría que lucir durante varios días el oscuro moratón que se extendía por su ojo y parte de la nariz. Sorprendentemente casi no le dolía. Su mirada se desvió y se encontró con la de Ashley y ambas se dedicaron una sonrisa cómplice.

—¿Tienes hambre bichito?

—Sí, tengo mucha hambre, mami. Y también tengo sed. ¿Podemos parar para tomar algo?

Acababan de sobrepasar Portland y continuaban su camino hacia el sur por la Interestatal 5.

—Yo también estoy hambrienta y no diría que no a una buena hamburguesa, así que nos detendremos en la próxima ciudad por la que pasemos. Mira, el GPS dice que estamos a punto de llegar a Wilsonville. Parece un lugar perfecto para reponer energías.

En pocos minutos Jane, con inusual apetito, devoraba una gran hamburguesa y Ash daba buena cuenta de una pizza de jamón y queso. La niña jugaba entretenida con el pequeño regalo incluido en el menú infantil y su madre la observaba sonriendo. A Jane le preocupaba cómo estaría afrontando, desde su infantil e inocente entendimiento de las cosas, todo lo que había presenciado pocas horas antes. No había tenido oportunidad de hablarlo con ella al principio y le costaba encontrar el momento adecuado. No sabía cómo iniciar la conversación. Estaba deseando olvidar, borrar todos los momentos desagradables y cerrar para siempre ese oscuro

capítulo de sus vidas. Pero tenía que hacerlo bien con la niña, para que su herida no se cerrara en falso y quedase marcada para el resto de sus días.

—¿Cómo estás, hija? ¿Te encuentras bien? —le acarició el pelo, colocándole detrás de la oreja el mechón que le caía sobre la cara.

—Sí, mami. Me gusta mucho estar contigo.

—A partir de ahora vamos a hacerlo todo juntas.

—¿Te duele mucho? —preguntó Ash preocupada, señalando su ojo con un trozo de pizza, justo antes de metérselo en la boca.

—No, la verdad es que ya no. En un par de días estaré como siempre.

—¿Por qué Jason no nos quiere, mamá?

A Jane no se le escapó el detalle. Era la primera vez que la niña se dirigía a su padre llamándolo por su nombre.

—Está enfermo cariño. Hace cosas de las que no es consciente. Realmente no quiere hacernos daño, pero no puede controlarse.

—¿Está loco? Mi profesora dice que un hombre loco disparó a unos chicos en el centro comercial...

—Está muy desequilibrado cielo, pero lo importante es que ya no vamos a tener que volver a verlo nunca más. No podrá volver a hacernos daño, no lo permitiré.

—Pero ¿y si nos busca y nos encuentra? —preguntó Ash preocupada y con el ceño fruncido.

—No podrá porque, aunque lo intentara, buscaría a Jane y a Ashley Blackwell, y... ¿Tú las conoces? —preguntó haciéndole un guiño con su ojo sano—. Porque yo no sé quiénes son, no las he visto en la vida.

—Yo tampoco —aseguró Ashley riendo con ganas.

—Por eso es tan importante que no le cuentes a nadie nuestro secreto. Así será imposible que alguien dé con nosotros.

—No lo haré mami. No quiero volver a verle. Es muy malo y te estaba haciendo cosas feas. ¿Por qué estaba desnudo?

Jane había temido esa pregunta desde el momento en que comenzó su conversación y no sabía muy bien cómo afrontar la explicación que debía darle.

—No estaba en sus cabales, cariño. Quería castigarme y nos peleamos. En la pelea se rompió mi blusa y yo le empujé y le zarandé y al caer se le bajaron los pantalones. Estaba sobre mí, intentando sujetarme, cuando tú llegaste.

Fue la única explicación que se le ocurrió dar a la niña. No podía

explicarle la verdad, tenía que protegerla de alguna manera de toda aquella barbaridad.

—Lo importante —continuó hablando—, es que todo eso ya ha pasado. Se acabó para siempre. Ahora estamos tú y yo solas y vamos a ser muy felices. Lo primero que vamos a hacer es encontrar una bonita casa donde vivir y después un nuevo cole donde harás muchos amigos nuevos. Y, a partir de ahora, te prometo pasar mucho más tiempo juntas. Además, nos vamos a olvidar de todo lo que nos ha hecho llorar alguna vez y nos vamos a quedar solamente con lo que nos haga sonreír. ¿Trato hecho? —propuso colocando la palma de la mano hacia arriba y esperando una respuesta.

—Trato hecho —afirmó ella chocándole la mano—. ¿Puedo tomar helado? Quiero uno de fresa.

Era increíble cómo su mente podía cambiar de un tema a otro tan fácilmente, sin darle importancia a los detalles o sin profundizar en los hechos relevantes. Ahora sí, ambas estaban preparadas para cerrar la puerta al pasado y comenzar a reescribir su futuro. Y ese futuro comenzaba allí, en ese mismo momento. En una mesa de bar de carretera, compartiendo un helado de fresa.

...

—Ahora vas a sentarte muy tranquila y vas a empezar a contarme cositas —susurró Jason al oído de Serena, obligándola a dirigirse hacia la cocina. Una vez allí, hizo que se sentara en una de las sillas y le ató las manos a la espalda con un foulard que había cogido del perchero de la entrada. A continuación cogió otra silla y se sentó frente a ella a horcajadas apoyándose en el respaldo y jugando con el filo del cuchillo.

—¿Qué es lo que quieres? —interpeló Serena mirándole fijamente a los ojos.

Tenía miedo, pero no lo demostraba. De esa manera, desmontaría la única baza con la que Jason podía jugar. No pensaba darle la satisfacción de manifestar el mínimo indicio de temor, aunque estaba segura de que eso le enfurecería.

—Vaya, vaya...la marimacho nos ha salido gallito —opinó él con una sonrisa sarcástica—. Veremos qué es lo que queda de esas agallas cuando haya acabado contigo. Vas a decirme ahora mismo dónde están.

—No sé de qué me hablas, capullo.

Recibió un revés con la empuñadura del cuchillo que dejó un reguero de gotitas rojas sobre los blancos azulejos de la cocina. Al momento ella se recuperó y volvió a mirarle, esta vez con una gran sonrisa ensangrentada.

—Están donde nunca vas a poder encontrarlas. Donde por fin van a poder ser felices lejos de ti.

—Y tú me vas a decir dónde, ¿verdad?

Jason apoyó muy lentamente la punta de su cuchillo sobre su muslo.

—¡Que te jodan! —le increpó ella escupiéndole a la cara un amasijo rojo que salpicó su camisa blanca, hasta ese momento impecable.

Él se limpió la cara con calma y sujetando el cuchillo con la punta sobre el muslo de Serena, se incorporó para tomar impulso y con su mano libre le dio un golpe seco a la empuñadura. El arma penetró por completo en el músculo desgarrándolo y atravesando la pierna.

Un grito aterrador rompió el silencio cuando el insoportable dolor recorrió todo el cuerpo de Serena hasta focalizarse en su pierna. La sangre comenzó a manar a borbotones y ella entendió que probablemente le había seccionado una arteria.

Perdió el conocimiento hasta que el impacto del agua fría sobre la cara la despertó bruscamente. El dolor volvió palpitante, aunque esta vez más amortiguado y soportable. Tuvo que parpadear varias veces para intentar que desapareciera el color azul, con el que comenzaban a teñirse las imágenes que sus ojos asustados captaban. No podía distraerse con nada.

—Aún no he acabado contigo. No puedes desmayarte porque esto no ha hecho más que empezar. ¿Dónde están? —preguntó él, haciendo énfasis en cada sílaba que pronunciaba, a pocos centímetros del rostro pálido de su víctima.

Serena apenas conseguía mantenerse consciente. Estaba perdiendo mucha sangre y si no se hacía pronto un torniquete, no sobreviviría. Algo en su interior le indicó que había llegado el momento, que no saldría de aquel trance. Entonces, se extinguieron los colores adulterados por su cerebro, y volvió a percibir la realidad claramente. Intentó relajarse y prepararse para lo que fuese a pasar, pero no se lo pondría fácil. Prefería morir en ese mismo instante antes de proporcionarle la más mínima información. Intentó mover los brazos para aflojar las ataduras y sus dedos rozaron un objeto metálico. Se le había olvidado por completo. La

pistola del monstruo que tenía enfrente, estaba en su cintura, a pocos centímetros de sus muñecas maniatadas. Movi6 las manos con disimulo hacia uno y otro lado hasta advertir c6mo la tela se aflojaba ligeramente. Su consciencia jugaba con ella yendo y viniendo a intervalos y debfa darse prisa, ya que el tiempo corrfa en su contra. Decidi6 seguirle el juego para ganar unos minutos.

—¿Por qu6 quieres saberlo, Jason? Deberfas dejarles marchar.

Tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento, porque estaba perdiendo fuerzas muy r6pidamente. Al mirar hacia abajo y ver el gran charco de sangre en el suelo, supo que se estaba desangrando.

—¡Eso jam6s! —vocifer6 6l—. ¡Ella es mfa! Las dos son mfas — agreg6 un poco m6s calmado—, y si no est6n conmigo, no van a estar con nadie m6s. Tarde o temprano las encontrar6, con tu ayuda o sin ella.

—Ella te querfa, ¿sabes?

Una de sus manos logr6 liberarse de las ataduras y comenz6 a levantar la sudadera con la punta de los dedos para tratar de alcanzar el arma.

—Estaba loca por ti desde el principio —continu6 con gran esfuerzo—, pero t6 lo estropeaste todo con tus celos y tus palizas. Siempre queriendo hacerla tuya. Y ya lo era.

Serena estaba metiendo el dedo en la llaga porque, aunque s6lo dur6 unos segundos, pudo vislumbrar un gesto de dolor atravesando el rostro de Jason.

—¡Eso no es verdad! —dud6 6l—. Siempre estaba provoc6ndome y haciendo una y otra vez lo que sabfa que no iba a gustarme para hacerme enfadar. Me desafiaba continuamente aun a sabiendas de cu6l serfa el resultado.

—No, Jason. Ella me lo contaba y siempre acababa perdon6ndote. Te querfa y no deseaba hacerte enfadar. Supo desde el principio que tenfas un problema y trat6 de ayudarte. Por m6s que yo le insistfa para que desistiera, ella querfa seguir luchando por ti, por vosotros.

Jason se sent6 en la silla frente a ella con gesto preocupado y pensativo. Serena pens6 que estaba logrando su objetivo. No le vencerfa con la fuerza, de eso estaba segura, pero su estado emocional era mucho m6s s6lido que el de 6l.

Con un gesto de dolor logr6 sacar la pistola de su sujeci6n y se dispuso a cargarla con la otra mano. Tendrfa que ser muy r6pida porque el

sonido de la bala al entrar en la recámara pondría en alerta a Jason. Sujetó con fuerza el arma al intuir un nuevo desvanecimiento. Si se le caía al suelo sería su fin. Y aún no había llegado el momento, o eso quería creer.

—Eres muy lista. Estás diciéndome todas esas cosas para hacerme bacilar y tratar de desviarme de mi objetivo, ¿verdad? No voy a permitirte que juegues con mis sentimientos. Quieres reírte de mí. Tú, que más de una vez, has retozado junto a ella. Que habéis follado como perras en celo ante mis propias narices. ¡Mientes! —gritó. Y con un movimiento rápido giró el puñal que aún permanecía clavado en su pierna.

Serena aulló de dolor. Apenas podía soportarlo. Tanto que ni siquiera notó el fuerte sabor a picante en su boca e ignoró el color azul que invadió repentinamente sus pupilas. Con esfuerzo sobrehumano cargó el arma y, sólo un segundo después, le disparó a bocajarro en el estómago. Tuvo el tiempo suficiente para contemplar cómo el gesto de estupor de Jason, dio paso al de pánico justo antes de que se derrumbara hacia atrás golpeando su cabeza contra el suelo. La pistola resbaló de las manos de Serena y cayó, con ruido metálico, sobre el gran charco de sangre. Fue lo último que oyó antes de que su cerebro volviera a sumergirse en las oscuras aguas de la inconsciencia.

...

Emily Tyson había permanecido durante varias horas atada y amordazada en la trastienda de la floristería. Al principio, el miedo le impidió moverse lo más mínimo. Pero poco a poco, cuando empezó a intuir que el peligro había pasado, comenzó a reaccionar. Tenía que avisar a Serena, los remordimientos la atormentaban por haberla puesto en peligro. Pero cuando aquel loco la amenazó con el cuchillo, ni siquiera fue capaz de pensar en las consecuencias. Intentó soltar sus ataduras en vano. Tampoco pudo liberarse de la blusa que hacía las funciones de mordaza. Le dolía la mandíbula y su lengua estaba tan reseca que le costaba tragar su propia saliva, acumulada en la garganta. Se arrastró hasta la puerta que comunicaba con la tienda, desplazando la silla con pequeños saltos, pero no consiguió atravesarla porque algo al otro lado impedía que se abriese del todo. Intentó gritar, pero pronto desistió al darse cuenta de que el sonido ahogado que emitía no lo escucharía nadie. Sonó el teléfono, pero no estaba a su alcance. Ni siquiera pudo intentar

descolgarlo. Poco después era su móvil el que recibía una llamada. Notó como vibraba en el bolsillo trasero de sus pantalones y, aunque consiguió sacarlo con la punta de los dedos, se le cayó al suelo. Con los nervios, no se había acordado de que llevaba encima el móvil. Se colocó al lado del aparato y comenzó a balancearse hasta que logró caer de rodillas con la silla a sus espaldas. Afortunadamente, el teléfono había caído con la pantalla hacia arriba. Lo encendió con la barbilla y, tras múltiples intentos fallidos que casi la hicieron desistir, consiguió acceder al registro de llamadas perdidas. Marcó el número de su novio, Dylan, que acababa de telefonarla. Cuando éste respondió, comenzó a gritar lo más fuerte que pudo, tratando de hacerse oír a través de la mordaza. No paró hasta que le hizo entender que algo iba mal y le escuchó decir que acudiría inmediatamente a la floristería. Sólo entonces se relajó, se dejó caer de lado y comenzó a llorar aliviada.

Quince minutos después, Dylan empujaba la puerta de la trastienda y la liberaba de sus ataduras. Ella lloró desconsoladamente en sus brazos, explicándole lo que había sucedido mientras él trataba de calmarla.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Emily—. Serena está en peligro, debemos avisar cuanto antes a la policía para que acuda en su ayuda. Ese hombre es capaz de cualquier cosa, lo he visto en sus ojos. Esa mirada... está loco....

Él la abrazó con fuerza, reconfortándola con un brazo mientras que con el otro, marcaba el número de la policía en su móvil.

—Me amenazó con volver, Dylan —continuó ella sollozando—. Tengo mucho miedo.

—Tranquila cariño, ya ha pasado todo. Estás a salvo.

La besó en la frente con ternura y respondió a la voz del policía que le hablaba al otro lado de la línea.

...

Jason despertó tendido en el suelo, rodeado de sangre por todas partes. Un dolor insoportable en su vientre le impedía moverse. De pronto, comprendió lo que había sucedido y levantó la cabeza para observar a su oponente. Respiró aliviado al ver en las condiciones en las que se encontraba ésta. Seguía sentada en la silla, con el puñal aún ensartado en su pierna y un gran charco de sangre a sus pies. Él se extrañó al

comprobar que una persona pudiese tener tanta sangre en el cuerpo. Por la expresión relajada y el color pálido amarillento de su cara, pensó que probablemente estaba muerta. Sus labios estaban amoratados y de su boca entreabierta colgaba un fino hilo de sangre. La pistola yacía a sus pies, totalmente embadurnada del líquido rojo. En ese momento, ella movió una mano con una especie de espasmo muscular y él se puso alerta. Estaba viva y tenía que acabar con ella antes de que despertase y fuera ella la que le atacara de nuevo. Comenzó a arrastrarse penosamente, extendiendo su brazo tembloroso hacia el arma. Pensó que parecía un caballero Jedi en un patético intento de atraerla con su fuerza mental y comenzó a reír, pero desistió al instante por los insoportables calambres de su estómago, que casi le hacen perder de nuevo el conocimiento. Poco a poco fue ganando terreno, hasta que logró alcanzar la pistola con dedos trémulos. La acercó hasta que estuvo al alcance de su mano. La sangre que la cubría hacía que se le resbalase y le costó cargarla. Con un esfuerzo sobrehumano, la levantó y apuntó directamente a la cabeza de Serena.

—¡Policía! ¡Suelte el arma! —escuchó a su lado, justo una milésima de segundo antes de apretar el gatillo.

—¡Suelte el arma ahora mismo o disparo!

Jason dejó la pistola en el suelo y se encogió colocándose en posición fetal.

Serena volvió en sí el tiempo suficiente para poder ver cómo un policía se abalanzaba hacia Jason y le quitaba el arma. Vagamente, pudo distinguir a una mujer con coleta dirigiéndose a ella y diciéndole algo que no lograba escuchar. Era la protagonista en una película antigua de lentos fotogramas deteriorados y sin sonido. Percibió como movían un cuerpo que parecía el suyo, pero que no identificaba como tal. Al otro lado de la habitación, varias personas más atendían el cuerpo de Jason tendido en el suelo.

«*Por fin has tenido tu merecido.*» —pensó.

Se dio cuenta de que los colores habían desaparecido. No había rastro del intenso azul que, provocado por el miedo, había teñido su mirada minutos antes. Tampoco encontró ni una pizca del amarillo que inundó su perspectiva cuando el miedo que sentía había sido sustituido por la ira. Todos los colores se habían difuminado. No existía el color, y ya no le importaba. Sus papilas gustativas tampoco eran capaces de identificar ningún sabor. Ni picante, ni amargo, ni siquiera el metálico característico

de la sangre. Aquello que la había preocupado y angustiado desde que tuvo uso de razón, se había vuelto tan superfluo e inútil que la hizo sonreír.

*«Así que, por fin sé a qué sabes y cómo eres.»* —pensó.

Se había preguntado mil veces a qué sabría y qué color tendría la muerte. Ahora ya lo sabía. Estaban cara a cara y ella se mostraba tal como era. Insípida e incolora e incluso indolora. Y es que, en el sitio al que iba, esos conceptos, como muchos otros a los que los humanos estamos acostumbrados, carecían de sentido.

Sujetó su colgante de cuarzo y su último pensamiento fue para su amada. Su luz comenzó a apagarse y, antes de extinguirse por completo, le dedicó una gran sonrisa a la vida, que, en ese momento, escribía el punto y final de su último capítulo.

...

Jane y Ashley habían parado a dormir en un hotel de carretera. Las dos juntas en la misma cama, conversaron hasta bien entrada la noche. Ambas tenían la necesidad de comunicarse, de hablar, de tocarse. Sus vidas habían dado un giro radical y estaban felices. Al poco tiempo de estar a solas con ella, Jane ya percibía que su hija comenzaba a sanar por dentro. Al igual que el suyo propio, el pequeño corazón dolorido de la niña empezaba a recomponerse. Ashley lo estaba consiguiendo, aun sin ser consciente de ello, y Jane se moría de ganas por empezar de nuevo junto a ella. A partir de entonces, disfrutarían de cada momento, de cada mirada, de cada sonrisa...

Ashley se había quedado dormida muy pronto, agotada por el viaje. Jane acariciaba el cabello de su hija dormida, admirando lo hermosa que era. Por primera vez tenía un rato para ella sola y para meditar sobre todo lo que había pasado. Lo ocurrido con Jason, su locura y su huida final; las nuevas identidades que les acompañarían para el resto de sus días; Serena y su corazón roto por la despedida; el asesinato de su padre y el esclarecimiento de todo lo ocurrido después de tantos años... Demasiadas cosas rondando por su cabeza y, aunque estaba muy cansada, era incapaz de dormir. Observó la habitación en la que se encontraba y su mirada se detuvo sobre su mochila, abierta encima de un sillón de cuero. Recordó las cintas de casete que había cogido en el último momento, antes de salir de casa precipitadamente y le apeteció volver a escuchar su música preferida. Se incorporó con mucho cuidado para no despertar a Ash y

sacó de la bolsa su viejo Walkman, que aún conservaba los auriculares enrollados a su alrededor. Eligió una de las cintas y se acomodó de nuevo en la cama dispuesta a disfrutar de sus temas favoritos, con la esperanza de conseguir recuperar el sueño perdido.

Escuchó varias canciones que hicieron volar su imaginación años atrás, a los días en los que vivía con su abuela en Ketchum: Celine Dion cantando “It’s all coming back to me now”, Eric Clapton intentando cambiar el mundo con “Change the world” o The Christians entonando su inolvidable tema “Words”. Cuando la letra de esta última canción describía la fina línea entre el amor y el odio, el sonido comenzó a deteriorarse y Jane paró el Walkman. Al abrirlo descubrió que la cinta se había enganchado y la sacó con cuidado para arreglarla. No quería estropearla más, así que buscó entre las demás para escuchar otra. Eligió la que estaba etiquetada como “*Música genial VOL. 6*”. Al abrir la caja, la carátula amarilla de Basf no le resultó familiar. En una de las caras alguien había escrito una fecha: 1984. Ella siempre les ponía un título para identificarlas, así que estaba segura de que aquella cinta no era suya. Seguramente se habría traspapelado en el traslado a la casa de su abuela y alguien la había introducido en una de sus cajas por error. Llena de curiosidad, la colocó en el Walkman y lo puso en marcha. No parecía tener nada grabado, ya que el trozo que escuchó estaba en blanco, pero alguien la había avanzado hasta aproximadamente la mitad. La sacó de nuevo y volvió a colocarla por la cara opuesta. Lo que oyó en esa ocasión, hizo que saltara de la cama como si ésta le hubiera propinado una descarga eléctrica.

*“...lado yo también, pero así debe ser. Recordad que os quiero. Hasta siempre.”*

Era la voz de su padre, estaba segura. Rebobinó con dedos temblorosos y volvió a presionar el “Play”. Hubo varios segundos de ruidos producidos por el toqueo de las teclas de un radiocasete y, a continuación, se escuchó un carraspeo que Jane reconoció al instante. La voz de su padre comenzó a hablar:

*“Eh...no sé por dónde empezar, así que voy a procurar ser lo más breve posible. Jane, Robert, si algún día escucháis esto, espero que podáis perdonarme. Yo no puedo hacerlo, no puedo soportar este peso sobre mí,*

*así que..., voy a expiar mi culpa. No merezco vivir después de lo que he hecho y...sé que los dos estaréis muy bien con la abuela. Mamá no se ha marchado..."*

Un sollozo incontrolable le hizo detenerse unos segundos, pero continuó hablando con voz ahogada.

*"... Yo...la he matado."*

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó Jane cubriéndose la boca con la mano.

*"... Sí, he sido yo. Todo fue un accidente terrible pero el hecho es que, ella ya no está."*

El silencio ocupó varios centímetros de cinta y Jane temió que la grabación hubiese finalizado o que se hubiese deteriorado después de tanto tiempo, pero Moses continuó hablando.

*"...Ella amaba a otra persona. Descubrí una nota en la que planeaba escapar junto a su amante. La sorprendí en el bosque cuando se disponía a marcharse y discutimos... No sé lo que me pasó, me volví loco. No podía soportar que se fuera así, yo la amaba más que a nada en el mundo...aún la amo..."*

Las lágrimas de Jane humedecieron sus mejillas, cayendo gota a gota sobre sus pies descalzos, pero ni siquiera se dio cuenta.

*"...Me confesó que necesitaba marcharse para poder ser feliz, porque ya no me quería. Forcejamos cuando quiso escapar y yo traté de retenerla violentamente. La...la empujé y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza con una piedra. No pude hacer nada por ella. Murió en el acto."*

Los sollozos habían desaparecido y Moses hablaba mucho más calmado y decidido.

*"...Me asusté tanto que, sin pensarlo dos veces, escondí su cadáver y volví a casa para coger una pala. Después la enterré allí mismo, en el*

*bosque, muy cerca de la casita de madera. Justo donde se abre el claro frente al mar, bajo el viejo abeto al que un día atravesó un rayo abriendo un agujero en su tronco.”*

Jane recordaba perfectamente el lugar que su padre estaba describiendo. Allí había jugado con Sherry en innumerables ocasiones. Sentadas en el suelo con la espalda apoyada sobre el abeto y el mar de fondo como único testigo de sus fantasías. Incluso habían imaginado juntas dónde podría estar su madre y cómo sería su vida. Lo que nunca hubieran podido sospechar era que la tuviesen tan cerca.

*“Después de aquello, mi primera reacción fue ocultarlo todo y disimular tratando de encontrarla con la ayuda de Harry. Negar lo que había ocurrido. Incluso fuimos en busca del hombre al que amaba. Ese hombre era tu padre, Robert. Ahora...ya no puedo soportarlo. Cada día que pasa me hundo un poco más en mi propia miseria. No puedo dormir por la noche porque al cerrar los ojos, veo una y otra vez su rostro sin vida, contemplando el infinito. Debí haber cuidado con más esmero nuestra relación, para evitar que se distanciara de mí. Debí dejarla marchar, cuando no supe mantenerla a mi lado. Pero no pude. Como ahora no puedo seguir con esta farsa y continuar con mi vida como si nada hubiese pasado. Debo pagar por lo que hice. Lo siento mucho. Siento dejaros de lado yo también, pero así debe ser. Recordad que os quiero. Hasta siempre.”*

La grabación se detuvo, al igual que el tiempo en aquella fría habitación de hotel. Jane tardó un buen rato en reaccionar. Se quedó allí parada, de pie frente a las horribles y raídas cortinas, con la mirada perdida entre las flores de su estampado.

Por fin apartó la mochila del sillón y se sentó. Rebobinó la cinta para volver a escuchar aquellas palabras y tratar de asimilar lo que acababa de descubrir. Cuando oyó a su padre despedirse de nuevo se quitó los auriculares y los depositó sobre la mesita de noche.

Harry decía la verdad cuando declaró que Moses era el asesino y nadie le creyó. Seguramente él grabó aquella confesión justo antes de intentar quitarse la vida, haciendo que un coche le atropellara en la autopista. Mucho después de aquel suceso, su abuela le contó que, debido al accidente, su padre pasó varios días en coma y cuando despertó no

recordaba nada de lo sucedido. Probablemente, olvidó también lo que había hecho. Todos debieron de pensar, al igual que él, que intentó suicidarse desesperado por la pérdida de su mujer.

De nuevo, sus sentimientos con respecto a su progenitor volvían a removerse en su interior. Había despejado todas sus dudas con respecto a él, volviéndolo a colocar en el pedestal que ocupaba en su niñez. Y de nuevo, tras el último e inesperado giro de los acontecimientos, volvía a estar desconcertada. Su padre había sufrido demasiado y su final había supuesto una liberación para él, acabando sus días expiando su culpa, como deseaba. Irónicamente, el secreto que guardaba en alguna parte de su subconsciente, y que floreció en el último momento, pasó el relevo a otro secreto más sobre su propia muerte, acabando con sus huesos bajo la misma fría tierra que la mujer que amaba.

Jane se incorporó para dar un beso a su hija, que dormía plácidamente boca abajo. Después, se acercó al cuarto de baño y se apoyó con ambas manos en el lavabo observándose en el espejo. Su cara había mejorado mucho pero tendría que ir a un dentista para que le arreglase el diente. Se movió ligeramente y la luz provocó un destello en su pecho que le llamó la atención. La piedra que Serena le había regalado parecía brillar con más intensidad que nunca, probablemente por el efecto de la luz blanquecina del fluorescente del espejo. Sonrió al pensar en su amiga y sujetó el colgante con una mano. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo paralizándola, de modo que aunque su primer instinto fue soltarlo, no pudo. De repente, la luz del cuarto de baño comenzó a volverse rojiza. Pero no de forma homogénea, sino extendiéndose como una gota de sangre que cae sobre un poco de agua. Partiendo desde el exterior de sus ojos, en dirección al centro de su mirada, hasta cubrir por completo su visión. El susto inicial dio paso al desconcierto, cuando comenzó a paladear el sabor dulce y agradable de la vainilla. Pasó lentamente la lengua por sus labios y su corazón se aceleró, hasta sentirlo a punto de saltar de su pecho. El estómago comenzó a cosquillearle provocándole una sensación tan placentera que cerró los ojos para disfrutarlo. Justo en ese momento algo rozó sus labios. Pero, en vez de sobresaltarse, los entreabrió para poder degustar mejor aquella increíble sensación que desapareció al volver a abrir los ojos y confirmar que no había nadie más a su lado.

De pronto, lo supo. Supo que Serena estaba junto ella en aquel lugar. Estaban conectando a través del cuarzo, de manera que una podía contemplar el interior de la otra y compartir sus almas en aquel abrazo de luz. Por fin entendió lo que su amiga había sentido por ella, lo que había intentado explicarle a menudo. Y también comprendió que ya sólo existía su espíritu. Su cuerpo había dejado de tener importancia, como un envase que se deshecha después de ser utilizado. Ahora estaba en todas partes y en ninguna. Atravesándola con su luz, recorriendo cada célula de su cuerpo, compartiendo su experiencia con ella y demostrándole que aquello era algo maravilloso...

De repente la piedra comenzó a quemar y la soltó de golpe con una exclamación de dolor. En décimas de segundo todo volvió a la normalidad como si no hubiera ocurrido nada. Parpadeó y cogió de nuevo el colgante para intentar no perder la conexión con su amiga. Pero éste, completamente frío, no reaccionó. Al igual que había ocurrido el día anterior, no halló la manera de volver a provocar lo sucedido. Un poco decepcionada, soltó el cuarzo respetando su voluntad de haber finalizado la conexión y sonrió. Sabía que, llegado el momento, volverían a encontrarse allá donde fuera que estuviese su amiga. Y en esa ocasión su cuerpo no sería un impedimento porque ya no existiría, al igual que los prejuicios o los demás aspectos que dependieran de él, como la orientación sexual, los tabúes, escrúpulos o convencionalismos. El amor era la única verdad y lo demás se quedaría atrás. Y entonces lo entendió. Entendió que debía perdonar para poder continuar. Y perdonó. Perdonó a Jason por todo el daño que la había hecho y perdonó a su padre por haberla privado del amor de una madre y del suyo propio. Y se liberó del peso que aquel rencor le producía. Y se sintió bien, como hacía años que no se sentía. Y sonrió.

Aquel suceso acababa de cambiar para siempre la percepción que Jane tenía de la vida y se lo debía a ella. A la luz que ya ni siquiera tenía un nombre, porque no era necesario.

...

Ashley disfrutaba del paisaje contemplando los inmensos pinos que bordeaban la carretera y que las acompañaban desde hacía un buen rato. Un día soleado les había dado la bienvenida. Llevaban las ventanillas bajadas para disfrutar de la suave brisa y del intenso olor a pino que les

incitaba a respirar profundamente para contagiarse de la paz y la belleza que emanaba del bosque. Ambas disfrutaban en silencio, mientras Dave Koz y Donna Summer ponían la guinda a aquel delicioso momento:

...

*I can open your eyes  
Take you wonder by wonder  
Over, sideways and under  
On a magic carpet ride*

*A whole new world  
A new fantastic point of view  
No one to tell us no, or where to go  
Or say we're only dreaming*[\[4\]](#)

...

—¡Mami, mami! —exclamó entusiasmada Ash—. ¡Es la canción de Aladdín!

Comenzó a cantarla, acompañando a la preciosa voz de Donna adornada con el saxofón de Dave. Jane se unió al coro animada. Podría hacer suya cada estrofa de la canción. Ashley era su princesa y ella la llevaría en su alfombra mágica, mostrándole lo maravilloso que el mundo podía llegar a ser. Nadie las retendría ni les diría lo que debían hacer. Y no permitiría que alguien insinuara que sólo estaban viviendo un sueño porque su sueño iba a convertirse en realidad.

Jane continuó conduciendo, tarareando la canción que su hija insistía en volver a escuchar una y otra vez. Miró por el espejo retrovisor y, al contemplar la larga carretera que dejaba atrás, supo que podían conseguirlo. Estaba tomando un desvío en su vida porque el camino que había seguido hasta ese momento estaba lleno de baches. No sabía a dónde las llevaría esa nueva aventura, pero quería disfrutar del viaje. Y no dudaría en volver a cambiar de ruta si las condiciones no les fueran favorables. Después de todo, existía un gran mapa de carreteras con múltiples alternativas a su disposición.

Por el momento, había elegido continuar su vida por un camino de un único sentido, o quizá sin sentido...el tiempo lo diría.



# Epílogo

Serena acababa de hablar por teléfono con el hombre que iba a proporcionarles la nueva identidad a Jane y Ashley, mientras éstas esperaban sus noticias en el salón de su casa. Jane estaba tratando de bajar la inflamación de su ojo magullado con un poco de hielo, y Ash estaba sentada frente al televisor con un chocolate caliente. Tenían que irse ya. Les quedaba poco tiempo.

Serena entró en su dormitorio y sacó de un cajón el álbum en el que había ido coleccionando recuerdos desde el día que conoció a Jane y se enamoró.

Abrió la primera página y allí estaba ella, deslumbrante con su traje de novia, contemplando la puesta de sol al lado del mar. Al principio, todas eran fotos de Jane. Pero, después, también aparecía Serena junto a ella, en distintos momentos de su vida: Con su mano sobre su barriga de nueve meses a punto de dar a luz; un selfie tomando té en una cafetería en el que Serena le ofrecía a Jane un pedazo de galleta y ambas reían a carcajadas; Serena con Ashley en brazos, recién nacida, y Jane abrazándolas a ambas; Junto a ella, antes de comenzar la actuación de la danza del vientre; Jane tocando el violín, con el pelo al viento, sentada en una roca junto al mar; Con Ashley y su elefantito rosa...

Entre foto y foto, Serena había ido colocando algún detalle de ese momento. Había de todo. Desde una rosa blanca que había secado con esmero, hasta un papel en el que Jane había hecho un esbozo de cómo le gustaría que fuese su ramo de novia, pasando por uno de los primeros dibujos de Ash, o un mechón de pelo de la niña.

Cuando Serena era pequeña, en una visita a Squaxin Island, conoció a una anciana de la tribu de los Noo-Seh-Chatl. Parecía tener mil años con su cara llena de arrugas y curtida por el sol. A Serena le llamó la atención verla sentada sobre un tronco, en la orilla del mar, mirando al horizonte. Se sentó junto a ella sin decir nada, atraída por alguna misteriosa razón, y esperó. La anciana rompió el silencio sin ni siquiera mirarla.

—Pide un deseo —le dijo.

Y Serena deseó en silencio, cerrando los ojos. Entonces, la anciana la miró sonriendo.

—Has elegido bien. Ese es un buen deseo—afirmó, y Serena la miró sorprendida—. Pero si quieres que tus deseos se cumplan, debes anotarlos en un trozo de papel, sintiendo con el corazón cada palabra que escribas. Después, coloca ese papel en un lugar importante para ti, para que lo puedas ver una vez que se haya cumplido, y recuerdes que la fe puede mover montañas.

Cuando Serena llegó a casa, anotó su deseo en un papel y lo colocó en su escritorio, sujeto en el marco de una foto en la que ella posaba junto a su madre, donde podría verlo cada día. Y llegó un momento en el que su deseo se cumplió.

Por eso, en cada uno de los momentos del álbum que estaba contemplando, había anotado un deseo. Leyó el que había escrito el día que le explicó a Jane de qué color era el perdón:

*«Que pedir perdón no sea una rutina  
y que perdonar sea siempre olvidar.  
Porque no existe el amor sin espinas,  
y cada primavera vuelve a oler a azahar.»*

Pasó las hojas del álbum hasta llegar a la última, en la que, sólo un par de días antes, había colocado tres fotos suyas. En la primera, Serena formaba un corazón con sus pulgares e índices, en la segunda aparecía con la mano sobre los labios para capturar un beso, que enviaba soplando sobre su palma en la tercera.

Junto a ellas había anotado su último deseo:

*«Que mis deseos se cumplan con creces,  
y que todos ellos te hagan meditar.  
Porque esta vida no se vive dos veces,  
y justo ahora es el momento de disfrutar.»*

Cada uno de aquellos momentos había hecho feliz a Serena. Pero quería que Jane no olvidase nunca su historia y por eso iba a regalárselo. Se lo pondría en la mochila sin que se diera cuenta, para que lo encontrase cuando llegaran a su destino. Serena estaba segura de que, si se lo ofrecía en aquel momento, Jane no lo aceptaría porque sabía que era demasiado

valioso para ella.

Cerró el álbum abrazándolo durante unos instantes con los ojos cerrados y, al salir, lo colocó disimuladamente en la mochila de Ashley.

—Nos vamos —anunció.

—¿Dónde vamos? ¿Has quedado con él? —preguntó Jane

—Sí. Debemos estar a las cuatro de la madrugada en el parking que hay junto al “Hands On” en Olympia, a media hora de camino...

## Índice

[Una Noticia Inesperada](#)  
[Sin Decir Adiós](#)  
[Sabor a Vainilla](#)  
[Un Gin Tonic y un Chopard](#)  
[La Escarcha Congelará tus Alas](#)  
[Un Diamante en Bruto](#)  
[Arderéis en el Infierno](#)  
[En el Amor y en la Guerra, Todo Vale](#)  
[Debajo del Sofá del Desván](#)  
[Sigue el Lazo Azul](#)  
[Por un Diminuto Punto de Luz](#)  
[Un Trono de Hielo](#)  
[La Clave está en el Amor](#)  
[Petricor](#)  
[Un Mensaje Inoportuno](#)  
[Rosas de Judas](#)  
[Deja a la Vida que Suceda](#)  
[Cerrando la Puerta al Pasado](#)  
[Epílogo](#)



## Notas:

---

[1]...

He estado aquí antes, en la lluvia torrencial.  
Con el mundo dando vueltas alrededor de mi cabeza.  
Supongo que siempre pensé que podrías poner fin a este reinado.  
Pero es mi destino ser el rey del dolor.  
Rey del dolor.  
Rey del dolor.

...

[2] ...

Dije, así es la vida y, por divertido que parezca,  
algunas personas disfrutan  
pisoteando un sueño.  
Pero yo no dejo, no dejo que eso me desanime,  
porque este maravilloso y viejo mundo  
sigue dando vueltas.

...

[3] ...

Al principio tuve miedo, estaba petrificada,  
pensando que no podría vivir sin ti a mi lado  
Pero he pasado noches  
pensando en el daño que me hiciste  
Y me hice fuerte  
Y aprendí a llevarlo bien.

...

No, yo no, yo sobreviviré  
Mientras sepa cómo amar  
Sé que permaneceré viva  
Tengo toda una vida por vivir  
Yo, yo, yo sobreviviré.

...

[4] ...

Puedo abrir tus ojos  
Mostrarte todas las maravillas  
recorriendo el mundo  
en una alfombra mágica

Todo un mundo nuevo  
Con un nuevo y fantástico punto de vista  
Donde nadie nos diga que no, ni a dónde ir  
o nos diga que solo estamos soñando

...

